

A. DUMAS
MEMORIAS
DE UN MÉDICO

BIBLIOTECA
DE LOS
NOVELISTAS
V^o CH. BOURET

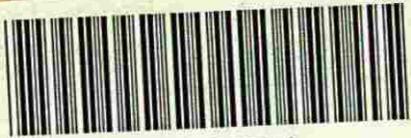


PQ2227
 M5
 S6
 v. 4

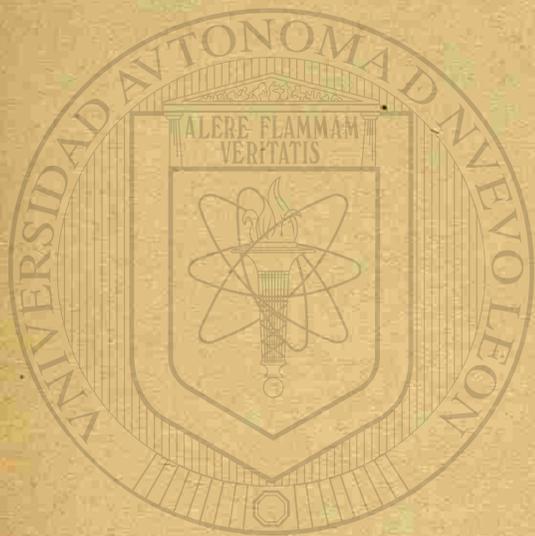


PQ2227
 M5
 S6
 v. 4

1886M



1020026318



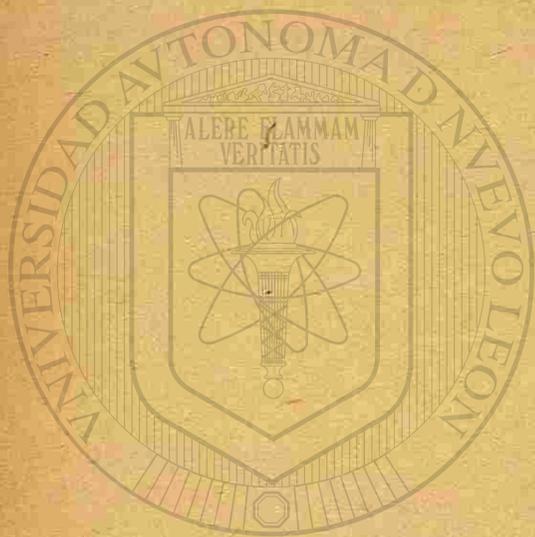
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



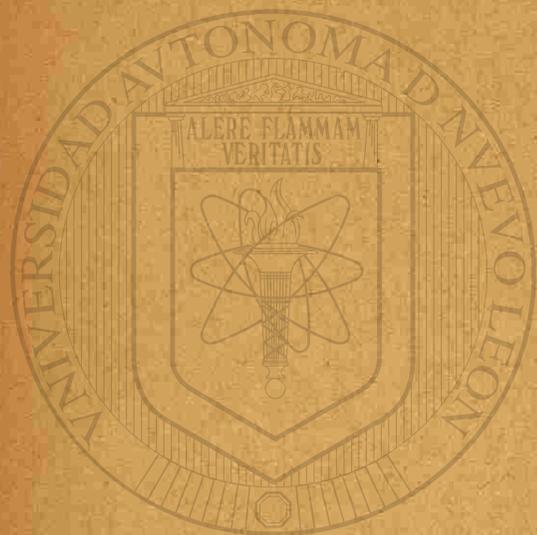
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



MEMORIAS
DE UN MÉDICO
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



MEMORIAS
DE UN MÉDICO

POR

ALEJANDRO DUMAS

Nueva Edición

TOMO CUARTO



098703

®

LIBRERÍA DE LA V^{DA} DE CH. BOURET

PARÍS

MÉXICO

23, Rue Visconti, 23

14, Cinco de Mayo, 14

1906

Propiedad del Editor.

29973

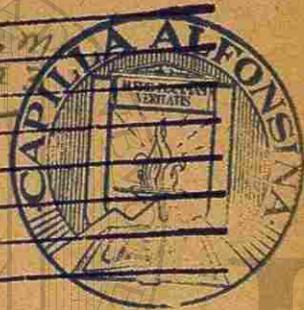
PARÍS — LIBRERÍA É IMPRENTA DE LA V^{DA} DE CH. BOURET.

843
D

PQ 2227
H.5
56
v.4

Núm. Clas _____
Núm. Autor _____
Núm. Adg. _____
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó _____

D 886 m
2977
-8-



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

MEMORIAS DE UN MÉDICO

I

La ratonera de los filósofos

En la cima de la colina que los tres botánicos habían trepado con bastante pena, elevábase una de esas casitas rústicas de madera con columnas nudosas, de paredes puntiagudas, ventanas tapizadas de hiedra y elemátidas, verdaderas interpretaciones de la arquitectura inglesa, ó de los jardineros ingleses, que imitan á la naturaleza, ó por mejor decir, inventan una naturaleza á su gusto, lo cual da cierta originalidad á sus creaciones mobiliarias y á sus invenciones vegetales.

Los ingleses han inventado las rosas azules, y su mayor ambición ha sido siempre el antítesis de todas las ideas recibidas. Ha de llegar un día en que inventen azucenas negras.

Dicho pabellón, bastante espacioso para contener una mesa y seis sillas, estaba enladrillado y tenía una estera sobre los ladrillos. Las paredes estaban formadas de pequeños mosaicos de guijarros recogidos en la orilla del río y conchas ultra-secuanas; porque los

guijarros de Bougival y de Port-Marly no eran á los ojos del paseante del Oursin la concha de Santiago ó las conchas nacaradas y rosadas que es preciso ir á buscar á Honfleur, á Dieppe, ó en los arrecifes de San Adresse.

El cielo raso era de relieve, y parecían suspendidas sobre la cabeza del visitador piñas de pino, cepas de una fisonomía extraña que imitaban los perfiles de faunos ó de animales monteses; además, se veía á través de los vidrios de colores, según se miraba por un vidrio violado, encarnado ó azul, aquí la llanura ó los bosques del Vesinet, matizados como por un cielo tempestuoso, allí resplandecientes bajo el hábito abrasador de un sol de agosto, acullá fríos y marchitos como en una helada de diciembre. La diferencia sólo estaba en elegir su vidrio, es decir su gusto, y luego mirar.

Este espectáculo divirtió mucho á Gilberto, quien observó por todos los losanges la rica hoya que se desplegaba á las miradas desde lo alto de la colina de Luciennes, y por cuyo centro serpentea el Sena.

Sin embargo, un espectáculo bastante interesante también, al menos por tal lo tenía el señor de Jussieu, era el apetitoso almuerzo servido sobre una mesa de madera rocallosa, en medio del pabellón.

La exquisita crema de Marly, los hermosos albaricoques y las ciruelas de Luciennes, las salchichas y salchichones de Nanterre humeando en una fuente de porcelana, sin que se viese un solo criado traerlos; las risueñas fresas en un hermoso canastillo tapizado de follaje de viña, y al lado de una manteca deslumbrante por su frescura el abultado pan moreno del labriego y el dorado pan de avena, grato al estómago hastiado del habitante de las ciudades; he ahí lo que arrancó un pequeño grito de admiración á Rousseau, filósofo

si los hay, pero goloso sencillo, porque tenía el apetito tan vivo como modesto el gusto.

— ¡Qué locura! dijo al señor de Jussieu. Todo lo que necesitábamos era pan y frutas, y aun deberíamos, á fuer de verdaderos botánicos y laboriosos exploradores, comer el pan y engullir las ciruelas sin dejar de registrar entre las matas y abrir las hoyas. ¿Os acordáis, Gilberto, de mi almuerzo de Plessis-Piquet que he partido con vos?

— Sí, señor, bien me acuerdo de aquel pan y aquellas cerezas que tan deliciosas me parecieron.

— Eso es.

— En buen hora; he ahí cómo almuerzan los verdaderos amantes de la naturaleza.

— Mi querido maestro, interrumpió Jussieu, si me vituperáis la prodigalidad, hacéis mal, pues jamás servicio más modesto...

— ¡Oh! exclamó el filósofo, vos deprimís vuestra mesa, señor Lúculo.

— ¿La mía?... de ninguna manera, respondió Jussieu.

— Entonces, ¿en casa de quién estamos? replicó Rousseau con una sonrisa que acreditaba su violencia á la par que su buen humor, ¿en una casa de duendes?

— ¡Ó de hadas! dijo el señor de Jussieu levantándose y dando al descuido una mirada hacia la puerta del pabellón.

— ¡De hadas! exclamó Rousseau con jovialidad. Entonces benditas sean por su hospitalidad. Tengo hambre, conque comamos, Gilberto.

Y se cortó una rebanada muy respetable de pan moreno, pasando después el pan y el cuchillo á su discípulo.

Luego, sin dejar de morder por el medio de la miga compacta, escogió un par de ciruelas en la fuente.

Gilberto titubeaba.

— ¡Vamos, vamos! exclamó Rousseau, las hadas se ofenderían de vuestra perplejidad y creerían que halláis su festín incompleto.

— Ó indigno de vos, señores, articuló una voz argentina á la entrada del pabellón, en donde se presentaron cogidas del brazo dos rozagantes y hermosas mujeres, que, con la sonrisa en los labios, hacían señas al señor de Jussieu de que moderase sus saluciones.

Rousseau se volvió, con el pan encentando en la mano derecha y en la izquierda un pedazo de ciruela, y vió á aquellas dos diosas, ó al menos tales le parecieron por su juventud y hermosura; las vió y quedó atónito, saludando y vacilando.

— ¡Oh! señora condesa, dijo el señor de Jussieu. ¡Vos aquí! ¡Qué amable sorpresa!

— Buenos días, señor botánico, dijo una de las damas con una familiaridad y una gracia enteramente regias.

— Permitidme os presente el señor Rousseau, dijo Jussieu cogiendo al filósofo por la mano en que tenía la rebanada de pan moreno.

Gilberto había visto y reconocido también á las dos damas; por consiguiente abría tamaños ojos, y, pálido como la muerte, miraba por la ventana del pabellón con la idea de arrojarse por ella.

— Buenos días, mi pequeño filósofo, dijo la otra dama á Gilberto anonadado, acariciándole la mejilla con un golpecito de sus tres rosados dedos. Rousseau vió y oyó, y estuvo á punto de ahogarse de cólera. Su discípulo conocía á las dos diosas y era conocido de ellas.

Gilberto estuvo á punto de desmayarse.

— ¿Conque no reconocéis á la señora condesa? dijo Jussieu á Rousseau.

— No, respondió éste atontado: es la primera vez, me parece.....

— Madama Dubarry, prosiguió Jussieu.

Rousseau dió un brinco como si hubiese pisado un hierro candente.

— ¡Madama Dubarry! repitió Rousseau sin notar que su prolongado asombro venía á ser una ofensa grave. ¡Ella! ¡Y sin duda es suyo este pabellón! ¡Sin duda es ella quien me da de almorzar!

— Habéis acertado, mi querido filósofo; ella es y su señora hermana, continuó Jussieu, que no se hallaba muy contento ante aquellos elementos de tempestad.

— ¡Su hermana, que conoce á Gilberto!

— Íntimamente, caballero, respondió la señorita Chon con esa audacia que no respetaba ni enfados reales, ni genialidades de filósofos.

Los ojos de Rousseau despedían un brillo tan terrible, que Gilberto buscó con la vista un agujero bastante grande donde abismarse.

— ¡Íntimamente! repitió Rousseau. ¡Gilberto conocía íntimamente á esta señora, y yo no sabía nada! Pero entonces, me estaba vendiendo y burlándose de mí!

Chon y su hermana se miraron sonriendo. El señor de Jussieu desgarró un puño de encaje que valía muy bien cuarenta luises.

Gilberto juntó las manos, ya para suplicar á Chon que callase, ya para conjurar á Rousseau á que le hablase con más afabilidad.

Pero, al contrario, fué Rousseau quien se calló, y Chon la que habló.

— Sí, dijo ésta, Gilberto y yo somos conocidos antiguos; ha sido mi huésped, ¿no es verdad, chiquito?...

¿Acaso eres ya ingrato con los confites de Luciennes y de Versailles?

Este dardo dió el último golpe; los brazos de Rousseau se alargaron como unos resortes y volvieron á caer á los costados.

— ¡Ah! ¡ah! exclamó mirando de soslayo al joven. ¡Conque esas tenemos, desdichado!

— ¡Señor Rousseau! murmuró Gilberto.

— Y bien; no se diría sino que lloras por haber sido acariciado por mi mano, continuó Chon. Ya sospechaba que eras un ingrato.

— Chiquito, dijo madama Dubarry, vuelve á Luciennes en donde te aguardan los confites de Zamora...; y aunque te escapaste de un modo singular, serás bien recibido allí.

— Gracias, señora, respondió secamente Gilberto; uerando yo dejo un lugar es porque no me agrada.

— ¿Y por qué rehusar el bien que os ofrecen? interrumpió Rousseau con acritud. Habéis probado la riqueza, mi querido señor Gilberto, y es preciso que volváis á ella.

— Pero, señor, cuando os juro....

— ¡Vamos! ¡ vamos! No me gustan los que comen á dos carrillos.

— Pero no me habéis oído, señor Rousseau.

— Si tal.

— Pero me he escapado de Luciennes, en donde me tenían encerrado.

— ¡Emboscada! Conozco bien la malicia de los hombres.

— Pero, supuesto que os he preferido, supuesto que os he aceptado por mi huésped, por mi protector, por mi maestro.....

— ¡Hipocresía!

— Sin embargo, señor Rousseau, si yo tuviese apego á la riqueza, aceptaría la oferta de estas señoras.

— Señor Gilberto, una vez se me engaña fácilmente, pero dos jamás; sois libre, y podéis ir á donde gustéis.

— ¡Pero adónde ir, gran Dios! exclamó Gilberto abismado en su dolor, porque veía pérdidas para siempre su ventana y la vecindad de Andrea, y todo su amor... porque padecía mucho su orgullo al ver que lo tenían por traidor; porque veía desconocida su abnegación, su larga lucha contra la pereza y los apetitos de su edad que tan valerosamente había vencido.

— ¿Adónde? repitió Rousseau. Primero á casa de esta señora, que es una hermosa y excelente persona.

— ¡Oh! Dios mío, Dios mío! exclamó Gilberto cubriendo su cara con las manos.

— No tengáis miedo, le dijo el señor de Jussieu profundamente herido, como hombre de mundo, de la extraña salida de Rousseau contra las damas; no tengáis miedo, que ya os cuidarán bien, y os tratarán de indemnizar de lo que perdéis.

— Ya lo veis, dijo Rousseau con acrimonia; ahí tenéis al señor de Jussieu, un sabio, un amigo de la naturaleza, uno de vuestros cómplices, añadió con una sonrisa forzada, que os promete ayuda y fortuna, ¡y debéis contar con ella, porque el señor de Jussieu tiene mucho brazo!

Dicho esto, Rousseau, que ya no era dueño de sí mismo, saludó á las damas con reminiscencias de Orosman, hizo lo mismo al señor de Jussieu consternado, luego sin mirar siquiera á Gilberto, salió trágicamente del pabellón.

— ¡Oh! ¡qué animal tan repugnante es un filósofo! dijo tranquilamente Chon mirando al ginebrino que descendía, ó más bien se desbocaba por el sendero.

— Pedid lo que gustéis, dijo el señor de Jussieu á Gilberto, que seguía con su cara oculta con las manos.

— Sí, pedid lo que gustéis, señor Gilberto, añadió la condesa con una sonrisa dirigida al discípulo abandonado.

Este levantó su cara pálida, separó los cabellos pegados á su frente por el sudor y las lágrimas, y con voz sosegada dijo:

— Supuesto que se dignan ofrecerme un empleo, deseo entrar de ayudante de jardinero en Trianón.

Chon y la condesa se miraron, y la primera tocó ligeramente con su piecico el de su hermana, haciéndole al mismo tiempo una guiñada triunfante; la condesa hizo con la cabeza una seña de que comprendía perfectamente.

— ¡ Es factible, señor de Jussieu ? preguntó la condesa. Mucho lo desearía.

— Supuesto que lo deseáis, señora, está hecho, respondió el señor de Jussieu.

Gilberto se inclinó y puso una mano sobre su corazón, que rebosaba de alegría después de haber estado anegado en tristeza.

Ciudad de Nuevo León
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1425 MONTERREY, MEXICO

II

El apólogo

En aquel gabinetito de Luciennes en que hemos visto al conde Juan Dubarry tragarse, con mucho desagrado de la condesa, una gran cantidad de chocolate, el mariscal de Richelieu estaba tomando una colación con madama Dubarry, la cual, sin descuidar el tirar de las orejas á Zamora, se extendía cada vez más y con mayor negligencia sobre un sofá de raso bordado de flores, mientras que el viejo cortesano exhalaba ayes de admiración á cada nueva postura de aquella seductora criatura.

— ¡ Oh ! condesa, decía haciendo arrumacos como una vieja, váis á deshacer vuestro peinado. ¡ Ya se os ha deshecho una sortija de vuestro pelo ! ¡ Ah ! ¡ que se os cae una babucha !

— ¡ Bah ! querido duque, no hagáis caso, dijo la condesa arrancando distraidamente unos cuantos pelos á Zamora, y tendiéndose completamente en su sofá más voluptuosa y bella que Venus en su concha marina. ®

Zamora, poco sensible á todas aquellas posturas, rugió de cólera, pero lo calmó la condesa tomando de encima de la mesa un puñado de confites que le metió en el bolsillo. Zamora, de muy mal humor, volvió su bolsillo y derramó sus confites por el suelo.

— ¡ Tunantuelo ! dijo la condesa alargando una fina

— Pedid lo que gustéis, dijo el señor de Jussieu á Gilberto, que seguía con su cara oculta con las manos.

— Sí, pedid lo que gustéis, señor Gilberto, añadió la condesa con una sonrisa dirigida al discípulo abandonado.

Este levantó su cara pálida, separó los cabellos pegados á su frente por el sudor y las lágrimas, y con voz sosegada dijo:

— Supuesto que se dignan ofrecerme un empleo, deseo entrar de ayudante de jardinero en Trianón.

Chon y la condesa se miraron, y la primera tocó ligeramente con su piecico el de su hermana, haciéndole al mismo tiempo una guiñada triunfante; la condesa hizo con la cabeza una seña de que comprendía perfectamente.

— ¡ Es factible, señor de Jussieu ? preguntó la condesa. Mucho lo desearía.

— Supuesto que lo deseáis, señora, está hecho, respondió el señor de Jussieu.

Gilberto se inclinó y puso una mano sobre su corazón, que rebosaba de alegría después de haber estado anegado en tristeza.

Ciudad de Nuevo León
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1425 MONTERREY, MEXICO

II

El apólogo

En aquel gabinetito de Luciennes en que hemos visto al conde Juan Dubarry tragarse, con mucho desagrado de la condesa, una gran cantidad de chocolate, el mariscal de Richelieu estaba tomando una colación con madama Dubarry, la cual, sin descuidar el tirar de las orejas á Zamora, se extendía cada vez más y con mayor negligencia sobre un sofá de raso bordado de flores, mientras que el viejo cortesano exhalaba ayes de admiración á cada nueva postura de aquella seductora criatura.

— ¡ Oh ! condesa, decía haciendo arrumacos como una vieja, váis á deshacer vuestro peinado. ¡ Ya se os ha deshecho una sortija de vuestro pelo ! ¡ Ah ! ¡ que se os cae una babucha !

— ¡ Bah ! querido duque, no hagáis caso, dijo la condesa arrancando distraidamente unos cuantos pelos á Zamora, y tendiéndose completamente en su sofá más voluptuosa y bella que Venus en su concha marina. ®

Zamora, poco sensible á todas aquellas posturas, rugió de cólera, pero lo calmó la condesa tomando de encima de la mesa un puñado de confites que le metió en el bolsillo. Zamora, de muy mal humor, volvió su bolsillo y derramó sus confites por el suelo.

— ¡ Tunantuelo ! dijo la condesa alargando una fina

pierna cuyo extremo fué á ponerse en contacto con las fantásticas bragas del negrito.

— ¡ Oh, perdonadle ! exclamó el viejo mariscal, porque, á fe de caballero, lo mataríaís.

— ¡ Que no pueda yo matar hoy á cuantos me desagradañ ! dijo la condesa. ¡ Me siento implacable !

— ¡ Ah ! ¿ conque yo os desagrado ? preguntó el duque.

— ¡ Oh, no ! vos al contrario : sois mi antiguo amigo, y os adoro ; pero es que verdaderamente... ya veís, estoy loca.

— ¿ Entonces es una enfermedad que os han pegado aquellos á quienes volvéis locos ?

— ¡ Cuidado ! que me estáís provocando horriblemente con vuestras fingidas galanterías.

— ¡ Condesa, condesa ! principio á creer, no que estáís loca, sino que sois ingrata.

— No, yo no estoy loca ni soy ingrata, pero estoy...

— Y bien, veamos, ¿ cómo estáís ?

— Colérica, señor duque.

— ¿ En verdad ?

— ¡ Y lo extrañaís ?

— De ninguna manera, y á fe mia que no os falta por qué.

— He ahí lo que me irrita en vos, mariscal.

— ¿ Hay en mí algo que os irrite, condesa ?

— Sí.

— ¡ Y qué es lo que os irrita, si gustáís decirme lo ? Muy viejo soy para corregirme, pero con todo no hay esfuerzos que yo no sea capaz de hacer por agradañros.

— Lo que me irrita en vos es que siquiera sabéis de lo que se trata, mariscal.

— ¡ Oh, que sí !

— ¿ Conque sabéis lo que me tiene colérica ?

— Sin duda ; Zamora ha roto la fuente chinesca.

Una imperceptible sonrisa asomó á los labios de la joven, pero Zamora, que conocía su culpa, bajó la cabeza con humildad, como si el cielo estuviese preñado de una nube de sopapos y capirotaños.

— Sí, dijo la condesa exhalando un suspiro. Si, duque, tenéis razón ; eso es, y en verdad que sois un político diestro.

— Así me lo han dicho siempre, madama, respondió el señor de Richelieu con un aire lleno de humildad.

— ¡ Oh ! yo no tengo necesidad de que me lo digan para conocerlo, duque ; y habéis dado con la causa de mi enojo en seguida, sin andar buscando á derecha é izquierda... ¡ Eso es soberbio !

— Perfectamente ; sin embargo no es eso sólo.

— ¡ Ah ! ¿ en verdad ?

— No, no es eso sólo, pues aun adivino otra cosa.

— ¿ Verdaderamente ?

— Sí.

— ¿ Y qué es lo que adivinaís ?

— Adivino que esperabais ayer noche á S. M.

— ¿ En dónde lo esperaba ?

— Aquí.

— Bien, ¿ y qué más ?

— Y S. M. no ha venido.

La condesa se sonrió y se incorporó un poco sobre un codo.

— ¡ Ah, ah ! exclamó.

— Y sin embargo, dijo el duque, yo llevo de París.

— ¿ Y eso qué prueba ?

— ¡ Pardiex ! que podía no saber nada de lo que pasa en Versalles... y sin embargo...

— Duque, mi querido duque, hoy todo sois reticencias. ¡ Qué diablo ! Cuando uno ha principiado acaba, y sino no principia.

— Condesa, habláis á vuestras anchuras; dejadme á lo menos tomar aliento. ¿ En dónde estaba ?

— Estabais en... sin embargo...

— ¡ Ah, sí ! es verdad. Y sin embargo no sólo sé que S. M. no ha venido, sino que aun adivino el porqué no ha venido.

— Duque, siempre he pensado para mis adentros que erais adivino; solamente que me faltaba una prueba.

— Pues bien, estoy dispuesto á daros esa prueba.

La condesa, que se interesaba en la conversación más de lo que quería aparentar, abandonó la cabeza de Zamora, cuya caballera estaba enredada entre sus blancos y finos dedos.

— ¡ Dádmela, duque, dádmela ! dijo con viveza.

— ¿ Delante del señor gobernador ? preguntó el duque con admiración.

— Marchate, Zamora, dijo la condesa al negrito, quien, loco de contento, se lanzó de un brinco desde el retrete á la antesala.

— En hora buena, murmuró Richelieu. ¿ Conque es preciso decirlo todo, condesa ?

— ¡ Cómo ! ¿ os embarazaba ese mono de Zamora, duque ?

— Si he de decir la verdad, condesa, un testigo, cualquiera que sea, me embaraza siempre.

— Sí, cualquiera lo comprendo ; pero Zamora, ¿ es cualquiera ?

— Zamora no es ciego ni sordo, y por consiguiente es cualquiera : yo doy ese nombre al que es igual á mí en ojos, oídos y lengua ; es decir, á todo el que puede ver lo que yo hago, oír lo que yo digo, en fin á todo el que puede venderme. Establecida esta teoría, continúo.

— Sí, continuad, duque, y me haréis sumo placer.

— Placer, no lo creo, condesa ; pero no importa,

debo continuar. Conque el rey visitaba ayer á Trianon.

— ¿ El pequeño, ó el grande ?

— El pequeño, y daba el brazo á la Delfina.

— ¡ Ah !

— Y la señora Delfina que, como sabéis, es encantadora.....

— ¡ Ay !

— Le hacía tantas zalamerias... papita por aquí, papita por allá... que S. M., que tiene un corazón de oro, no pudo resistir ; de suerte que al paseo siguió la cena, á la cena los juegos inocentes... En fin.....

— En fin, dijo madama Dubarry pálida de impaciencia, el rey no ha venido á Luciennes, ¿ no es eso lo que queréis decir ?

— ¡ Dios mío ! eso es.

— Es muy natural : S. M. tenía allí todo lo que él ama.

— ¡ Ah ! no, no es eso ; y estáis muy lejos de creer lo que decís ; á lo sumo todo lo que le agrada....

— Es mucho peor, duque, pensad lo que decís : cenar, hablar, jugar, es todo lo que necesita. ¿ Y con quién ha jugado ?

— Con el señor de Choiseul.

La condesa hizo un movimiento de irritación.

— ¿ Queréis que no hablemos más de esto, condesa ? repuso Richelieu.

— Al contrario, caballero, deseo que hablemos.

— Sois tan animosa como aguda, madama ; ataquemos pues al toro por las astas, como dicen los españoles.

— He ahí un proverbio que madama de Choiseul no os perdonaría, duque.

— Sin embargo no le es aplicable. Decía pues, madama, que el señor de Choiseul, puesto que es pre-

eiso llamarlo por su nombre, le hacia la partida, y se la hizo con tanta suerte y destreza.....

— Que ganó.

— No, que perdió, y que S. M. ganó mil luises al piqué, juego en que S. M. tiene mucho amor propio, en atención á que lo juega muy mal.

— ¡ Oh ! Choiseul, Choiseul ! murmuró madama Dubarry. ¿ Y estaba también madama de Grammont ?

— Es decir, condesa, que estaba de marcha.

— ¿ La duquesa ?

— Sí, la duquesa, y creo que hace una tontería.

— ¿ Qué tontería ?

— Viendo que no la persiguen se amohina ; y viendo que no la destierran se destierra ella misma.

— ¿ Adónde ?

— A provincia.

— Va allá á intrigar.

— ¡ Pardiez ! ¿ qué queréis que haga ? Conque, como estaba de marcha, quiso como era natu al saludar á la Delfina, quien la ama mucho. He ahí porqué se hallaba en Trianón.

— ¿ En el grande ?

— Sin duda, pues el pequeño no está todavía amueblado.

— ¡ Ah ! rodeándose de todos esos Choiseul, la señora Delfina da bien á entender qué partido quiere abrazar.

— No, condesa, no exageremos ; porque al cabo mañana habrá marchado ya la duquesa.

— ¡ Y el rey se divertía en donde no estaba yo ! exclamó la condesa con una indignación que no estaba exenta de cierto terror.

— ¡ Dios mío ! sí : es increíble, pero así es, condesa. Vamos, ¿ qué inferís de eso ?

— Que estáis bien informado, duque.

— ¿ Y nada más ?

— Sí, algo más.

— Entonces, acabad.

— Infiero también que, de buen grado ó por fuerza, es preciso sacar al rey de entre las garras de esos Choiseul, ó sino nosotros estamos perdidos.

— ¡ Ay Jesús !

— Perdonad, repuso la condesa ; digo nosotros, pero tranquilizaos, duque, pues esto sólo es aplicable á mi familia.

— Y á los amigos, condesa ; así permitid que á este título tome mi parte.

— ¿ Conque según eso sois del número de mis amigos ?

— Creía habéroslo dicho, madama.

— Eso no es bastante.

— Y habéroslo probado.

— Eso es mejor, ¿ y me ayudaréis ?

— Con todas mis fuerzas, condesa ; pero.....

— ¿ Pero qué ?

— No os debo ocultar que la obra es difícil.

— ¡ Cómo ! ¿ son indesarraigables los Choiseul ?

— Cuando menos, están plantados vigorosamente.

— ¿ Lo creéis así ?

— ¡ Vaya si lo creo !

— Así, diga lo que quiera el bueno de La Fontaine, no hay contra esa eneina ni viento ni tempestad.

— Ese ministro es un gran genio.

— ¡ Bueno ! ¿ estáis hablando como los enciclopedistas, duque !

— ¿ No soy de la Academia ?

— ¡ Oh ! ¿ lo sois tan poco, duque !

— Verdad es, y tenéis razón ; quien lo es, es mi secretario y no yo. Pero no por eso persisto menos en mi opinión.

- ¿De que el señor de Choiseul es un genio ?
- Sin duda.
- ¿Pero en qué brilla ese genio ? Veamos.
- Madama, en que ha hecho tal negocio de los parlamentos y de los ingleses, que el rey no puede desprenderse de él.
- ¡ Los parlamentos ! lo que él hace es excitarlos contra S. M.
- Sin duda, y en eso está su habilidad.
- ¡ Los ingleses ! lo que hace es excitarlos á la guerra.
- Justamente ; la paz le perdería.
- Eso no es genio, duque.
- Entonces, ¿ qué es, condesa ?
- Es alta traición.
- Condesa, cuando la alta traición triunfa, se llama genio, y me parece que el mejor.
- Pues si así es, duque, yo conozco á alguno que es tan hábil como el señor de Choiseul.
- ¡ Bah !
- Á lo menos por lo tocante á los parlamentos.
- Ese es el negocio principal.
- Porque ese alguno es la causa de la sublevación de los parlamentos.
- Condesa, excitáis mi curiosidad.
- ¿ No lo conocéis, duque ?
- Á fe mía que no.
- Sin embargo, es de vuestra familia.
- ¿ Tendría yo un hombre de genio en mi familia ?
- ¿ Habláis por casualidad del cardenal duque mi tío, madama ?
- No, hablo de vuestro sobrino el duque de Aiguillon.
- ¡ Ah ! verdad es, el señor de Aiguillon, que ha dado el impulso al negocio La Chalotais, es un mozo

- de provecho á fe mía ; si, si lo es. Os aseguro que se ha lucido en ese negocio. Ese sí, condesa, que es un hombre que una mujer debería atraerse.
- ¿ Creeréis, duque, que no conozco á vuestro sobrino ?
- ¿ Verdaderamente no lo conocéis, madama ?
- No, no le he visto jamás.
- ¡ Pobre muchacho ! en efecto, desde vuestro advenimiento siempre ha vivido en el fondo de la Bretaña. ¡ Cuidado con él cuando os vea, porque no está acostumbrado al sol !
- ¿ Y cómo puede vivir entre esos golillas un hombre de talento y de raza como él ?
- No pudiendo hacer otra cosa, los revoluciona. Ya comprendéis, condesa, cada uno se divierte con lo que puede, y como en Bretaña no hay grandes placeres... ¡ Ah ! ese sí que es hombre activo. ¡ Fuego ! ¡ qué servidor tendría el rey, si quisiera !... No sería él á quien los parlamentos se subiesen á las barbas. ¡ Ah ! es un verdadero Richelieu, condesa ; así permitidme.....
- ¿ Qué ?
- Que os lo presente la primera vez que venga.
- ¿ Conque debe venir luego á París ?
- ¿ Quién sabe ? quizás tenga aun que quedarse durante un lustro en la Bretaña, como dice ese amante de Voltaire ; quizás esté ya en camino ; tal vez esté á doscientas leguas, ó tal vez en la barrera.
- Y el mariscal estudió en el rostro de la joven el efecto de estas últimas palabras. Pero después de un momento de meditación, dijo la condesa :
- Volvamos al punto en que estábamos.
- Adonde queráis, condesa.
- ¿ En dónde estábamos ?
- En el momento en que S. M. se divierte tanto en Trianón, en compañía del señor de Choiseul.

— Y en que hablábamos e la despedida de es Choiseul, duque.

— Es decir, en que hablabais de despedirlo, con desá.

— ¡ Cómo ! dijo la favorita. Tengo tantos deseos de que se marche que me expongo á morir si no lo logro, ¿ y no me ayudaréis, duque ?

— ¡ Oh ! ¡ oh ! exclamó Richelieu con gravedad. He ahí lo que en la política llamamos nosotros una insinuación.

— Tomadlo como os plazca, llamadlo como os convenga, pero respondedme categóricamente.

— ¡ Oh ! he ahí un adverbio muy feo en una chiquita y linda boca.

— ¿ Llamáis á eso responder, duque ?

— No precisamente; lo llamo preparar mi respuesta.

— ¿ Está ya preparada ?

— Aguardad.

— ¿ Vaciláis, duque ?

— No.

— Y bien; ya os escucho.

— ¿ Qué opináis de los apólogos, condesa ?

— Que son cosa muy vieja.

— ¡ Bah ! también el sol lo es, y aun no hemos inventado nada mejor para alumbrarnos.

— Oigamos pues el apólogo, pero que sea transparente.

— Como el cristal.

— Vamos, pues.

— ¿ Me escucháis, hermosa dama ?

— Escucho.

— Suponed pues, condesa... ya sabéis que en los apólogos siempre se supone.

— ¡ Dios mío ! ¡ qué pesado sois, duque !

— No creéis una palabra de cuanto estáis diciendo, condesa; porque jamás habéis escuchado con más atención.

— Sea así, no tengo razón.

— Suponed, pues, que os estáis paseando por vuestro hermoso jardín de Luciennes y que percibís una magnífica ciruela, una de esas ciruelas-claudias que tanto os gustan, porque tienen colores encarnados y purpurinos que se parecen á los vuestros.

— ¡ Adelante, adulador !

— Que percibís, digo, una de esas ciruelas en la punta de una rama á la copa de un árbol; ¿ qué es lo que hacéis, condesa ?

— ¡ Pardiez ! sacudo el árbol.

— Sí, pero inútilmente; porque el árbol es grueso, indesarraigable, como vos decíais hace un momento; y no tardáis en observar que sin conmoerlo, os arañáis contra su corteza vuestras lindas manecitas. Entonces decís, volviendo la cabeza de ese modo adorable que sólo á vos y á las flores es peculiar: ¡ Dios mío, Dios mío ! ¡ cuánto quisiera ver en el suelo esa ciruela ! y os llenáis de despecho.

— Es bastante natural, duque.

— De seguro que no seré yo quien os diga lo contrario.

— Continuad, querido duque, porque vuestro apólogo me interesa vivamente.

— De súbito, al volveros de ese modo, percibís á vuestro amigo el duque de Richelieu que se pasea pensando.

— ¿ En qué ?

— ¡ Me gusta la pregunta ! En vos. Y vos le decís con vuestra admirable vocecita: ¡ Duque, duque !

— Muy bien.

— Vos sois un hombre, sois fuerte, habéis tomado

á Mahón; sacudidme un poco este diablo de árbol, para coger esa maldita ciruela. ¿Condesa, no es esto? ¡Heim!

— Absolutamente, duque; yo decía la cosa en voz baja, mientras vos la deciais en voz alta; pero ¿qué respondíais vos?

— ¿Qué respondía?

— Sí.

— Yo respondía... ¿Con qué interés lo tomáis, condesa!... Que me place en extremo; pero mirad, mirad qué sólido es este árbol, qué nudosas sus ramas: ¡qué diablo! A mí también me gusta cuidar mis manos, aunque tienen cincuenta años más que las vuestras.

— ¡Ah! exclamó de súbito la condesa. Bien, ya comprendo.

— Entonces continuad el apólogo; ¿qué me decís?

— Os digo.....

— ¿Con vuestra dulce voz.....

— Sí, con mi dulce voz.

— Decid, decid.

— Os digo: querido mariscal, cesad de mirar con indiferencia esa ciruela, al cabo sólo miráis de ese modo porque no es para vos; deseadla conmigo, querido mariscal; codiciadla conmigo, y si me sacudís el árbol como se necesita, y cae la ciruela... ¡y bien!

— ¡Y bien!

— La comeremos entre los dos.

— ¡Bravo! exclamó el duque palmoteando.

— ¿No es eso?

— A fe mía, condesa, que no hay quien os iguale en terminar un apólogo. ¡Por mis cuernos, como decía mi difunto padre, que se ha arreglado galanamente!

— ¿Conque vais á sacudir el árbol, duque?

— Con ambas manos, condesa.

— Y la ciruela ¿era realmente una ciruela-claudia?

— No se puede asegurar perfectamente, condesa.

— Entonces ¿qué es?

— Me parece que lo que estaba en la copa del árbol era más bien una cartera.

— Entonces ¿para nosotros dos la cartera!

— ¡Oh! no, para mí solo. No me envidiéis esa cartera, condesa; pues con ella caerán tan hermosas cosas cuando yo haya sacudido el árbol, que no sabréis en qué escoger.

— Y bien, mariscal, ¿es negocio arreglado?

— Yo ocuparé el puesto del señor de Choiseul.

— Si el rey lo quiere.

— ¿No quiere el rey todo lo que vos queréis?

— Bien estáis viendo que no, puesto que no quiere despedir á su Choiseul.

— ¡Oh! esperó que el rey se dignará acordarse de su viejo compañero.

— ¿De armas?

— Sí, de armas; los más grandes peligros no están siempre en la guerra, condesa.

— ¿Y no pedís nada para el duque de Aiguillón?

— A fe mía que no; ese buen perillán ya sabrá pedirlo él mismo.

— Además, ahí estaréis vos. Ahora, á mi vez.

— Á vuestra vez, ¿el qué?

— El pediros.

— Justo es.

— ¿Qué me daréis?

— Lo que queráis.

— Yo lo quiero todo.

— Es muy razonable.

— ¿Y lo tendré?

— Bella pregunta. ¿Pero á lo menos os daréis por satisfecha, y no me pediréis más que eso?

— Nada más que eso, y otra cosita.

- Decid qué cosita.
 — ¿ Conocéis al señor de Taverney ?
 — Es mi amigo hace cuarenta años.
 — ¿ Tiene un hijo ?
 — Y una hija.
 — Precisamente.
 — ¿ Y qué más ?
 — Nada más.
 — ¿ Cómo nada más ?
 — Sí, esa cosita que aun tengo que pedir, os la pediré en su tiempo y lugar.
 — Admirablemente.
 — ¿ Quedamos corrientes, duque ?
 — Sí, condesa.
 — Queda firmado.
 — Jurado, que es mucho mejor.
 — Entonces, derribadme el árbol.
 — Tengo medios para hacerlo.
 — ¿ Cuáles ?
 — Mi sobrino.
 — ¿ Y qué más ?
 — Los jesuitas.
 — ¡ Ah ! ¡ ah !
 — Todo un pequeño plan muy agradable que me había formado al acaso.
 — ¿ Se puede saber ?
 — ¡ Ay, condesa !
 — Sí, sí, tenéis razón.
 — Bien sabéis que el secreto....
 — Es el alma del acierto, acabo vuestra idea.
 — Sois adorable.
 — Pero yo quiero sacudir el árbol por mi parte.
 — Muy bien ; sacudid, sacudid, condesa, que lo mucho no daña.
 — Y tengo mi medio.

- ¿ Lo creéis bueno ?
 — Estoy pagada por eso.
 — ¿Cuál es ?
 — ¡ Ah ! ya lo veréis, duque ; ó más bien....
 — ¿ Qué ?
 — No, no lo veréis.

Y pronunciadas estas palabras con una dulzura que era peculiar á aquella hechicera boca, la loca condesa, como si volviese en sí, bajó rápidamente las ondas de raso de su falda que, en el acceso diplomático, había operado un movimiento de flujo equivalente al de la mar.

El duque, que era algún tanto marino, y que por consiguiente estaba familiarizado con los caprichos del Océano, soltó la carcajada, besó las manos de la condesa, y adivinó, él que tan bien adivinaba, que estaba concluida su audiencia.

- ¿ Cuándo principiaréis á derribar el árbol, duque ?
 — Mañana. Y vos, ¿ cuándo principiaréis á sacudirlo ?

Oyóse un gran ruido de coches en el patio, y casi al mismo tiempo los gritos de : ¡ Viva el rey !

- ¡ Yo ! dijo la condesa mirando por lo ventana, yo voy á principiar en seguida.

- ¡ Bravo !
 — Bajad por la escalera excusada, duque, y aguardadme en el patio, pues tendréis mi respuesta dentro de una hora.

El plato de segunda mesa del rey

El rey Luis XV no era tan manejable que se pudiese hablar de política con él todos los días.

En efecto, fastidiábale mucho la política, y en sus días de apuro salía de él con este argumento que no admitía réplica:

— ¡Bah! ¡la máquina siempre durará tanto como yo!

Cuando la ocasión era favorable, se aprovechaba, pero era raro que el monarca no recobrase su ventaja que un momento de buen humor le había hecho perder.

Madama Dubarry conocía tan bien á su rey que, á manera de los pescadores que conocen la mar, jamás se embarcaba con mal temporal. Y cuando el rey iba á verla á Luciennes era uno de los mejores momentos posibles. — El rey no había tenido razón la vispera y sabía de antemano que iban á regañarle; por consiguiente en aquel momento estaba muy benigno.

Sin embargo, por confiada que sea la pieza que el cazador acecha, siempre tiene cierto instinto de que es preciso saber desconfiar; pero ese instinto sale errado cuando el cazador es diestro.

He aquí cómo se arregló la condesa respecto de la caza real que ella quería atraer á sus lazos

Estaba, como creemos haber dicho, en unos paños menores muy galantes, como los que Boucher pone á

sus pastoras. Sólo que no tenía colorete, porque éste era antipático al rey Luis XV.

Así que anunciaron á S. M. la condesa se arrojó á su tarro de colorete y comenzó á frotarse las mejillas furiosamente.

El rey vió desde la antesala la ocupación á que se entregaba.

— ¡Puf! dijo al entrar. ¡La pícara se está dando colorete!

— ¡Ah! buenos días, señor, dijo la condesa sin dejar su postura delante del espejo ni interrumpir su operación, aun cuando el rey la besó en el cuello.

— Parece que no me esperabais, condesa, dijo el rey.

— ¡Y por qué no, señor?

— Porque estáis ensuciando de ese modo vuestra cara.

— Al contrario, señor; estaba segura de que no pasaría el día sin tener el honor de ver á V. M.

— ¡Con qué tono me lo decís, condesa!

— ¡Lo creéis así?

— Sí. Estáis seria como Rousseau cuando escucha su música.

— Es porque en efecto, señor, tengo alguna cosa seria que decir á V. M.

— ¡Ah, bueno! Ya os veo venir, condesa.

— ¡En verdad?

— Sí, me vais á hacer reconvenções.

— ¡Yo! de ninguna manera, señor. ¡Y por qué os las había de hacer?

— Porque no he venido ayer.

— ¡Oh! señor, me haréis la justicia de creer que no tengo la pretensión de confiscar á V. M.

— Juanita, tú te pones enojada.

— ¡Oh! no, señor; lo estoy ya hasta no poder más.

— Escuchad, condesa; os aseguro que no he dejado un momento de pensar en vos.

— ¡Bah!

— Y que la noche me ha parecido eterna.

— Pero, señor, me parece que no os digo una palabra de eso. V. M. pasa las noches en donde le acomoda, y nadie tiene que ver en ello.

— En familia, madama, en familia.

— Señor, ni siquiera me he informado de ello.

— ¡Y por qué así?

— ¡Diantre! convendréis, señor, en que eso sería muy mal visto.

— Pues entonces, exclamó el rey, si no me reconvenís por eso, ¿por qué me reconvenís? porque al cabo, es preciso ser justos en el mundo.

— Yo no os reconvengo, señor.

— Sin embargo, supuesto que estáis enojada.

— Lo estoy, sí, señor; en cuanto á eso, cierto es.

— Pero ¿y por qué?

— Porque soy un suple-faltas.

— Vos ¿gran Dios!

— ¡Yo! sí, ¡yo! ¡La condesa Dubarry! La linda Juana, la hechicera Juanita, como la llama V. M.; sí, soy el plato de segunda mesa.

— Pero ¿por qué?

— Porque yo tengo á mi rey, á mi amante, cuando madama de Choiseul y madama de Grammont no lo quieren.

— ¡Oh! ¡oh! condesa...

— ¡Á fe mía! ¡tanto peor! yo digo en plata las cosas que tengo en el corazón. Escuchad, señor; aseguran que madama de Grammont os ha acechado muchas veces á la entrada de vuestro cuarto de dormir. Yo haré todo lo contrario de la noble duquesa: acharé á la salida, y el primer Choiseul ó la primera

Grammont que me caiga entre las uñas... ¡tanto peor, á fe mía!

— ¡Condesa! ¡condesa!

— ¿Qué queréis? Yo soy una mujer mal educada, soy la manceba de Blas, la bella Borhonesa, ya sabéis.

— Condesa, los Choiseul se vengarán.

— ¿Qué importa, con tal que se venguen de mi venganza?

— Seremos escarnecidos.

— Tenéis razón.

— ¡Ah!

— Tengo un medio maravilloso, y voy á ponerlo en ejecución.

— ¿Y qué medio es? preguntó el rey.

— El de marcharme pura y simplemente.

El rey se encogió de hombros.

— ¡Ah! parece que no lo creéis, señor.

— Á fe mía que no.

— Es porque no os tomáis el trabajo de raciocinar; me confundis con otras.

— ¿Y cómo así?

— Sin duda. Madama de Chateauroux quería ser una diosa; madama de Pompadour una reina; las otras querían ser ricas, poderosas, y humillar á las damas de la corte con el peso de sus favores. Yo no tengo ninguno de esos defectos.

— Verdad es.

— Al paso que tengo muchas buenas cualidades

— También es verdad.

— No decís una sola palabra de lo que pensáis.

— ¡Oh! condesa, nadie está más convencido que yo de lo mucho que valéis.

— Sea así, pero escuchad; lo que voy á decir no puede perjudicar á vuestra convicción.

— Decid.

— Primeramente, yo soy rica y no tengo necesidad de nacie.

— Condesa, queréis hacer que me pese el que lo seáis.

— Luego, no tengo el menor orgullo por todo lo que lisonjaba á aquellas damas, el menor deseo de todo lo que ellas ambicionaban; siempre he querido amar á mi amante ante todas las cosas, fuese mi amante mosquetero ó rey. Desde el día en que yo no amo, á nada tengo apego.

— Debo creer que aun me tenéis á mi un poco condesa.

— Aun no he concluído, señor.

— Entonces continuad, madama.

— Tengo que decir aun á V. M. que soy linda, que soy joven, que aun me quedan diez años de hermosura, y que no solamente seré la mujer más dichosa de mando, sino también la más respetada, desde el día en que deje de ser vuestra manceba. Parece que os soureis, señor... Entonces siento deciros que es porque no reflexionáis. Las otras favoritas, mi querido rey, cuando estabais bastante cansado de ellas, y vuestro pueblo lo estaba demasiado, las despediais, y os atraiais las bendiciones de vuestro pueblo que execraba como antes á la que caía en desgracia; pero yo no aguardaré á que me despidan. Yo dejaré el puesto, y haré saber á todos que lo he dejado. Daré cien mil libras á los pobres é iré á pasar ocho días en un convento haciendo penitencia, y antes de un mes tendré mi retrato en todas las iglesias para formar pareja con la Magdalena arrepentida.

— ¡ Oh ! condesa, no habláis seriamente, dijo el rey.

— Miradme, señor, y ved si estoy ó no seria. Al contrario, os juro que jamás en mi vida he hablado más seriamente.

— Haréis esa mezquindad, Juana. Pero ¡ sabéis que me las estáis apostando, señora condesa ?

— No, señor, porque el apostáros las sería deciros simplemente : escoged entre esto y eso.

— Mientras que.....

— Mientras que os digo : ¡ adiós, señor ! y nada más.

El rey palideció, pero de cólera.

— Si me olvidáis de ese modo, madama, ¡ tened cuidado !

— ¡ De qué, señor ?

— Os enviaré á la Bastilla.

— ¡ Á mí ?

— Sí, á vos; y á la Bastilla en donde uno se fastidia más que en un convento.

— ¡ Oh, señor ! exclamó la condesa juntando las manos. ¡ Si me hicieseis esa gracia !

— ¡ Qué gracia ?

— La de enviarme á la Bastilla.

— ¡ Heim !

— ¡ Me colmaréis de placer !

— ¡ Cómo así ?

— Sí. Mi ambición oculta es el ser popular como el señor de La Chalotais ó el señor de Voltaire. Para eso me falta la Bastilla... Un poco de Bastilla y soy la mujer más dichosa. Esa será para mi una ocasión de escribir Memorias sobre mi, sobre vuestros ministros, sobre vuestras hijas, sobre vos mismo, y de transmitir de ese modo á la más remota posteridad las virtudes de Luis el muy amado. Extendedme la carta-orden, señor. Mirad, yo pongo la pluma y la tinta.

Y diciendo esto, presentó al rey una pluma y un tintero que estaban sobre el velador.

El rey, así desafiado, reflexionó un momento, y levantándose :

- Está bien. Adiós, madama, dijo.
- ¡ Mis caballos ! gritó la condesa. ¡ Adiós, señor !
El rey dió un paso hacia la puerta.
- ¡ Chon ! gritó la condesa.
- Se presentó Chon.
- ¡ Mis baúles, mi servicio de viaje y la posta !
¡ Vamos, vamos ! dijo la condesa.
- ¡ La posta ! repitió Chon aterrada. ¿ Qué es lo que pasa, Dios mío ?
- Pasa, querida mía, que si no partimos cuanto antes, S. M. va á enviarnos á la Bastilla. Asi no hay que perder tiempo... ¡ Despacha, Chon, despacha !
Este reproche hirió á Luis XV en el corazón ; el rey volvió á la condesa y le cogió la mano.
- Perdonad, condesa, mi viveza, dijo.
- ¡ En verdad, señor, que estoy admirada de que no me hayáis amenazado también con el patíbulo !
- ¡ Oh, condesa !
- Sin duda. ¿ No ahorcan á los ladrones ?
- ¡ Y qué ?
- ¿ Acaso no robo yo el puesto de madama de Grammont ?
- ¡ Condesa !
- ¡ Pardiez ! Ese es mi crimen, señor.
- Escuchad, condesa, sed justa: me habéis exasperado.
- ¡ Y ahora ?
- El rey le alargó las manos.
- Ninguno de los dos tenía razón. Ahora, perdonémonos recíprocamente.
- ¡ Me pedís seriamente una reconciliación, señor ?
- Bajo mi palabra.
- Retírate, Chon.
- ¿ Sin encargar nada ? preguntó Chon á su hermana.

- Al contrario, encarga todo lo que te he dicho.
- ¡ Condesa !
- Pero que aguarden nuevas órdenes.
- ¡ Ah !
- Chon salió.
- ¿ Conque me queréis ? dijo la condesa al rey.
- Sobre todas las cosas.
- Reflexionad lo qué decís, señor.
- El rey reflexionó en efecto, pero no podia desdecirse ; además quería ver hasta dónde llegaban las exigencias del vencedor.
- Hablad, dijo.
- Al momento. ¡ Pensadlo bien, señor ! Yo marchaba sin pedir nada.
- Demasiado lo he visto.
- Pero si me quedo pediré alguna cosa.
- ¿ Qué ? Sólo se trata de saber qué pedís.
- ¡ Ah ! demasiado lo sabéis.
- No.
- Sí tal, puesto que ya os ponéis de ceño.
- ¿ La despedida del señor de Choiseul ?
- Precisamente.
- Imposible, condesa.
- Entonces, mis caballos.....
- Pero, atolondrada.....
- Firmad mi carta-orden para la Bastilla, ó la que despide el ministro.
- Hay un medio de conciliarlo todo, dijo el rey.
- ¡ Gracias por vuestra clemencia, señor ! Partiré sin ser inquietada, á lo que parece.
- Condesa, sois mujer.
- Afortunadamente.
- Y habláis de política como una verdadera mujer amotinada y colérica. Yo no tengo ningún motivo para despedir al señor de Choiseul.

— Comprendo, al ídolo de vuestros parlamentos, al que los sostiene en la insurrección.

— En fin, se necesita un pretexto.

— El pretexto es la razón del débil.

— Condesa, el señor de Choiseul es un hombre honrado, y los hombres honrados son raros.

— Es un hombre honrado que os vende á los goliathas, los cuales os comen todo el oro de vuestro reino.

— No exageréis, condesa.

— A lo menos la mitad.

— ¡Dios mío! exclamó Luis XV despechado.

— ¡Pero en realidad, exclamó por su parte la condesa, muy necia soy! ¿Qué me importan á mí los parlamentos, los Choiseul ni su gobierno? ¿Qué me importa el mismo rey, á mí que soy el plato de segunda mesa?

— ¿Volvemos á las andadas?

— Volvemos, sí, señor.

— Vamos, condesa, dejadme dos horas de reflexión.

— Diez minutos, señor. Entro en mi cuarto, deslizo vuestra respuesta por debajo de la puerta: ahí tenéis papel, tintero y pluma. Si en diez minutos no me habéis respondido ó no me respondéis á mi gusto...

¡Adiós, señor!... No penséis más en mí, pues habré partido. Sino.....

— ¿Sino?

— Apoyad sobre el botón y caerá la clavijilla.

Luis XV, para tomarse cierto continente, besó la mano de la condesa, quien al retirarse le lanzó, como los Partos, su sonrisa más provocativa.

El rey no hizo la menor oposición á su retirada, y la condesa se encerró en el cuarto contiguo.

Al cabo de cinco minutos, un papel plegado en cuatro dobles rozó la guarnición de seda de la puerta y la lana de la alfombra.

La condesa leyó con avidez el contenido del billetes escribió apresuradamente algunas palabras con lápiz, y las arrojó al señor de Richelieu, que se estaba paseando en el pequeño patio bajo un tejadillo, con gran miedo de ser visto y por consiguiente muy alerta.

El mariscal desplegó el papel, leyó, y echando á correr á pesar de sus setenta y cinco años, llegó al patio principal en donde estaba su coche.

— ¡Cochero, dijo, á Versailles á todo correr!

He aquí el contenido del papel que la condesa había arrojado por la ventana al señor de Richelieu:

« He saudido el árbol, y ha caído la cartera. »

IV
 ALERE FLAMMAM
 Cómo trabajaba Luis XV con su Ministro

Al día siguiente circulaban por Versalles grandes rumores; todos los que se encontraban se dirigían palabras misteriosas, se daban apretones de manos muy significativos, ó bien se cruzaban los brazos y dirigían miradas al cielo para manifestar su dolor y sorpresa.

El señor de Richelieu, con no pocos partidarios suyos, se hallaba á las diez de la mañana en Trianón en la antecámara del rey.

El conde Juan, muy engalanado y resplandeciente, conversaba con el viejo mariscal, revelando el mayor contento en su risueño semblante.

Á eso de las once pasó el rey á un gabinete de despacho, con mucha prisa y sin dirigir la palabra á nadie.

Á las once y cinco minutos se apeó de su coche el señor de Choiseul y atravesó la galería con la cartera bajo el brazo.

Á su paso hubo un gran movimiento de personas que se volvían para aparentar que hablaban entre sí y no saludar al ministro.

El duque no hizo alto en aquella evolución, y entró en el gabinete, donde halló al rey hojeando un legajo de papeles mientras tomaba el chocolate.

— Buenos días, duque, le dijo el rey amistosamente. ¿ Venis bien dispuesto esta mañana ?

— Señor, el señor de Choiseul está bien dispuesto y perfectamente sano, pero el ministro está muy indispuerto, y viene á suplicar á V. M., puesto que nada le dice, se digne admitir su dimisión. Doy gracias al rey por haberme permitido esta iniciativa, y viviré eternamente reconocido á este último favor.

— ¡ Cómo, duque ! ¡ Vuestra dimisión ! ¿ qué significa eso ?

— Señor, V. M. firmó ayer á madama Dubarry una orden destituyéndome, y esa noticia ha circulado ya por todo París y Versalles. El mal está ya hecho, pero á pesar de eso no me ha parecido conveniente el abandonar el servicio de V. M. antes de haber recibido dicha orden y el necesario permiso, pues habiendo sido nombrado oficialmente, sólo puedo considerarme destituido por un acto oficial.

— ¡ Cómo, duque ! exclamó el rey riéndose, porque la severa y digna actitud del señor de Choiseul le imponía hasta el punto de inspirarle temor. ¿ Es posible que un hombre de vuestro talento y formalidad haya creído eso ?

— Pero, señor, repuso el ministro con sorpresa, vos habéis firmado.....

— ¿ Qué ?

— Una carta que madama Dubarry tiene en su poder.

— ¡ Ah, duque ! ¿ nunca habéis tenido necesidad de hacer las paces ? Sois muy feliz por cierto, y madama de Choiseul es un modelo.

Ofendido el duque de la comparación arrugó las cejas.

— V. M., respondió, tiene un carácter demasiado

elevado para confundir con los negocios del Estado lo que se ha dignado llamar asuntos domésticos.

— Choiseul, es preciso que os lo refiera todo, pues ha sido demasiado divertido; no ignoráis que por allá se os teme.

— Es decir, señor, que se me aborrece.

— Como queráis: el hecho es que esa loca me ha puesto en la alternativa de que la encierre en la Bastilla, ó de que os dé las gracias por vuestros servicios.

— Y bien, señor.....

— Debéis confesar que hubiera sido una gran desgracia perder el golpe de vista que ofrece Versalles esta mañana. Así que, desde ayer me divierto en ver cómo se despachan correos en todas direcciones, y cómo se estiran y encogen los rostros de mis cortesanos. Ya lo veis: desde ayer gobierna la Francia Corlón III, lo cual es sumamente agradable.

— ¿Pero el fin de todo eso, señor?

— El fin, mi querido duque, será siempre el mismo.

Ya me conocéis, y no ignoráis que aunque siempre aparento ceder, nunca cedo. Dejad que las mujeres se devoren el pastel que les arrojé de vez en cuando, como hacían los que procuraban adormecer á Cerbero, y vivamos nosotros tranquilos, imperturbables y siempre unidos. Sin embargo, ya que hemos llegado por este incidente al artículo de las explicaciones, conservad en la memoria lo que voy á deciros: Sean cuales fueren los rumores que lleguen á vuestros oídos, sea cual fuere el contenido de cualquiera carta mía que recibáis, no por eso dejéis de venir á Versalles... Mientras os diga lo que ahora estáis oyendo seremos buenos amigos.

El rey alargó la mano al ministro, que se inclinó sin expresar gratitud ni resentimiento.

— Y ahora, duque, trabajemos, si así os place.

— Estoy á las órdenes de V. M., respondió el señor de Choiseul abriendo la cartera.

— Y para empezar decidme algo acerca de los últimos fuegos artificiales.

— ¡Oh! han ocasionado lamentables desgracias, señor.

— ¿Quién ha tenido la culpa?

— El señor de Bignon, preboste de los mercaderes.

— ¿Ha clamado mucho el pueblo?

— Mucho, señor.

— De modo que tal vez hubiéramos debido destituir al señor de Bignon.

— El parlamento, uno de cuyos individuos ha estado expuesto á perecer en medio del tumulto, tomó la cosa muy á pechos, pero el abogado general Segurier ha pronunciado un elocuente discurso para probar que todas aquellas desgracias han sido obra de la fatalidad. Se le ha aplaudido, y el asunto no ha tenido consecuencias.

— Tanto mejor. Hablemos ahora de los parlamentos y sepamos lo que nos echan en cara.

— Nos echan en cara, señor, que no he sostenido al señor de Aiguillon contra el señor de La Chalotais; pero ¿quién se ocupa de eso? Los mismos que han recibido con mil aplausos la carta de V. M. Tened entendido, señor, que el señor de Aiguillon ha extralimitado sus facultades en Bretaña, que los jesuitas estaban realmente desterrados y que el señor de La Chalotais tenía razón; que V. M. ha reconocido por un acto público la inocencia del procurador general. El rey no puede desdeñarse: no importa que lo haga cuando habla con su ministro, pero ¿cuando habla con su pueblo !!!.....

— Entretanto los parlamentos se consideran más fuertes.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

29973

— Y lo son en efecto. ¿No sabéis que se prende á sus miembros, que se les veja, que se les multa, y que luego se les declara inocentes? Por fuerza han de ser fuertes. No he acusado al señor de Aiguillon de haber dado principio al asunto de La Chalotais; pero nunca podré perdonarle el no haber tenido razón.

— Vamos, duque, el mal está hecho; pensemos en el remedio. ¿Cómo contendremos á esos insolentes?

— Que cesen las intrigas del señor canceller, que falte apoyo al señor de Aiguillon, y se extinguirá la cólera del parlamento.

— Pero es ceder por mi parte.

— ¿Y quién representa á V. M., el señor de Aiguillon ó yo?

El argumento era rudo, y el rey lo conoció.

— Ya sabéis, dijo, que no acostumbro disgustar á mis servidores aun cuando conozca que se han equivocado. Pero dejemos ya eso, pues el tiempo nos hará justicia á todos, y ocupémonos del exterior... Me han dicho que tendremos guerra.

— Señor, si llega ese caso será una guerra leal y necesaria.

— Con los ingleses... ¡Demonio!

— ¿Teme acaso V. M. á los ingleses?

— ¡Oh! lo que es en el mar....

— Tranquilecese V. M. El duque de Praslin, primo mío y ministro de Marina, os dirá que tiene sesenta y cuatro navios, sin contar los que están en los astilleros, así como materiales para construir doce más en un año, con cincuenta fragatas de línea por año didura, lo cual constituye una fuerza respetable para una guerra marítima. En cuanto á la guerra continental estamos mejor, pues tenemos á Fontenoy.

— Perfectamente, duque; pero ¿por qué he de combatir contra los ingleses? Una administración mucho

menos hábil que la vuestra, la del abate Dubois, ha evitado siempre la guerra contra la Inglaterra.

— Ya lo creo, señor; como que el abate Dubois recibía mensualmente de los ingleses seiscientas mil libras.

— ¡Duque, duque!

— Tengo la prueba, señor.

— Sea así: pero ¿en qué veis motivo para una guerra?

— La Inglaterra pretende la posesión de toda la India, y he dado á vuestros oficiales las órdenes más severas y aun más hostiles. La primera colisión ocasionará reclamaciones por parte de la Inglaterra, y mi parecer es que no debemos satisfacerlas, pues es preciso que el gobierno de V. M. sea respetado por su fuerza, ya que hasta aquí sólo lo ha sido por la corrupción.

— Lo que conviene es dar tiempo al tiempo, porque, ¿quién ha de saber en la India lo que hacemos aquí? ¡Están tan lejos!

El duque se mordió los labios y dijo:

— Hay otro *casus belli* mucho más próximo para nosotros.

— ¿Otro todavía? ¿Cuál es?

— Los españoles aspiran á la posesión de las islas Maluinas y Falkland: los ingleses habían ocupado arbitrariamente el puerto de Egmont; pero los españoles los han arrojado de él á viva fuerza: de ahí proviene el furor de la Inglaterra, y al presente amenaza á sus contrarios con los mayores rigores, si éstos no le dan satisfacción.

— ¡Y bien! si los españoles han obrado mal con los ingleses, los dejaremos que se las arreglan entre sí.

— ¿Y el pacto de familia? ¿Por qué os habéis empeñado en firmar ese pacto, que liga estrechamente

á todos los Borbones de Europa contra las empresas de la Inglaterra?

El rey inclinó la frente.

— No os inquietéis, señor, prosiguió Choiseul; tenéis un ejército formidable, una marina imponente y dinero, pues yo sé proporcionarlo sin dar lugar á que griten los pueblos. Si tenemos la guerra, será una causa de gloria para el reinado de V. M. y estoy proyectando un engrandecimiento, cuyo pretexto y excusa no ofrecerán otros.

— Corriente, duque; pero al menos tengamos paz en el interior; no debemos buscar la guerra en todas partes.

— Señor, el interior está tranquilo, replicó Choiseul, fingiendo que no comprendía.

— No por cierto, no; vos lo conocéis perfectamente. Vos me amáis y me servís bien; pero hay otros que suponen amarme y que obran de distinto modo que vos: es preciso por lo tanto conciliar estos dos sistemas, á fin de que yo pueda vivir dichoso.

— No dependerá de mí el que vuestra felicidad deje de ser completa.

— Eso se llama hablar sabiamente. Pues bien, venid hoy á comer conmigo.

— ¿ Á Versalles, señor?

— No, á Luciennes.

— ¡ Oh, señor! lo siento infinito; pero mi familia está muy alarmada con la noticia que ayer se esparció, y me cree caído de la gracia de V. M. Ya sabéis, señor, que no debo permitir que padezcan por más tiempo tan buenos corazones.

— ¡ Y os parece, duque, que no padecen las personas de quienes os estoy hablando? Acordaos de lo bien que vivíamos los tres en tiempo de la pobre marquesa.

El duque bajó la cabeza, oscurecieron sus ojos, y un suspiro medio ahogado se escapó de su pecho al contestar:

— Madama de Pompadour era sumamente celosa de la gloria de V. M. y abrigaba profundas ideas políticas. Confieso que su gemo simpatizaba con mi carácter, y muchas veces me he unido á ella para llevar á cabo grandes empresas: os digo, señor, que nos entendíamos.

— Pero se mezclaba en la política del gobierno, y todos la criticaban por esto.

— Es verdad.

— La condesa, por el contrario, es mansa como un cordero, y ni siquiera ha pedido hasta hoy un solo mandamiento de prisión contra los libelistas y cancioneros. Pues bien, duque: á pesar de eso la censuran lo mismo que á la otra. Esto me indispone contra el progreso de las ideas. Conque, ¿ queréis venir á hacer las paces á Luciennes?

— Señor, tened la bondad de asegurar á la condesa Dubarry que la tengo por una mujer encantadora y digna del amor de un rey, pero...

— ¡ Vaya un *pero* cruel!

— Pero estoy convencido, prosiguió el señor de Choiseul, de que si V. M. es necesario á la Francia, más necesario es hoy á V. M. un buen ministro que una hermosísima querida.

— No hablemos más del asunto y sigamos siendo buenos amigos. Pero engatusad bien á madama de Grammont, para que no vuelva á conspirar contra la condesa, porque las mujeres son capaces de embrollarnos.

— Señor, la falta de madama de Grammont consiste en que desea siempre complacer á V. M.

— Pero me disgusta haciendo daño á la condesa.

— Por eso se marcha, señor, y no volverá á la corte de modo que la condesa tendrá un enemigo menos.

— No es eso lo que debe hacerse, á mi parecer, y veo que lleváis las cosas demasiado lejos. Pero me arde la cabeza, duque, pues hemos trabajado esta; mañana como Luis XIV y Colbert; hemos sido *gran Siglo*, como dicen los filósofos. A propósito, duque, ¿sois filósofo?

— Soy un servidor de V. M., respondió el señor de Choiseul.

— Me agradáis sobremanera, y nunca podré pagaros como merecéis. Vamos, dadme el brazo, porque estoy un poco trastornado.

El duque se apresuró á ofrecer el brazo á S. M.

Conocía que iban á abrirse las dos grandes hojas de la puerta, y no ignoraba que toda la corte diseminada en la galería iba á contemplarlo en tan espléndida posición. Después de haber sufrido tanto, no le pesaba hacer sufrir algo á sus enemigos.

El ujier abrió en efecto la puerta y anunció al rey.

Luis XV, sin dejar de hablar con el señor de Choiseul, dirigiéndole afectuosas sonrisas y apoyándose en su brazo, atravesó la multitud sin reparar ó sin querer advertir la palidez del rostro de Juan Dubarry y lo encenso que estaba el señor de Richelieu.

No se ocultó al señor de Choiseul aquella diferencia de sentimientos, y pasó con serenidad, con afectada arrogancia, por delante de los cortesanos, que entonces se le acercaban tanto como se habían separado de él cuando se dirigía al gabinete del rey.

— Esperadme aquí, dijo el rey; pues quiero que me acompañéis á Trianón: acordaos de todo cuanto os he dicho.

— Queda grabado en mi corazón, contestó el minis-

tro, conociendo que con esta frase hería en lo vivo á todos sus contrarios.

El rey entró al mismo tiempo en sus habitaciones.

El señor de Richelieu rompió la fila de los cortesanos y se apresuró á estrechar entre sus enjutas manos las del ministro, diciéndole:

— Ya sé hace mucho tiempo que un Choiseul tiene el alma muy pegada al cuerpo.

— Gracias, contestó el duque, que no ignoraba á qué atenerse.

— Pero ese absurdo rumor... añadió el mariscal.

— Ese rumor absurdo ha divertido mucho á S. M., repuso Choiseul.

— Hablábase de una carta...

— Un chasco de parte del rey, replicó el ministro lanzando ese apóstrofe á Juan, que no sabía que pensar.

— ¡Bravo! ¡bravísimo! añadió el mariscal dirigiéndose al conde, no bien hubo desaparecido el duque de Choiseul.

El rey volvió á salir y corrió á la escalera llamando al ministro.

— Pues, señor, nos han ganado la partida, dijo el mariscal á Juan.

— ¡Y adónde van ahora?

— Al pequeño Trianón á reirse de nosotros.

— ¡Malditos sean! murmuró Juan... ¡Ah! perdonad, señor mariscal.

— Ahora me toca á mí, respondió éste en voz baja. Veremos si mis recursos son más poderosos que los de la condesa.

grupos de árboles; todas sus ventanas están enjaedadas como las del primer piso, y vistas del lado de Trianón, comunican la luz á un largo pasadizo semejante al de un convento.

Ocho ó nueve puertas, practicadas en el pasadizo, conducen á los aposentos, compuestos todos de una antesala con dos gabinetes, uno á la derecha y otro á la izquierda, y de un cuarto bajo, y algunos de dos, que reciben la luz por el patio interior del edificio.

Debajo de este edificio están las cocinas.

En los aleros están los cuartos de los domésticos.

He ahí el pequeño Trianón. Añádase á esto una capilla á veinte toesas del palacio, cuya descripción no haremos porque no tenemos de ello necesidad, y porque ese palacio no puede hospedar más que una familia, como diríamos hoy.

Por consiguiente la topografía es esta: Un palacio con sus anchos ojos abiertos sobre el parque y los bosques, y á la izquierda sobre las otras dependencias que no le oponen más que ventanas enrejadas, ventanas de corredores ó cocinas ocultas por un espeso enramado.

Desde el gran Trianón, residencia solemne de Luis XV, se pasaba al pequeño por una huerta que unía las dos residencias, mediante un puente de madera.

Esa huerta de legumbres y árboles frutales diseñada y plantada por La Quintinie, fué por donde Luis XV llevó al señor de Choiseul al pequeño Trianón después de la laboriosa sesión que acabamos de referir, pues quería enseñarle las mejoras que había hecho en la nueva residencia del Delfín y de la Delfina.

El señor de Choiseul lo admiraba y comentaba todo con la sagacidad de un cortesano; dejaba al rey decir que el pequeño Trianón se hacía cada día una morada

El pequeño Trianón

Cuando Luis XIV, después de haber edificado á Versalles, reconoció los inconvenientes de su grandor, cuando vió aquellos inmensos salones llenos de guardias, aquellos corredores y entresuelos llenos de cortesanos, de pajes y comensales, se dijo era perfectamente lo que Luis XIV había querido hacer de él, lo que Mansard, Le Brun y Le Notre habían hecho, la morada de un dios, pero no la habitación de un hombre.

Entonces el gran rey, que era un hombre en sus ratos perdidos, mandó construir Trianón para respirar y ocultar un poco su vida: pero la espada de Aquiles, que había fatigado á Aquiles debía ser un peso insostenible para un sucesor mirmidón.

Trianón, esa miniatura de Versalles, pareció aun demasiado pomposo á Luis XV, el cual mandó al arquitecto Gabriel construir el pequeño Trianón, pabellón de sesenta piés cuadrados.

Á la izquierda de ese edificio, se construyó un cuadrilongo sin carácter ni adornos para residencia de las personas de su servicio y de los comensales, en el cual se contaban como unos diez aposentos de amos y la plaza de cincuenta sirvientes. Aun se puede ver ese edificio en su integridad, compuesto de un piso bajo, de un piso principal y de aleros. El piso bajo está garantido por un foso empedrado que lo separa de los

más bella y más encantadora, y el ministro añadía que era para S. M. la casa de familia.

— La Delfina, dijo, es aun un poco huraña como todas las alemanas jóvenes; habla bien el francés, pero tiene miedo de un ligero acento que revela su patria á los oídos franceses. En Triánón no oirá más que á los amigos, y por consiguiente no hablará sino cuando quiera.

— Resulta de ahí que hablará bien.

— Ya he observado, dijo el señor de Choiseul, que S. A. R. es perfecta y que no tiene nada que hacer para perfeccionarse.

En el camino, los dos viajeros hallaron al Delfín parado sobre una pequeña pradera y observando la altura del sol.

El señor de Choiseul hizo una profunda inclinación, y como el Delfín no le hablase, tampoco él habló.

El rey dijo en voz bastante alta para ser oído del Delfín:

— Luis es un sabio, y hace muy mal en romperse la cabeza con las ciencias, porque hará padecer á su mujer.

— No tal, respondió una dulce voz de mujer saliendo de entre unos arbustos.

Y el rey vió correr hacia él la Delfina, que hablaba con un hombre cargado de papeles, compases y lápices.

— Señor, dijo la princesa, el señor Mique, mi arquitecto.

— ¡Ah! exclamó el rey. Vos tenéis también esa enfermedad, madama.

— Señor, es una enfermedad de familia.

— ¿Vais á mandar construir?

— Voy á hacer que amueblen este gran parque en que todos se fastidian.

— ¡Oh! ¡oh! hija mía, decís eso muy alto, y podría oiros el Delfín.

— Es una cosa convenida entre los dos, querido padre, replicó la princesa.

— ¿El fastidiaros?

— No, el tratar de divertirnos.

— ¿Y V. A. R. quiere mandar construir? dijo el señor de Choiseul.

— De este parque quiero hacer un jardín, señor duque.

— ¡Ah, pobre Le Notre! dijo el rey.

— Le Notre, señor, era un gran hombre en cuanto á lo que entonces se amaba. Pero en cuanto á lo que yo amo.....

— ¿Qué es lo que vos amáis, madama?

— La naturaleza.

— ¡Ah! como los filósofos.

— Ó como los ingleses.

— ¡Bueno! Decid eso delante del señor de Choiseul, y tendréis una declaración de guerra. Os va á hacer fuego con los sesenta y cuatro navios y cuarenta fragatas de su primo el señor de Praslin.

— Señor, dijo la Delfina, pienso mandar diseñar aqui un jardín natural por el señor Roberto, que para esta clase de planos es el hombre más hábil del mundo.

— ¿Á qué llamáis jardines naturales? preguntó el rey. Yo creía que los árboles y las flores, y aun las frutas como las que he cogido al paso, eran cosas naturales.

— Señor, aun cuando os paseáis cien años por vuestra real residencia, no veríais nunca más que calles de árboles rectas, ó grupos de árboles podados á un ángulo de cuarenta y cinco grados, como dice el señor Delfín, ó estanques armonizados con céspedes,

los cuales á su vez están armonizados con perspectivas, con tresbolillos ó terrados.

— ¡ Y bien ! ¿ Acaso es feo eso ?

— No es natural.

— He aquí una jovencita que ama la naturaleza, dijo el rey con un aire más jovial que gozoso. Veamos qué es lo que haréis de mi Triánón.

— Riachuelos, cascadas, puentes, grutas, rocas, bosques, quebradas, casas, montañas, praderas.

— ¿ Para muñecas ? repuso el rey.

— ¡ Av, señor ! para seres como seremos nosotros, replicó la princesa sin notar el sonrosado que cubrió las mejillas del rey, ni que ella se presagiaba á sí misma una lúgubre verdad.

— Entonces vos demoleís, pero ¿ qué edificaréis ?

— Yo conservo.

— ¡ Ah ! y es una fortuna que en esos bosques y ríos no hagáis se hospeden vuestros huéspedes como hurones, esquimales y groenlandeses, porque tendrían ahí una vida natural, y el señor Rousseau los llamaría los hijos de la naturaleza. Haced eso, hija mia, y seréis adorada de los enciclopedistas.

— Señor, mis servidores tendrían demasiado frío en esas habitaciones.

— Entonces, ¿ dónde los hospedaréis si lo demoleís todo ? En el palacio no será, porque apenas si hay espacio para vosotros dos.

— Señor, conservo las piezas de la servidumbre en el mismo estado en que se hallan.

Y la Delfina indicó las ventanas del pasadizo que hemos descrito.

— ¿ Qué es lo que veo allí ? dijo el rey poniendo una mano encima de los ojos á guisa de visera.

— Señor, una mujer, respondió el señor de Choiseul.

— Una señorita que yo tomo á mi servicio, repuso la Delfina.

— La señorita de Taverney, añadió Choiseul reconociéndola con su penetrante vista.

— ¡ Ah ! dijo el rey, ¿ conque tenéis aquí á los Taverney ?

— Solamente á la señorita de Taverney, señor.

— Muy bien, dijo el rey, sin apartar la vista de la ventana enrejada por donde la señorita de Taverney, pálida aun de su enfermedad, miraba muy inocentemente y muy ajena de creer que la observaban.

— ¡ Qué pálida está ! dijo el señor de Choiseul.

— Ha estado á punto de que la ahogasen en la noche del 31 de mayo, señor duque.

— ¡ En verdad ? ¡ Pobre joven ! exclamó el rey. Ese Bignon bien merecía mi desgracia.

— Ya está restablecida, se apresuró á decir el señor de Choiseul.

— Á Dios gracias, señor duque.

— ¡ Ah ! parece que se retira, dijo el rey.

— Es que habrá reconocido á V. M., y es tímida.

— ¿ Hace mucho tiempo que la tenéis ?

— Desde ayer, señor; la he mandado venir así que me instalé.

— ¡ Triste habitación para una linda joven ! dijo Luis XV. Ese diablo de Gabriel era bien torpe cuando no se le ha ocurrido que los árboles, creciendo, habían de ocultar ese edificio de la servidumbre, y que no se vería en él con claridad.

— Pero, señor, os aseguro que la habitación es muy soportable.

— Imposible, dijo Luis XV.

— ¿ Quiere V. M. cerciorarse de ello ? preguntó la Delfina celosa de hacer los honores de su casa.

— Sea. ¿ Venis vos, Choiseul ?

— Señor, son las dos, y á las dos y media tengo un consejo de parlamento, de manera que sólo me queda el tiempo necesario para volver á Versailles.

— Pues bien, id, duque, id, y sacudidme bien á esos golillas. Delfina, enseñadme los pequeños aposentos, si tenéis á bien. Me gustan sobremanera los interiores de los aposentos.

— Venid, señor Mique, dijo la Delfina á su arquitecto; y tendréis ocasión de recibir algunos consejos de S. M., que es tan inteligente en todo.

El rey echó á andar el primero, y le siguió la Delfina.

Subieron la pequeña gradería que conduce á la capilla, dejando á un lado el pasaje de los patios.

La puerta de la capilla está á la izquierda, y á la derecha la escalera recta y sencilla que conduce al pasadizo de los aposentos.

— ¿Quién vive aquí? preguntó Luis XV.

— Todavía nadie, señor.

— He ahí una llave en la puerta del primer aposento.

— ¡ Ah! es verdad. La señorita de Taverney amuebla y arregla hoy su aposento.

— ¿Aquí? repuso el rey señalando la puerta.

— Sí, señor.

— ¿Y está en su aposento? Entonces no entremos.

— Señor, acaba de bajar; la he visto bajo el tejadillo del patio de las cocinas.

— Si es así, entonces mostradme su aposento como muestra.

— Con mucho gusto, señor, respondió la Delfina.

É introdujo al rey en el único salón que había, precedido de una antesala y dos gabinetes.

Algunos muebles arreglados ya, varios libros y un clave, llamaron la atención del rey, y se la llamó más

particularmente un enorme ramillete de las más hermosas flores, que la señorita de Taverney había colocado ya en un jarrón de China.

— ¡ Qué hermosas flores! exclamó el rey. ¿Y queréis cambiar de jardín? ¿Quién diablo provee á vuestros dependientes de flores como éstas?... ¿Las reservan también para vos?.....

— En efecto que es magnífico este ramillete.

— El jardinero atiende bien á la señorita de Taverney... ¿Quién es aquí el jardinero?

— No sé, señor. El señor de Jussieu se encarga de proporcionármelos.

El rey echó una mirada curiosa á todo el aposento, volvió á mirar en el exterior, á los patios, y se retiró.

S. M. atravesó el parque y volvió al gran Trianón; sus coches le aguardaban para una cazata en carroza después de la comida, desde las tres á las seis de la tarde.

El Delfín seguía midiendo la altura del sol.

Anúdase la conspiración

En tanto que el rey, á fin de tranquilizar completamente al señor de Choiseul y de no perder él mismo el tiempo, se paseaba en Trianón aguardando la hora de la cazata, Luciennes era el centro de una reunión de conspiradores azorados que llegaban á todo correr á la morada de madama Dubarry, como los pájaros que huelen la pólvora del cazador.

Juan y el mariscal de Richelieu, después de haberse mirado largo rato de muy mal talante, fueron los primeros que emprendieron su carrera.

Los demás eran favoritos ordinarios, á quienes había engolosinado la desgracia segura de los Choiseul, y que espantados por su vuelta al favor y no hallando al ministro á mano para arrimarse á él, volvían maquinalmente á Luciennes para ver si el árbol estaba aun bastante sólido para agarrarse á él.

Madama Dubarry, después de la diplomacia y del engañoso triunfo que había alcanzado, dormía la siesta cuando el coche entró en el patio con la celeridad y el estrépito de un huracán.

— Ama Dubarry duerme, dijo Zamora sin moverse.

Juan hizo rodar á Zamora por el suelo de un puntapié que le aplicó sobre los más anchos bordados de su casaca de gobernador, y el pobre negrilla empezó á dar agudos gritos.

Acudió al punto Chon y dijo á Juan :

— ¿ Todavía te diviertes en pegar á esta criatura ?
¡ Eres un bruto !

— ¡ Y te exterminaré á ti misma si no me despiertas al punto á la condesa ! replicó Juan mirándola con ojos centellantes.

Pero no había necesidad de despertar á la condesa, porque los gritos de Zamora y las voces de Juan la habían hecho presentir alguna desgracia, y acudía al sitio de la escena envuelta en un peinador.

— ¿ Qué es lo que hay de nuevo ? preguntó asustada al ver que Juan se había tendido á la larga en un sofá para calmar las agitaciones de su bilis, y que el mariscal no le besaba la mano.

— Hay con todos los diablos, contestó Juan, que tenemos á Choiseul más agarrado que nunca.

— ¡ Cómo !

— Sí, más agarrado que nunca, ¡ así me parta un rayo !

— ¿ Pero qué quieres decir ?

— El señor conde Dubarry tiene razón, continuó Richelieu, tenemos al duque de Choiseul más agarrado que nunca.

La condesa sacó de su seno el billete del rey y dijo sonriendo :

— ¿ Y esto ?

— ¿ Lo habéis leído bien, condesa ? preguntó Richelieu.

— Me parece que sé leer, duque, respondió la condesa.

— No lo dudo, madama. ¿ Me permitís que yo también lo lea ?

— Con mucho gusto, leed.

El duque tomó el billete, lo desdobló lentamente y leyó :

« Mañana daré las gracias al señor de Choiseul por sus servicios. Me obligo á ello positivamente. »

Luis.

— ¡ Me parece que esto está claro ! dijo la condesa.

— Perfectamente claro, replicó el mariscal haciendo una mueca.

— ¡ Y bien ! ¿ qué ? dijo Juan.

— Que mañana tendremos la victoria, y que no hay nada perdido.

— ¡ Cómo mañana ! El rey ha firmado ayer este billete, y ese mañana es hoy.

— Perdonad, señora, dijo el duque ; como ese billete no tiene fecha, mañana será siempre el día siguiente á aquel en que queráis ver por tierra al señor de Choiseul. Esto me recuerda que á cien pasos de mi casa, en la calle de la Grange Bateliere, hay una taberna con una muestra en que se lee en gruesas letras encarnadas : *Mañana se fia aquí*. Es claro que ese mañana equivale á nunca.

— El rey se ha burlado de nosotros, dijo Juan furioso.

— Eso es imposible, murmuró la condesa incomodada, absolutamente imposible, porque semejante superehería es indigna....

— ¡ Ah ! señora, S. M. es muy amigo de bromas, observó Richelieu.

— Me las pagará, duque, continuó la condesa con irritado acento.

— Al cabo, condesa, no hay motivo para quejarse del rey ; no hay porqué acusar á S. M. de engaño, supuesto que ha cumplido lo que os ofreció.

— ¡ Vamos, vamos, duque ! dejémonos ya de bromas, dijo Juan con un movimiento de hombros muy propio del populacho.

— ¿ Qué es lo que me ha prometido el rey ? preguntó la condesa. El dar las gracias á Choiseul por sus servicios.

— Y eso es precisamente lo que ha hecho, señora ; yo mismo he oído á S. M. dar las gracias al duque por sus servicios ; pero como las palabras tienen dos sentidos, en diplomacia cada cual acepta el que le conviene : vos habéis elegido uno y el rey ha elegido otro ; de modo que ni siquiera cabe litigio sobre esas palabras y sobre el mañana. En vuestra opinión, era hoy cuando el rey debía cumplir su promesa, y la ha cumplido, pues repito que yo mismo he oído á S. M. dar las gracias á Choiseul.

— Duque, creo que no es este el momento de chancearse.

— ¡ Y podéis imaginaros, condesa, que me chanceo ? Preguntad á Juan.

— ¡ No, no, por Cristo ! No nos chanceamos. Esta mañana Choiseul se ha visto abrazado, lisonjeado y festejado por el rey, y á estas horas se pasean de braçero en Trianón.

— ¡ De braçero ! repitió Chon que se presentó en el gabinete levantando las blancas manos al cielo como un modelo de la Niobe desesperada.

— ¡ Sí, he sido engañada ! exclamó la condesa. Pero ya veremos... ¡ Chon, por lo pronto es preciso que se suspendan mis preparativos de caza, pues no iré á ella !

— ¡ Bueno ! dijo Juan.

— Agnardad un momento, dijo Richelieu, no hay que precipitarse en andar en indiscretas manifestaciones de enojo... ¡ Ah ! perdonad, condesa ; me he tomado la libertad de aconsejaros, perdonad.

— Proseguid, duque, proseguid, que no me parece mal. Yo creo que me vuelvo loca. Mirad lo que son las cosas ; no quiere una mezclarse en la política, y el

día en que se mezcla, el amor propio la mete en ella de pies á cabeza... ¿Qué es lo que queríais decir, duque?

— Que no me parece prudente manifestaros hoy incomodada. Mirad, condesa; la situación es difícil. Si el rey está decidido á conservar á Choiseul, si se deja llevar de su influencia, si juega así con vos... es preciso.....

— ¿Qué?

— Haceros aun más amable de lo que sois, condesa: ya sé que eso es imposible; pero, en fin, no ignoráis que debemos hacer imposibles en las presentes circunstancias: procurad pues seguir mi consejo.

Madama Dubarry se puso á reflexionar.

— Porque al fin, continuó el duque, no será extraño que el rey adopte las costumbres alemanas.

— ¿Si se le antojará hacerse virtuoso? exclamó Juan poseído de horror.

— ¿Quién sabe? La novedad tiene mucho atractivo, dijo el duque.

— En cuanto á los temores de Juan, contestó la condesa, se me figura que son infundados.

— Se han visto ya cosas mucho más extraordinarias, condesa, y ya sabéis el proverbio del diablo convertido en ermitaño... En fin, es preciso no atufarse.

— Pero si me ahoga la cólera....

— Lo creo muy bien; pero lo que importa es que el rey, ó lo que es igual, el señor de Choiseul no lo conozca: incomodaos delante de nosotros, pero respirad libremente en su presencia.

— ¿Debo ir á la cacería?

— Sería un golpe hábil.

— ¿Y vos, duque?

— ¡Oh! iré aun cuando tenga que andar con pies y manos

— No, no; iréis en mi coche, dijo la condesa con el fin de ver la cara que ponía su aliado.

— Condesa, respondió éste con una zalamería que ocultaba su despecho, me hacéis tan grande honor.....

— Que lo rehusáis, ¿no es eso?

— ¡Yo! Dios me libre de semejante cosa.

— ¡Cuidado! que vais á comprometeros.

— No me coge de susto esa noticia.

— ¡Y lo confiesa! ¡Y tiene valor para declararlo! exclamó madama Dubarry.

— ¿Por qué no? Estoy seguro de que el señor de Choiseul nunca me perdonará.

— Eso es decir que al presente estáis bien con él.

— También debo contar con el enfado de la Delfina.

— ¿Queréis, pues, que cada cual prosiga la guerra por su cuenta sin partir con el otro los resultados? Todavía estamos á tiempo, pues no os halláis comprometido y podéis retiraros de la asociación cuando bien os plazca.

— Desconocéis mi carácter, condesa, dijo el duque besándole la mano. ¿Me visteis vacilar por ventura el día de vuestra presentación, cuando se trataba de proporcionaros un vestido, un peluquero y un coche? Pues tampoco vacilaré hoy, porque soy mucho más valiente de lo que imagináis.

— Entonces quedamos de acuerdo, y por consiguiente vamos á la cacería, lo cual me servirá de pretexto para no ver, ni oír, ni hablar á alma viviente.

— ¿Ni al rey?

— Al contrario, quiero dirigirle mil requiebros para desesperarle.

— ¡Bravo! eso pertenece á la guerra de buena ley.

— Pero, Juan, ¿qué haces ahí enterrado vivo entre cojines? Vamos, levántate.

— ¿Quieres saber lo que hago

— Sí, dímelo, pues puede sernos de alguna utilidad.

— Estoy pensando.

— ¿En qué?

— En que todos los copleros de la ciudad y del parlamento nos están poniendo á estas horas como ropa de pascuas; en que las *noticias del día* nos descuartizan sin compasión; en que el *Gacetero invulnerable* nos asesta su lanza; en que el *Diario de los observadores* nos examina hasta la medula de los huesos, y en que mañana hasta el mismo Choiseul tendrá lástima de nosotros.

— ¿Y qué sacas de todo eso?

— Que ahora mismo voy á plantarme en París á comprar vendas y angüentos para nuestras heridas. Dame, pues, algún dinero, hermana.

— ¿Cuánto? preguntó la condesa.

— Poca cosa; 200 ó 300 luises.

— Ya lo veis, duque, dijo la condesa á Richelieu; estoy empezando á pagar los gastos de la guerra.

— Condesa, esa es nuestra entrada en campaña; sembrad hoy y mañana recogeréis.

La condesa se encogió de hombros con un movimiento apenas perceptible, se levantó, abrió una gaveta y sacó una porción de billetes de cambio que entregó á Juan sin pararse á contarlos; Juan por su parte los metió en el bolsillo lanzando un profundo suspiro.

Levantóse en seguida, se estiró, se retorció los brazos como un hombre muerto de fatiga y dió tres pasos por la habitación.

— Es decir, exclamó, que tú y el duque vais á divertirnos en una cacería, en tanto que yo vuelvo á París como un torbellino; es decir, que vais á uniros á un enjambre de apuestos caballeros y lindas jóvenes, en tanto que yo contemplo los feos y repugnantes ros-

tros de los embadurnadores de papel. Está visto que no soy más que el perro de la casa.

— Debéis tener por seguro, duque, observó la condesa, que Juan no va á acordarse de nosotros en París, sino á dar la mitad de mis billetes á alguna bribona y á jugar la otra mitad en algún garito. He ahí lo que se propone hacer, después de alborotarme la cabeza con sus quejas y exclamaciones. Vete, vete, Juan, porque me causas horror.

Juan abrió tres cajitas de anises, y vaciándolas en sus bolsillos se apoderó de una figura chinesca que tenía ojos de diamantes, y echó á correr perseguido por las maldiciones de la condesa.

— ¡Apreciabilísimo joven! dijo Richelieu con un tono de un parásito que elogia en casa ajena á esos muchachos mal educados, sobre los cuales invoca interiormente la cólera del cielo. Le queréis mucho, ¿no es verdad, condesa?

— Ya lo veis, me aprecia, porque sabe que mi afecto le produce tres ó cuatrocientas mil libras al año.

Al mismo tiempo sonó la campana del reloj.

— Las doce y media, condesa, dijo el duque; afortunadamente estáis casi vestida: presentaos por un instante á vuestros cortesanos para que no crean que hay eclipse, y subamos pronto al coche. ¿Sabéis cómo debe ordenarse la cacería?

— Ayer convino el rey conmigo en que iríamos al bosque de Marly después de reunirme yo á S. M. aquí mismo.

— ¡Oh! estoy seguro de que el rey no habrá modificado el programa.

— Enteradme ahora de vuestro plan, porque os toca la vez, mariscal.

— Señora, ayer escribí á mi sobrino, y si he de creer mis presentimientos debe hallarse ya en camino.

- ¿El señor de Aiguillón?
- Mucho extrañaré que no se encuentre con mi carta cerca de aquí: como que se me figura que llegará mañana ó pasado mañana lo más tarde.
- ¿Y contáis con él?
- Lo que puedo deciros es que tiene recursos en su imaginación.
- El resultado de todo es que estamos en grande apuro: el rey cedería, pero tiembla al aspecto de los negocios.
- De modo que...
- De modo que se me figura que no sacrificará al señor de Choiseul,
- ¿Queréis que os hable francamente, condesa?
- Sí por cierto.
- Pues bien, yo pienso del mismo modo. El rey hará mil veces lo que hizo ayer, porque es hombre de talento; y por otra parte, tampoco vos os expondréis á perder su amor por una terquedad inconcebible.
- Al decir esto miró fijamente el mariscal á madama Dubarry.
- El asunto, dijo ésta, merece reflexionarse.
- Ya veis, condesa, que tendremos ahí al señor de Choiseul por una eternidad, supuesto que para arrebatarle el puesto no se necesita menos que un milagro.
- Sí, ya lo veo; nada menos que un milagro, repitió la condesa.
- Y por desgracia los hombres no sabemos hacerlos.
- ¡Oh! yo conozco uno que los hace.
- ¿Es posible? ¿Un hombre que hace milagros?
- Sí, á fe mía.
- ¡Y no me lo habéis dicho!
- No lo he pensado hasta ahora.
- ¿Y lo creéis capaz de sacarnos del apuro?
- Lo creo capaz de todo.

- ¡Oh! referidme alguno de sus milagros, á fin de que yo pueda juzgar por la muestra.
- Duque, dijo madama Dubarry acercándose á Richelieu y bajando la voz, es un hombre que hace diez años me encontró en la plaza de Luis XIV y me dijo que llegaría á ser reina de Francia.
- En efecto, eso es milagroso, y ya veo que ese hombre es capaz de adivinar que moriré siendo primer ministro.
- Ya se ve que sí.
- No lo dudo. ¿Y cómo se llama?
- Nada os diré de nuevo su nombre.
- ¿En dónde está?
- Eso es lo que ignoro.
- ¡Cómo! ¿no os dió las señas de su casa?
- No, pues debía venir en persona á buscar su recompensa.
- ¿Qué le prometisteis?
- Todo lo que me pidiese.
- ¿No se ha presentado todavía?
- No.
- Eso es mucho más milagroso que su predicción. Pues señor, necesitamos á ese hombre.
- ¿Y cómo nos hemos de gobernar?
- Decidme su nombre, condesa.
- Tiene dos.
- Procedamos con orden. ¿Cuál es el primero?
- El conde de Fénix.
- ¡Cómo! ¿aquel sujeto que me designasteis el día de vuestra presentación?
- El mismo.
- ¿Aquel prusiano?
- Aquel prusiano.
- ¡Oh! ya no tengo confianza en él, porque todos

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 MADRID, 1911

los brujos que he conocido tenían nombres acabados en *i* ó en *o*.

— Perfectamente, duque : su segundo nombre acaba como queréis.

— ¿Y cuál es ese segundo nombre?

— José Bálsamo.

— ¿Y no tenéis medio de dar con él?

— Pensaré en ello, duque, pues creo acordarme de alguno que le conoce.

— Bien; pero apresuraos, condesa, porque son ya los tres cuartos para la una.

— Estoy pronta. ¡Eh! mi coche.

Diez minutos después corrían al encuentro de los cazadores el duque de Richelieu y la condesa Dubarry.

VII

La caza del brujo

Una larga fila de carrozas obstruía las calles de árboles del bosque de Marly, en que el rey estaba cazando.

Aquella cazata era lo que se llamaba propiamente una cazata de siesta, porque, en efecto, durante los últimos años de su vida Luis XV no cazaba ya con escopeta ni redes, y se contentaba con ver cazar.

Aquellos de nuestros lectores que hayan leído á Plutarco, se acordarán sin duda de aquel cocinero de Marco Antonio que de hora en hora colocaba un jabalí en el asador, á fin de que entre los cinco ó seis que al mismo tiempo se asaban, hubiese uno siempre en sazón para el instante en que Marco Antonio se sentase á la mesa.

Consistía esto en que Marco Antonio tenía negocios á manos llenas en el gobierno del Asia menor; administraba justicia por sí mismo; y como los habitantes de la Cilicia son muy grandes ladrones, según asegura Juvenal, hallábase siempre sumamente ocupado. Tenía siempre cinco ó seis piezas en el asador, para cuando casualmente le permitían tomar un bocado sus altas funciones de juez.

Lo mismo sucedía á Luis XV, pues siempre contaba en las cacerías de siesta con dos ó tres corzos que se arrojaban al bosque á horas distintas, y con arreglo á

los brujos que he conocido tenían nombres acabados en *i* ó en *o*.

— Perfectamente, duque : su segundo nombre acaba como queréis.

— ¿Y cuál es ese segundo nombre?

— José Bálsamo.

— ¿Y no tenéis medio de dar con él?

— Pensaré en ello, duque, pues creo acordarme de alguno que le conoce.

— Bien; pero apresuraos, condesa, porque son ya los tres cuartos para la una.

— Estoy pronta. ¡ Eh ! mi coche.

Diez minutos después corrían al encuentro de los cazadores el duque de Richelieu y la condesa Dubarry.

VII

La caza del brujo

Una larga fila de carrozas obstruía las calles de árboles del bosque de Marly, en que el rey estaba cazando.

Aquella cazata era lo que se llamaba propiamente una cazata de siesta, porque, en efecto, durante los últimos años de su vida Luis XV no cazaba ya con escopeta ni redes, y se contentaba con ver cazar.

Aquellos de nuestros lectores que hayan leído á Plutarco, se acordarán sin duda de aquel cocinero de Marco Antonio que de hora en hora colocaba un jabalí en el asador, á fin de que entre los cinco ó seis que al mismo tiempo se asaban, hubiese uno siempre en sazón para el instante en que Marco Antonio se sentase á la mesa.

Consistía esto en que Marco Antonio tenía negocios á manos llenas en el gobierno del Asia menor ; administraba justicia por sí mismo ; y como los habitantes de la Cilicia son muy grandes ladrones, según asegura Juvenal, hallábase siempre sumamente ocupado. Tenía siempre cinco ó seis piezas en el asador, para cuando casualmente le permitían tomar un bocado sus altas funciones de juez.

Lo mismo sucedía á Luis XV, pues siempre contaba en las cacerías de siesta con dos ó tres corzos que se arrojaban al bosque á horas distintas, y con arreglo á

la disposición en que se hallaba elegía para su diversión el *halali* inmediato ó lejano.

El día de que hablamos había declarado S. M. que cazaría hasta las cuatro, por lo cual se había dado suelta á eso de las doce á un venado que prometía durar hasta la hora designada.

Por su parte se proponía madama Dubarry seguir al rey con tanta fidelidad como el rey se había propuesto seguir al venado.

Pero el cazador propone y Dios dispone: una combinación casual trastornó el magnífico proyecto de madama Dubarry; de modo que ésta encontró en la casualidad un adversario casi tan caprichoso como ella.

Así fué que al paso que hablando de política con el señor de Richelieu corría al encuentro del rey, quien por su parte corría en pos del venado, y saludaban el mariscal y la condesa cortesmente á cuantos cazadores iban encontrando, divisaron ambos como á cincuenta pasos del camino y sobre la hierba de una verde pradera un pobre y desvencijado calesín roto, cuyas ruedas se habían vuelto al cielo como pidiendo compasión, en tanto que los dos caballos negros que debieran conducirle ramoneaban tranquilamente, el uno la corteza de los árboles y el otro la capa de musgo fresco que se extendía á sus pies.

Los caballos de madama Dubarry, preciosa pareja que el rey le regalara, habían dejado muy atrás á los demás carruajes, y fueron por consiguiente los primeros que llegaron al calesín volcado.

— ¡Dios mío! aquí ha habido alguna desgracia, dijo con tranquilidad la condesa.

— Á fe mía que sí, añadió el duque de Richelieu flemáticamente, porque en la corte nunca está en boga la sensibilidad; ese calesín se ha hecho añicos

— ¡Jesús! ¿no es un muerto eso que se ve sobre la hierba? preguntó la condesa. Mirad, mirad.

— No lo creo, porque se mueve.

— ¿Es hombre ó mujer?

— Me es imposible decirlo, porque soy algo corto de vista.

— ¡Toma! nos está saludando.

— Lo cual indica que no ha muerto.

Y al mismo tiempo se quitó Richelieu su tricornio con la mayor política.

— ¡Oh, oh, condesa! dijo en seguida, me parece.....

— Y también á mí.

— Que es S. Em. el príncipe Luis.

— El cardenal de Rohán en cuerpo y alma

— ¿Qué diablos hace aquí?.....

— Ahora lo sabremos, dijo la condesa. Champagne, acerca el coche á ese calesín destrozado.

El cochera de la condesa se separó del camino y entró con la carroza en la pradera.

— No hay duda, es monseñor, dijo Richelieu.

Era él en efecto, que se había tendido sobre la hierba esperando á que pasase por allí algún conocido suyo; de modo que al ver que madama Dubarry se dirigía hacia él, se levantó.

— Tengo el honor de saludaros, señora condesa, dijo con el mayor respeto.

— ¡Cómo! ¿vos aquí, cardenal?

— Ya lo veis.

— ¿Pero á pie?.....

— No, señor, sentado.

— ¿Os habéis herido?

— No por cierto.

— ¿Y por qué casualidad os encontráis de ese modo?

— No me habléis de eso por Dios: ese maldito

cochero, animal con dos patas si los hay, á pesar de haber venido de Inglaterra, ha entendido mis órdenes al revés, pues en vez de cortar el camino por el campo para alcanzar á los cazadores, ha hecho dar al calesin una vuelta tan rápida, que lo ha volcado, haciéndome perder el mejor carruaje que tenía.

— No os quejéis, cardenal, porque un cochero francés os hubiera roto la cabeza contra algún árbol ó las costillas contra algún ribazo.

— Quizás tenéis razón.

— Consolaos pues.

— ¡ Oh, condesa! soy bastante filósofo: lo único que siento es verme precisado á esperar, porque esto es muy cruel.

— ¿ Qué es eso de esperar? ¿ Puede un Rohán estar esperando alguna vez?

— Ahora, por ejemplo. ¿ Cómo lo he de remediar?

— No será así, pues primero bajaré de mi carroza que permitir que os quedéis de ese modo.

— Señora, por Dios; me ruborizáis.

— Subid, príncipe, subid.

— Os doy mil gracias, señora; pero deseo aguardar á Soubise, que anda corriendo la caza y no puede tardar en pasar por aquí.

— ¿ Y si toma otro camino?

— No importa.

— Monseñor, dadme el gusto que os pido.

— Os repito, señora, que quedo muy reconocido á vuestras bondades.

— Mas ¿ por qué me desairáis?

— Porque no quiero molestaros.

— Cardenal, si os empeñáis en desairarme, os juro que bajaré del carruaje, que haré á uno de mis pajes sostener la cola de mi vestido, y echaré á correr por el bosque como una Driada.

El cardenal se sonrió; y conociendo que se interpretaría mal su obstinada resistencia, se decidió á aceptar el ofrecimiento que se le hacía.

El duque había cedido ya su puesto, que era el fondo del carruaje, colocándose al vidrio; y aunque el cardenal no quería consentir aquel honor, se mantuvo el mariscal inflexible.

N. tardaron mucho los caballos de la condesa en ganar el tiempo perdido.

— Perdonad, monseñor, si os dirijo una pregunta, dijo la condesa al cardenal. ¿ Os habéis reconciliado ya con la caza?

— ¿ Por qué me lo preguntáis?

— Porque esta es la primera vez que os veo tomar parte en esta diversión.

— No lo creáis, condesa. Había venido á Versalles para tener el honor de ofrecer mis respetos á S. M., cuando he sabido que estaba en el bosque de Marly. Por otra parte, tenía que hablarle de un asunto muy urgente, y he corrido á su encuentro; pero gracias á ese maldito cochero inglés, no sólo me será imposible hablar al rey, sino que faltará á una cita que tengo en la ciudad.

— Ya lo veis, condesa, dijo el duque riéndose: monseñor os declara francamente las cosas... Monseñor tiene una cita.

— Á la cual faltará sin la menor duda, repuso el cardenal.

— ¡ Y qué! ¿ puede faltar á nada un cardenal y un príncipe? replicó la condesa.

— Sería preciso que Dios hiciese un milagro.

El duque y la condesa se miraron, porque la palabra milagro les traía á la memoria un recuerdo reciente.

— Ya que de eso habláis, dijo la condesa, os declaro

con la mayor franqueza que celebro mucho haber encontrado hoy á un príncipe de la Iglesia para preguntarle si cree en ellos.

— ¿ En qué, señora ?

— ¡ Diantre ! en los milagros.

— La Sagrada Escritura nos los presenta como un artículo de fe, señora, respondió el cardenal tratando de tomar un aire de buen creyente.

— ¡ Oh ! yo no hablo de los milagros antiguos, repuso la condesa.

— ¿ Entonces de qué milagros habláis, señora ?

— De los milagros modernos.

— Confieso que esos son más raros, dijo el cardenal ; sin embargo.....

— Sin embargo, ¿ qué ?

— Puedo deciros que he visto cosas que si no eran milagrosas, cuando menos eran muy increíbles.

— ¿ Y habéis visto esas cosas, príncipe ?

— A fe de caballero.

— Pero tened entendido, señora, dijo Richelieu riendo, que S. Em. pasa por estar en relación con los malos espíritus, lo cual no es quizás muy ortodoxo.

— No, pero debe ser muy cómodo, dijo la condesa.

— ¿ Y qué habéis visto, príncipe ?

— He jurado no revelarlo.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! la cosa se va haciendo más grave.

— Así es, señora.

— Pero si habéis prometido el secreto sobre la brujería, tal vez no lo habréis prometido sobre el brujo.

— No.

— Pues bien, príncipe ; debo deciros que el duque y yo hemos salido en busca de un brujo cualquiera.

— ¿ En verdad ?

— A fe mía.

— Entonces tomad el mío.

— Con el mayor gusto.

— Está á vuestras órdenes, condesa.

— ¿ Y á las mías también, príncipe ?

— Y á las vuestras también, duque.

— ¿ Cómo se llama ?

— El conde de Fénix.

Madama Dubarry y el duque se miraron palideciendo ambos.

— ¡ Vaya una cosa extraña ! exclamaron á un tiempo.

— ¿ Acaso lo conocéis ? preguntó el príncipe.

— No. ¿ Y vos lo tenéis por un brujo ?

— No sólo lo tengo por brujo, sino por archibrujo.

— ¿ Le habéis hablado ?

— Sin duda.

— ¿ Y cómo os ha parecido ?

— Perfecto.

— ¿ Con qué motivo le hablasteis ?

— Pero.....

El cardenal vaciló.

— Con motivo de mi buena ventura que le he mandado decirme.

— ¿ Y ha adivinado exactamente ?

— Es decir, que me ha contado cosas del otro mundo.

— ¿ No tiene más nombre que el de conde de Fénix ?

— Sí tiene ; he oído llamarlo también.....

— ¿ Cómo, monseñor ? dijo la condesa con impaciencia.

— José Bálamo, señora.

La condesa juntó las manos mirando á Richelieu, y éste se rascó la punta de la nariz mirando á la condesa.

— ¿ Es muy negro el diablo ? preguntó de súbito la condesa.

— ¡ El diablo !... Condesa, yo no he visto al diablo.

— ¿Cómo le decís esas cosas, condesa? exclamó Richelieu. Por cierto que es una linda sociedad para un cardenal.

— Pero, ¿os han dicho la buena ventura sin mostraros el diablo? preguntó la condesa.

— ¡Oh! ciertamente; no se muestra el diablo más que á las gentes de poco valor; en cuanto á nosotros, se prescinde de eso.

— En fin, príncipe, decid lo que queráis, pero yo creo que siempre hay algo de diablería en esas cosas.

— ¡Diantre! ya lo creo.

— Luces verdes, ¿no es verdad? Espectros, cacerolas infernales que apestan á chamusquina abominablemente.

— No, nada de eso; mi brujo tiene excelentes maneras; es un hombre muy galante y que recibe perfectamente á la gente.

— ¿No queréis que ese brujo os diga la buena ventura, condesa? preguntó Richelieu.

— Confieso que tengo muy vivos deseos.

— Entonces á ello, madama.

— Pero, ¿en dónde se hace? preguntó madama Dubarry esperando que el cardenal le daría las señas que ella buscaba.

— En una hermosa sala amueblada muy lindamente.

La condesa no podía disimular su impaciencia.

— Bueno, dijo; pero ¿qué casa?

— Casa decente, aunque de una arquitectura singular.

La condesa pateaba del despecho de ser tan poco comprendida; pero Richelieu acudió á su socorro, y dijo:

— Pero ¿no estáis viendo, monseñor, que madama se impacienta porque no sabe ya en dónde vive vuestro brujo?

— ¿En dónde vive, habéis dicho?

— Sí.

— ¡Ah! muy bien, replicó el cardenal. Vive... aguardad... no... sí... no... Ya me acuerdo... vive en el Marais, casi á la esquina del baluarte, calle de San Francisco... de San Anastasio; no. Pero no importa, lo cierto es que la calle tiene el nombre de un santo.

— Pero ¿de qué santo? Decidnos de qué santo, vos que debéis conocerlos todos.

— Á fe mía que no; al contrario, conozeo muy pocos, dijo el cardenal; pero aguardad, mi tunante de lacayo debe acordarse.

— Precisamente viene en la trasera, dijo el duque. Para, Champagne, para.

Y el duque tiró del cordón que correspondía al dedo meñique del cochero.

— ¡Olivio! dijo el cardenal. ¿Estáis ahí, majadero?

— Sí, monseñor.

— ¿En dónde he estado una tarde... en el Marais, muy lejos?.....

El lacayo había oído perfectamente la conversación, pero quiso no darse por entendido.

— En el Marais, repitió aparentando que recapacitaba.

— Sí, cerca del baluarte.

— ¿Qué día, monseñor?

— Un día que volvía yo de San Dionisio.

— ¿De San Dionisio? repitió Olivio para darse importancia y tomar un aire más natural.

— Sí, de San Dionisio, y creo que el coche me aguardaba en el baluarte.

— Ya recuerdo, monseñor, ya recuerdo; y aun me parece que vino un hombre á poner en el coche un paquete muy pesado; ahora caigo.

— Es posible, respondió el cardenal; pero ¿quién te pregunta eso, animal?

— Entonces, ¿qué desea monseñor?

— Saber el nombre de la calle.

— Calle de San Claudio, monseñor.

— ¡San Claudio, eso es! exclamó el cardenal. Seguro estaba yo de que era un nombre de santo.

— ¡Calle de San Claudio! repitió la condesa lanzando á Richelieu una mirada tan expresiva, que el mariscal, temiendo siempre que pudiesen traslucirse sus secretos, especialmente cuando se trataba de conspiraciones, interrumpió á madama Dubarry, exclamando:

— ¡Condesa, condesa! ¡El rey!

— ¿En dónde?

— Allá abajo.

— ¡El rey, el rey! exclamó la condesa. Á la izquierda, Champagne, á la izquierda, y que no nos vea S. M.

— ¿Y por qué así, condesa? preguntó el cardenal azorado. Yo creía que me conducíais cerca de S. M.

— ¡Ah! es verdad. ¿Vos deseáis ver al rey?

— Es el único objeto de mi venida, señora.

— Pues bien: os van á conducir á la presencia del rey.

— ¿Pero y vos?

— Nosotros nos quedamos aquí.

— Sin embargo, condesa.....

— Príncipe, os ruego que no os molestéis; cada cual á su negocio. El rey está allá, en aquel bosquecillo de castaños; tenéis que ver al rey, y no debéis privaros de eso. ¡Champagne!

Champagne paró el coche.

— Champagne, déjenos usted apearnos, y conduzca usted á S. Em. á donde está el rey.

— ¡Cómo! ¿Solo, condesa?

— Vos solicitabais el oído del rey, señor cardenal.

— Cierto es.

— Pues bien, lo tendréis todo entero.

— ¡Ah! me colmáis de bondades.

Y el prelado besó con galantería la mano de madama Dubarry.

— Pero vos, ¿adónde os retiráis, señora? preguntó.

— Aquí, bajo estos robles.

— El rey os andará buscando.

— Tanto mejor.

— Y estará muy inquieto de no veros.

— Y eso le atormentará, que es lo que yo deseo.

— Sois adorable, condesa.

— Eso es precisamente lo que me dice el rey cuando le he atormentado. Champagne, luego que haya usted conducido á S. Em., vuelva usted al galope.

— Bien está, señora condesa.

— Adiós, duque, dijo el cardenal.

— Hasta la vista, monseñor, respondió el duque.

Y habiendo el lacayo bajado el estribo, el duque echó pie á tierra con la condesa, ligera como una fugitiva de un convento, mientras que la carroza conducía rápidamente á S. Em. hacia el cerro, desde donde S. M. Cristianísima buscaba con sus malos ojos á aquella picarueta condesa que todos habían visto excepto él.

Madama Dubarry no perdió tiempo, tomó el brazo del duque y dirigiéndose hacia los talleres, le dijo:

— ¡Sabéis que es Dios quien nos ha deparado ese buen cardenal!

— Para desembarazarse un momento de él; lo comprendo, dijo el duque.

— No, para indicarnos las huellas de nuestro hombre.

— Entonces vamos á su casa.

— Ya lo creo que vamos; solo que.....

- ¿Qué, condesa ?
 — Que tengo miedo, lo confieso.
 — ¿ De quién ?
 — Del brujo. ¡ Oh ! yo soy muy crédula.
 — ¡ Diablo !
 — ¿ Y vos no creéis en los brujos ?
 — ¡ Pardiez ! yo no digo que no creo, condesa.
 — Mi historia de la predicción
 — Es un hecho. Y yo mismo, dijo el mariscal fro-
 tando la oreja.
 — Y bien, vos ¿ qué ?
 — Yo mismo he conocido á cierto brujo.
 — ¡ Bah !
 — Que un día me hizo un importante servicio.
 — ¿ Qué servicio, duque ?
 — Me ha resucitado.
 — ¡ Resucitado !!! ¿ á vos ?
 — Ciertamente, a mí. Estaba muerto, ni más ni
 menos.
 — Contadme eso, duque, contádmelo.
 — Entonces, ocultémonos.
 — Duque, sois cobarde sin igual.
 — No, lo que soy es prudente y nada más.
 — ¿ Estamos bien aquí ?
 — Creo que sí.
 — Pues bien; contadme esa historia; ¡ contádmela !
 — Vamos allá : hallábame en Viena (fué en tiempo
 de mi embajada) y una noche debajo de un reverbero
 recibí una estocada que me atravesó de parte á parte.
 La estocada fué de mano de marido, caí por tierra, me
 recogieron : yo estaba muerto.
 — ¡ Cómo ! ¿ estabais muerto ?
 — Sin duda que estaba muerto, ó casi muerto. Pasa
 un brujo que pregunta quién es aquel hombre que
 llevaban de aquel modo, respóndele que soy yo,

- manda parar la camilla, me derrama tres gotas de no
 sé qué en la herida, otras tres sobre los labios; se
 estanca la sangre, la respiración vuelve, los ojos se
 abren y me hallo curado.
 — ¡ Duque, es un milagro de Dios !
 — He ahí precisamente lo que me espanta; yo creo
 al contrario que es un milagro del diablo.
 — Tenéis razón, mariscal, porque Dios no habría
 salvado una alhaja de vuestra especie; á todo señor
 todo honor. ¿ Y vive vuestro brujo ?
 — Lo dudo, á no ser que haya hallado el oro po-
 table.
 — ¿ Cómo vos, mariscal ?
 — ¿ Conque vos creéis esos cuentos ?
 — Yo lo creo todo. ¿ Y era viejo ?
 — Matusalén en persona
 — ¿ Y se llamaba ?
 — ¡ Ah ! tenía un nombre griego magnífico, llama-
 base Althotas.
 — ¡ Oh ! qué nombre espantoso, mariscal !
 — ¿ No es verdad, madama ?
 — ¡ Duque, ya vuelve la carroza
 — Perfectamente.
 — ¿ Estamos decididos ?
 — Sin duda.
 — ¿ Conque vamos á París
 — A París.
 — ¿ Calle de San Claudio ?
 — Si tenéis á bien... Pero el rey que aguarda.....
 — Eso me decidiría á ir, si no estuviese ya deci-
 dida, duque. El rey me ha atormentado... ¡ Ahora te
 toca á ti rabiár, la Francia !
 — Pero va á creeros robada, perdida.
 — Con tanta más razón, porque me han visto con
 vos, mariscal.

— Mirad, condesa; también yo voy á ser franco á mi vez : tengo miedo.

— ¿ De qué ?

— De que contéis esto á alguno y se burlen de mí.

— Entonces se burlarán de los dos, supuesto que yo también voy.

— En resumen, condesa, vos me decidís. Además, si me descubrieseis, yo diré....

— ¿ Qué diréis ?

— Que habéis venido conmigo mano á mano.

— No os creerán, duque.

— ¡ Eh ! ¡ eh ! condesa, si S. M. no estuviese allí.

— ¡ Champagne, Champagne ! por aquí, detrás de estos matorrales, que no nos vean. Germán, la portezuela. Ahora, á Paris, calle de San Claudio, y en el Marais, y á escape.

VIII

El correo

En la sala de la calle de San Claudio en donde nemos introducido ya á nuestros lectores, estaba Bál-samo sentado al lado de Lorenza despierta, y trataba de ablandar por medio de la persuasión aquel espíritu rebelde á todos los ruegos.

Pero la joven miraba de reojo, como Dido á Eneas pronto á marchar; sus labios sólo se desplegaban para hacer reproches, y si su mano se extendía era para rechazar.

Quejábase de hallarse presa, de ser esclava, de no poder respirar ni ver el sol; envidiaba la suerte de las más pobres criaturas, de los pájaros, de las flores, y llamaba á Bál-samo su tirano.

Luego, pasando de la reconvención á la cólera, hacía trizas las ricas telas que le había dado su marido para distraer con aquellas coqueterías la soledad que le imponía.

Por su parte, Bál-samo le hablaba con dulzura y la miraba con amor, dejando ver que aquella irritable criatura ocupaba un vasto espacio en su corazón, si no en su vida.

— Lorenza, le decía, querida hija mía, ¿ por qué me muestras ese espíritu de hostilidad y de resistencia ? ¿ Por qué no vivir conmigo que os amo más allá de todo encarecimiento, como una compañera dulce y

— Mirad, condesa; también yo voy á ser franco á mi vez : tengo miedo.

— ¿ De qué ?

— De que contéis esto á alguno y se burlen de mí.

— Entonces se burlarán de los dos, supuesto que yo también voy.

— En resumen, condesa, vos me decidís. Además, si me descubrieseis, yo diré....

— ¿ Qué diréis ?

— Que habéis venido conmigo mano á mano.

— No os creerán, duque.

— ¡ Eh ! ¡ eh ! condesa, si S. M. no estuviese allí.

— ¡ Champagne, Champagne ! por aquí, detrás de estos matorrales, que no nos vean. Germán, la portezuela. Ahora, á Paris, calle de San Claudio, y en el Marais, y á escape.

VIII

El correo

En la sala de la calle de San Claudio en donde nemos introducido ya á nuestros lectores, estaba Bál-samo sentado al lado de Lorenza despierta, y trataba de ablandar por medio de la persuasión aquel espíritu rebelde á todos los ruegos.

Pero la joven miraba de reojo, como Dido á Eneas pronto á marchar; sus labios sólo se desplegaban para hacer reproches, y si su mano se extendía era para rechazar.

Quejábase de hallarse presa, de ser esclava, de no poder respirar ni ver el sol; envidiaba la suerte de las más pobres criaturas, de los pájaros, de las flores, y llamaba á Bál-samo su tirano.

Luego, pasando de la reconvención á la cólera, hacía trizas las ricas telas que le había dado su marido para distraer con aquellas coqueterías la soledad que le imponía.

Por su parte, Bál-samo le hablaba con dulzura y la miraba con amor, dejando ver que aquella irritable criatura ocupaba un vasto espacio en su corazón, si no en su vida.

— Lorenza, le decía, querida hija mía, ¿ por qué me muestras ese espíritu de hostilidad y de resistencia ? ¿ Por qué no vivir conmigo que os amo más allá de todo encarecimiento, como una compañera dulce y

afectuosa? Entonces no tendríais nada que desear; seríais libre para dilataros al sol como esas flores de que me acabáis de hablar, para extender vuestras alas como esos pájaros cuya suerte envidiáis; entonces iríamos juntos á todas partes, no solamente volveríais á ver ese sol que tanto os encanta, sino también los soles facticios de los hombres, esas reuniones á que concurren las mujeres de este país, y seríais feliz según vuestros gustos, haciéndome á mí feliz á mi manera. ¿Por qué no queréis, Lorenza, esa felicidad que, con vuestra hermosura y vuestra riqueza, excitaría los celos de tantas mujeres?

— Porque me causáis horror, respondió la fiera joven.

Bálsamo fijó en Lorenza una mirada de cólera y de compasión á la vez, y dijo:

— Vivid pues como os condenáis á vivir, y supuesto que sois tan fiera no os quejéis.

— Tampoco me quejaría si me dejaseis sola, y si no me forzaseis á hablar. Permaneced lejos de mi presencia, ó cuando vengáis á mi prisión no me digáis nada, y yo haré como esos pobres pájaros del Sur que están enjaulados: mueren, pero no cantan.

Bálsamo hizo un esfuerzo sobre sí.

— Vamos, Lorenza, dijo, tened dulzura y resignación; leed siquiera en mi corazón, en un corazón que os ama sobre todas las cosas. ¿Queréis libros?

— No.

— ¿Y por qué no? los libros os distraerían.

— Quiero disgustarme tanto que me mate el pesar. Bálsamo se sonrió, ó más bien trató de sonreírse.

— ¡Estáis loca! dijo. Sabéis bien que no moriréis mientras esté yo aquí para cuidaros, para curaros si caéis enferma.

— ¡Oh! exclamó Lorenza. No me curaréis el día

en que me halléis en estas reias estrangulada con esta faja.

Bálsamo se estremeció.

— El día en que, continuó Lorenza exasperada, me haya sumido este puñal en el pecho.

Bálsamo, pálido y cubierto de un frío sudor, miró á Lorenza y le dijo con amenazadora voz:

— No, tenéis razón; ese día no os curaré, pero os resucitaré.

Lorenza lanzó un grito de espanto, pues no conocía límites al poder de Bálsamo y creía en su amenaza.

Bálsamo quedaba salvado.

Mientras que Lorenza se abismaba en esa nueva causa de su desesperación que ella no había previsto, y mientras que su razón vacilante se veía encerrada dentro de un círculo de torturas insalvable, resonó á los oídos de Bálsamo por tres veces y compasadamente el timbre de la campanilla agitada por Fritz.

— Un correo, dijo.

Luego, después de un corto intervalo, se oyó otro sonido.

— Y urgente, añadió.

— ¡Ah! exclamó Lorenza. ¿Conque vais á dejarme? Bálsamo cogió la fría mano de la joven.

— Os lo repito por la última vez, Lorenza, dijo; vivamos en buena armonía, fraternalmente; supuesto que nos ha unido el destino, hagamos del destino un amigo y no un verdugo.

Lorenza no respondió. Su vista fija y sombría parecía buscar en lo infinito una idea que se le escapaba eternamente, y que quizá no la hallaba ya por haberla perseguido demasiado, como sucede á aquellos cuya vista ha solicitado con demasiado ardor la luz después de haber vivido en las tinieblas.

Bálsamo le cogió la mano sin que ella diese señal

de existencia ; luego dió un paso hacia la chimenea.

En el mismo instante salió Lorenza de su estupor y fijó ávidamente los ojos en él.

— ¡ Oh ! murmuró Bálamo, tú quieres saber por dónde salgo, para salir tú un día y huir como me has amenazado : y por eso te despiertas y me sigues con la vista.

Y pasando su mano por la frente, cual si se impusiera á sí mismo una violencia penosa, extendió aquella misma mano hacia la joven, y con tono imperioso, lanzándole hacia el pecho y los ojos su mirada y su gesto como un dardo :

— Duerme, le dijo.

Apenas había pronunciado esta palabra cuando Lorenza se dobló como una flor sobre su tallo ; su cabeza, vacilante un instante, se inclinó y fué á apoyarse sobre el almohadón del sofá. Sus manos, de una blancura mate, se deslizaron á los lados rozando su vestido de seda.

Al verla tan bella, Bálamo se acercó y apoyó sus labios sobre aquella hermosa frente.

Entonces toda la fisonomía de Lorenza se regocijó cual si un soplo salido de los labios del mismo amor hubiese alejado de su frente la nube que la oscurecía. Su boca se entreabrió, sus ojos nadaron en voluptuosas lágrimas, y Lorenza suspiró como debieron suspirar esos ángeles que, en los primeros días de la creación, se enamoraron de los hijos de los hombres.

Bálamo la miró un instante como un hombre que no puede dejar su contemplación ; luego, como sonase de nuevo la campanilla, se lanzó hacia la chimenea, oprimió un resorte y desapareció detrás de las flores.

Fritz lo aguardaba en el salón con un hombre en traje de correo.

La fisonomía vulgar de éste revelaba un hombre del

pueblo, y solo sus ojos entrañaban una partícula de fuego sagrado que se habría dicho le había sido comunicada por una inteligencia superior á la suya.

Su mano izquierda estaba apoyada en un látigo corto y nudoso, mientras que la derecha trazaba signos que Bálamo reconoció después de un corto examen, y á los que respondió mudamente rozando su frente con el dedo índice.

La mano del postillón subió al punto al pecho y trazó un nuevo signo tan parecido al que se hace para echarse un botón, que un indiferente no lo habría reconocido.

Á este último signo el maestro respondió mostrando una sortija que llevaba en el dedo.

Ante este símbolo temible, el enviado hincó en el suelo la rodilla.

— ¿ De dónde vienes ? preguntó Bálamo

— De Ruán, maestro.

— ¿ Qué haces ?

— Soy correo al servicio de madama de Grammont.

— ¿ Quién te ha colocado en su casa ?

— La voluntad del gran Copto.

— ¿ Qué orden has recibido al entrar á su servicio ?

— La de no tener ningún secreto para el gran maestro.

— ¿ Á dónde vas ?

— Á Versalles.

— ¿ Qué llevas ?

— Una carta.

— ¿ Para quién ?

— Para el ministro.

— Dádmela.

El correo entregó á Bálamo una carta que acababa de sacar de una bolsa de cuero que llevaba á la espalda.

— ¿Debo aguardar? preguntó.

— Sí.

— Aguardo.

— ¡Fritz!

El alemán se presentó.

— Oculta á Sebastián en la despensa.

— Bien está, señor.

— ¡Sabe mi nombre! murmuró el adepto con supersticioso espanto.

— Él lo sabe todo, le replicó Fritz conduciéndolo.

Bálsamo se quedó solo; miró el sello puro y profundo de aquella tarta, que los suplicantes ojos del correo parecían haberle recomendado respetase lo más posible; luego, lento y pensativo, subió al cuarto de Lorenza y abrió la puerta de comunicación.

Lorenza seguía durmiendo, pero fatigada, enervada por la inacción. Le cogió la mano que ella cerró convulsivamente, y aplicó sobre su corazón la carta del postillón sin levantarle el sello.

— ¿Veis? dijo.

— Sí, veo, respondió Lorenza.

— ¿Qué es lo que tengo en la mano?

— Una carta.

— ¿Podéis leerla?

— Puedo.

— Entonces leed.

Lorenza, con los ojos cerrados, el pecho jadeante, recitó palabra por palabra las líneas siguientes, que Bálsamo iba escribiendo á medida que ella hablaba:

« Querido hermano,

» Como lo había previsto, mi destierro nos servirá á lo menos para algo. Esta mañana he estado con el presidente de Ruán: es de los nuestros, pero es tímido.

Le he apurado en tu nombre, por último he logrado decidirlo, y antes de ocho días estarán en Versalles las representaciones de su compañía.

» Salgo inmediatamente para Rennes, á fin de activar un poco á Karadeuc y La Chalotais que se duermen.

» Nuestro agente de Caudebec se hallaba en Ruán, y lo he visto. La Inglaterra no se quedará en el camino; está preparando una enérgica notificación al gabinete de Versalles.

» X... me ha preguntado si había que presentarla, y yo lo he autorizado. Recibirás los últimos folletos de Thevenot, de Morande y de Delille contra la Dubarry. ¡Son unos petardos capaces de hacer saltar una ciudad!

» Había llegado á mis oídos un rumor siniestro; corrían voces vagas de desgracia; pero como tú no me has escrito, me río de ellas. Sin embargo, no me dejes en la incertidumbre y escribeme sin pérdida de correo, pues tu mensaje me hallará en Caén, en donde tengo que ver á algunos de los nuestros.

» Duquesa de GRAMMONT. »

Lorenza se paró después de esa lectura.

— ¿No veis nada más? preguntó Bálsamo.

— No veo nada.

— ¿Ni postdata?

— No.

Bálsamo, cuya frente se iba desarrugando á medida que leía Lorenza, volvió á tomar la carta de la duquesa.

— ¡Documento curioso que me pagarían bien caro! dijo.

— ¡Oh! ¡cómo se escriben semejantes cosas! añadió. Sí, las mujeres son las que pierden siempre á los

hombres superiores. Ese Choiseul no ha podido ser derribado por un ejército de enemigos, por un mundo de intrigas, y el simple soplo de una mujer lo echa por tierra acariciándolo. Sí, todos nosotros perecemos por la misma traición ó la debilidad de las mujeres... Si tenemos corazón y en este corazón hay una fibra sensible, somos perdidos.

Y al decir estas palabras, Bálamo miraba con indecible ternura á Lorenza palpitante bajo aquella mirada.

— ¿Es verdad lo que pienso? le dijo.

— No, no es verdad, replicó Lorenza ardientemente. Ves muy bien que yo te amo demasiado para hacerte mal como todas esas mujeres insensatas y sin corazón.

Bálamo se dejó enlazar por los brazos de su encantadora.

De súbito resonó dos veces la campanilla agitada por Fritz.

— Dos visitas, dijo Bálamo.

Un violento campanillazo terminó la frase telegráfica de Fritz.

— ¡Importantes! continuó el maestro.

Y desembarazándose de los brazos de Lorenza, salió de la sala dejando á la joven dormida.

Bálamo encontró al paso el correo, que aguardaba las órdenes del maestro.

— Ahí está la carta, dijo.

— ¿Qué debo hacer de ella?

— Entregarla á quien dice el sobre.

— ¿No tenéis más que ordenarme?

— Nada más.

El adepto miró la cubierta y el sello de la carta, y al verlos tan intactos como al principio, manifestó su gozo y desapareció en las tinieblas.

— ¡Qué desgracia no poder guardar semejante do-

cumento autógrafo, y sobre todo qué desgracia no poder entregarlo por persona segura en manos del rey!

Al decir esto se presentó ante él Fritz.

— ¿Quién está ahí? preguntó Bálamo.

— Una mujer y un hombre.

— ¿Han venido aquí alguna otra vez?

— No.

— ¿Los conoces?

— No.

— ¿Es joven la mujer?

— Joven y hermosa.

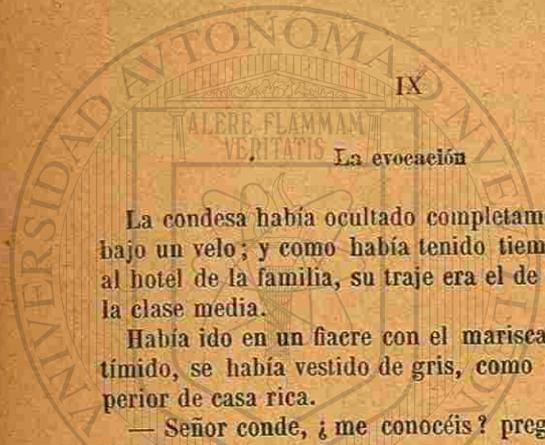
— ¿Y el hombre?

— De unos sesenta á sesenta y cinco años.

— ¿En dónde están?

— En el salón.

Bálamo entró.



La condesa había ocultado completamente su rostro bajo un velo; y como había tenido tiempo para pasar al hotel de la familia, su traje era el de una señora de la clase media.

Había ido en un fiacre con el mariscal, quien, más tímido, se había vestido de gris, como un lacayo superior de casa rica.

— Señor conde, ¿me conocéis? preguntó madama Dubarry.

— Perfectamente, señora condesa.

Richelieu se mantenía detrás.

— Tened á bien sentaros, señora, y vos también, caballero.

— El señor es mi mayordomo, dijo la condesa.

— Os equivocáis, señora, replicó Bálamo inclinándose; el señor es el mariscal duque de Richelieu, á quien conozco perfectamente, y que sería muy ingrato si él no me conociese á mí.

— ¿Cómo es eso? preguntó el duque muy desconcertado.

— Señor duque, creo que somos deudores de alguna gratitud á los que nos salvan la vida.

— ¡Ah! ah! ¿lo ois, duque? dijo la condesa riendo.

— ¡Oh! oh! ¿vos me habéis salvado á mi la vida, señor conde? preguntó el duque admirado.

— Sí, caballero, en Viena el año de 1723, cuando estabais allí de embajador.

— ¡En 1723! Pero entonces aun no habiais nacido, querido caballero.

Bálamo se sonrió.

— Me parece que sí, señor duque, respondió, puesto que os he encontrado expirando, ó más bien muerto sobre una camilla; acababais de recibir una estocada que os había atravesado el pecho, y por señas que os derramé sobre la herida tres gotas de mi elixir... Ahí, mirad, en el sitio en que estáis arrugando vuestro encaje de Alenzón, un poco rico para un mayordomo.

— Pero, señor conde, ¿vos no tenéis apenas de treinta á treinta y cinco años! repuso el mariscal.

— ¡Bien, bien, duque! exclamó la condesa riendo á carcajadas. ¡Ya estáis ante el brujo! ¿lo creéis?

— Estoy estupefacto, condesa. Pero entonces, continuó el duque dirigiéndose de nuevo á Bálamo, ¿vos os llamáis....

— ¡Oh! nosotros los brujos cambiamos de nombre á cada generación, como vos sabéis;... y en 1723 eran de moda los nombres en *us*, en *os* y en *as*, y no extrañaría que en aquella época hubiese tenido el capricho de trocar mi nombre por alguno griego ó latino. Esto sentado, estoy á vuestras órdenes, señora condesa y señor duque....

— Conde, el mariscal y yo venimos á consultar con vos.

— Madama, me hacéis un grande honor, y será tanto mayor si se os ha ocurrido esa idea naturalmente.

— Lo más naturalmente del mundo, conde; me

bulle en la cabeza vuestra predicción, sólo que dudo se realice.

— No dudéis nunca de lo que dice la ciencia, madama.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! exclamó Richelieu. Es que nuestra corona está muy aventurada, conde... No se trata aquí de una herida que se cura con tres gotas de elixir.

— No, sino de un ministro á quien se derriba con tres palabras... replicó Bálamo. Y bien; ¿ he adivinado ? decid.

— Perfectamente, respondió la condesa temblando de pies á cabeza. En verdad, duque, ¿ qué os parece de todo esto ?

— ¡ Oh ! no os admiréis de tan poca cosa, señora, dijo Bálamo; quien ve á madama Dubarry y al señor de Richelieu inquietos, debe adivinar la causa de su inquietud, sin necesidad de magia.

— Así os adoraría, si nos indicaseis el remedio, añadió el mariscal.

— ¿ Para la enfermedad que os trabaja ?

— Sí, tenemos el Choiseul.

— ¿ Y deseariais curaros de él ?

— Sí, gran mágico, eso es.....

— Señor conde, no nos abandonaréis en este apuro, dijo la condesa; porque se interesa en ello vuestro honor.

— Estoy pronto á servirlos con todas mis fuerzas, madama; sin embargo, quisiera saber si el señor duque no se había fijado de antemano en alguna idea antes de venir aquí.

— Lo confieso, señor conde. Á fe mía que es hermoso el tener un mágico á quien se le puede llamar señor conde; esto no altera vuestros hábitos.

Bálamo se sonrió.

— Vamos, repuso, sed franco.

— Bajo mi palabra de honor que no deseo otra cosa, dijo el duque.

— Tenéis alguna cosa que pedirme.

— Verdad es.

— ¡ Ah ! ¡ cazurro ! dijo la condesa. No me habéis dicho una palabra.

— No podía decirlo más que al señor conde, y eso á su oído, respondió el mariscal.

— ¿ Y por qué, duque ?

— Porque os habríais ruborizado hasta el blanco de los ojos, condesa.

— ¡ Ah ! por curiosidad, decídmelo, mariscal, porque traigo colorete y no se verá mi rubor.

— Pues bien, dijo Richelieu, he aquí en lo que he pensado. ¡ Cuidado, condesa, que me arrojé el gorro por la ventana !

— Arrojadlo, duque, que yo os lo volveré á enviar.

— Es que si lo digo, me vais á sacudir el polvo al momento.

— Señor duque, no estáis acostumbrado á que os sacudan el polvo, dijo Bálamo al viejo mariscal, que quedó encantado de la flor.

— Pues bien, voy á decirlo, repuso el duque; que no se ofenda madama; S. M., ¿ cómo lo diré ?

— ¡ Qué pesado es, Dios mío ! exclamó la condesa.

— ¿ Conque os empeñáis en que lo diga ?

— Sí.

— ¿ Absolutamente ?

— Digo que sí, cien veces sí.

— Entonces cuerpo al agua... Es triste de decir, señor conde, pero S. M. no es ya alegrable..... Condesa, la palabra no es mía, es de madama de Maintenón.

— En eso no hay nada que me ofenda, dijo madama Dubarry.

— Tanto mejor; entonces podré decirlo á mis

anchuras. Y bien, sería preciso que el señor conde, que halla tan preciosos elixires.....

— Hallase uno, continuó Bálamo, que restituyese al rey la facultad de poderse divertir.

— Exactamente.

— ¡Eh! señor duque, eso es una niñada, el *abc* del oficio. El primer charlatán hallará un filtro.

— Cuya virtud, continuó el duque, se atribuirá al mérito de madama.

— ¡Duque! exclamó la condesa.

— ¡Eh! bien sabía yo que os habíais de enfadar; pero vos lo habéis querido.

— Señor duque, replicó Bálamo, teníais razón, pues la señora condesa se ruboriza. Pero, como decíamos hace un momento, no se trata ahora de herida, ni tampoco de amor. No es con un filtro con lo que desembarazaréis á la Francia del señor de Choiseul, pues aun cuando el rey, por un imposible, amase á madama diez veces más de lo que la ama, el señor de Choiseul conservaría en su espíritu el prestigio y la influencia que madama ejerce en su corazón.

— Verdad es, dijo el mariscal, pero era nuestro único recurso.

— ¿Lo creéis así?

— ¡Pardiez! buscad otro

— ¡Oh! creo la cosa fácil.

— Fácil, ¿lo oís, condesa? Estos mágicos no dudan de nada.

— ¿Por qué dudar cuando se trata simplemente de probar al rey que el señor de Choiseul lo vende? bien entendido, bajo el punto de vista del rey, porque el señor de Choiseul no cree venderlo haciendo lo que hace.

— ¿Y qué es lo que hace?

— Condesa, lo sabéis tan bien como yo; está sos-

teniendo la insurrección del parlamento contra la autoridad real.

— Ciertamente, pero sería preciso saber por qué medio.

— Por medio de agentes á quienes alienta prometiéndoles la impunidad.

— ¿Quiénes son esos agentes? He ahí lo que se necesita saber.

— ¿Creéis, por ejemplo, que madama de Grammont ha marchado con otro objeto que el de exaltar á los acalorados y acalorar á los tímidos?

— ¡De seguro que no ha sido otro el objeto de su viaje! exclamó la condesa.

— Sí, pero el rey no ve en ese viaje más que un simple destierro.

— Verdad es.

— ¿Cómo probarle que en su viaje hay más de lo que se quiere aparentar?

— Acusando á madama de Grammont.

— ¡Ah! si no consistiese más que en acusar, conde! dijo el mariscal.

— Desgraciadamente es preciso probar la acusación, añadió la condesa.

— Y si se probase plenamente esa acusación, ¿creéis que el señor de Choiseul permanecería en su ministerio?

— ¡De seguro que no! exclamó la condesa.

— Luego sólo se trata de hallar una traición del señor de Choiseul, prosiguió Bálamo con tono de seguridad, y de presentarla clara, precisa y palpable á los ojos de S. M.

El mariscal se agitó en su sillón riendo á careajadas.

— ¡Es hechicero! exclamó. ¡No duda de nada! ¡Hallar al señor de Choiseul en flagrante delito de traición... ahí está todo... y nada más!

Bálsamo permaneció impasible y aguardó á que pasase completamente el acceso de hilaridad del mariscal.

— Vamos, dijo entonces Bálsamo, hablemos seriamente y recapitulemos.

— Sea en buen hora.

— ¿No se sospecha que el señor de Choiseul apoya la rebelión del parlamento?

— Convenido, ¿pero la prueba?

— ¿No pasa el señor de Choiseul, continuó Bálsamo, por preparar una guerra con la Inglaterra á fin de conservarse como hombre indispensable?

— Se cree así, ¿pero la prueba?

— En fin, el señor de Choiseul ¿no es el enemigo declarado de la señora condesa que está presente, y no trata por todos los medios posibles de derribarla del trono que yo le he prometido?

— En cuanto á eso, demasiado cierto es, dijo la condesa; pero aun sería preciso probarlo... ¡Oh! ¡si yo pudiese probarlo!

— ¿Y qué se necesita para eso? Una miseria.

El mariscal se puso á soplar sus uñas.

— Sí, una miseria, repitió irónicamente.

— Por ejemplo, una carta confidencial, dijo Bálsamo.

— He ahí todo lo que se necesita... una friolera.

— Una carta de madama de Grammont, ¿no es verdad, señor mariscal? continuó el conde.

— ¡Buscadme una, querido mágico! exclamó madama Dubarry. Cinco años hace que ando tras de una, y he gastado cien mil libras por año sin poder hallarla.

— Porque no os habéis dirigido á mí, señora, dijo Bálsamo.

— ¿Cómo así? preguntó la condesa.

— Sin duda, si os hubieseis dirigido á mí....

— ¿Qué?

— Os habría sacado del apuro.

— ¿Vos?

— Sí, yo.....

— ¿Es ya tarde, conde?

El conde se sonrió.

— Jamás.

— ¡Oh! mi querido conde! exclamó madama Dubarry juntando las manos.

— ¿Conque queréis una carta?

— Sí.

— ¿De madama de Grammont?

— Si es posible.

— Que comprometa al señor de Choiseul sobre los tres puntos que he dicho.....

— Daría un ojo de la cara por verla.....

— ¿Condesa, eso sería pagarla demasiado cara; tanto más cuanto que esa carta!.....

— ¿Qué?

— Os la daré yo de balde.

Y Bálsamo sacó de su bolsillo un papel plegado en cuatro partes.

— ¿Qué es eso? preguntó la condesa devorando el papel con los ojos.

— Sí, ¿qué es eso? preguntó también el duque.

— La carta que deseáis.

Y el conde, en medio del más profundo silencio, leyó á los dos oyentes asombrados la carta que nuestros lectores conocen ya.

Á medida que leía, la condesa abría desmesuradamente los ojos y comenzaba á perder todo miramiento.

— ¡Diablo! eso es una calumnia, tengamos cuidado, murmuró Richelieu cuando Bálsamo acabó de leer.

— Señor duque, es la copia pura, simple y literal de una carta de la señora duquesa de Grammont, que

un correo despachado esta mañana desde Ruán lleva en este momento al duque de Choiseul á Versailles.

— ¡ Dios mío ! exclamó el mariscal, ¿ es verdad lo que decís, señor de Bálamo ?

— Yo siempre digo verdad, señor mariscal.

— ¿ Habría escrito la duquesa semejante carta ?

— Sí, señor mariscal.

— ¿ Habría cometido semejante imprudencia ?

— Confieso que es increíble, pero la ha cometido.

El viejo duque miró á la condesa, la cual no tenía fuerzas para articular una palabra.

— ¡ Y bien ! dijo ésta por último, yo soy como el duque, y debéis perdonarme, señor conde, si apenas puedo creer que madama de Grammont que es una señora de talento, haya comprometido toda su posición y la de su hermano con una carta tan imprudente como esa... Por otra parte..., para conocer semejante carta es preciso haberla leído.

— Y luego, se apresuró á decir el mariscal, si el señor conde hubiese leído esa carta, la habría guardado; pues sería un tesoro precioso.

Bálamo meneó suavemente la cabeza.

— ¡ Oh, señor ! dijo. Ese medio es bueno para los que abren las cartas para conocer los secretos..., y no para los que, como yo, leen á través de sus cubiertas... ¡ Dios me libre de semejante medio ! Además, ¿ qué interés tendría yo en perder al señor de Choiseul y á madama de Grammont ? Venís á consultarme... supongo que venís como amigos, y yo os respondo como tal. Deseáis que os haga un servicio, y os lo hago. Me imagino que no venís á proponerme el precio de mi consulta como á los adivinos del muelle de la Ferraille.

— ¡ Oh, conde ! exclamó madama Dubarry.

— Y bien; os doy un consejo y parece que no lo

comprendéis. Me anunciáis el deseo de derribar al señor de Choiseul, y buscáis los medios de lograrlo; os cito uno, lo aprobáis, os lo pongo en la mano... ¡ y no lo creéis !

— Es que..., conde, escuchad....

— Os digo que existe la carta, puesto que tengo yo la copia.

— Pero en fin, ¿ quién os ha advertido, señor conde ? exclamó Richelieu.

— ¡ Ah ! he ahí la grande dificultad... ¿ quién me ha advertido ? En un minuto queréis saber tanto como yo, que soy el trabajador, el sabio, el adepto, que he vivido tres mil setecientos años.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! exclamó Richelieu con desaliento, conde, vais á echarme á perder la buena opinión que de vos tenía.

— No os ruego que me creáis, señor duque, y no soy yo quien ha ido á buscaros á la cazata del rey.

— Duque, tiene razón, dijo la condesa. Señor de Bálamo, os suplico que no os impacientéis.

— Jamás se impacienta el que es dueño del tiempo, madama.

— Á los muchos favores de que os soy ya deudora, dignaos unir el de decirme cómo se os revelan semejantes secretos.

— No tengo el menor inconveniente, madama, dijo Bálamo tan lentamente como si meditase palabra por palabra su respuesta. Esta revelación se me ha hecho por una voz. ®

— ¡ Por una voz ! exclamaron á un tiempo el duque y la condesa. ¿ Os lo revela todo una voz ?

— Sí, todo lo que deseo saber.

— ¡ Fué una voz la que os ha dicho que madama de Grammont había escrito á su hermano ?

— Os afirmo, madama, que fué una voz la que me lo dijo.

— ¡ Es milagroso !

— Pero ¿ vos no lo creéis ?

— Y bien; no, conde, respondió el duque. ¿ Cómo queréis que crea semejantes cosas ?

— ¿ Y las creeríais si os dijese lo que hace en este momento el correo que lleva la carta al señor de Choiseul ?

— ¡ Pardiez ! repitió la condesa.

— Yo lo creería si oyese la voz, dijo el duque. Pero sólo los nigrománticos ó mágicos tienen el privilegio de ver y oír lo que es sobrenatural.

Bálsamo clavó la vista en el señor de Richelieu con una expresión singular, que conmovió todas las fibras de la condesa y heló el corazón del escéptico egoísta á quien llamaban duque de Richelieu.

— Sí, dijo al cabo de un largo silencio; solo yo veo y oigo las cosas sobrenaturales; pero cuando me hallo con personas de vuestro rango, de vuestro talento, duque, y de vuestra hermosura, condesa, franqueo mis tesoros y los reparto... ¿ Tendríais mucho gusto en oír la misteriosa voz que me instruye ?

— Sí, respondió el duque cerrando los puños para no temblar.

— Sí, balbuceó la condesa temblando.

— Pues bien, señor duque, y señora condesa, vais á oírla. ¿ En qué lengua queréis que hable ?

— En francés, si tenéis á bien, respondió la condesa... porque yo no conozco otra lengua, y me causaría mucho miedo.

— ¿ Y vos, señor duque ?

— Como madama... en francés. Me gustará repetir lo que me diga el diablo, ver si es bien educado y si

habla correctamente la lengua de mi amigo el señor de Voltaire.

Bálsamo, con la cabeza inclinada hacia el pecho, se dirigió á la puerta que daba al saloncito, y que, como se sabe, se abría sobre la escalera.

— Permitid que os encierre, dijo, á fin de no exponeros demasiado.

La condesa palideció y se acercó al duque, cuyo brazo tomó.

Bálsamo, tocando apenas la puerta de la escalera, alargó el paso hacia el punto de la casa en que se hallaba Lorenza, y con vibrante voz pronunció en lengua árabe estas palabras :

— Amiga mía... ¿ me oís?... Si me oís, tirad del cordón de la campanilla, y llamad dos veces.

Bálsamo aguardó el efecto de estas palabras mirando al duque y á la condesa, quienes abrian tanto más los ojos y los oídos, cuanto que no podían comprender lo que decía el conde.

La campanilla sonó por dos veces con mucha claridad.

La condesa brincó sobre su sofá, y el duque se enjugó la frente con su pañuelo.

— Supuesto que me oís, continuó Bálsamo en el mismo idioma, oprimid el botón de mármol que figura el ojo derecho del león sobre la escultura de la chimenea, la plancha se abrirá, pasad por esa abertura; atravesad mi cuarto, bajad la escalera, y venid hasta el cuarto contiguo á éste en que yo estoy.

Un momento después, un ruido ligero como un soplo imperceptible, como el vuelo de una fantasma, advirtió á Bálsamo que sus órdenes habían sido comprendidas y ejecutadas.

— ¿ Qué lengua es esa ? preguntó Richelieu echándola de valiente, ¿ es la lengua cabalística ?

— Sí, señor duque; es el dialecto usado para la evocación.

— Habéis dicho que nosotros comprenderíamos.

— Lo que dijese la voz, sí, pero no lo que yo dijera.

— ¿Y ha venido ya el diablo?

— ¿Quién os ha hablado del diablo, señor duque?

— Pero me parece que no se evoca más que al diablo.

— Se puede evocar todo lo que es espíritu superior, un ser sobrenatural....

Bálsamo extendió la mano hacia la tapicería que cerraba la puerta del cuarto contiguo.

— Está en comunicación directa conmigo, caballero.

— Yo tengo miedo, dijo la condesa. ¿Y vos, duque?

— A fe mía, condesa, os confieso que casi me gustaría tanto estar en Mahón ó en Philipsbourg.

— Señora condesa, y vos, señor duque, tened á bien escuchar, puesto que queréis oír, dijo severamente Bálsamo.

Y se volvió hacia la puerta.

X

La voz

Hubo un momento de silencio solemne; luego Bálsamo preguntó en francés:

— ¿Estáis ahí?

— Estoy, respondió una voz pura y argentina que, penetrando las colgaduras y mamparas, resonó á los oídos de los asistentes más bien como un timbre metálico que como los acentos de una voz humana.

— ¡Caramba! la cosa se va haciendo interesante, dijo el duque. Y todo esto sin antorchas, sin magia, sin fuegos de Bengala.

— Es espantoso, murmuró la condesa.

— Escuchad bien mis preguntas, continuó Bálsamo.

— Eseecho con todo mi ser.

— Decidme primero cuántas personas están aquí conmigo en este momento.

— Dos.

— ¿De qué sexo?

— Un hombre y una mujer.

— Leed en mi pensamiento el nombre del hombre.

— El señor duque de Richelieu.

— ¿Y el de la mujer?

— La señora condesa Dubarry.

— ¡Ah! ¡ah! murmuró el duque. Esto es bastante pasmoso.

— Yo digo, añadió la condesa temblando, que no he visto nunca cosa igual.

— Bien, dijo Bálamo. Ahora leed la primera frase de la carta que tengo en la mano.

La voz obedeció.

La condesa y el duque se miraban con un asombro que comenzaba á rayar en admiración.

— ¿Qué se ha hecho de esa carta que yo he copiado dictándome vos?

— Está en camino.

— ¿De qué lado?

— Del lado de Occidente.

— ¿Está lejos?

— ¡Oh! sí, muy lejos.

— ¿Quién la lleva?

— Un hombre vestido con una chaqueta verde, una gorra de piel en la cabeza, y con grandes botas.

— ¿Va á pie ó á caballo?

— Á caballo.

— ¿Qué caballo monta?

— Un caballo pío.

— ¿En dónde lo veis?

Hubo un momento de silencio.

— Mirad, dijo Bálamo imperiosamente.

— En un camino real plantado de árboles.

— Pero, ¿en qué camino?

— No sé, todos los caminos se parecen.

— ¿Cómo! ¿no hay nada que os indique ese camino? ni un pilar, ni una inscripción, nada?

— ¡Aguardad, aguardad! está pasando un carruaje cerca de ese hombre á caballo: ahora le cruza viniendo hacia mí.

— ¿Qué clase de carruaje?

— Un carruaje pesado, lleno de clérigos y militares.

— Un patache, murmuró Richelieu.

— ¿No tiene alguna inscripción ese carruaje? preguntó Bálamo.

— Sí, tiene, respondió la voz.

— Leed.

— En el carruaje leo *Versalles* en letras amarillas casi borradas.

— Dejad ese carruaje, y seguid al correo.

— No lo veo ya.

— ¿Por qué no lo veis ya?

— Porque el camino hace un recodo.

— Dad vuelta al camino, y coged al correo.

— ¡Oh! corre á escape de su caballo: mira su reloj.

— ¿Qué veis delante de ese caballo?

— Una larga alameda, edificios magníficos, una grande ciudad.

— Seguidlo.

— Ya lo sigo.

— ¿Y bien?

— El correo espolea su caballo y le da redoblados latigazos; el animal está cubierto de sudor; sus herraduras hacen sobre el empedrado tanto ruido que todos los transeuntes vuelven la cabeza. ¡Ah! el correo entra en una calle larga que va descendiendo. Se vuelve á la derecha: su caballo se para á la puerta de un vasto hotel.

— Ahí es donde hay que seguirlo con atención, ¿lo oís?

La voz exhaló un suspiro.

— Estáis fatigada, lo comprendo.

— ¡Oh! estoy despedazada!

— Yo quiero que desaparezca esa fatiga.

— ¡Ah!

— ¿Y bien?

— Gracias.

— ¿Estáis aun fatigada?

- No.
- ¿Veis aun el correo ?
- Aguardad... Sí, sí : está subiendo una grande escalera de piedra, precedido de un lacayo de librea azul y galoneada de oro. Llega á un gabinete iluminado. El lacayo abre la puerta y se retira.
- ¿ Qué veis ?
- El correo saluda.
- ¿ A quién saluda ?
- Aguardad... saluda á un hombre sentado en un bufete y que está de espaldas á la puerta.
- ¿ Cómo está vestido ese hombre ?
- ¡ Oh ! de gran ceremonia, y como para un baile.
- ¿ Tiene alguna condecoración ?
- Trae una grande cinta azul al cuello.
- ¿ Su cara ?
- No la veo... ¡ Ah !
- ¿ Qué ?
- Se vuelve.
- ¿ Qué fisonomía tiene ?
- Ojos vivos, facciones irregulares, hermosos dientes.
- ¿ Qué edad ?
- De cincuenta y cinco á cincuenta y ocho años.
- ¡ El duque ! dijo la condesa al oído del mariscal.
- Es el duque.
- El mariscal hizo con la cabeza un signo que queria decir : Sí, él es... pero escucemos.
- ¿ Qué mas ? preguntó Bálamo.
- El correo entrega al hombre de la cinta azul.....
- Podéis decir al duque, porque es un duque.
- El correo, repuso la voz obediente, entrega al duque una carta sacada de una bolsa de cuero que lleva á la espalda. El duque la abre y lee con atención.
- ¿ Qué mas ?

- Toma una pluma, una hoja de papel, y escribe.
- ¡ Escribe ! murmuró Richelieu. ¡ Diablo ! si pudiéramos saber lo que escribe, sería magnífico.
- Decidnos lo que escribe, ordenó Bálamo.
- No puedo.
- Porque estáis demasiado lejos : entrad en el gabinete... ¿ Habéis entrado ?
- Sí.
- Inclinaos por encima de sus hombros.
- Ya me inclino.
- ¿ Leéis ahora ?
- La letra es mala, menuda y desigual.
- Leed, yo lo quiero.
- La condesa y Richelieu contuvieron la respiración.
- Leed, repitió Bálamo con tono más imperioso aun.
- « Hermana mía, » dijo la voz trémula y vacilante.
- Es la respuesta, murmuraron á la vez el duque de Richelieu y la condesa.
- « Hermana mía, repuso la voz, tranquilizate ; verdad es que ha habido crisis, y también lo es que ha sido dura, pero ha pasado ya. Aguardo el día de mañana con impaciencia, porque mañana cuento, á mi vez, tomar la ofensiva, y todo me hace creer en un triunfo decisivo. Gracias, por el parlamento de Ruán ; gracias por milor X... y también por el petardo.
- » Mañana, después de mi despacho con el rey, añadiré una posdata á esta carta, y te la enviaré por el mismo correo. »
- Bálamo, con la mano izquierda extendida, parecía arrancar penosamente cada palabra á la voz, mientras con la derecha escribía apresuradamente con lápiz estas mismas palabras que el señor de Choiseul escribía en su gabinete

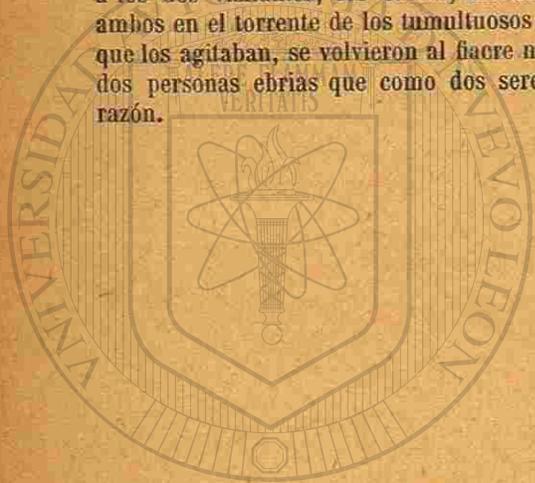
- ¿Es todo? preguntó Bálamo.
- Todo.
- ¿Ahora qué hace el duque?
- Dobla el papel en que acaba de escribir; lo vuelve á doblar y lo mete en una carterita encarnada que él saca del bolsillo izquierdo de su casaca.
- ¿Oís? dijo Bálamo á la condesa estupefacta.
- ¿Y luego?
- Luego, despide al correo hablándole.
- ¿Qué le dice?
- No he oído más que el final de la frase.
- ¿Qué decía ese final?
- A la una, en la reja de Trianón. El correo saluda y se retira.
- Eso es, dijo Richelieu; da una cita al correo para la salida de su despacho con el rey, como dice en la carta.
- Bálamo hizo una seña con la mano para exigir el silencio.
- ¿Ahora qué hace el duque? preguntó.
- Se levanta. Tiene en la mano la carta que le han entregado. Va derecho á su cama, pasa por entre ésta y la pared, oprime un resorte que abre un cofrecito de hierro. Mete en el cofrecito la carta y vuelve á cerrarlo.
- ¡Oh! exclamaron á la vez el duque y la condesa muy pálidos. ¡Oh! esto es verdadera magia.
- ¿Sabéis todo lo que deseabais, señora? preguntó Bálamo.
- Señor conde, respondió madama Dubarry acercándose á él con terror, acabáis de hacerme un servicio por el que daría yo diez años de mi vida, ó que más bien no podré pagar jamás. Pedidme lo que queráis.
- ¡Oh! señora, sabéis que tenemos ya nuestras cuentas.
- Decid, decid lo que deseáis.

- Aun no ha llegado el tiempo de decirlo.
- ¡Y bien! cuando llegue, aun cuando fuese un millón.....
- Bálamo se sonrió.
- ¡Eh! condesa, exclamó el mariscal, más bien seríais vos quien podría pedir un millón al conde. El hombre que sabe lo que él, que ve lo que él ve, ¿no descubre el oro y los diamantes en las entrañas de la tierra, como descubre el pensamiento en el corazón de los hombres?
- Entonces, conde, me prosterno en mi impotencia, dijo la condesa.
- No, condesa. Llegará un día en que me paguéis; ya os presentaré yo la ocasión.
- Conde, dijo el duque á Bálamo, estoy subyugado, vencido, abrumado! Creo.
- Como ha creído Santo Tomás, ¿no es así, señor duque? eso no se llama creer, se llama ver.
- Llamadlo como queráis; pero confieso mi error, y cuando en lo sucesivo me hablen de brujos, ya sé lo que he de decir.
- Bálamo se sonrió.
- Ahora, señora, dijo á la condesa, ¿queréis permitirme una cosa?
- Decid.
- Mi espíritu está fatigado; dejadme devolverle la libertad por medio de una fórmula mágica.
- Como gustéis, caballero.
- Lorenza, dijo Bálamo en árabe, ¡muchas gracias! Yo te amo; ahora vuélvete á tu cuarto por el mismo camino por donde has venido, y aguardame allí. Vuélve, adorada mía.
- Estoy muy fatigada, respondió en italiano la voz, más dulce aun que durante la evocación; despáchate tú, Acharat.

— Ya voy.

Y se oyeron alejarse los pasos con el mismo ligero ruido que al venir.

Luego Bálamo, al cabo de algunos minutos durante los cuales se convenció de la marcha de Lorenza, saludó profundamente, pero con majestuosa dignidad, á los dos visitantes, los cuales, azorados y absortos ambos en el torrente de los tumultuosos pensamientos que los agitaban, se volvieron al fiacre más bien como dos personas ebrias que como dos seres dotados de razón.



XI

Desgracia

Á la mañana siguiente, daban las once en el gran reloj de Versalles cuando el rey Luis XV, saliendo de su aposento, atravesó la galería inmediata á su cuarto y llamó en alta y seca voz:

— ¡ Señor de La Vrilliere !

El rey estaba pálido y parecía agitado, y cuanto más procuraba ocultar su inquietud, tanto más se descubría en el embarazo de su mirada y en la tensión de los músculos de su cara, ordinariamente impasible.

Al momento reinó un silencio glacial en las filas de los cortesanos, entre los cuales se hallaban el duque de Richelieu y el conde Juan Dubarry, tranquilos ambos y afectando indiferencia é ignorancia.

Acercóse el duque de La Vrilliere y tomó de manos del rey una carta-orden que le alargó S. M.

— ¿ Está en Versalles el duque de Choiseul ? preguntó el rey.

— Señor, está desde ayer; ha vuelto de París á las dos de la tarde.

— ¿ Está en su hotel ó en palacio ?

— Está en palacio, señor.

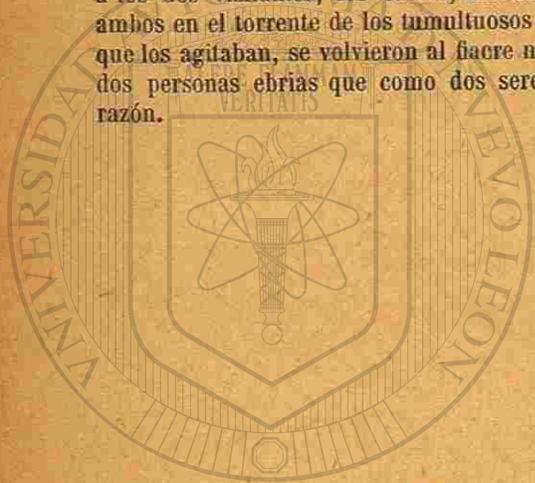
— Bien, dijo el rey, llevadle esta orden, duque.

Un prolongado estremecimiento recorrió las filas de los espectadores, quienes se inclinaron todos cuchicheando, cual las espigas bajo el soplo del huracán.

— Ya voy.

Y se oyeron alejarse los pasos con el mismo ligero ruido que al venir.

Luego Bálsamo, al cabo de algunos minutos durante los cuales se convenció de la marcha de Lorenza, saludó profundamente, pero con majestuosa dignidad, á los dos visitantes, los cuales, azorados y absortos ambos en el torrente de los tumultuosos pensamientos que los agitaban, se volvieron al fiacre más bien como dos personas ebrias que como dos seres dotados de razón.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XI

Desgracia

Á la mañana siguiente, daban las once en el gran reloj de Versalles cuando el rey Luis XV, saliendo de su aposento, atravesó la galería inmediata á su cuarto y llamó en alta y seca voz:

— ¡ Señor de La Vrilliere !

El rey estaba pálido y parecía agitado, y cuanto más procuraba ocultar su inquietud, tanto más se descubría en el embarazo de su mirada y en la tensión de los músculos de su cara, ordinariamente impasible.

Al momento reinó un silencio glacial en las filas de los cortesanos, entre los cuales se hallaban el duque de Richelieu y el conde Juan Dubarry, tranquilos ambos y afectando indiferencia é ignorancia.

Acercóse el duque de La Vrilliere y tomó de manos del rey una carta-orden que le alargó S. M.

— ¿ Está en Versalles el duque de Choiseul ? preguntó el rey.

— Señor, está desde ayer; ha vuelto de París á las dos de la tarde.

— ¿ Está en su hotel ó en palacio ?

— Está en palacio, señor.

— Bien, dijo el rey, llevadle esta orden, duque.

Un prolongado estremecimiento recorrió las filas de los espectadores, quienes se inclinaron todos cuchicheando, cual las espigas bajo el soplo del huracán.

El rey, frunciendo el entrecejo, como si quisiese aumentar con el terror el efecto de aquella escena, volvió fieramente á su gabinete, seguido de su capitán de los guardias y del comandante de los caballos ligeros.

Todas las miradas siguieron al señor de La Vrilliere, quien, inquieto por el paso que iba á dar, atravesaba lentamente el patio del palacio y pasaba al aposento del señor de Choiseul.

En este intermedio todas las conversaciones, amenazantes ó tímidas, se tenían al rededor del viejo mariscal, que se hacia el más pasmado de todos, pero de quien, gracias á cierta sonrisa preciosa, nadie se dejaba engañar.

Cuando volvió el señor de La Vrilliere, al punto lo rodearon todos.

- ¡Y bien! le dijeron.
- Y bien, era una orden de destierro.
- ¿De destierro?
- Sí, en toda regla.
- ¿La habéis leído, duque?
- La he leído.
- ¿Positivamente?
- Juzgad de ello.

Y el duque de La Vrilliere pronunció las palabras siguientes que había retenido con esa memoria implacable que constituye los cortesanos.

« Primo mío, el disgusto que me causan vuestros servicios me fuerza á desterraros á Chanteloup, á donde pasaréis en el término de 24 horas. Os habría enviado más lejos, á no ser por el aprecio particular que me merece madama de Choiseul, cuya salud me interesa mucho. ¡Cuidado con que vuestra conducta no me haga tomar otro partido! »

Un prolongado murmullo recorrió el grupo que rodeaba al duque de La Vrilliere.

— ¿Y qué os ha respondido él, señor de San Florentino? preguntó Richelieu, afectando no dar al duque su nuevo título ni su nuevo nombre.

— Me ha respondido: « Señor duque, estoy persuadido de todo el placer que tenéis en traerme esta orden. »

— Duras eran esas palabras, mi pobre duque, dijo Juan.

— ¡Qué queréis, señor conde! no se recibe semejante teja sobre la cabeza sin gritar algo.

— ¿Y sabéis lo que va á hacer? preguntó Richelieu.

— Según todas las probabilidades, creo que obedecerá la orden.

— ¡Hum! refunfuñó el mariscal.

— Ahí viene el duque, exclamó Juan que no se separaba de la ventana.

— ¿Viene aquí? exclamó el duque de La Vrilliere.

— ¡Cuando yo os lo decía, señor de San Florentino!

— Ya atraviesa el patio, continuó Juan.

— ¿Solo?

— Absolutamente solo, con su cartera bajo el brazo.

— ¡Dios mío! murmuró Richelieu, si se repetirá la escena de ayer!

— No me habléis de eso, porque estoy temblando, respondió Juan.

No bien había pronunciado estas palabras cuando el duque de Choiseul se presentó á la entrada de la galería con la cabeza erguida, aterrando con una mirada clara y tranquila á todos sus enemigos, ó á todos los que iban á declararse tales en caso de desgracia.

Después de lo que acababa de pasar, nadie esperaba

que diese aquel paso, y por consiguiente nadie se opuso á él.

— ¿Estáis seguro de haber leído bien, duque? preguntó Juan.

— ¡Pardiez si lo estoy!

— Y después de una carta como la que nos habéis referido, ¿se atreve á venir?

— Bajo palabra de honor que no comprendo una jota.

— Pero el rey va á mandar encerrarlo en la Bastilla.

— Será un escándalo espantoso.

— Casi lo compadecería.

— ¡Ah! ya entra en el aposento del rey..... ¡es inaudito!

En efecto, el duque sin hacer alto en la especie de resistencia que le oponía el ujier muy atónito, penetró hasta el gabinete del rey, quien, al verlo, lanzó una exclamación de sorpresa.

El duque tenía en la mano la orden del rey y se la mostró con semblante casi risueño.....

— Señor, dijo, como V. M. se ha dignado advertirme ayer, acabo de recibir una nueva orden.

— Sí, señor, replicó el rey.

— Y como V. M. tuvo la bondad de decirme ayer que jamás considerase como seria una orden que no fuese ratificada por la palabra expresa del rey, vengo á solicitar la explicación.

— Será corta, señor duque, respondió el rey. Hoy la orden es válida.

— ¡Válida! exclamó el duque. ¡Válida una orden tan ofensiva para un servidor tan adicto y leal!

— Un servidor adicto y leal no hace representar á su señor un papel ridículo.

— Señor, dijo el ministro con altivez, yo creía haber nacido cerca del trono para comprender su majestad.

— Señor, replicó el rey con breve voz, no quiero

prolongar vuestra inquietud. Ayer tarde habéis recibido en el gabinete de vuestro hotel en Versalles un correo de madama de Grammont.

— Verdad es, señor.

— Y os ha entregado una carta.

— ¿Esta prohibido, señor, que un hermano tenga correspondencia con su hermana?

— Aguardad, si os place; sé el contenido de esa carta.

— ¡Oh! señor.....

— He lo aquí... me he tomado el trabajo de escribirlo de mi puño y letra.

Y el rey alargó al duque una copia exacta de la carta que había recibido.

— ¡Señor!

— No lo neguéis, señor duque; habéis encerrado esa carta en un cofrecito de hierro colocado en la pared de vuestra cama.

El duque se puso pálido como un difunto.

— No es esto sólo, continuó implacablemente el rey, habéis respondido á madama de Grammont, y sé igualmente el contenido de vuestra respuesta. Esa está en vuestra cartera, y sólo aguarda para partir una *posdata* que debéis añadir después de separaros de mí. Ya veis que estoy enterado, ¿no es verdad?

El duque enjugó la frente bañada en frío sudor, se inclinó sin responder una palabra, y salió del gabinete vacilando como si le hubiese atacado una pulmonía fulminante.

El aire de la galería hizo que no cayese privado de sentido; pero era hombre de una voluntad de hierro. Atravesó la muchedumbre de cortesanos con altivez y entró en su despacho para guardar ó quemar diversos papeles.

Un cuarto de hora después salió del palacio en

coche; pero su desgracia fué un rayo que incendió toda la Francia.

Los parlamentos, sostenidos en efecto por la tolerancia del ministro, proclamaron que el Estado acababa de perder su más fuerte apoyo. La nobleza contaba con él como suyo, y el clero se había visto muchas veces lisonjeado por aquel hombre, cuya dignidad personal, exagerada á veces hasta el orgullo, le daba una especie de sacerdocio en sus funciones ministeriales.

El partido enciclopédico ó filósofo, muy numeroso ya y muy fuerte, porque reclutaba sus soldados entre los hombres ilustrados y egoístas, se alborotó al ver que se escapaban las riendas del gobierno de las manos del ministro que incensaba á Voltaire, que pensionaba á la Enciclopedia, y que conservaba, haciéndolas útiles, las tradiciones de madama de Pompadour.

El pueblo tenía mayor razón que todos los descontentos: se quejaba también como siempre, sin profundizar las cosas; pero el hecho era que daba en la dificultad, que sentía el mal y quería librarse de él.

El señor de Choiseul, considerado bajo el punto de vista general, era un ministro malo y un mal ciudadano; pero comparado relativamente, era un modelo de virtud, de moralidad y de patriotismo. En cuanto al pueblo, que se moría de hambre como de costumbre, oía hablar de las prodigalidades de S. M., de los caprichos ruinosos de madama Dubarry, cuando se le dirigían avisos como los del *Hombre de los cuarenta escudos*, ó consejos como los del *Contrato social*, ó revelaciones como las de las *Noticias del día* y las *Ideas singulares de un buen ciudadano*.

Entonces era cuando el pueblo temblaba al figurarse que iba á caer entre las manos impuras de la favorita, *menos respetable que la mujer de un carbonero*, como

decía Bauveau, y cuando cansado de tanto sufrir se admiraba inocentemente porque veía más negro el porvenir que el pasado.

Y eso no consistía en que el pueblo, disgustado de todo, conservase simpatías. No era por cierto aficionado á los parlamentos, sus protectores naturales, porque siempre le habían abandonado por cuestiones particulares de egoísmo; porque mal iluminados por el falso reflejo de la omnipotencia real, esos parlamentos se habían imaginado que eran como una aristocracia entre la nobleza y el pueblo.

Tampoco quería á la nobleza, ni por instinto ni por recuerdo, porque temblaba ante la espada como aborrecía á la Iglesia. Nada, pues, le interesaba respecto á la caída del señor de Choiseul; pero oía las quejas del clero y del parlamento, y este ruido mezclado con sus propias murmuraciones le embriagaba.

Estos diversos sentimientos conquistaron al señor de Choiseul una especie de popularidad que no debía prometerse.

Todo París, pues, (esta aserción puede justificarse con pruebas), acompañó hasta las puertas al destruido de Chanteloup.

El pueblo se formaba al paso de los carruajes, y los parlamentarios y otras personas del foro que no habían tenido la fortuna ó la desgracia de ser recibidos por el duque, se apresuraron á saludarle cuando salía de París.

La multitud se agolpó á la barrera del Infierno que da al camino de Turena, y fué tal la afluencia de gente á pie, á caballo y en coche, que el paso se encontró interceptado por mucho tiempo. Cuando el duque logró salir de aquel atolladero, se vió rodeado por más de doscientos carruajes.

Mil aclamaciones y suspiros acompañaban su mar-

cha; pero él conocía demasiado bien la situación para dejar de ver que todo aquel ruido no revelaba tanto pesar por su persona como recelo respecto á los hombres desconocidos que iban á influir en los negocios públicos.

Una silla de posta llegó á todo escape al mismo tiempo, atravesó por medio de la multitud, y sin un violento esfuerzo del postillón se hubieran precipitado los caballos contra el coche del señor de Choiseul.

Salió una cabeza por el ventanillo de aquel carruaje, y también el ex-ministro sacó la suya.

El señor de Aiguillon saludó con respeto al ministro cuya sucesión codiciaba, y el señor de Choiseul se retiró con viveza, pues un solo instante acababa de marchitar los frescos laureles de su caída.

Pero al mismo instante, y sin duda como una compensación, un coche con las armas de Francia conducido por ocho magníficos caballos hacia el camino de Sevres á Saint-Cloud, y que ya por casualidad ó por no incomodar á la multitud atravesaba el camino real, pasó asimismo inmediato al del señor de Choiseul.

En aquel coche iba la Delfina con su dama de honor, madama de Noailles, y con la señorita de Taverney.

El señor de Choiseul experimentó un vivo placer, y se asomó al ventanillo saludando profundamente.

— Señora, adiós, dijo con voz entrecortada.

— Hasta la vista, señor de Choiseul, contestó la Delfina con amable sonrisa.

— ¡ Viva el duque de Choiseul ! gritó un hombre entusiasta al oír las palabras de la Delfina.

La señorita Andrea volvió al punto la cabeza atraída por el sonido de aquella voz.

— ¡ Fuera, fuera ! gritaron los palafreneros de la

princesa, obligando á Gilberto á retirarse á pesar de sus deseos de verlo todo.

Era en efecto nuestro héroe filósofo, que con entusiasmo imposible de describir seguía gritando :

— ¡ Viva. viva el duque de Choiseul !

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

y sobre todo modesto, vió pasar aquel torbellino de felicitantes y pretendientes, y ocupó el último sillón de la salita de tocador.

— Es preciso confesar, dijo la condesa, que el conde de Bálamo ó de Fénix, ó como os plazca llamarlo, mi querido mariscal, es el primer hombre de los tiempos que alcanzamos. Sería una lástima que hoy se quemase á los brujos.

— Sí, condesa, sí; es un grande hombre, respondió Richelieu.

— Y muy amable, duque; como que me ha encañonado.

— Vais á darme celos, condesa, observó Richelieu sonriéndose, al paso que se veía obligado á hablar con seriedad. Sin embargo, el tal conde sería un terrible ministro de policía.

— Ya me lo imagino, pero es un ministro imposible.

— ¿ Por qué ?

— Porque con él serian imposibles sus colegas.

— ¿ Cómo así ?

— Todo lo sabría... estaría al corriente de los más oscuros manejos.

Y al decir esto se ruborizó el mismo Richelieu, prosiguiendo de este modo :

— Por mi parte, si yo fuese su colega, desearía que me fiscalizase, que os diese parte de todas mis operaciones, porque siempre me veriais de rodillas delante de la dama, y fiel y adicto á mi rey.

— Sois el hombre de más talento que he conocido, duque; pero hablemos ya con alguna formalidad de nuestro ministerio... Se me figura que deberiais haber escrito á vuestro sobrino.

— El duque de Aiguillón ha llegado, señora, y en circunstancias, al parecer de muchos, sumamente favo-

XII

El señor duque de Aiguillón

Mientras que en París y en el camino de Chanteloup todo era sentimiento y enojo, en Luciennes no se veían más que rostros alegres y sonrisas encantadoras.

Ese contraste nacía de que en Luciennes brillaba no ya una mortal, la más bella y seductora de las mujeres, como decían los cortesanos y los poetas, sino una verdadera divinidad que gobernaba la Francia.

Así, en la misma tarde de la desgracia del señor de Choiseul, el camino de Luciennes estaba cuajado de los mismos coches que por la mañana habían corrido tras de la carroza del ministro desterrado, viéndose además entre ellos á los partidarios del canciller, de la corrupción y del favor, lo cual formaba un cortejo imponente.

Pero madama Dubarry tenía su policía secreta, y sabía perfectamente por Juan los nombres de todos los que se habían apresurado á expresar á los Choiseul el último testimonio de su adhesión, y por consiguiente eran éstos excluidos de Luciennes implacablemente, al paso que el valor de los otros contra la oposición pública era recompensado por la sonrisa protectora y la vista completa de la divinidad del día.

Después que se despejó la grande fila de coches, tuvieron lugar los recibimientos particulares. Richelieu, el héroe de la jornada, héroe secreto, es verdad,

rables. Como que su carruaje se ha cruzado con el del señor de Choiseul.

— Ese es un famoso agüero. ¿Conque va á venir?

— He creído que la presencia del señor de Aiguillon en Luciennes daría margen á toda clase de comentarios, y por lo tanto le he suplicado que se quede en el pueblo hasta que yo le avise con arreglo á vuestras órdenes.

— Que venga sin tardanza, mariscal, pues estamos ya solos ó poco menos.

— Y lo haré con el mayor placer, supuesto que hemos quedado convenidos; ¿no es verdad, condesa?

— Sí por cierto, enteramente convenidos. Vos preferís el ministerio de la Guerra al de Hacienda, ¿no es esto? ¿Ó queréis tal vez el de Marina?

— Prefiero el de la Guerra, señora, porque en el podré servir con mayor utilidad.

— Es muy justo, y hablaré al rey en ese sentido. ¿No conserváis antipatías?

— ¿Contra quién?

— Contra los colegas vuestros que elija S. M.

— Soy hombre que me avengo bien con todo el mundo, condesa. Pero permitidme que avise á mi sobrino, ya que le habéis concedido el honor de recibirlo.

Richelieu se acercó á la ventana cuando los últimos resplandores del crepúsculo iluminaban todavía el patio. Hizo varias señas á un lacayo que estaba en acecho y que al punto echó á correr.

Diez minutos después entró un carruaje en el primer patio, y la condesa volvió la vista con ansiedad hacia la ventana.

Richelieu sorprendió aquel movimiento, tomándolo como un pronóstico excelente para los adelantos del señor de Aiguillon, y por consiguiente para los suyos.

— El tío la agrada, y empieza á agradarla el sobrino, murmuró entre dientes, y esto quiere decir que seremos aquí los amos.

En tanto que se entretenía con tan quiméricas ideas, oyóse ruido hacia la puerta, y un paje de confianza anunció al señor duque de Aiguillon.

Era un caballero muy bien parecido, de bastante gracia, y vestido rica y elegantemente. Había pasado ya para él la edad de la fresca juventud, pero pertenecía á ese corto número de hombres que nunca dejan de ser jóvenes.

Los cuidados del gobierno no habían impreso la menor arruga en su rostro; no habían hecho más que agrandar en su frente aquel pliegue natural que en los hombres políticos y en los poetas es el asilo de las grandes concepciones. Sostenía erguida su hermosa cabeza, pintándose en sus facciones un tinte melancólico, como si supiese que pesaba ya sobre ella el odio de diez millones de hombres, pero queriendo probar al mismo tiempo que aquel peso no le arredraba.

El señor de Aiguillon tenía unas manos muy blancas y lindísimas; en aquel tiempo se hacía gran caso de una pierna bien formada, y la del duque era un modelo de elegancia nerviosa y de forma aristocrática; en una palabra, era dulce como un poeta, noble como un gran señor y fornido como un mosquetero. Para la condesa eran tres idealidades en una, pues en un solo modelo veía tres tipos que aquella hermosura sensual debía amar por instinto.

Por una singularidad extraña, ó mejor dicho, por un encadenamiento de circunstancias que había combinado la sabia táctica del duque de Aiguillon, aquellos dos héroes de la animadversión pública, la cortesana y el cortesano, nunca se habían encontrado en la

corte frente á frente y con todas sus respectivas ventajas.

En efecto, hacía tres años que el señor de Aiguillon se hallaba muy ocupado en Bretaña ó en su gabinete, y había prodigado poco su persona en la corte, bien persuadido de que iba á estallar una crisis favorable ó desfavorable; de que en el primer caso era mejor presentar á sus admiradores los beneficios del incógnito, y en el segundo, desaparecer sin dejar demasiado rastro, á fin de poder salir más tarde fácilmente de la sima con una figura nueva.

Y además había otra razón que dominaba todos estos cálculos; pero esta razón, aunque la mejor, es del dominio de la novela.

Antes de que la señora Dubarry fuese condesa, antes de que todas las noches mancillase con sus impuros labios la corona de Francia, había sido una graciosa, risueña y adorable joven; había sido amada, y esta era una felicidad con que no podía contar en lo sucesivo, porque todos la temían desde que se hizo llamar la querida del rey.

Entre todos los jóvenes ricos y poderosos que hicieron la corte á Juana Vaubernier, había figurado en otro tiempo en primera línea el duque de Aiguillon; pero ya que no tuviese mucho empeño, ya que la señorita Lange no fuese tan fácil como aseguraban sus detractores, ó ya que el amor del rey hubiese separado unos corazones próximos á entenderse, lo cual no redundaría por cierto en descrédito de uno ni de otro, el hecho era que el señor de Aiguillon había abandonado de repente sus versos acrósticos, sus ramilletes de flores y sus preciosos perfumes. La señorita Lange cerró también su puerta de la calle de Petits-Champs, de modo que el duque se dirigió á Bretaña abogando sus suspiros, y la señorita Lange envió los suyos hacia

Versalles al señor barón de Gonesse, es decir, al rey de Francia.

De aquí resultó que la súbita desaparición del señor de Aiguillon ocupó muy poco á madama Dubarry, porque tenía miedo de lo pasado; pero viendo al fin que seguía el silencio de su antiguo adorador, le llamó la atención esta circunstancia, luego causó su admiración, y por último no pudo menos de reconocer en él á un hombre de muchísimo talento.

Esta distinción ya era algo por sí sola; pero no era todo, y tal vez iba á llegar el momento en que juzgaría á Aiguillon como un hombre valiente.

Es preciso convenir en que la pobre señorita Lange tenía sus razones para temer un examen sobre lo pasado. Un mosquetero, amante dichoso en otro tiempo, según se aseguraba, entró un día en el palacio de Versalles para solicitar de la señorita Lange algunos favores semejantes á los pasados; y aunque este rumor, esparcido por el mismo pretendiente, se sofocó en breve, no dejó de encontrar eco entre las paredes de la real morada de madama de Maintenón.

Ya se ha visto que el duque de Richelieu ninguna alusión había hecho, al hablar de su sobrino con madama Dubarry, á la conducta de Aiguillon con la señorita Lange y vice versa. Este silencio, por parte de un hombre tan acostumbrado á decir las cosas más difíciles, había sorprendido en extremo y aun inquietado á la condesa.

Esperaba pues con impaciencia al señor de Aiguillon para saber á qué atenerse, y si el mariscal había obrado por discreción ó por ignorancia.

En esto entró el duque.

Respetuoso con desembarazo, y bastante seguro de sí mismo para saludar á madama Dubarry, ni bien como á reina, ni bien como á una mujer común, con-

quistó con esta delicadeza una protección enteramente dispuesta á juzgar lo bueno como perfecto y lo perfecto como maravilloso.

El señor de Aiguillón estrechó en seguida la mano á su tío, quien acercándose á la condesa le dijo con acento cariñoso:

— Aquí está ya el duque de Aiguillón, señora: tengo el honor de presentaros no mi sobrino sino uno de vuestros más apasionados servidores.

La condesa miró al duque de Aiguillón, le miró como miran las mujeres cuando desconfían, es decir, de un modo propio para que nada se les escape; pero sólo vió dos frentes inclinadas respetuosamente ante su hermosura, dos frentes que en seguida se irguieron tranquilas y serenas.

— Ya sé, mariscal, que profesáis el mayor afecto al duque, y que al mismo tiempo sois amigo mío. Suplico, pues, al señor de Aiguillón, por deferencia hacia su tío, que imite todo lo que éste haga y que pueda serme agradable.

— Esa es la conducta que me he trazado, señora, contestó el duque haciendo nueva reverencia.

— ¿Estaríais muy disgustado en Bretaña? le preguntó la condesa.

— Muchísimo, y creo que cuando vuelva lo estaré más.

— Nada de eso: ahí tenéis á vuestro tío el duque de Richelieu, que os va á ayudar con todo su poder.

Aiguillón miró al mariscal como sorprendido.

— Vamos, añadió la condesa, ya sé lo que es: como acabáis de llegar á París, no ha tenido tiempo sin duda el duque de hablar con vos tan despacio como desea. Por lo mismo voy á dejaros, pues conozco que tendréis mil cosas que deciros. Señor duque, ya sabéis que estáis en vuestra casa.

La condesa se retiró después de pronunciar estas palabras.

Pero había meditado un proyecto, y así no se alejó mucho.

Detrás del saloncito de tocador existía un gabinete, en el que el rey solía sentarse cuando iba á Luciennes, entre mil piezas de China de toda especie. Prefería aquel sitio al retrete, porque desde él se oía cuanto en este último se hablaba.

Madama Dubarry por lo tanto estaba segura de que iba á oír toda la conversación entre el duque y su sobrino, y lo deseaba con ansia para poder formar definitivamente acerca del último una opinión irrevocable.

El duque, sin embargo, no se dejó engañar, pues conocía perfectamente gran parte de los secretos de cada localidad real ó ministerial. Escuchar mientras otros hablaban era uno de sus medios, y hablar mientras otros escuchaban uno de sus ardides.

Tampoco debemos olvidar que estaba muy pagado del recibimiento que acababa de obtener.

Resolvió por lo tanto explotar completamente la mina é indicar á la favorita, suponiéndola ausente, un plan de felicidad doméstica y de gran poder, complicado de intrigas, doble aliciente al cual casi nunca se resiste una mujer bonita y mucho menos una mujer de corte.

Richelieu hizo que se sentase su sobrino y le dijo:

— Ya ves, duque, que me he instalado aquí.

— En efecto, ya lo veo.

— He tenido la dicha de merecer el favor de esta encantadora mujer, que miramos como reina y que lo es de hecho.

Aiguillón se inclinó.

— Te digo ahora, prosiguió Richelieu, lo que antes

no he podido decirte, á saber, que madama Dubarry me ha prometido una cartera.

— Eso se os debe de justicia.

— No sé si se me debe; pero al fin, aunque tarde, lo consigo, y como ya estoy algo cansado, pienso ocuparme de tí muy seriamente.

— Gracias, señor duque; ya sé que sois un buen pariente, pues de ello tengo muchas pruebas.

— ¿ En nada has pensado, Aiguillón ?

— En nada; lo único que deseó es que no me quiten mis títulos de duque y de par, como lo pretenden los señores del parlamento.

— ¿ Cuentas con algún apoyo ?

— No por cierto.

— De modo que hubieras sucumbido sin esta circunstancia...

— Indudablemente.

— Veo que estás hablando como un filósofo, y consiste en que yo no me explayo contigo y en que te trató más bien como ministro que como tío.

— ¡ Oh, tío mío ! vuestra bondad excita toda mi gratitud.

— Ya debes haber conocido que te preparo aquí un buen papel cuando te he hecho venir desde tan lejos y con tanta precipitación. Vamos, dime con franqueza si has pensado algunas veces en el que ha representado el señor de Choiseul durante diez años.

— Ya lo creo; como que ha sido un papel magnífico.

— ¡ Magnífico !.... Entendámonos : lo era en efecto cuando unido con madama de Pompadour manejaba al rey y desterraba á los jesuitas; pero triste y muy triste cuando después de haber partido peras con madama Dubarry, que vale mil veces más que la Pompadour, ha conseguido en veinticuatro horas que le despidan. ¡ Cómo ! ¿ nada me contestas ?

— Os escucho, señor, y anhelo saber adónde vais á parar.

— Supongo que te gusta el primer papel que ha representado Choiseul.

— Ciertamente.

— Pues bien, amigo mío, me he decidido á representarlo yo.

Aiguillón miró fijamente á su tío y le dijo :

— ¿ Habláis con formalidad ?

— ¿ Por qué no ?

— ¿ Sois amante de madama Dubarry ?

— ¡ Demonio ! tú caminas muy aprisa; á pesar de eso veo que me has comprendido. ¡ Oh ! sí : Choiseul era muy feliz, pues manejaba al rey y á la querida de éste, y aun según se dice amaba á madama de Pompadour... En resumidas cuentas, ¿ por qué no he de hacer yo lo mismo?... Pero no; yo no puedo ser amante correspondido de madama Dubarry, y tu sonrisa burlona me lo está diciendo : ya veo que contemplas las arrugas de mi frente, mis dobladas rodillas y mi mano seca, que fué tan bella en otro tiempo, lo cual quiere decir que al hablar del papel de Choiseul he debido decir que lo representaremos entre los dos, en vez de decir que yo lo representaré solo.

— ¡ Tío mío !

— No; demasiado conozo que ella no puede amarme, y te lo digo sin temor, porque no puede oirme, yo amaría á esa mujer... pero.....

Aiguillón arrugó las cejas y exclamó :

— ¿ Pero qué ?

— He formado un plan soberbio, el cual consiste en delegar ese papel, que para mi edad es imposible.

— ¡ Ah ! ¡ ah !

— Si por cierto; algún pariente mío amará á madama Dubarry. ¡ Vaya ! es una mujer perfecta. Y te

aseguro que no será Fronsac quien tenga esa fortuna, porque es un loco, un degenerado, un necio, un cobarde, en una palabra, un bribón. ¿Serás tú, duque, por ventura?

— ¡Yo! dijo Aiguillón. ¿Estáis loco, tío mío?

— ¡Loco! ¿Cómo es que no te postras á los pies de quien te da este consejo? ¿Cómo es que no rebosa tu alegría? ¿Cómo es que no me manifiestas toda tu gratitud? ¿Cómo es que no estás ebrio de amor en vista del recibimiento que has obtenido? Vamos, vamos; ya veo que después de Alcibiades sólo ha habido en el mundo un Richelieu y que no habrá otro.

— Tío mío, replicó el duque con una agitación que si era fingida estaba admirablemente representada, concibo perfectamente todo el partido que podriais sacar de la posición que me ofrecéis: vos gobernaríais con la autoridad del señor de Choiseul, y yo sería el amante que constituyese dicha autoridad. Este plan es digno del hombre de más talento que hay en Francia; pero al formarlo solo os habéis olvidado de una cosa.

— ¿Y cuál es? ¿Serías capaz de no amar á madama Dubarry? ¿Es eso? ¡Ah! loco... mil veces loco. Dime, dime, desgraciado... ¿Es eso?

— No, tío mío, no es eso, contestó Aiguillón, persuadido de que no pronunciaba sus palabras en pura pérdida: madama Dubarry, á la que apenas conozco, me parece la más bella y encantadora de todas las mujeres; soy, pues, capaz de amarla perdidamente, de amarla tal vez demasiado, pero no es esa la cuestión.

— ¿Pues cuál es?

— La siguiente. Nunca me amará madama Dubarry, y la primera condición de semejante alianza debe estribar en un amor recíproco. ¿Cómo queréis que en medio de esta brillante corte, en medio de esa juventud seductora vaya la hechicera condesa á distinguir pre-

zisamente al hombre que no tiene el menor mérito, al que ya ha dejado de ser joven, al que se oculta á todas las miradas porque conoce que pronto va á desaparecer? ¡Ah! si hubiese yo conocido á madama Dubarry en mi juventud, en la época de mi lozanía, tal vez hubiera podido lisonjearme la idea de obtener algún recuerdo suyo. ¡Pero ahora! ¿qué puedo ofrecer á esa perfecta hermosura? Ni pasado, ni presente, ni porvenir. Debo, pues, renunciar á semejante quimera, asegurándoos que me habeis herido de muerte al presentármela tan dorada y tan bella.

En tanto que el duque de Aiguillón se expresaba de este modo con todo el ardor de un hombre verdaderamente apasionado, mordíase los labios el mariscal de Richelieu, y decía entre dientes:

— No parece sino que este bribón adivina que la condesa nos está escuchando. ¡Demonio! es más diestro de lo que parece, y me puede dar quince y falta, por cuya razón debo vivir alerta.

Tenía muchísima razón Richelieu; la condesa lo oía todo, y cada palabra de Aiguillón penetraba como una saeta en su pecho; bebía insensiblemente el dulce licor de aquella declaración, y saboreaba el placer de aquella exquisita delicadeza del hombre que, ni aun con un íntimo confidente, había hecho traición al secreto de sus pasadas relaciones, tal vez por no echar un borrón en el retrato de la que aun amaba.

— ¿Conque rehusas? preguntó Richelieu.

— ¡Oh! sí, tío mío, porque desgraciadamente la empresa es imposible.

— ¡Á lo menos haz la prueba, desdichado!

— ¿Y cómo hacerla?

— Eres ya de los nuestros;... esto te proporcionará la ocasión de ver á la condesa todos los días; trata de agradarla, ¡qué diantre!

— ¿Con miras interesadas? No, no... Si tuviese la desgracia de agradarla con esa amarga idea, huiría al último rincón del mundo, porque tendría vergüenza de mí mismo.

Richelieu se rascó la barba.

— La cosa está hecha, ó de Aiguillón es un tonto, dijo para sí.

De súbito se oyó ruido en los pasadizos y algunas voces gritaron: ¡ El rey !

— ¡ Diablos! exclamó Richelieu. Me escapo, para que no me vea aquí el rey.

— ¿ Pero y yo? dijo el sobrino.

— Tú, es diferente, conviene que te vea. Quédate... Quédate... y por Dios no echés la sogá tras del caldero.

Dicho esto, Richelieu se escabulló por la escalera excusada diciendo á su sobrino: Hasta mañana.

XIII

La parte del rey

Habiendo quedado solo el duque de Aiguillón, se sintió al principio bastante embarazado. Había comprendido perfectamente cuanto le decía su tío; había comprendido del mismo modo que madama Dubarry le estaba escuchando, y había comprendido, en fin, que, para un hombre de talento, se trataba en esa ocasión de ser hombre de valor y desempeñar solo el papel en que el viejo duque trataba de hacerse un asociado.

La llegada del rey interrumpió afortunadamente la explicación que por necesidad hubiera resultado de la puritana modestia del señor de Aiguillón.

El mariscal no era hombre que se dejase engañar por mucho tiempo, y sobre todo á quien gustase hacer brillar exageradamente la virtud de otro á expensas de la suya.

Sin embargo, mientras quedó solo, Aiguillón tuvo tiempo para reflexionar.

El rey llegaba en efecto, y ya sus pajes habían abierto la puerta de la antesala y se lanzaba Zamora hacia el monarca pidiéndole confites, familiaridad que Luis XV sabía pagar en sus momentos de mal humor con un papirotazo ó un estirón de orejas, muy desagradable para el joven africano.

El rey se instaló en el gabinete contiguo, y lo que

— ¿ Con miras interesadas ? No, no... Si tuviese la desgracia de agradarla con esa amarga idea, huiría al último rincón del mundo, porque tendría vergüenza de mí mismo.

Richelieu se rascó la barba.

— La cosa está hecha, ó de Aiguillón es un tonto, dijo para sí.

De súbito se oyó ruido en los pasadizos y algunas voces gritaron : ¡ El rey !

— ¡ Diablos ! exclamó Richelieu. Me escapo, para que no me vea aquí el rey.

— ¿ Pero y yo ? dijo el sobrino.

— Tú, es diferente, conviene que te vea. Quédate... Quédate... y por Dios no echés la sogá tras del caldero.

Dicho esto, Richelieu se escabulló por la escalera excusada diciendo á su sobrino : Hasta mañana.

XIII

La parte del rey

Habiendo quedado solo el duque de Aiguillón, se sintió al principio bastante embarazado. Había comprendido perfectamente cuanto le decía su tío ; había comprendido del mismo modo que madama Dubarry le estaba escuchando, y había comprendido, en fin, que, para un hombre de talento, se trataba en esa ocasión de ser hombre de valor y desempeñar solo el papel en que el viejo duque trataba de hacerse un asociado.

La llegada del rey interrumpió afortunadamente la explicación que por necesidad hubiera resultado de la puritana modestia del señor de Aiguillón.

El mariscal no era hombre que se dejase engañar por mucho tiempo, y sobre todo á quien gustase hacer brillar exageradamente la virtud de otro á expensas de la suya.

Sin embargo, mientras quedó solo, Aiguillón tuvo tiempo para reflexionar.

El rey llegaba en efecto, y ya sus pajes habían abierto la puerta de la antesala y se lanzaba Zamora hacia el monarca pidiéndole confites, familiaridad que Luis XV sabía pagar en sus momentos de mal humor con un papirotazo ó un estirón de orejas, muy desagradable para el joven africano.

El rey se instaló en el gabinete contiguo, y lo que

acabó de convencer al duque de Aiguillon de que madama Dubarry no había perdido una soia palabra de la conversación con su tío, fué que él mismo se halló en disposición de oír perfectamente todo el diálogo que al punto entablaron el rey y la condesa.

S. M. parecía hallarse fatigado como un hombre que acaba de levantar un peso inmenso: Atlas estaba menos impotente después de su tarea, después de haber sostenido el firmamento sobre sus hombros por espacio de doce horas.

Luis XV se hizo aplaudir y acariciar por su querida, á la cual mandó que le refiriese los efectos producidos en Luciennes por la caída del señor de Choiseul, cuya relación le divirtió mucho.

Entonces se aventuró madama Dubarry á lanzarse en la política, pues hacía buen tiempo para ésta, y además se sentía con fuerzas para remover las cuatro partes del mundo.

— Señor, dijo, habéis destruido, lo cual no es poco; habéis demolido, y eso es soberbio; pero ahora es preciso reedificar.

— ¡Oh! ya está hecho, dijo el rey con negligencia.

— ¿Tenéis ya un ministerio?

— Sí.

— ¡Cómo! ¿así de repente, sin respirar?

— Veo que todos los míos han perdido el seso...

¡Cómo se conoce que sois mujer, condesa! ¿No me deciais el otro día que antes de despedir al cocinero se debía tener otro ajustado para su reemplazo?

— ¡Oh! repetidme que efectivamente tenéis ya organizado vuestro ministerio.

El rey se incorporó sobre el ancho sofá que le servía más bien de cama que de asiento, y cuyo almohadón principal eran los hombros de la condesa.

— Al ver vuestra inquietud, Juanita, cualquiera

diría que conocéis mi ministerio para vituperarlo, y que tenéis uno que proponerme.

— ¡Y qué! ¿sería eso absurdo ni extraño?

— ¡Cómo! ¿tenéis vos un ministerio?

— ¡Pues qué! ¿no le tenéis vos también? replicó la condesa.

— ¡Oh! en mí es una cosa indispensable. Vamos, nombradme vuestros candidatos.

— Nada de eso; sepamos quiénes son los vuestros.

— Con mucho gusto; así os daré el ejemplo.

— Empecemos. ¿Quién sucede en marina al señor de Praslin?

— Cosa nueva, condesa, cosa nueva; un hombre famoso, que nunca ha visto un puerto de mar.

— Acabad pronto...

— Es una invención magnífica; voy á adquirir una popularidad inmensa, y me van á coronar en los más remotos mares... En efigie, se entiende.

— Pero ¿quién es, señor?

— Apostemos á que no lo adivináis entre mil nombres que os cite.

— Un hombre cuya elección os haga popular... no, á fe mía.

— Un hombre del parlamento, amiga mía, un primer presidente del parlamento de Besanzón.

— ¿El señor de Boynes?

— El mismo... ¿Qué astuta sois! cómo se conoce que no se os escapan los hombres de mérito!

— Es cosa clara; como que todos los días estáis hablando de parlamentos. Pero, señor, ese hombre no sabe lo que es un remo.

— Tanto mejor, pues el señor de Praslin sabía muy bien su obligación y me ha hecho gastar un dineral en construcciones navales.

— ¿Y para Hacienda?

— Eso es ya otra cosa; he elegido á un hombre especial.

— ¿Es rentista?

— No, militar, porque hace mucho tiempo que los hombres de negocios son para mí insoportables.

— ¿Y para el ministerio de la Guerra?

— Tranquilizaos, porque nombraré al fin á uno de esos hombres fastidiosos, á un rentista. Terray, por ejemplo, es tan amigo de engolfarse en operaciones aritméticas que no dejará de encontrar mil errores de cálculo en las cuentas del señor de Choiseul. Tampoco debo ocultaros que he tenido la idea de escoger para el ramo de guerra un hombre maravilloso, esto es, un hombre puro, como ahora se dice; pero sólo me guiaba el deseo de contentar á los filósofos.

— ¿Y á quién queríais nombrar? ¿Á Voltaire?

— A otro semejante: al caballero de Muy... Una especie de Catón.

— ¡Dios mío! me asustáis.

— Era ya cosa hecha; mandé á llamarle, sus despachos estaban firmados, y aun recuerdo que me daba ya las gracias, cuando mi bueno ó mi mal genio (esto lo sabréis vos, condesa) me inspiró la idea de convidarle á cenar en Luciennes esta noche.

— ¡Qué horror!

— Eso es precisamente lo que el caballero de Muy me ha contestado.

— ¿Os ha dicho eso mismo?

— En otros términos, por supuesto; pero, en fin, me ha significado en sustancia que su más ardiente deseo es servir al rey, pero que le es imposible servir á madama Dubarry.

— ¡Oh! es muy atento vuestro filósofo.

— Ya comprenderéis, condesa, que yo le aiargaría la mano... Lo hice en efecto para que me devolviese

el nombramiento, que hice pedazos sonriéndome con paciencia, y el caballero se retiró. Luis XIV hubiera encerrado á ese atrevido en una torre de la Bastilla; pero yo soy Luis XV y tengo un parlamento que me da la ley en vez de sufrirla de mi autoridad.

— ¿Qué más da? dijo la condesa cubriendo de besos la mano del rey; lo cierto es que sois un hombre completo.

— No dicen eso todos; Terray es execrado.

— ¿Y quién no lo es?... ¡Ah! ¿y para los negocios extranjeros?

— Á ese honrado Bertín, que es conocido vuestro.

— No por cierto.

— Pues bien, á quien no conocéis.

— ¿Sabéis que entre todos ellos no veo yo un buen ministro?

— ¿De veras? decidme cuáles son los vuestros.

— Solo nombraré á uno.

— ¿Y por qué no le nombráis? ¿tenéis miedo?

— El mariscal.

— ¿Qué mariscal? preguntó el rey haciendo una mueca.

— El duque de Richelieu.

— ¡Ese viejo! ¡Un ave fría!

— ¡Vaya! ¡cómo tratáis al vencedor de Mahón!

— ¡Buen raposo!

— Señor... vuestro compañero de armas.

— Un hombre inmoral que hace huir á todas las mujeres.

— Eso consiste en que no hace caso de ellas.

— Nunca volváis á hablarme de Richelieu, porque es un especie de fiera: ese maldito vencedor de Mahón me ha metido en todos los enredos de París, en tal extremo, que llegaron á dedicarnos canciones. No, no,

mil veces no : solo el nombre de Richelieu me saca de mis casillas.

— ¿ Conque los aborrecéis ?

— ¿ De quiénes habláis ?

— De los Richelieu.

— Los detesto.

— ¿ Á todos ?

— Á todos. Ahí tenéis entre ellos al par y duque señor Fronsac, que ha merecido diez veces la pena de horca.

— Haced de él lo que queráis, pero hay otros Richelieu por esos mundos.

— En efecto, el duque de Aiguillón.

— ¿ Y qué ?

— Á ese debiera yo odiarle más que á todos, porque me arma terribles trapiondas por toda la Francia ; pero tengo la debilidad incurable de conocer que es osado, y así no me desagrada.

— Es hombre de mucho talento, dijo la condesa en voz alta.

— Y de mucho valor y energía cuando se trata de defender las prerrogativas reales. Es un verdadero par.

— Sí, sí, mil veces sí. Debéis hacer algo por él.

El rey se cruzó de brazos, miró de hito en hito á la condesa y le dijo :

— ¿ Cómo os atrevéis á pedirme semejante cosa, cuando toda la Francia está solicitando que degrade y destierre al duque ?

Madama Dubarry cruzó también los brazos y contestó :

— Hace poco que habéis llamado á Richelieu ave fría, y se me figura que tenéis derecho para aplicaros esa calificación.

— ¡ Oh, condesa !.....

— Estáis muy orgulloso porque habéis destituido al señor de Choiseul.

— La cosa no era sencilla ni fácil.

— Lo habéis hecho, y esto es lo esencial ; pero veo que retrocedéis ante las consecuencias.

— ¿ Yo ?

— Sin duda. ¿ Qué habéis hecho con despedir al duque ?

— Doy al parlamento una estocada.

— ¿ Y por qué no le dais dos ? vamos, pecho al agua y haceos fuerte de una vez. El parlamento quería conservar á Choiseul, lo habéis echado : el parlamento quiere echar al señor de Aiguillón, pues bien, conservadlo.

— Yo no le despido.

— Conservadlo, os digo, pero corregido y mejorado considerablemente.

— ¿ Queréis un ministerio para ese botafuegos ?

— Quiero una recompensa para el que os ha defendido exponiendo sus títulos y su fortuna.

— Y su vida también, porque el día mejor del año van á lapidar á vuestro duque en compañía de vuestro amigo Maupeou.

— No hay duda que inspiráis mucho valor á vuestros defensores : la fortuna es que no os oyen.

— Ellos se portan del mismo modo conmigo.

— No digáis eso, pues los hechos hablan.

— Mas ¿ por qué ese furor por Aiguillón ?

— ¡ Furor !... Si no lo conozco ; hoy lo he visto y le he hablado por la primera vez.

— Eso ya es otra cosa ; quiere decir que tenéis convicciones, y yo las respeto todas, por lo mismo que no abrigo una sola.

— Por lo mismo debéis conceder alguna cosa á

Richelieu en nombre de Aiguillón, ya que á éste no queréis darle nada.

— ¡ Á Richelieu ! ; nada, nada, nada !

— Pues bien, al señor de Aiguillón, ya que os negáis á lo primero.

— ¡ Cómo ! ; una cartera ? en este momento es imposible.

— Ya lo conozco, pero será más tarde. Es hombre de grandes recursos, de acción, y con Terray, Aiguillón y Maupeou tendréis las tres cabezas del Cerbero. Debéis conocer que vuestro ministerio es un ministerio de broma, que no puede durar.

— Os equivocáis, condesa, durará lo menos tres meses.

— Dentro de tres meses os recordaré vuestra palabra.

— ¡ Oh, oh ! condesa !

— Lo dicho dicho : pero necesito algo al presente.

— Pero si no tengo nada.

— Tenéis un cuerpo distinguido de caballería ligera ; el señor de Aiguillón es un buen oficial, lo que se llama una espada bien templada : dadle pues el mando de la caballería ligera.

— Corriente ; lo tendrá.

— ¡ Gracias ! exclamó la condesa llena de júbilo, os doy mil gracias.

Y el señor de Aiguillón oyó al mismo tiempo resonar un beso plebeyo en las mejillas de S. M.

— Ahora, condesa, dadme de cenar, dijo el rey.

— No por cierto, respondió madama Dubarry, porque nada hay preparado aquí : mis criados se han ocupado de la política palpitante y de los fuegos de artificio, y tienen abandonada la cocina.

— Pues venid conmigo á Marly y os obsequiaré.

— Imposible, porque me duele terriblemente la cabeza.

— ¡ Tenéis jaqueca ?

— ¡ Oh ! no puedo más.....

— Pues acostaos, condesa.

— Señor, eso es lo que voy á hacer.

— Adiós.

— Hasta la vista, querréis decir.

— Me parezco algo al señor de Choiseul ; me despiden.

— Pero al despediros os lisonjean, os festejan, os acarician, dijo aquella loca sirena, al paso que conducía al rey hacia la puerta, hasta que riéndose á carcajadas consiguió echarlo fuera de la estancia.

Alumbrábale sin embargo con una bujía desde el peristilo ; el rey se volvió hacia ella y le dijo :

— Condesa.

— Señor... respondió ésta.

— Sentiría que se muriese el pobre mariscal.

— ¿ Por qué ?

— Por haberte salido fallidas las esperanzas de la cartera.

— ¡ Oh ! ya veo que sois muy malicioso, exclamó la condesa saludando á su real huésped con otra carcajada.

Y el rey partió muy satisfecho de lo que acababa de decir acerca del duque, á quien realmente aborrecía.

Cuando madama Dubarry volvió al salón, encontró al duque de Aiguillón de rodillas, con las manos juntas y la mirada fija en su rostro, lo cual la obligó á ruborizarse.

— He hecho *fiasco*, dijo ella ; el pobre mariscal...

— Sí, lo sé todo, contestó el duque ; pues he oído... ¡ Gracias, señora, gracias !

— Creo que os debía eso y algo más ; pero levantaos, duque, pues de lo contrario me haréis creer que tenéis tanta memoria como talento.

— Es muy fácil que acertéis, señora, pues como mi tío os lo ha dicho, sólo soy un apasionado servidor vuestro.

— Y también del rey, pues desde mañana debéis recibir órdenes de S. M. Pero levantaos, duque, levantaos.

Y al decir esto le dió la mano, que Aiguillón besó respetuosamente.

La condesa, al parecer, se conmovió mucho, pues no pudo en un rato pronunciar una sola palabra.

El señor de Aiguillón permaneció como ella, turbado y mudo, pero al fin levantó la cabeza madama Dubarry y dijo:

— ¡Pobre mariscal! Es preciso enterarle de la derrota que acaba de sufrir.

El señor de Aiguillón se imaginó que estas palabras daban por terminada su entrevista con la condesa y se inclinó.

— Señora, respondió, voy á verle ahora mismo.

— ¡Oh! no hagáis tal, replicó madama Dubarry, pues las malas nuevas deben comunicarse lo más tarde posible: podéis hacer otra cosa mejor que ir á ver al mariscal. Cenad conmigo.

El duque sintió como un perfume de juventud y amor abrasar y regenerar la sangre de su corazón, y dijo:

— ¡Ah! vos no sois una mujer, sois...

— Un ángel, ¿no es verdad? murmuró á su oído la condesa.

Aquella noche debió tenerse el señor de Aiguillón por muy dichoso, porque sopló á su tío la cartera ministerial y se aprovechó de la parte de cena que correspondía al rey.

XIV

Las antecámaras del duque de Richelieu

El señor de Richelieu tenía, como todos los cortesanos, un hotel en Versalles, otro en París, casa en Marly, casa en Luciennes; en una palabra, tenía habitación dispuesta en todos los sitios reales.

Luis XIV, al multiplicar los sitios de su residencia, había impuesto á todos los personajes de distinción que tenían entrada cerca de su persona, la obligación de ser ricos para imitar en debida proporción el tren de su casa y los dispendios de sus caprichos.

El señor de Richelieu residía en su palacio de Versalles, en el momento de la caída del duque de Choiseul y del de Praslin, y allí fué donde fué á pasar la noche, de vuelta de Luciennes, después de haber presentado su sobrino á madama Dubarry.

Habían visto á Richelieu con la condesa en el bosque de Marly; le habían vuelto á ver en Versalles después de la desgracia del ministro, y pocos ignoraban su audiencia larga y secreta en Luciennes. Estas circunstancias, á las cuales debían añadirse las indiscreciones de Juan Dubarry, bastaron para que toda la corte se creyese obligada á presentar al mariscal el homenaje de sus respetos.

Iba pues el anciano duque á aspirar el perfume de la lisonja, de la adulación y de la bajeza que queman

— Es muy fácil que acertéis, señora, pues como mi tío os lo ha dicho, sólo soy un apasionado servidor vuestro.

— Y también del rey, pues desde mañana debéis recibir órdenes de S. M. Pero levantaos, duque, levantaos.

Y al decir esto le dió la mano, que Aiguillón besó respetuosamente.

La condesa, al parecer, se conmovió mucho, pues no pudo en un rato pronunciar una sola palabra.

El señor de Aiguillón permaneció como ella, turbado y mudo, pero al fin levantó la cabeza madama Dubarry y dijo:

— ¡Pobre mariscal! Es preciso enterarle de la derrota que acaba de sufrir.

El señor de Aiguillón se imaginó que estas palabras daban por terminada su entrevista con la condesa y se inclinó.

— Señora, respondió, voy á verle ahora mismo.

— ¡Oh! no hagáis tal, replicó madama Dubarry, pues las malas nuevas deben comunicarse lo más tarde posible: podéis hacer otra cosa mejor que ir á ver al mariscal. Cenad conmigo.

El duque sintió como un perfume de juventud y amor abrasar y regenerar la sangre de su corazón, y dijo:

— ¡Ah! vos no sois una mujer, sois...

— Un ángel, ¿no es verdad? murmuró á su oído la condesa.

Aquella noche debió tenerse el señor de Aiguillón por muy dichoso, porque sopló á su tío la cartera ministerial y se aprovechó de la parte de cena que correspondía al rey.

XIV

Las antecámaras del duque de Richelieu

El señor de Richelieu tenía, como todos los cortesanos, un hotel en Versalles, otro en París, casa en Marly, casa en Luciennes; en una palabra, tenía habitación dispuesta en todos los sitios reales.

Luis XIV, al multiplicar los sitios de su residencia, había impuesto á todos los personajes de distinción que tenían entrada cerca de su persona, la obligación de ser ricos para imitar en debida proporción el tren de su casa y los dispendios de sus caprichos.

El señor de Richelieu residía en su palacio de Versalles, en el momento de la caída del duque de Choiseul y del de Praslin, y allí fué donde fué á pasar la noche, de vuelta de Luciennes, después de haber presentado su sobrino á madama Dubarry.

Habían visto á Richelieu con la condesa en el bosque de Marly; le habían vuelto á ver en Versalles después de la desgracia del ministro, y pocos ignoraban su audiencia larga y secreta en Luciennes. Estas circunstancias, á las cuales debían añadirse las indiscreciones de Juan Dubarry, bastaron para que toda la corte se creyese obligada á presentar al mariscal el homenaje de sus respetos.

Iba pues el anciano duque á aspirar el perfume de la lisonja, de la adulación y de la bajeza que queman

siempre ante los ídolos del día todos los que viven de gracias y mercedes inmerecidas.

No esperaba sin embargo el señor de Richelieu todo lo que iba á sucederle; pero se levantó la misma mañana del día en cuestión con la firme resolución de negar sus narices al perfume, tapándolas como tapaba Ulises sus orejas con cera contra el canto de las sirenas.

Para él el resultado debía llegar al siguiente día, porque efectivamente hasta entonces no debía publicar el rey el nombramiento del nuevo ministerio.

Grande pues fué la sorpresa del mariscal cuando al despertarse á causa del ruido de los carruajes, supo por su ayuda de cámara que los patios de su palacio, así como las antecámaras y salones, estaban llenos de gente.

— ¡Hola! ¡hola! dijo al punto; parece que hago ruido.

— Todavía es muy temprano, señor mariscal, dijo el ayuda de cámara al ver la precipitación con que su amo se quitaba el gorro de dormir.

— Desde hoy no habrá horas para mí, replicó el duque, y acuérdate bien de estas palabras.

— Está bien, monseñor.

— ¿Qué se ha respondido á los que vienen á visitarme?

— Que monseñor no se ha levantado.

— ¿Nada más?

— Nada más.

— Esa es mucha necedad; se ha debido decir que anoche velé hasta muy tarde, ó que... Vamos, ¿en dónde está Rafté?

— Durmiendo, monseñor.

— ¡Cómo durmiendo! que se despierte pronto, muy pronto.

— Ea, ea, dijo asomándose al dormitorio un viejo risueño y malicioso: aquí está Rafté. ¿Qué se le quiere?

Todo el enfado del duque desapareció ante estas palabras.

— ¡Ah! bien decía yo que tú no dormías.

— Y aun cuando durmiese, ¿qué tendría de particular? apenas es aun de día.

— Pero, querido Rafté, ya ves que yo no duermo.

— Eso ya es otra cosa, porque para eso sois ministro. ¿Cómo habíais de dormir?

— Vamos, ya veo que vas á reñirme, dijo el mariscal haciendo una mueca delante del espejo. ¿Qué! ¿no estáis satisfecho?

— ¿Qué se me da de todas esas cosas? al contrario; preveo que os fatigaréis mucho y que vais á enfermar. De aquí resultará que yo seré quien gobierne el Estado, lo cual nada tiene de divertido ni de agradable.

— ¡Cómo has envejecido, Rafté!

— Precisamente tengo cuatro años menos que vos, monseñor. ¡Oh! es verdad, ya soy muy viejo.

El mariscal dió una patada en el suelo y dijo:

— ¿Has pasado por la antecámara?

— Sí, monseñor.

— ¿Qué gente hay?

— Medio mundo.

— ¿Y qué dicen?

— Cada cual habla de lo que piensa solicitar de vos.

— Eso es muy natural; pero ¿no has oído hablar de mi nombramiento?

— No quiero referiros lo que acerca de ese particular he oído.

— ¿De veras? ¿Conque ya empieza la crítica?

— Y entre los que más necesitan de vos. ¿Qué harán aquellos de quienes tengáis necesidad?

— ¡ Ah, Rafté !... exclamó el mariscal sonriéndose. ¡ Y mis amigos dicen que me adulas !

— Pero, monseñor, dijo Rafté : ¿ por qué demonios os habéis uncido á ese carro llamado el ministerio ? ¿ Estáis cansado de ser dichoso y de vivir ?

— Amigo mío, de todo he probado en este mundo, pero nunca he sido ministro.

— Tampoco habéis tomado arsénico. ¿ Lo queréis tomar en el chocolate por curiosidad ?

— Rafté, eres un perezoso, pues se te figura que como secretario mío vas á tener mucho que trabajar y eso te asusta. Así al menos te has expresado antes.

El mariscal en seguida se hizo vestir con esmero. — Quiero parecer lo que soy, un militar, dijo á su ayuda de cámara ; ponme pues todas mis condecoraciones.

— ¿ Conque es decir que nos encargamos del ministerio de la Guerra ? preguntó Rafté.

— Eso es ; así parece.

— Ya ; pero hasta ahora no he visto el real nombramiento, lo cual me parece poco regular.

— Sin duda no tardará en llegar.

— ¡ Ah ! ; *sin duda* es hoy la frase oficial !

— La vejez te hace insufrible, Rafté, porque eres purista y te paras mucho en las formas. Á haberlo sabido yo antes no te hubiera encargado mi discurso de recepción en la academia, porque ese trabajo te ha vuelto pedante.

— Escuchadme, señor, y ya que formamos parte del ministerio, hablemos por orden. La cosa es por cierto extraña.

— ¡ Cómo así !

— Figuraos que acabo de hablar con el señor conde de la Vaudraye y me ha dicho que nada hay todavía respecto á nuevo ministerio.

Richelieu contestó sonriéndose :

— Tiene razón el conde ; pero ¿ qué es eso ? ¿ Has salido tú tan temprano ?

— ¿ Y qué había de hacer ? Ese ruido infernal de carruajes me ha desvelado ; por consiguiente me he vestido, me he endosado también mis condecoraciones y he ido á dar una vuelta por la ciudad.

— Vamos ; eso es decir que te quieres divertir á costa mía.

— Dios me libre de semejante cosa. Es que.....

— ¿ Qué ?

— He encontrado á otro sujeto.....

— ¿ A quién ?

— Al secretario del abate Terray.

— ¿ Y qué ?

— Me ha dicho que su amo iba á ser ministro de la Guerra.

— ¡ Oh ! ; oh ! exclamó Richelieu riéndose á carcajadas.

— ¿ Qué le parece de eso á monseñor ?

— Que si el señor Terray va á ser ministro de la Guerra, no lo seré yo, y que tal vez lo seré si él no lo es.

Rafté había oído bastante para saber á qué atenerse, pues era hombre inteligente, atrevido, infatigable, ambicioso, de tanta penetración como su amo, aunque siempre estaba más preparado que él para todo, porque conocía sus grandes defectos y sus buenas cualidades. Al verle, pues, tan seguro de sí mismo, creyó que nada tenía que temer.

— Vamos, monseñor, daos prisa y no hagáis esperar demasiado, porque eso sería de mal agüero.

— Estoy pronto ; pero deseo saber qué gente hay.

— Aquí tenéis la lista.

Al mismo tiempo se la presentó al duque, y éste

leyó en ella con satisfacción los primeros nombres de la nobleza, de la magistratura y del comercio.

— ¡ Si me haré popular ! ¿ Qué te parece, Rafté ?

— Monseñor, hemos vuelto á la época de los milagros, respondió éste.

— ¡ Toma ! ¡ aquí está Taverney ! añadió el mariscal mirando la lista. ¿ Qué viene á hacer aquí ?

— No lo sé, monseñor : pero salid, salid.

Y con una especie de autoridad obligó el secretario al duque á pasar al salón principal.

Richelieu debió quedar satisfecho, porque fué recibido con tanta distinción como un príncipe real.

Pero toda la fina, hábil y cautelosa política de aquella época y de aquella sociedad no evitó el cruel chasco que amenazaba á Richelieu.

Por conveniencia y por respeto á la etiqueta se abstuvieron todos los cortesanos de pronunciar la palabra ministerio ; algunos llegaron hasta cumplimentar al duque, aunque persuadidos de que esto requería la mayor reserva, supuesto que el mariscal no se daba por entendido.

Así que esta visita de madrugada se consideró por todos como una sencilla demostración de afecto, ó mejor dicho, como la expresión de un deseo, pues en efecto no faltaron cortesanos que se expresaran en este sentido haciendo alarde de sus fundadas esperanzas.

Uno decía que el gobierno debía acercarse á Versalles, y que pocas manos se encontraban como las del duque de Richelieu capaces de empuñar las riendas del Estado.

Otro aseguraba que el Sr. de Choiseul le había postergado tres veces en las promociones de caballeros de tales y cuales órdenes, pero contaba con el grato recuerdo del mariscal de Richelieu, ya que nada se oponía al cumplimiento del beneplácito de S. M.

En fin, á los oídos del mariscal resonaron cien peticiones más ó menos ambiciosas, aunque expuestas con sumo arte y delicadeza.

Poco á poco se fueron alejando los concurrentes, pues querían, según aseguraban, dejar al señor mariscal entregado á sus *importantes ocupaciones*.

Uno solo permaneció en el salón.

No se había acercado con los otros, nada había pedido, ni aun se había hecho presente.

Pero después que todos se alejaron, aquel hombre se acercó al duque con la sonrisa en los labios.

— ¡ Ah, señor de Taverney ! le dijo el mariscal. ¡ Cuánto celebro el veros !

— Esperaba la ocasión de darte mi enhorabuena, duque ; una enhorabuena positiva, completa y sincera.

— ¡ Ah ! ¿ y de qué ? preguntó Richelieu á quien la reserva de los otros había obligado á conducirse con reserva y misterio.

— De tu nueva dignidad, mariscal.

— ¡ Silencio !... ¡ silencio !... No hablemos de eso, porque nada hay de oficial todavía, es un se dice.

— Pero es cosa sabida ya, porque tus salones estaban llenos hace un instante.

— Y no sé verdaderamente porqué.

— ¡ Oh ! yo sí.

— ¡ Por qué, por qué ?

— Por una palabra mía.

— ¿ Qué palabra ?

— Ayer tuve el honor de presentarme al rey en Trianón : S. M. me habló de mis hijos, y me dijo : Ya que conocéis al señor de Richelieu, según creo, dadle la enhorabuena.

— ¡ Oh ! si S. M. os ha dicho eso !... replicó Richelieu con desmedido orgullo, como si las palabras del

rey fuesen el despacho oficial que con tanto empeño esperaba Rafté.

— De modo, prosiguió Taverney, que al punto entendí de lo que se trataba, cosa no muy difícil, á juzgar por el movimiento que reinaba en Versalles. He acudido, pues, obedeciendo al rey á darte la enhorabuena, y obedeciendo á mis particulares sentimientos para recordarte nuestra antigua amistad.

El duque estaba verdaderamente en un éxtasis delicioso; defecto es este de la naturaleza, del cual no se vé libre el más esclarecido talento. Pero al mismo tiempo solo vió en Taverney á uno de esos eternos pretendientes de tercer orden, espíritus pobres á la zaga del favor, inútiles cuando se les protege, más inútiles cuando se les conoce, y á los cuales se les hace un cargo porque salen de su oscuridad para ir á calentarse al sol de la prosperidad ajena.

— Ya veo lo que es, dijo el mariscal con bastante aspereza: se me viene á pedir algo.

— Tú lo has dicho, duque.

— ¡ Ah! exclamó Richelieu sentándose, ó mejor dicho, sepultándose en un sofá.

— Te he dicho ya, si no me engaño, que tengo dos hijos, añadió Taverney, tanto más empeñado en su pretensión cuanto más frío notaba á su antiguo camarada.

— ¡ Sí?... Me alegro.

— Una hija, á la cual quiero en extremo y que es un modelo de virtud y de hermosura. Está ya colocada cerca de la Delfina, pues esa señora le profesa una estimación particular. No te hablo pues de ella, de mi aznada Andrea, porque está en buen camino, es decir, en visperas de hacer su fortuna. ¿ No la conoces? ¿ No la has visto? ¿ No te la he presentado una vez? ¿ No has oído hablar de ella?

— Pues... no sé... puede ser... contestó bostezando Richelieu.

— No importa: el hecho es que mi hija está ya colocada. En cuanto á mí nada necesito, porque el rey me ha concedido una pensión.

— ¡ Hola!...

— Una pensión que basta para todas mis necesidades, y lo único que me falta es lo necesario para habilitar convenientemente mi Casa-Roja, es decir, mi último retiro; pero espero que con tu crédito y con el de mi hija...

— ¡ Bah! dijo en voz baja Richelieu que nada había oído hasta entonces, pues se hallaba extasiado con su propia grandeza, hasta que las palabras, el crédito de mi hija, le sacaron de su distracción. ¡ Tu hija!... sí... ya estoy: es una joven belleza que hace sombra á la buena condesa... un escorpión que se abriga bajo las alas de la Delfina para morder á todos los de Luciennes. Vamos, vamos, amigo mío: es necesario que no seamos ingratos; y en cuanto á gratitud, ya verá si yo puedo faltar á ella la señora condesa que me ha hecho ministro. Continúa, continúa, señor de Taverney.

— Me acerco al fin, repuso éste, decidido á reirse interiormente del ambicioso mariscal, con tal que le concediese lo que apetecía. Sólo pienso en mi hijo Felipe, que tiene un nombre ilustre, aunque de nada le servirá esta ventaja si no le ayuda alguno. Felipe es valiente y reflexivo, más reflexivo de lo que le conviene. Pero, ¿ qué queréis? Eso proviene de lo apurado de su situación, porque el caballo muy sujeto acaba por bajar la cabeza.

— ¿ Y eso qué importa? pensaba el mariscal demostrando con las señales menos equívocas su fastidio é impaciencia.

— Necesitaria yo un personaje colocado en alto puesto, como tú, por ejemplo, para que Felipe obtuviese una compañía. La señora Delfina al entrar en Estrasburgo le nombró capitán; pero le faltan cien mil libras para obtener una buena compañía en algún regimiento distinguido de caballería... Deseo que consigas eso, amigo mío.

— Vuestro hijo ha hecho poco ha, si no me equivoco, un servicio á la Delfina, ¿no es verdad?

— Un servicio grande, pues detuvo para ella sola los caballos de tiro que á la fuerza quería llevarse ese Dubarry.

— ¡Hola! murmuró entre dientes Richelieu; sale lo mismo que yo me imaginaba: estos Taverney son los enemigos más implacables de la condesa... ¡Por Dios que ha llegado á tiempo el barón! ¡Pues no presenta como títulos de favor unos servicios que le excluyen eternamente de la gracia del rey!...

— Nada me contestas, duque, dijo Taverney algo amostazado al ver que Richelieu se empeñaba en guardar silencio.

— ¿Yo?

— Sí... tú..

— Es que...

— Vamos, hombre; dime algo: somos antiguos amigos.

— Ya lo veo.

— Pues bien.....

— Digo que será muy cierto todo lo que acabáis de exponer, replicó el mariscal levantándose como para indicar que se había concluido la audiencia.

— Pero, duque, por Dios.....

— Una compañía para vuestro hijo... imposible.

— ¡Cómo imposible!.. ¿Qué me dices? ¡Imposible!

sible semejante miseria? ¡Y me lo dice un antiguo amigo!

— ¿Por qué no? Los antiguos amigos deben decir siempre la verdad. ¿Por qué he de hacer yo una injusticia? ¿Por qué habéis de abusar vos de la palabra amistad? Me habéis olvidado durante veinte años porque no era nada; pero apenas soy ministro cuando os presentáis.

— Señor de Richelieu, sois injusto en este momento.

— No por cierto, soy bastante generoso para no permitir que paséis el tiempo haciendo antesalas; soy un amigo verdadero, y por lo tanto.....

— ¿Qué?

— Ya lo habéis oído.

— ¿Pero tenéis algún motivo para desairarme?

— ¡Yo!... ¡Un motivo!... ¡Yo!.....

— ¡Bah! no ignoro que tengo enemigos.

El duque podía responder lo que pensaba; pero esto equivalía á descubrir lo que le convenia callar; á declarar que era ministro por la influencia de una favorita, y esto nunca lo hubiera confesado por todo el oro del mundo; por consiguiente contestó al barón.

— No tenéis enemigos, querido Taverney, pero yo sí: conceder esos favores sin examinar méritos, es dar á entender que hago lo que hacia mi antecesor el señor de Choiseul.

— ¿Y qué?

— Amigo mío, deseo que mi administración no sea estéril. Hace veinte años que sueño con reformas y con progresos que al fin saldrán á luz, pues si hasta aquí ha perdido el favor á la Francia, yo pienso ocuparme del mérito. Los escritos de nuestros filósofos son antorchas que han iluminado mi entendimiento; se han disipado las tinieblas en que yacían los siglos pasados, y por Dios que ya era tiempo de que esto sucediese

para bien de la humanidad... Examinaré, pues, los méritos y servicios de vuestro hijo como los de otro cualquiera, y haré este sacrificio á mis convicciones, sacrificio doloroso sin duda, pero al cual estoy obligado por mi posición. Si vuestro hijo es digno de mi favor, señor barón de Taverney, lo obtendrá, no porque su padre sea mi amigo, no porque lleve su apellido ilustre, sino por sus propios merecimientos. He ahí mi plan de conducta.

— Es decir, vuestro curso de filosofía, replicó el anciano barón que se mordía las uñas de rabia.

— Bien; de filosofía, si queréis, caballero.

— La filosofía nos dispensa de muchas cosas buenas, señor mariscal.

— Sois mal cortesano, barón.

— Es que los de mi nombre sólo hacen la corte al rey.

— Mi secretario Rafté da audiencia en mi antesala á más de ciento al día que son tanto como vos, amigo mío: todos llegan de provincias, en las cuales se aprende á ser descortés con sus pretendidos amigos.

— ¡Bah! un Casa-Roja que descende de las Cruzadas no puede avenirse bien con un Vignerot ministril.

Á este insulto cualquiera se hubiera alborotado; pero el mariscal tuvo más talento que el barón de Taverney, de cuya fatuidad estaba ya más que plenamente convencido; se contentó, pues, con encogerse de hombros, y respondió:

— Estáis muy atrasado, descendiente de las Cruzadas; os halláis en la memoria calumniosa escrita por los parlamentos de 1720, y no habéis leído la de los duques y pares en contestación á ella. Pasad á mi biblioteca, querido señor, ya os la leerá Rafté.

Y diciendo esto despedía á su antagonista, cuando

se abrió la puerta y entró ruidosamente un hombre diciendo:

— ¿En dónde está ese querido duque?

Aquel hombre azorado, con los brazos abiertos y los ojos dilatados de satisfacción, era Juan Dubarry en persona.

Al aspecto del recién venido, Taverney retrocedió de sorpresa y despecho.

Juan notó aquel movimiento, reconoció aquella cara y le volvió la espalda.

— Ahora caigo, dijo el barón tranquilamente, y me retiro. Dejo al señor ministro en buena compañía.

Y dicho esto se retiró con mucha dignidad.

Desencanto

Furioso Juan con esa salida insultante, dió dos pasos tras del barón, pero en seguida se encogió de hombros y volvió al lado del mariscal.

— ¿Y recibís en vuestra casa á semejantes alhajas? dijo.

— Al contrario, lo que hago es alejarlas.

— ¿Conocéis á ese pelele?

— ¡Demasiado lo conozco!

— Pero ¿sabéis quién es?

— Un Taverner.

— Un hombre que quiere colocar á su hija en el lecho del rey.

— ¡Quia!.....

— Un hombre que quiere suplantarnos y que emplea todos los medios para lograrlo... Pero está aquí Juan, y Juan no se duerme.

— ¿Conque creéis que quiere.....

— Os lo afirmo, aunque os parezca difícil. Es el partido del Delfín, querido amigo... y tiene su pequeño matón....

— ¡Bah!

— Un joven muy dispuesto á romperse la crisma con el más pintado, un espadachín que sabe dar sus estocadas en el brazo de Juan,... de este pobre Juan.

— ¿De vos? ¿Conque es un enemigo personal

vuestro, querido conde? dijo Richelieu con aparente sorpresa.

— Sí, fué mi adversario en la camorra que sabéis... con motivo de los caballos de relevo.....

— ¡Qué milagrosos efectos produce la simpatía!... Yo ignoraba todo eso, y sin embargo lo he despedido con gaitas destempladas; verdad es que si lo hubiera sabido, lo habria pasado mucho peor... Perdad cuidado, conde, ahora tengo á ese camorrista bajo mi férula, y os aseguro que ha de sentir el aguijón.

— Sí, me alegraré que le quitéis la afición á las camorras en los caminos reales... Porque en fin... Pero, ¡con mil diablos! aun no os he dado la enhorabuena.

— Conque, conde, ¿parece que ya es negocio concluido?

— ¡Oh! completamente concluido... ¿Queréis que os dé un abrazo?

— Con mucho gusto.

— Trabajo ha costado, pero al cabo hemos salido con la nuestra. Supongo que estáis contento, ¿eh?

— Si he de hablaros con franqueza, os diré que lo estoy, porque creo que podré ser útil.

— No lo dudéis; pero el golpe es contundente, y no dejará de levantar roncha á muchos.

— ¡Pues qué! ¿acaso no soy amado del público?

— ¿Vos? ni sois amado ni aborrecido; el que es execrado es él.

— ¡Él! repitió Richelieu sorprendido. ¿Quién es él?

— Sí, él, repuso Juan. Los parlamentos se van á rebelar, porque han llevado una zurra como en tiempo de Luis XIV; ¡han recibido un buen vapuleo, duque!

— Explicadme eso.

— Esto se explica por sí mismo; los parlamentos aborrecen al autor de sus persecuciones.

— ¡ Ah ! creéis que.....

— Estoy segurísimo, como lo esta toda la Francia. Pero no importa, duque, lo cierto es que habéis obrado con suma destreza haciéndolo venir tan oportunamente.

— ¿ A quién ? Decidme á quién, conde, porque estoy sobre brasas, y no comprendo una palabra de cuanto me decís.

— Os hablo del señor de Aiguillón, vuestro sobrino.

— ¿ Y qué ?

— Os repito que habéis hecho bien en hacerlo venir á tiempo.

— ¡ Ya, ya caigo ! Queréis decir que me ayudará mucho.

— Nos ayudará á todos... Sabed que está muy en grande con Juanita.

— ¿ De veras ?

— Lo que os digo. Se han hablado ya, y se entienden á las mil maravillas.

— ¿ Y sabéis eso ?

— ¿ Pues no lo he de saber ? La cosa no es difícil : Juana es la más perezosa y dormilona de las mujeres, y no se levanta hasta las nueve, las diez y aun las once.

— ¿ Y eso qué tiene que ver .

— Tiene que ver que esta mañana, en Luciennes, no eran apenas las seis, cuando he visto salir la silla de posta de Aiguillón.

— ¡ A las seis ! exclamó Richelieu sonriendo.

— Sí, á las seis.

— ¿ Esta mañana ?

— Esta misma mañana. Y ya conocéis que para haber madrugado tanto, y dar audiencia tan temprano, preciso es que Juana esté loca por vuestro sobrino.

— Sí, sí, dijo Richelieu frotándose las manos. ¡ A las seis ! ¡ Bravo, de Aiguillón !

— Ya veis que ha debido principiarse la audiencia á las cinco... ¡ Antes de amanecer !... ¡ Es milagro !

— ¡ Es milagro ! repitió el mariscal. ¡ En efecto, es milagro, querido Juan.

— De modo que estáis los tres como Orestes y Píldes, y otro Píldes.

En aquel momento, y cuando el mariscal de Richelieu se frotaba las manos con indecible gozo, entró en la estancia el señor de Aiguillón.

El sobrino saludó á su tío con cierto aire de pesar que bastó á Richelieu, si no para comprender toda la verdad, á lo menos para adivinar la mayor parte.

Se puso pálido como si hubiese recibido una herida mortal ; pero al fin se acordó de que en la corte no hay amigos ni parientes, y de que cada cual anda á su negocio.

— He sido un necio superlativo, murmuró. ¿ Y qué hay, Aiguillón ? añadió en voz alta arrojando un suspiro.

— ¿ Qué hay, señor mariscal ?

— Un golpe mortal para los parlamentos, dijo Richelieu recordando las palabras de Juan.

Aiguillón se puso como la grana.

— ¡ Hola ! repuso. ¿ Ya lo sabéis ?

— El conde me ha enterado de todo, hasta de vuestra visita á Luciennes esta mañana ; vuestro nombramiento es un triunfo para mi familia.

— Podéis creer, señor mariscal, que lo siento mucho.

— ¡ Qué diablos está diciendo ? observó Juan cruzándose de brazos.

— Nosotros nos entendemos, interrumpió Richelieu.

— Eso es otra cosa; pero lo que es yo maldito si os entiendo... ¡Conque lo siente!... ¡Ah! ya sé por qué... Porque no va á ser ministro al momento; sí, sí, eso es.

— En ese caso habrá uno interino, dijo el mariscal, sintiendo que en su corazón penetraba la esperanza, la cual nunca abandona á los hombres ambiciosos ó enamorados.

— Efectivamente, señor mariscal, habrá uno interino.

— Sí, pero entretanto, exclamó Juan, no sale mal pagado, pues le dan el mejor mando de Versalles.

— ¡Ah! dijo Richelieu, sintiendo una nueva herida. ¡Conque le dan un mando?

— El conde Dubarry exagera las cosas, repuso el duque de Aiguillón.

— Pero al fin, ¿qué mando es ese?

— El de la caballería ligera del rey.

Las arrugadas mejillas de Richelieu cubriéronse más y más de una extraordinaria palidez, y con una sonrisa, cuya expresión no sería posible describir, dijo:

— Sí, es muy poca cosa para un hombre como él, pero ¿qué queréis, duque? Por muy bella que sea una joven, y aun cuando fuese la querida del rey, no podría dar sino aquello de que puede disponer.

Al oír esto Aiguillón se puso pálido á su vez, mientras Juan se entretenía en mirar los hermosos cuadros de Murillo, que poseía el mariscal.

Richelieu tocó en el codo á su sobrino, diciéndole:

— Afortunadamente os han prometido que ascenderéis pronto, y yo os felicito por ello con toda sinceridad, duque. Vuestra astucia y la habilidad que habéis desplegado en las negociaciones corren parejas con vuestra dicha... Adiós; tengo que hacer; no olvidéis,

mi querido ministro, que también necesito yo vuestros favores.

Lo único que Aiguillón contestó á esto, fué:

— Vos sois lo mismo que yo, señor mariscal, y yo lo mismo que vos.

Y haciendo un saludo á su tío salió del aposento, conservando la dignidad natural en él y librándose de una de las posiciones más dificultosas en que se había encontrado durante su vida, sembrada de tantos obstáculos y escollos.

Así que Richelieu le vió salir, dijo á Juan que no comprendía una palabra entre tío y sobrino:

— Lo bueno que hay es que Aiguillón es el hombre más sencillo del mundo. Dotado de talento, y cándido al mismo tiempo que conoce la corte, es tan honrado como la doncella más pura.

— Y además os quiere bien, contestó Juan.

— Ya se ve que sí.

— Como que más me parece hijo vuestro que el señor de Fronsac.

— Á fe mía que tenéis razón, conde.

Y al mismo tiempo que Richelieu decía todo esto se paseaba agitado en derredor de su asiento buscando una cosa que no encontraba.

— ¡Ah, condesa! murmuraba. ¡Ya me las pagarás!

— Mariscal, dijo Juan con malicia, los cuatro vamos á formar el famoso haz de la antigüedad que nadie podía romper.

— ¿Y quiénes son los cuatro, querido amigo?

— Mi hermana formará el poder, Aiguillón la autoridad, vos el consejo, y yo la vigilancia.

— ¡Muy bien, muy bien!

— Y de este modo ya pueden venir á oponer rivales á mi hermana. Desafío á cualquiera á que lo intente.

— ¡Voto á bríos! exclamó Richelieu, cuya cabeza estaba hecha un volcán.

— Que vengan, que vengan rivales, gritó Juan, ebrio de gozo con sus planes y sus ideas de triunfo.

— ¡Oh! dijo el mariscal dándose una palmada en la frente.

— ¿Qué es eso, señor duque? ¿qué os ocurre?

— Nada; vuestra idea de formar una liga entre los cuatro me parece admirable.

— ¿De veras?

— Tan de veras, que participo en un todo de vuestra opinión.

— ¡Bravo!

— Decidme, ¿Taverney no vive en Trianón con su hija?

— No, reside en París.

— Esa joven es muy bonita, querido conde.

— Aunque lo fuese tanto como Cleopatra, ó como... mi hermana, no la temo, si es que formamos la liga propuesta.

— Decís que Taverney reside en París. ¿Es acaso en la calle de San Honorato?

— No, en la de Coq-Herón. ¿Se os ha ocurrido quizá algún medio para castigar á Taverney?

— Creo que sí, conde; ereo que he concebido cierta idea....

— Sois un hombre incomparable. Os dejo porque quiero saber lo que por ahí se dice.

— Adiós, pues, conde... mas, á propósito, no me habéis dicho quiénes son los nuevos ministros.

— ¡Oh! puede asegurarse que son aves de paso. Terray, Bertin y no sé que otros, pues lo que es Aiguillon se ha aplazado el tiempo en que debe ser ministro.

— Y quizá para siempre, pensó el mariscal saludando á Juan con una graciosa sonrisa.

Así que éste salió, entró Rafté, quien todo lo había oído y sabía á qué atenerse, habiéndose realizado todas sus sospechas; pero nada dijo á su amo porque le conocía bien.

Ni siquiera llamó á un ayuda de cámara, sino que él mismo le desnudó y condujo al lecho, en el cual se hundió el mariscal tiritando como si tuviese tercianas, después de tomar una píldora que le dió su secretario.

Entonces corrió éste las cortinas y se dirigió á la antecámara, la cual estaba ya llena de criados que habían acudido presurosos y se hallaban á la escucha. Rafté cogió por el brazo al primero, y le dijo:

— Cuida bien al señor mariscal, pues está malo; según parece, esta mañana ha tenido un disgusto: sin duda ha debido desobedecer al rey....

— ¡Desobedecer al rey! exclamó asustado el ayuda de cámara.

— Sí: S. M. ha enviado una cartera á monseñor; pero así que supo éste que esto lo hacía por mediación de la Dubarry no quiso admitirla. ¡Oh! es cosa soberbia, y los habitantes de París deberían levantarle un arco triunfal, pero como el choque que ha tenido que sostener era demasiado violento, se ha puesto malo y es preciso cuidarle bien.

Después que Rafté dijo estas palabras, conociendo de antemano que no tardarían en circular, se dirigió á su habitación, y al cabo de un cuarto de hora todo Versalles estaba enterado de la noble conducta y generoso patriotismo del mariscal, quien dormía á pierna suelta sin soñar siquiera con la popularidad que acababa de granjearse, gracias á su secretario.

XVI

La comida del Delfín

En la tarde de aquel mismo día, la señorita de Taverney salió á las tres de su aposento para pasar al de la Delfina que tenía la costumbre de que le leyesen antes de comer.

El abate que era el primer lector de S. A. R., no desempeñaba ya esas funciones, pues se había consagrado á la alta política desde ciertas intrigas diplomáticas, en que había desplegado bastante talento de hombre de negocios.

La señorita de Taverney salió bastante adornada para ir á desempeñar su obligación; pero sufría, como todos los que moraban en Trianón, las dificultades inherentes á una instalación precipitada; no había organizado aun su servicio, ni arreglado su pequeño ajuar, y había sido vestida provisionalmente por una de las doncellas de madama de Noailles, dama de honor intratable á quien la Delfina llamaba madama Etiqueta.

Andrea llevaba un vestido de seda azul de talle largo y acicalado como la cintura de una avispa. Este vestido se abría por delante y dejaba ver una falda de muselina con tres guarniciones bordadas, y unas mangas cortas, bordadas también de muselina y ahuecadas desde el hombro, formaban armonía con una pañoleta bordada á la aldeana, que ocultaba púdicamente la

garganta de la joven. La señorita Andrea llevaba sujetos sus hermosos cabellos con una cinta del color del vestido, y esos cabellos cayendo en los largos y espesos bucles sobre las mejillas y el cuello, daban al rostro orgulloso y modesto de aquella joven de color mate y puro mucho más realce que las plumas, las piochas y los encajes.

Andrea se puso por el camino sus mitones de seda blanca, ocultando en ellos los dedos más afilados y redondos que podían darse, mientras iba imprimiendo en la arena del jardín la punta del talón de sus chapines de raso azul celeste.

Al llegar al pabellón de Trianón supo que había ido á dar un paseo la señora Delfina con su arquitecto y su jardinero mayor; pero en el piso superior se oía el ruido de la rueda del torno en que el Delfín se ocupaba en hacer una cerradura para un cofre que le gustaba mucho.

Á fin de reunirse con la Delfina atravesó Andrea un cuadro del jardín en que había algunas flores que, á pesar de lo adelantada que estaba la estación, alzaban su pálida cabeza para aspirar los fugitivos rayos de un sol más pálido aun que ellos; y como ya se iba acercando la noche, pues en esa estación anochece á las seis, unos aprendices de jardinero se ocupaban en tapar las plantas más delicadas con campanas de vidrio.

En el recodo que formaba una calle de verdes árboles que, enlazados en figura de seto y rodeados de rosales de Bengala, iban á parar á un bonito trozo de terreno cubierto de césped, Andrea vió de pronto á uno de los jardineros, que así que la divisó soltó la azada y la saludó con una política algo más inteligente que la que usan los hombres del pueblo.

Miróle con atención y conoció á Gilberto, cuyas

manos estaban bastante blancas, á pesar del trabajo, para desesperar á Taverney.

Andrea se ruborizó sin querer, pareciéndole que el hallarse Gilberto en aquel sitio se debía á una condescendencia muy singular de la suerte.

Gilberto repitió su saludo, y Andrea le contestó con otro sin dejar de andar.

Pero era una criatura demasiado leal y animosa para que fuese á resistir á un impulso del alma y no contestar á lo que le preguntaba su imaginación.

Volvió, pues, atrás, y Gilberto, que ya habia perdido el color y la miraba con ojos de mal agüero, se animó de pronto y dió un brinco para acercarse á ella.

— ¿ Vos aquí, señor Gilberto? dijo Andrea con frialdad.

— Ya lo veis, señorita.

— ¿ Y á qué casualidad se debe?

— Señorita, la vida es necesaria, pero lo es más vivir honradamente.

— ¿ Pero sabéis que tenéis fortuna?

— ¡ Oh! mucha, señorita, dijo Gilberto.

— ¿ Queréis decirme por qué?

— Os repito, señorita, que mi fortuna no puede ser mayor.

— ¿ Por quién habéis entrado aquí?

— Por el señor de Jussieu, que es mi protector.

— ¡ Ah! dijo Andrea sorprendida, ¿ conque conocéis al señor de Jussieu?

— Era amigo de mi primer protector, esto es, de mi amo el señor de Rousseau.

— Ea, pues, ¡ valor, señor Gilberto! dijo Andrea disponiéndose á seguir su camino.

— ¿ Y estáis mejor, señorita? dijo Gilberto con una voz tan temblona, que se adivinaba hartó bien lo agi-

tado que estaba su corazón, cuyas vibraciones representaba.

— ¿ Cómo mejor? dijo Andrea con frialdad.

— Pues... ¿ y la desgracia?

— ¡ Ah! sí... gracias, señor Gilberto, estoy mejor, no fué nada.

— ¡ Oh! estuvisteis á punto de perecer, dijo Gilberto en el colmo de la emoción; el peligro era terrible.

Andrea pensó que ya era tiempo de abreviar aquella conversación con un trabajador en medio del jardín, y dijo:

— Buenas tardes, señor Gilberto.

— ¿ No queréis aceptar una rosa, señorita? preguntó Gilberto estremeciéndose y cubierto de sudor.

— No sé, contestó Andrea, si podéis ofrecer una cosa que no os pertenece.

Sorprendido Gilberto, aterrado, nada contestó: lo que hizo fué bajar la cabeza, y viendo que Andrea le miraba con cierta alegría por haber manifestado su superioridad, se levantó, arrancó una rama cubierta de flores del rosal más bonito, y se puso á deshojar las rosas con una sangre fría, con una nobleza que llamaron la atención á la joven.

Y como era demasiado justa y bondadosa para no conocer que acababa de ofender gratuitamente á un joven cogido *in flagranti delicto* de urbanidad, estuvo para disculparse ó reparar su ofensa; pero prosiguió su camino sin añadir una palabra, cualidad natural en las personas orgullosas que se sienten culpables.

Tampoco Gilberto añadió una palabra más; tiró la rama del rosal y volvió á coger la azada; pero como era al mismo tiempo que arrogante astuto, se bajó para trabajar sin duda, más también para ver alejarse á

Andrea, quien al volver de la calle no pudo menos de mirarle: ¿qué mucho si al fin era mujer?

Gilberto se contentó con aquella debilidad para decirse á sí mismo, que lo que es en aquella lucha había conseguido la victoria.

— No es tan fuerte como yo, dijo, y al fin la dominaré: á pesar de lo orgullosa que está con su hermosura, su nombre y su fortuna que cada día va en aumento; á pesar de la insolencia con que trata mi amor, que adivina quizá, la desea más y más el pobre trabajador que tiembla con sólo mirarla. ¡Oh! ese temblor, ese estremecimiento es digno de un hombre; pero ya me pagará algún día las bajezas que me obliga á cometer... Por hoy, añadió, basta de tarea: ya he vencido á mi enemigo; si, cuando debí haber sido el más débil de los dos, puesto que la amo, me he mostrado diez veces más fuerte que ella....

Repitió estas palabras con bárbara alegría, llevándose una mano convulsiva á su frente dotada de inteligencia, de la cual separó sus hermosos cabellos negros; clavó con vigor su azada en el acirate, arrojóse como un ciervo por entre la calle de cipreses y tejos, atravesó ligero como el viento un bosquecillo de plantas cubiertas con campanas, sin ajar una siquiera á pesar de la furia con que corría, y fué á apostarse al otro extremo de la diagonal que acababa de describir para tomar la vuelta del camino que seguía Andrea y que formaba un círculo.

Allí efectivamente la vió adelantarse pensativa y casi humillada, inclinados sus hermosos ojos y moviendo suavemente su blanca mano sobre su traje que crujía con el roce; oculto detrás de un vallado de carpinos la oyó suspirar dos veces, como si hablase consigo misma, y por último la vió pasar tan cerca de los árboles, que con sólo alargar los brazos hubiera podido

Gilberto tocar el de Andrea, como se lo aconsejaba un impulso insensato y febril.

Pero frunció las cejas con un movimiento de voluntad parecido al odio, y llevando al corazón una mano crispada, dijo:

— ¡Todavía soy cobarde!... ¡pero es tan bella!

Quizás hubiera permanecido Gilberto largo tiempo en su contemplación, porque la calle de árboles era larga y el paso de Andrea muy lento y compasado, pero en aquella calle desembocaban otras de donde podía llegar algún importuno, y la casualidad favoreció tan poco á Gilberto, que efectivamente desembocó uno por la primera calle lateral de la izquierda, es decir, casi enfrente del grupo de árboles en donde estaba oculto Gilberto.

Dicho importuno caminaba con paso metódico y compasado, la cabeza erguida, y el sombrero bajo el brazo derecho y la mano izquierda en el puño de la espada. Llevaba una casaca de terciopelo bajo un ropón forrado de marta cebellina, y al andar tendía la pierna, que era hermosa, y el empuje del pie que era alto como el de un noble de raza.

Aquel señor, al proseguir su camino, percibió á Andrea, y sin duda le agradó el aire de la joven, porque redobló el paso, cortando oblicuamente el camino á fin de hallarse en la misma línea que seguía Andrea y cruzarla cuanto antes.

Al percibir Gilberto á aquel personaje, lanzó involuntariamente un grito no muy fuerte, y escapó de allí como un mirlo espantado bajo los zumagues.

La maniobra del importuno le salió bien, y sin duda estaba acostumbrado á ellas, pues antes de tres minutos iba delante de Andrea, á quien tres minutos antes seguía á bastante distancia.

Cuando Andrea oyó pasos cerca de sí se hizo á un

lado para dejar pasar al que aun no había visto; y así que pasó miró hacia aquella parte.

El señor miraba también con ansiedad; hasta se paró para ver mejor, y volviéndose en seguida, dijo con voz muy amable:

— ¡A dónde vais que así corréis, señorita?

Al oír aquella voz, Andrea levantó la cabeza, y vió á treinta pasos detrás de ella dos oficiales de guardias que andaban lentamente; vió también bajo el ropón de piel de mara del que le dirigía la palabra el cordón azul, y sumamente pálida, asustada con aquel encuentro inesperado y una interrupción tan graciosa, dijo en voz baja inclinándose:

— ¡El rey!

— Señorita, replicó Luis XV acercándose, perdonadme si os digo tengo tan mala vista que me veo obligado á preguntaros cómo os llamáis.

— Andrea de Taverney, murmuró la joven, tan confusa y tímida que apenas se oyó su voz.

— ¡Ah! es verdad, ¡y á qué feliz casualidad se debe, señorita, el que así viajéis por Trianón?

— Iba en busca de S. A. R. la señora Delfina, que me está esperando, respondió Andrea cuya timidez iba en aumento.

— En ese caso os acompañaré, señorita, prosiguió Luis XV, pues voy á hacer una visita á mi hija como se estila en el campo entre vecinos; tened la bondad de aceptar mi brazo, puesto que llevamos el mismo camino.

Andrea sintió que le pasaba por la vista una especie de nube, y que bajaba entre hirvientes olas con toda su sangre hasta el corazón. Efectivamente, semejante honra dispensada á una pobre joven, darle el rey el brazo, tratarla con tanta amabilidad el soberano señor de todos, una gloria tan inesperada como increíble, un

favor en fin que hubiese envidiado toda una corte, le parecía así como un sueño.

Hizo pues una reverencia tan profunda y tímida, que el rey se creyó obligado á saludarla otra vez; bien es verdad que cuando Luis XV se acordaba de Luis XIV era siempre en cuestiones de ceremonial y política, aunque aquellas tradiciones de urbanidad tenían un origen más lejano, pues provenían de Enrique IV.

Ofreció pues su mano á Andrea, ésta colocó la punta de sus dedos sobre el guante del rey, y ambos siguieron caminando hacia el pabellón en que habían dicho al rey hallaría á la Delfina con su arquitecto y su jardinero mayor.

Podemos asegurar que aunque á Luis XV no le gustaba mucho andar, tomó el camino más largo para conducir á Andrea al pequeño Trianón. El hecho es que los dos oficiales que iban detrás conocieron el error de S. M. y se quejaron, porque iban vestidos á la ligera y el tiempo había enfriado.

Tarde llegaron, pues no hallaron á la Delfina en el punto donde creían se hallaba; María Antonieta acababa de marcharse por no hacer esperar al Delfín, á quien gustaba comer entre seis y siete.

S. A. R. llegó pues á la hora precisa, y como el Delfín era muy puntual, se mantenía ya en el umbral del salón para estar más cerca del comedor cuando apareciese el mayordomo mayor; de suerte que la Delfina dió el manto que llevaba puesto á una camarista, se cogió alegremente del brazo del Delfín y lo condujo al comedor.

La mesa estaba dispuesta para los dos ilustres anfitriones.

Uno y otro ocupaban el medio de la mesa, dejando libre la parte alta, la cual nunca se ocupaba aun

cuando fuesen muchos los convidados, desde ciertas sorpresas del rey.

Colocado el cubierto del rey con su candado, ocupaba un espacio considerable: pero como el mayordomo mayor no contaba con aquel huésped, servía desde aquel sitio.

Detrás de la silla de la Delfina, en que había el espacio necesario para que los criados circularan, se mantenía la señora de Noailles muy tiesa, pero con la amabilidad en el rostro que se debe tener en una comida.

Cerca de la señora de Noailles se hallaban las otras damas que tenían derecho, por la posición que ocupaban en la corte, para asistir á la comida de SS. AA. RR. y aquellas á quienes se concedía este favor.

La señora de Noailles comía tres veces á la semana en la misma mesa que el Delfín y la Delfina, pero los días en que no le tocaba se hubiera guardado muy bien de no asistir á la comida; entre otras cosas porque aquel era un medio de protestar contra la exclusión de aquellos cuatro días de siete que tiene la semana.

Frente á la duquesa de Noailles, á quien como ya hemos dicho llamaba la Delfina madama Etiqueta, se mantenía en una grada casi igual el duque de Richelieu, estricto observador también de las ceremonias palaciegas; pero su etiqueta era invisible para todos, porque sabía ocultarla con una elegancia exquisita y algunas veces con un tono de broma finísimo.

De esta antítesis entre el primer gentilhomme de cámara y la camarera mayor de S. A. R. la Delfina, resultaba que á cada momento abandonaba la conversación la duquesa de Noailles y la proseguía el duque de Richelieu.

El mariscal había viajado por todas las cortes de

Europa, tomando en cada una de ellas el tono de elegancia más apropiado á su índole; de suerte que como tenía un tacto admirable y una gran dosis de urbanidad, sabía, al mismo tiempo que las anécdotas que podían contarse en la mesa de los dos tiernos infantes, las que no había dificultad en referir en la mesa de la Dubarry.

Aquella noche advirtió que la Delfina comía con apetito y que el Delfín devoraba; y suponiendo que no le ayudarían á mantener viva la conversación, vió que sólo se trataba de hacer pasar á la señora de Noailles una hora de purgatorio anticipado.

Se puso, pues, á hablar de filosofía y literatura dramática, doble objeto de conversación tan antipático el uno como el otro para la venerable duquesa.

Lo primero que contó fué el motivo que el filósofo de Ferney, como entonces se llamaba al autor de la *Enriada*, tuvo para uno de sus arranques filantrópicos; y cuando vió que la duquesa rabiaba, mudó de texto, refiriendo minuciosamente todas las barahundas en que había andado como gentilhomme de cámara para hacer que las actrices del rey representasen bien ó mal.

La Delfina era aficionada á las artes, y sobre todo al teatro (como que había enviado un traje completo de Clitemnestra á la Raucourt), y así escuchó á Richelieu no sólo con indulgencia sino con gusto.

Entonces la pobre camarera mayor, faltando á la etiqueta, se agitó en su grada, se sonó recio y movió su venerable cabeza, sin pensar que con sus movimientos cubría su frente de una nube de polvos, cual á una ráfaga de viento cubre una nube de nieve la cima del Monte Blanco.

Pero como no todo estaba reducido á divertir á la Delfina, sino que también era preciso divertir al Del-

fin, Richelieu abandonó la cuestión teatral, á que el heredero de la corona de Francia nunca había tenido gran simpatía, y se puso á hablar de filosofía humanitaria, empleando, á propósito de los ingleses, todo el calor que Rousseau arroja como un fluido vivificador sobre el personaje de Eduardo Bomston.

La señora de Noailles aborrecía á los ingleses tanto como á los filósofos, y como una idea nueva era para ella una fatiga, y una fatiga turbaba toda su economía animal, conociendo que había nacido para conservar y nada más, ladraba á las nuevas ideas como los perros á las máscaras.

Richelieu se llevaba un doble objeto con semejante manejo, pues atormentaba á madama Etiqueta, lo cual agradaba en gran manera á la Delfina, y encontraba aquí y allí algunos apotegmas virtuosos ó algunos axiomas de matemáticas que el Delfin, amante de las cosas exactas, recogía alegremente.

Hacia, pues, la corte á las mil maravillas buscando con la vista á alguien que esperaba ver allí y no encontraba, cuando subió á la sonora bóveda un grito dado al pie de la escalera, que repitió una voz colocada en el primer descanso, y en seguida otra en el remate de la misma escalera:

— ¡ S. M. el rey !

Al oír esta palabra mágica la señora de Noailles se levantó como si la hubiera hecho saltar sobre su grada un resorte de acero; Richelieu se incorporó lentamente como hombre acostumbrado á tales sorpresas, y el Delfin se limpió precipitadamente la boca con la servilleta, manteniéndose en pie delante de su sitio con el rostro vuelto hacia la puerta.

En cuanto á la Delfina, se dirigió hacia la escalera para encontrarse con el rey más pronto y recibirle dignamente.

XVII

El pelo de la reina

Cuando el rey llegó á la meseta de la escalera, aun daba el brazo á la señorita de Taverney; pero allí la soltó y la saludó con tanta cortesía y tan detenidamente, que Richelieu pudo ver aquella salutación, admirar su gracia, y preguntarse á sí mismo cuál sería la feliz mortal á quien se dirigía.

Pero su ignorancia no duró mucho tiempo, porque cogiendo Luis XV el brazo de la Delfina que lo había visto todo y reconocido perfectamente á Andrea, le dijo:

— Hija mía, vengo sin ceremonia á pedirte de comer; he atravesado el parque, y habiendo encontrado á la señorita de Taverney, la supliqué que me acompañase.

— ¡ La señorita de Taverney ! murmuró Richelieu casi aturdido con aquel golpe imprevisto... ¡ Á fe mía que tengo demasiada suerte !

— De modo que no solamente no regañaré á esta señorita por haberse retardado, respondió la Delfina, sino que le daré gracias por habernos traído á V. M.

Andrea, tan encarnada como una de las cerezas que guarnecían el sortú en medio de las flores, se inclinó sin responder.

— ¡ Cáspita si es hermosa ! dijo para sí Richelieu. El tunante de Taverney no ha andado exagerado en los

fin, Richelieu abandonó la cuestión teatral, á que el heredero de la corona de Francia nunca había tenido gran simpatía, y se puso á hablar de filosofía humanitaria, empleando, á propósito de los ingleses, todo el calor que Rousseau arroja como un fluido vivificador sobre el personaje de Eduardo Bomston.

La señora de Noailles aborrecía á los ingleses tanto como á los filósofos, y como una idea nueva era para ella una fatiga, y una fatiga turbaba toda su economía animal, conociendo que había nacido para conservar y nada más, ladraba á las nuevas ideas como los perros á las máscaras.

Richelieu se llevaba un doble objeto con semejante manejo, pues atormentaba á madama Etiqueta, lo cual agradaba en gran manera á la Delfina, y encontraba aquí y allí algunos apotegmas virtuosos ó algunos axiomas de matemáticas que el Delfin, amante de las cosas exactas, recogía alegremente.

Hacia, pues, la corte á las mil maravillas buscando con la vista á alguien que esperaba ver allí y no encontraba, cuando subió á la sonora bóveda un grito dado al pie de la escalera, que repitió una voz colocada en el primer descanso, y en seguida otra en el remate de la misma escalera:

— ¡ S. M. el rey !

Al oír esta palabra mágica la señora de Noailles se levantó como si la hubiera hecho saltar sobre su grada un resorte de acero; Richelieu se incorporó lentamente como hombre acostumbrado á tales sorpresas, y el Delfin se limpió precipitadamente la boca con la servilleta, manteniéndose en pie delante de su sitio con el rostro vuelto hacia la puerta.

En cuanto á la Delfina, se dirigió hacia la escalera para encontrarse con el rey más pronto y recibirle dignamente.

XVII

El pelo de la reina

Cuando el rey llegó á la meseta de la escalera, aun daba el brazo á la señorita de Taverney; pero allí la soltó y la saludó con tanta cortesía y tan detenidamente, que Richelieu pudo ver aquella salutación, admirar su gracia, y preguntarse á sí mismo cuál sería la feliz mortal á quien se dirigía.

Pero su ignorancia no duró mucho tiempo, porque cogiendo Luis XV el brazo de la Delfina que lo había visto todo y reconocido perfectamente á Andrea, le dijo:

— Hija mía, vengo sin ceremonia á pedirte de comer; he atravesado el parque, y habiendo encontrado á la señorita de Taverney, la supliqué que me acompañase.

— ¡ La señorita de Taverney ! murmuró Richelieu casi aturdido con aquel golpe imprevisto... ¡ Á fe mía que tengo demasiada suerte !

— De modo que no solamente no regañaré á esta señorita por haberse retardado, respondió la Delfina, sino que le daré gracias por habernos traído á V. M.

Andrea, tan encarnada como una de las cerezas que guarnecían el sortío en medio de las flores, se inclinó sin responder.

— ¡ Cáspita si es hermosa ! dijo para sí Richelieu. El tunante de Taverney no ha andado exagerado en los

elogios que le prodigó, pues la chica los merece muy mucho.

El rey se sentó á la mesa, después de devolver el saludo al Delfín, y como estaba dotado como su abuelo de un apetito excelente, hizo honor á la comida improvisada que el mayordomo le sirvió como por encanto.

Sin embargo, mientras comía, el rey, que estaba de espaldas á la puerta, parecía echar de menos alguna cosa, ó más bien á alguna persona.

En efecto, como la señorita de Taverny no gozaba de ningún privilegio á causa de que todavía no estaba bien fijada la posición que debía ocupar cerca de la persona de la Delfina, no se hallaba en el comedor, pues después de haber hecho una profunda reverencia en contestación á la del rey, había entrado en la cámara de la Delfina, quien la había mandado ya leer dos ó tres veces después de acostarse.

La Delfina comprendió que lo que el rey buscaba con la vista era su bella compañera de camino, y para satisfacer su deseo, dijo á un joven oficial de guardias colocado detrás del rey:

— Señor de Coigny, haced que se presente la señorita de Taverny, con el permiso de la señora de Noailles; por esta tarde prescindiremos de la etiqueta.

El señor de Coigny salió, y al cabo de un instante volvió con Andrea, la cual entró temblando, porque no sabía á qué atribuir aquella serie de favores á que no estaba acostumbrada.

— Señorita, sentaos cerca de la señora duquesa, dijo la Delfina.

Andrea subió á la grada con timidez, y era tal su turbación que tuvo la audacia de sentarse á un pie de distancia de la dama de honor, por lo que ésta le dirigió una mirada tan terrible, que la pobre joven se

retiró tres ó cuatro pasos como si la hubiesen puesto en contacto con una botella de Leyde.

Luis XV la miraba y se sonreía.

— ¡Bravo! las cosas marchan por sí solas, y veo que no tengo necesidad de mezclarme yo en ellas! dijo para sus adentros el duque de Richelieu.

En aquel momento se volvió el rey y percibió al mariscal, quien estaba muy preparado para sostener aquella mirada.

— Buenas tardes, duque, dijo Luis XV, ¿hacéis buenas migas con la duquesa de Noailles?

— Señor, respondió el mariscal, la señora duquesa sigue haciéndome el honor de tratarme como á un aturdido.

— ¿Habéis estado también vos por ventura en el camino de Chanteloup, duque?

— ¡Yo, señor! Á fe mía que no; estoy demasiado agradecido á las bondades que V. M. dispensa á los de mi familia, para haber obrado de ese modo.

El rey no esperaba aquel golpe; su intención era burlarse, y veía que le ganaban por la mano.

— ¿De qué bondades habláis, duque?

— Señor, V. M. ha conferido el mando de la caballería ligera al duque de Aiguillon.

— Verdad es, duque.

— Y para ello se necesitaba toda la energía, toda la habilidad de V. M.; casi es un golpe de Estado.

La comida tocaba á su fin, el rey aguardó un momento, y luego se levantó de la mesa, para evitar la conversación que podía serle engorrosa; pero Richelieu estaba resuelto á no soltar la presa, y al efecto, cuando el rey se puso á hablar con la señora de Noailles, con la Delfina y la señorita de Taverny, manióbró con tal destreza que se halló en la conversación y la dirigió según su deseo.

— Señor, dijo, V. M. sabe bien que el buen éxito comunica atrevimiento.

— ¿Lo decís para manifestarnos que sois atrevido, duque?

— Lo digo para pedir á V. M. una nueva gracia, después de la que se ha dignado dispensarme. Uno de mis mejores amigos, un antiguo servidor de V. M., tiene á su hijo en los gendarmes, joven lleno de mérito, pero pobre. Una augusta persona le ha dado el diploma de capitán, pero le falta la compañía.

— ¿Esa augusta persona es mi hija? preguntó el rey volviéndose á la Delfina.

— Sí, señor, dijo Richelieu, y el padre de ese joven es el barón de Taverney.

— ¿Mi padre!... exclamó involuntariamente Andrea. ¿Felipe!... ¿Es para Felipe, señor duque, para quien pedís una compañía?

Luego, avergonzada de haber faltado á la etiqueta, retrocedió un paso ruborizada y juntando las manos.

El rey se volvió para admirar el rubor y la emoción de la bella joven, y después echó á Richelieu una mirada tan benévola, que el cortesano comprendió lo muy grata que era su petición á causa de su oportunidad.

— En efecto, dijo la Delfina, ese joven es encantador, y yo había contraído el compromiso de labrar su fortuna; pero ¿qué desgraciados son los príncipes! Cuando Dios les inspira una buena voluntad, les quita la memoria ó el raciocinio... porque ¿no debía yo suponer que ese joven era pobre, que no bastaba darle las charreteras, si no le daba una compañía?

— ¿Y cómo podía saber V. A. que era pobre?

— ¡Oh! bien lo sabía, replicó vivamente la Delfina con un gesto que recordó á Andrea su casa tan desnuda y tan modesta, aunque tan grata y feliz para su

infancia. Sí, bien lo sabía... y creí que no tenía más que hacer habiendo dado un grado á Felipe de Taverney... ¿No se llama Felipe, señorita?

— Sí, señora.

El rey miró aquellas fisonomías tan nobles y tan francas; luego fijó la vista en la de Richelieu, iluminada también por un reflejo de generosidad tomada sin duda de la augusta persona que estaba cerca de él.

— ¡Ah! duque, dijo á media voz, me voy á indisponer con Luciennes.

Luego dirigiéndose á Andrea, añadió con viveza:

— Decid que eso os causará mucho placer.

— ¡Ah! señor, exclamó Andrea juntando las manos, os suplico esa gracia.

— Entonces acordada, dijo Luis XV. Duque, elegid una buena compañía para ese pobre joven, y yo daré los fondos, si no está ya enteramente pagada ó vacante.

Aquella buena acción llenó de júbilo á todos los circunstantes, y valió al rey una sonrisa célica de Andrea, y á Richelieu las gracias dadas por aquella boca, á la que, en su juventud, hubiera pedido más el ambicioso y avaro mariscal.

Fueron llegando algunas visitas, presentándose entre otros el cardenal de Rohán, quien desde la instalación de la Delfina en Francia, le hacía asiduamente la corte.

Pero durante toda la noche, sólo para Richelieu tuvo el rey palabras y miradas agradables, y hasta hizo que lo acompañase cuando se despidió de la Delfina, para regresar á su Trianón. El viejo mariscal siguió al rey rebotando alegría.

Mientras que S. M. penetraba con el duque y sus dos oficiales en las sombrías calles de árboles que iban á dar á palacio, la Delfina mandaba á Andrea retirarse diciéndole:

— Podéis retiraros, y escribid esa buena noticia á París.

Andrea, precedida de un lacayo con una linterna en la mano, atravesó la explanada de cien pasos que separaba á Trianón de las habitaciones de la servidumbre.

Delante de ella también iba brincando entre los arbustos, de ramaje en ramaje, una sombra que seguía con ojos centellantes todos los movimientos de la joven. Aquella sombra era Gilberto.

Cuando Andrea llegó á la gradería y principió á subirla, el lacayo volvió á las antecámaras de Trianón.

Entonces Gilberto, deslizándose á su vez en el vestíbulo, llegó á los patios de las caballerizas, y por una escalerita, recta como una escala, subió á su buhardilla, situada frente á las ventanas del cuarto de Andrea, en un ángulo del edificio.

Desde allí vió á Andrea llamar á una doncella de madama de Noailles, que tenía su cuarto en el mismo pasadizo, pero así que aquella doncella entró en el cuarto de Andrea, cayeron las cortinas de las ventanas, como un velo impenetrable entre los ardientes deseos de un joven y el objeto de sus ideas.

En el palacio sólo quedaba el señor de Robán, desplegando cada vez más galantería con la señora Delfina, que le trataba con bastante frialdad.

El prelado acabó por temer que fuese indiscreto, tanto más cuanto que ya había visto al Delfín retirarse; y por lo mismo se despidió de S. A. R. con las muestras del más profundo y tierno respeto.

Al tiempo de subir á la carroza, se acercó á él una doncella de la Delfina, y casi entró en el carruaje.

— Ahí tenéis eso, le dijo.

Y le entregó un papelito plegado cuyo contacto hizo estremecer al cardenal.

— Tomad, replicó éste vivamente, poniendo en la mano de aquella doncella un bolsillo pesado, que hubiera sido un salario muy regular.

Sin pérdida de tiempo mandó el cardenal al cochero que saliese para París, y que le pidiera órdenes en la barrera.

Durante todo el camino, á oscuras en el coche, palpó y besó como un amante enajenado de gozo lo que contenía aquel papelito.

Así que llegó á la barrera, dijo:

— Á la calle de San Claudio.

Poco después atravesaba el patio misterioso, y se volvía á hallar en la salita en que se mantenía Fritz, introductor de silenciosos modales.

Bálsamo se hizo esperar un cuarto de hora, hasta que al fin apareció, disculpándose con lo avanzado de la hora, pues creía que ya nadie iría á visitarle.

Efectivamente, eran cerca de las once de la noche.

— Es verdad, señor conde, dijo el cardenal, y os pido perdón por esta molestia; pero acordaos de que un día me dijisteis que para estar seguro de ciertos secretos...

— Necesitaba el pelo de la persona de quien hablamos aquel día, interrumpió Bálsamo, que ya había visto el papel en manos del sencillo prelado.

— Justamente, señor conde.

— Y vos me traéis ese pelo, monseñor, ¿no es así?

— Aquí lo tenéis: ¿creéis que sea posible volver á recogerlo después que se haya hecho el experimento?

— Á no ser que sea necesario aplicar el fuego... en cuyo caso...

— Sin duda, sin duda, dijo el cardenal, pero entonces me proporcionaré otro. ¿Puedo saber lo que deseo?

— ¿Hoy?

— Ya sabéis que estoy impaciente.

Bálsamo tomó el pelo, y subió precipitadamente al aposento de Lorenza.

— Voy á saber, iba diciendo por el camino, el secreto de esa monarquía; al fin voy á penetrar los ocultos designios de Dios.

Y desde la parte opuesta de la pared, antes de abrir siquiera la puerta misteriosa, adormeció á Lorenza, la cual lo recibió con un tierno abrazo.

Bálsamo se desprendió con sentimiento de sus brazos, pues hubiera sido difícil decir qué causaba más pena al pobre conde, si las reconvenciones de la hermosa italiana cuando estaba despierta, ó sus caricias cuando dormía.

Al fin consiguió desatar la cadena que los dos brazos de la joven le habían echado al cuello, y poniéndole el papel en la mano, le dijo:

— Querida Lorenza, ¿puedes decirme de quién es este pelo?

Lorenza lo tomó y lo apoyó, primero contra su pecho y luego contra su frente, pues aunque tenía abiertos los ojos durante su sueño veía por el pecho y la frente.

— ¡Oh! dijo; la cabeza de que se ha quitado es muy ilustre.

— ¿Es verdad que sí?... Y dichosa, ¿eh?

— Puede serlo...

— Miralo bien, Lorenza.

— Sí, puede serlo, porque aun no hay en su vida mancha alguna.

— Sin embargo, está casada...

— ¡Oh! dijo Lorenza sonriéndose con dulzura.

— ¿Qué quieres decir, mi Lorenza?

— Que está casada, querido Bálsamo, y sin embargo...

— Y sin embargo ¿qué?...

— Y sin embargo...

Lorenza volvió á sonreirse y continuó:

— Yo también estoy casada.

— Sin duda.

— Y sin embargo...

Bálsamo miró á Lorenza con profundo asombro, y vió que á pesar de que la joven estaba dormida, se extendía sobre su rostro el rubor de la castidad.

— Y sin embargo, ¿qué? repitió Bálsamo; acaba.

Lorenza volvió á enlazar sus brazos al cuello de su amante, y ocultando la cabeza en su pecho, dijo:

— Y sin embargo estoy virgen.

— Y esa mujer, esa princesa, esa reina, exclamó Bálsamo, ¿á pesar de estar casada...

— Esa mujer, esa princesa, esa reina, repitió Lorenza, está tan pura y virgen como yo; más pura, más virgen que yo aun, pues no ama como yo.

— ¡Qué fatalidad! murmuró Bálsamo. ¡Gracias, Lorenza! ya sé cuanto quería saber.

Le dió un abrazo, se guardó el pelo como un tesoro precioso en el bolsillo, y cortando á Lorenza un mechoncito de su negra cabellera lo quemó en las bujías, y recogió las cenizas en el papel donde había estado envuelto el pelo de la Delfina.

Entonces bajó de nuevo, y sin dejar de andar despertó á la joven.

El prelado estaba esperando lleno de impaciencia y dudas.

— ¿Qué hay, señor conde? dijo.

— ¿Qué ha de haber, monseñor?

— ¿Qué dice el oráculo?

— Que podéis tener esperanzas.

— ¿Ha dicho eso? exclamó el príncipe enajenado de gozo.

— Deducid á lo menos lo que á bien tengáis, mon-

señor; lo cierto es que el oráculo dice que esa mujer no ama á su marido.

— ¡ Oh ! dijo el señor de Rohán en un transporte de alegría.

— En cuanto al pelo, dijo Bálamo, he tenido que quemarlo para conseguir la revelación por esencia : aquí tenéis las cenizas que os devuelvo escrupulosamente después de haberlas recogido, como si cada partícula valiese un millón.

— ¡ Gracias, caballero, gracias ! nunca podré pagaros lo que os debo.

— No hablemos de eso, monseñor : lo único que os encargo es que no vayáis á tragaros las cenizas en vino, como hacen algunas veces los enamorados, porque eso es de una simpatía tan peligrosa, que vuestro amor se haría incurable, al paso que el corazón de la mujer amada enfriaría.

— ¡ Ah ! me guardaré de ello, dijo el cardenal casi espantado. Adiós, señor conde, adiós.

Veinte minutos después la carroza de S. E. se cruzaba en la esquina de la calle de Petits-Champs con el coche de Richelieu, al cual estuvo á pique de derribar en un enorme hoyo hecho para establecer los cimientos de una casa que estaban construyendo.

— ¡ Hola, príncipe ! dijo Richelieu sonriéndose.

— ¡ Hola, duque ! replicó el cardenal de Rohán llevándose un dedo á la boca.

Y corrieron en dirección contraria.

XVIII

El duque de Richelieu aprecia á Nicole

El señor de Richelieu se dirigía á la casa que ocupaba el señor de Taverney en la calle Coq-Herón.

Gracias al privilegio que debemos al diablo cojuelo, de penetrar fácilmente en una casa cerrada, sabemos antes que el señor de Richelieu, que el barón, sentado á su chimenea y con los pies apoyados en unos inmensos morillos bajo los cuales se consumían los restos de un tizón, sermoneaba á Nicole cogiéndole de vez en cuando la barba, á pesar de las muecas de rebelión y desdén de la joven.

Lo que no nos atrevemos á afirmar, es si Nicole hubiera admitido mejor las caricias sin el sermón ó el sermón sin las caricias.

La conversación entre el amo y la criada versaba sobre el punto importante ; esto es, sobre que en ciertas horas de la noche jamás acudía exactamente Nicole al oír la campanilla, que siempre tenía que hacer en el invernáculo, que en todas partes hacía mal su servicio excepto en aquellos sitios.

Á esto respondía Nicole, volviéndose y revolviéndose con encantadora y voluptuosa gracia :

— ¡ Tanto peor !... ¡ Yo me fastidio aquí... se me había prometido llevarme á Trianon con la señorita !

Y con motivo de esta respuesta, había creído el

señor; lo cierto es que el oráculo dice que esa mujer no ama á su marido.

— ¡ Oh ! dijo el señor de Rohán en un transporte de alegría.

— En cuanto al pelo, dijo Bálamo, he tenido que quemarlo para conseguir la revelación por esencia : aquí tenéis las cenizas que os devuelvo escrupulosamente después de haberlas recogido, como si cada partícula valiese un millón.

— ¡ Gracias, caballero, gracias ! nunca podré pagaros lo que os debo.

— No hablemos de eso, monseñor : lo único que os encargo es que no vayáis á tragaros las cenizas en vino, como hacen algunas veces los enamorados, porque eso es de una simpatía tan peligrosa, que vuestro amor se haría incurable, al paso que el corazón de la mujer amada enfriaría.

— ¡ Ah ! me guardaré de ello, dijo el cardenal casi espantado. Adiós, señor conde, adiós.

Veinte minutos después la carroza de S. E. se cruzaba en la esquina de la calle de Petits-Champs con el coche de Richelieu, al cual estuvo á pique de derribar en un enorme hoyo hecho para establecer los cimientos de una casa que estaban construyendo.

— ¡ Hola, príncipe ! dijo Richelieu sonriéndose.

— ¡ Hola, duque ! replicó el cardenal de Rohán llevándose un dedo á la boca.

Y corrieron en dirección contraria.

XVIII

El duque de Richelieu aprecia á Nicole

El señor de Richelieu se dirigía á la casa que ocupaba el señor de Taverney en la calle Coq-Herón.

Gracias al privilegio que debemos al diablo cojuelo, de penetrar fácilmente en una casa cerrada, sabemos antes que el señor de Richelieu, que el barón, sentado á su chimenea y con los pies apoyados en unos inmensos morillos bajo los cuales se consumían los restos de un tizón, sermoneaba á Nicole cogiéndole de vez en cuando la barba, á pesar de las muecas de rebelión y desdén de la joven.

Lo que no nos atrevemos á afirmar, es si Nicole hubiera admitido mejor las caricias sin el sermón ó el sermón sin las caricias.

La conversación entre el amo y la criada versaba sobre el punto importante ; esto es, sobre que en ciertas horas de la noche jamás acudía exactamente Nicole al oír la campanilla, que siempre tenía que hacer en el invernáculo, que en todas partes hacía mal su servicio excepto en aquellos sitios.

Á esto respondía Nicole, volviéndose y revolviéndose con encantadora y voluptuosa gracia :

— ¡ Tanto peor !... ¡ Yo me fastidio aquí... se me había prometido llevarme á Trianon con la señorita !

Y con motivo de esta respuesta, había creído el

señor de Taverney que debía acariciarle caritativamente las mejillas y la barba, sin duda para distraerla.

Nicole, siguiendo su tema y rechazando toda clase de consuelos, deploraba su desgraciada suerte.

— ¡Verdad es! decía gimiendo. Estoy encerrada entre cuatro tristes paredes, sin sociedad y casi sin respirar el aire, mientras que se me había presentado una perspectiva halagüena y un porvenir dichoso.

— ¡Cómo y en dónde? preguntó el barón.

— ¡En Trianón! respondió Nicole. En Trianón, en donde yo debía ver tanta gente y tanto lujo, en donde yo habría mirado y sido mirada.

— ¡Oh, oh, amiguita! exclamó el barón.

— ¡Qué tiene eso de extraño? Soy mujer y valgo tanto como otra cualquiera.

— ¡Cáspita! eso sí que se llama hablar, dijo sorprendidamente el barón. Aquí hay vida, movimiento... ¡Oh! si yo estuviese aun en mi juventud y fuese rico....

Y diciendo esto, no pudo menos de dirigir una mirada de admiración y codicia á tanta juventud, á tanta savia y hermosura.

Nicole se quedaba pensativa y á veces se impacientaba.

— Vamos, señor, acostaos para que yo me acueste también, dijo.

— Escucha aun dos palabras, Nicole.

De súbito se oyó un campanillazo que estremeció á Taverney y á Nicole.

— ¡Quién puede venir á las once y media de la noche? dijo el barón. Vé á ver quién llama, querida mía.

Nicole fué á abrir, preguntó quién llamaba, y dejó la puerta de la calle medio abierta.

Por aquella venturosa abertura se deslizó del patio una sombra, aunque no sin hacer bastante ruido para

que el mariscal, pues era él, se volviera y viera al fugitivo.

Nicole iba delante con un bujía en la mano y muy contenta.

— ¡Tate, tate! dijo el mariscal sonriendo y siguiéndola al salón. Ese tunantazo de Taverney no me ha hablado más que de su hija.

El duque era uno de esos hombres que no necesitan mirar dos veces para ver perfectamente las cosas. La sombra que vió huir le hizo pensar en Nicole (ésta pensaba en la sombra), adivinó por la linda cara de la joven lo que la sombra iba á hacer allí, y así que vió los ojos tan maliciosos, los dientes tan blancos y el talle tan fino de la criadilla, conoció su carácter y sus gustos.

Nicole anunció desde la entrada del salón, no sin que el corazón le palpitase:

— ¡El señor duque de Richelieu!

Este nombre estaba destinado á causar sensación aquella noche, pues produjo tal efecto en el barón, que éste se levantó de su sillón y se dirigió hacia la puerta sin poder dar crédito á lo que oía.

Pero antes de llegar á la puerta vió á Richelieu en la penumbra del pasadizo.

— ¡El duque! balbuceó.

— Sí, querido amigo, él mismo en persona... replicó Richelieu con la mayor afabilidad. ¡Oh! veo que lo extrañáis, después de la visita del día pasado. Sin embargo ya veis que soy yo. Vamos, venga esa mano, si no lo lleváis á mal.

— Señor duque, me confundís con vuestras bondades.

— Veo que ya no tienes cacumen, amigo mío, dijo el viejo mariscal dando el sombrero y el bastón á Nicole para sentarse con más comodidad en un sillón.

Parece que ya chocheas y que no estás en el mundo.

— Sin embargo, duque, me parece que el modo con que me recibiste el otro día era tan significativo que no dejaba lugar á equívocarse.

— Escúchame, mi antiguo amigo, respondió Richelieu. El otro día, tú obraste como un estudiantillo y yo como un dómine, sin más diferencia entre tú y yo que la férula. Sé que vas á replicarme, pero quiero ahorrarte ese trabajo, porque me dirías alguna tontería, y yo te contestaría con otra. Por consiguiente, saltemos del otro día á hoy. ¿Sabes á lo que vengo ahora?

— De seguro que no.

— Vengo á traerte la compañía que fuiste á pedirme anteayer, y que el rey ha dado á tu hijo. ¡Qué diablo! Esto te hará conocer la diferencia de situaciones: anteayer era yo semi-ministro, y pedir era una injusticia; pero hoy que he rehusado la cartera y no soy más que el simple Richelieu de otro tiempo, cometería un absurdo en no pedir; por consiguiente he pedido, he logrado, y traigo.

— Duque, ¿es cierto lo que me dices?... Tanta bondad de tu parte...

— Es un efecto natural de mi deber de amigo... El ministro negaba, Richelieu solicita y da.

— ¡Duque, me encantas! ¿Conque eres un verdadero amigo?

— ¡Pues no lo he de ser!

— Pero el rey, el rey que me dispensa tal favor...

— El rey no sabe siquiera lo que hace, ó quizás me engaño y lo sabe á las mil maravillas.

— ¿Qué quieres decir?

— Quiero decir que S. M. tiene sin duda en este momento algún motivo para disgustar á la Dubarry, y que debes á ese motivo más que á mi influencia el favor que te dispensa.

— ¿Lo crees así?

— Estoy segurísimo, y aun yo ayudo á ello. ¿Sabes que he renunciado á la cartera por causa de esa pícara?

— Así me lo han dicho, pero...

— Pero no lo creías. Vamos, dílo sin reparo.

— Pues bien, confieso que no lo creía.

— Eso quiere decir que no me tienes por hombre escrupuloso, ¿no es verdad?

— Lo que quiere decir es que te tenía por hombre despreocupado.

— Querido amigo, me voy haciendo viejo, y ya no me gustan las mujeres bonitas sino para mí... Además tengo otras ideas. Pero volvamos á tu hijo. Es un chico bizarro, ¿eh!

— Está muy mal con Dubarry, que estaba en tu casa cuando cometí la torpeza de presentarme en ella.

— Lo sé, y ese es el motivo porque no soy ministro.

— ¡Quia!

— No lo dudes, amigo mío.

— ¿Conque no has aceptado la cartera por no disgustar á mi hijo?

— Si te lo dijese no lo creerías. No la he admitido, porque las exigencias de los Dubarry, que empezaban por la exclusión de tu hijo, hubieran venido á parar en toda clase de monstruosidades.

— ¿Entonces te has indispuerto con esas alhajas?

— Sí, y no: me temen, y yo los desprecio y quedamos pagos.

— Eso es heroico, pero imprudente.

— ¿Por qué?

— Porque la condesa tiene mucho valimiento.

— ¡Puf! dijo Richelieu.

— ¿Cómo dices eso?

— Te lo digo porque conozco la parte flaca de la

posición, y si fuese preciso pondría al minador en el sitio á propósito para volar la plaza.

— Ahora veo con claridad; tú favoreces á mi hijo un poco por picar á los Dubarry.

— Dí un mucho y no te equivocas; tu hijo me sirve de granada, y con ella incendio la plaza... Pero á propósito, barón, ¿no tienes también una hija?

— Sí.

— ¿Es joven?

— Diez y seis años.

— ¿Bonita?

— Como una Venus.

— ¿Vive en Trianón?

— ¿La conoces acaso?

— He pasado la noche con ella, y he hablado una hora de ella con el rey.

— ¿Con el rey? exclamó Taverney, cuyas mejillas se cubrieron de púrpura.

— Sí, con el rey.

— ¿El rey ha hablado de mi hija, de Andrea de Taverney?

— Á quien devora con la vista; sí, querido.

— ¡Ah! ¿de veras?

— ¿Te incomoda diciéndote esto?

— ¡Á mi!... no... seguramente... el rey me honra con mirar á mi hija... pero...

— ¿Pero qué?

— El rey...

— Tiene malas costumbres, ¿no es eso lo que quieres decir?

— ¡Dios me libre de hablar mal de S. M.! así como así tiene derecho para obrar como le agrade.

— Pues bien, entonces ¿qué significa ese asombro?

¿Pretendes acaso que la señorita tu hija no es comple-

tamente bella, y que por consiguiente no la mira el rey con ojos amorosos?

Taverney no respondió; lo que hizo fué encogerse de hombros y quedarse pensativo, no sin que le persiguiese con su indagadora vista el implacable Richelieu.

— ¿Á que adivino lo que dirías si en vez de pensar hablastes en voz alta? prosiguió el anciano mariscal acercando su sillón al del barón. Dirías que el rey está acostumbrado á vivir con malas compañías, que desciende de su esfera, como se dice en los *Porcherons*, y que por lo mismo se guardará muy bien de fijar la vista en esa noble joven, de aire casto y amores puros; que por lo mismo no reparará en el tesoro de gracias y encantos... él que sólo se enamora de palabras licenciosas, guiñadas libertinas y chanzonetas de mala ley.

— Duque, está visto que eres un gran hombre.

— ¿Y por qué?

— Porque justamente has adivinado lo que estaba pensando, dijo Taverney.

— Confiesa sin embargo, barón, prosiguió Richelieu, que ya era tiempo que nuestro soberano no nos obligase, á nosotros que somos nobles, pares y compañeros del rey de Francia, á que besemos las manos envilecidas de una cortesana de esa especie; que ya era tiempo de que nos reuniese en nuestra natural atmósfera, y que después de haber pasado de la *Chateauroux*, marquesa, y de madera á propósito para hacer duquesas, á la *Pompadour*, hija y mujer de negociantes; y de la *Pompadour* á la *Dubarry*, que se llama simplemente Juanita, no pase de la *Dubarry* á alguna *Maritornes* de cocina ó á alguna labriega. Esto sería una cosa humillante, barón; sí, sería una vergüenza que teniendo como tenemos una corona con casco, bajásemos la cabeza á esas mujercillas.

— ¡Oh, qué verdades tan bien dichas! murmuró

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1891 MONTREY MEXICO

Taverney, ¡y qué cierto es que en la corte es donde se aprende!

— No habiendo reina no debe haber mujeres, y no habiendo mujeres no hay cortesanos; pero el rey mantiene relaciones con una *griseta*, y el pueblo se ha sobrepuesto al trono, representándolo Juana Vaubernier, vendedora de lienzos en París.

— Es verdad, pero....

— Mira, barón, interrumpió el mariscal, ¿sabes que sería un papel magnífico el de la mujer de talento que quisiese reinar en Francia hoy?

— Sin duda, dijo Taverney, cuyo corazón palpitaba; pero por desgracia está ocupado el puesto.

— ¡Oh, si hubiese una mujer, continuó el mariscal, que sin tener los vicios de esas prostitutas tuviera tanto atrevimiento, cálculo y extensión de miras como ellas! una mujer que elevara tan alto su fortuna, que se hablase de ella aun cuando no existiera la monarquía!... ¿Sabes si tu hija tiene talento?

— Mucho, y sobre todo muy buen criterio.

— ¡Y qué hermosa es!

— ¿Te lo parece á ti?

— Tiene ese corte voluptuoso y encantador que tanto gusta á los hombres; ese candor, esa flor de virginidad que impone respeto hasta á las mismas mujeres...

Amigo, es preciso cuidar ese tesoro.

— Me hablas de ella con un fuego....

— ¡Yo! te digo que estoy perdidamente enamorado, y que mañana mismo me casaría con ella si no fuera por estos malditos setenta y cuatro años... ¿Pero está bien colocada en palacio? ¿Tiene á lo menos el lujo que conviene á una flor tan linda! Piensa en ello, barón; esta noche ha entrado sola en su aposento, sin criada, sin cazador, y con solo un lacayo del Delfín que iba alumbrándola delante; eso tiene visos de pobreza.

— ¿Y qué quieres que haga, duque, si ya sabes que no soy rico?

— Rico ó no, querido, es preciso á lo menos que tu hija tenga una doncella que la sirva.

Taverney exhaló un suspiro y dijo:

— Ya sé que la necesita.

— ¿Y qué, no tienes una?

El barón no respondió.

— ¿Quién es esa linda muchacha, prosiguió Riche-lieu, que ha salido á abrirme? Á fe que es bonita y tiene finura.

— Sí, pero....

— ¿Pero qué, barón?

— Justamente por eso no puedo enviarla á Trianón.

— ¿Y por qué? Al contrario, me parece que es á propósito para el caso; hará una doncella de mi flor.

— Veo que no le has mirado la cara, duque.

— ¡Yo! precisamente no he hecho otra cosa.

— ¿La has mirado y no has conocido á quién se parece de un modo singular?

— ¿Á quién?

— A... acuérdate... pero antes examínala bien... Ven, Nicole.

Nicole, que había estado escuchando en la puerta, se aproximó.

El duque la cogió por ambas manos y encerró entre las suyas las dos rodillas de aquella joven, á quien no intimidó ni molestó un segundo la impertinente mirada de gran señor y de libertino.

— Sí, sí, verdad es, se parece mucho, dijo.

— Ya sabes á quién, y por consiguiente bien ves es imposible exponer el favor de mi familia á semejante torpeza del acaso. ¿Te parece agradable que esta buena alhaja de Nicole se parezca á la más ilustre dama de Francia?

— ¡Oh, oh! repuso con acrimonia Nicole desprendiéndose del duque, para responder al señor de Taverney; ¿y estáis seguro de que me parezo á esa ilustre señora?... ¿Tiene ella los hombros bajos, los ojos vivos, la pierna redonda, un brazo torneado, como esta alhaja? En todo caso, señor barón, añadió furiosa, si me despreciáis así, me parece que es porque no me habéis visto bien.

Nicole estaba como un ascua de furor, y por consiguiente radiante de hermosura.

El duque volvió á estrechar sus lindas manos, apriñonó de nuevo sus rodillas, y con una mirada cariñosa, dijo:

— Barón, Nicole no tiene igual en la corte, á lo menos tal es mi opinión. Por lo que toca á la ilustre dama con quien confieso tiene cierta semejanza aparente, vamos á poner á cubierto todo amor propio... Nicole, tenéis unos cabellos rubios, admirables; unas cejas y una nariz de un dibujo enteramente imperial. Y bien, sentaos un cuarto de hora á un tocador, y desaparecerá lo que el señor barón llama imperfecciones. Nicole, querida mía, ¿querriais ir á Trianón?

— ¡Oh! exclamó Nicole manifestando en esta exclamación los deseos en que rebosaba su alma.

— Pues iréis á Trianón, querida mía, y haréis allí vuestra fortuna sin perjudicar en nada á la fortuna de ninguno. Barón, dos palabras y me retiro.

— Decid lo que gustéis, querido duque.

— Retirate, hija mía, y dejanos hablar un momento, dijo Richelieu.

Nicole salió, y el duque se acercó al barón.

— Sí me apresuro á enviar una doncella á tu hija, dijo, es porque sé que será del agrado del rey. Á S. M. no le gusta la miseria, y las criadas bonitas no le causan miedo. En fin, yo me entiendo.

— Supuesto que crees que agradará al rey, que vaya Nicole á Trianón, replicó el barón con sonrisa maliciosa.

— Entonces, ya que me lo permites, me la voy á llevar, y de ese modo se aprovechará de mi carroza.

— Sin embargo, ¿esa semejanza con la señora Del-fina!... Hay que pensar en ella, duque.

— Ya he pensado. En un cuarto de hora desaparecerá esa semejanza bajo las manos de Rafté; te respondo de ello. Conque así, barón, escribe á tu hija diciéndole que tienes interés en que tenga una doncella, y en que esa doncella se llame Nicole.

— ¿Crees urgente que se llame Nicole?

— Lo creo.

— Y que no siendo Nicole.....

— No desempeñaría tan bien su servicio: así lo creo.

— Entonces voy á escribir al instante.

Y el barón escribió al momento una carta que entregó á Richelieu.

— ¿Y las instrucciones, duque?

— Yo me encargo de dárselas á Nicole. ¿Es muchacha inteligente?

El barón se sonrió.

— Conque me la confías, ¿no es eso? dijo Richelieu.

— No tengo ningún reparo, duque: es cosa tuya, me la has pedido, yo te la doy; haz de ella lo que puedas.

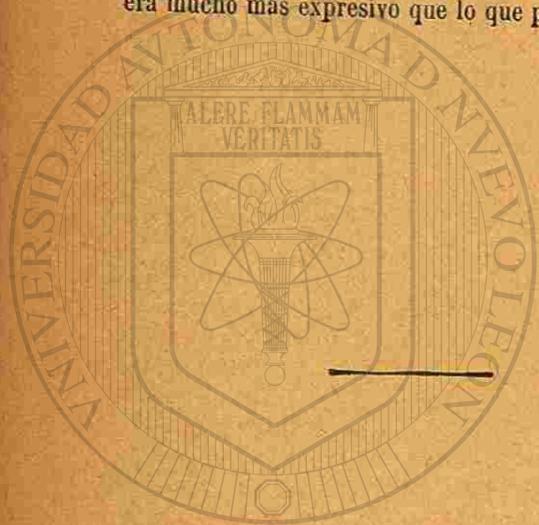
— Señorita, venid conmigo, dijo el duque levantándose, y despachaos pronto.

Nicole no aguardó á que se lo dijeran dos veces. Sin pedir siquiera el permiso al barón, reunió en cinco minutos un lío de ropa, y con paso tan ligero que

podía decirse que volaba, se lanzó al lado del cochero.

Richelieu se despidió de su amigo, el cual le repitió las gracias por el servicio que había hecho á Felipe de Taverney.

De Andrea no dijeron una palabra, y aquel silencio era mucho más expresivo que lo que podían decir.



XIX

Metamorfosis

Nicole estaba fuera de sí de gozo, pues mayor triunfo era para ella el dejar á París por Trianaón, que el haber dejado á Taverney por París.

Así es que estuvo tan complaciente con el cochero del señor de Richelieu, que á la mañana siguiente ya tenía la nueva doncella una grande reputación en todas las cocheras y antecámaras un tanto aristocráticas de Versalles y París.

Cuando llegaron al pabellón de Hanóver, el señor de Richelieu cogió la muchacha por la mano y la condujo al piso principal, en donde la aguardaba Rafté escribiendo una gran porción de cartas por cuenta de monseñor.

Entre las atribuciones del mariscal, la guerra hacía el principal papel, y Rafté se había hecho, al menos en teoría, un guerrero tan hábil, que Polibio y el caballero de Tobar se hubieran tenido por muy dichosos en recibir una de las pequeñas memorias como las que escribía Rafté cada semana sobre las fortificaciones y las maniobras.

Rafté estaba, pues, ocupado en redactar un proyecto de guerra contra los ingleses en el Mediterráneo, cuando el mariscal le dijo :

— Hola, Rafté, mira esta chica, ¿ qué te parece ?

Rafté la miró y dijo con un movimiento de labios muy expresivo :

— Muy linda, monseñor.

— Sí, pero ¿ á quién se parece?... te pregunto acerca de su semejanza.

— Sí; verdad es ¡ voto al diablo !

— ¿ No es verdad, eh?...

— Es extraordinario ; pero eso lo mismo puede labrar su ruina que su fortuna.

— Su ruina desde luego ; pero vamos nosotros á remediarlo ; como ves, tiene los cabellos rubios, pero eso no es una dificultad de gran monta, ¿ no es verdad ?

— Todo se reduce á ponérselos negros, monseñor, respondió Rafté, que había contraído la costumbre de completar el pensamiento de su amo, y aun muchas veces de pensar por él.

— Ven á mi tocador, querida, dijo el mariscal ; este señor, que es un hombre de habilidad, va á convertirte en la doncella más hermosa y desconocida de Francia.

En efecto, al cabo de diez minutos, Rafté con el auxilio de una composición que el mariscal usaba todas las semanas para teñir de negro los cabellos que se le veían por debajo de la peluca, coquetería que aun pretendía revelar en las callejuelas de su conocimiento, tiñó de un negro de azabache los hermosos cabellos rubios de Nicole ; luego le pasó por sus espesas cejas también rubias un alfiler ennegrecido á la llama de una bujía, y dió de ese modo á su juguetona fisonomía un realce tan fantástico, y á sus ojos vivos y elaros un fuego tan ardiente y algunas veces tan sombrío, que cualquiera la hubiera tenido por una hada evocada de un estuche mágico en donde la tuviese encerrada su encantador.

— Ahora, querida mía, dijo Richelieu presentando

un espejo á Nicole, mira qué encantadora estás, y sobre todo lo poco que te pareces á la Nicole de hace un momento : ya no tienes que temer una ruina, sino que labrarte una fortuna.

— ¡ Oh, monseñor ! exclamó la joven.

— Sí, una fortuna, y para ello sólo se trata de que nos entendamos.

Nicole se ruborizó y bajó la vista, porque la astuta joven esperaba sin duda oír aquellas palabras que tan bien sabía decir el señor de Richelieu.

El duque lo comprendió, y para cortar toda mala inteligencia le dijo :

— Siéntate en ese sillón, querida, al lado de Rafté, y escúchame con toda atención... ¡ Oh ! no tengas miedo, que el señor Rafté no nos estorba, antes al contrario, nos dará su parecer. Me escuchas con atención, ¿ no es verdad ?

— Sí, monseñor, respondió Nicole tartamudeando, y avergonzada de que su vanidad la hubiese engañado de aquel modo.

La conversación del señor de Richelieu con Rafté y Nicole duró una larga hora, después de lo cual el duque mandó á la chica que fuese á acostarse con las doncellas del hotel.

Rafté volvió á continuar su memoria militar, y el señor de Richelieu se metió en la cama después de haber ojeado unas cartas en que le instruían de todas las intrigas de los parlamentos de provincia contra el señor de Aiguillon y la cábala de la Dubarry.

Á la mañana del día siguiente uno de sus coches, sin armas, condujo á Nicole á Trianón, la dejó cerca de la verja con su lío de ropa, y desapareció.

Nicole, con la frente erguida, el ánimo libre, y la esperanza en los ojos, después de haberse informado,

fué á llamar á la puerta de las habitaciones de la servidumbre.

Eran las diez, y vestida ya Andrea escribía á su padre el feliz acontecimiento de la víspera, de que Richelieu había sido mensajero, según ya hemos dicho.

Nuestros lectores no habrán olvidado que por una gradería de piedra se va de los jardines á la capilla del pequeño Trianón, y que al pie de esta capilla hay una escalera á la derecha por donde se sube al piso principal, es decir, á los aposentos de las damas de servicio, aposentos que están rodeados, á manera de una calle de árboles, por un largo pasadizo que da á los jardines.

La habitación de Andrea era la primera á la izquierda en aquel pasadizo, siendo bastante espaciosa y muy clara porque caía al patio de las caballerizas, y precedía un cuartito con dos gabinetes á la derecha é izquierda.

Aquella habitación, insuficiente si se considera el tren que por lo regular gastan los empleados de una corte brillante, era una celda encantadora, muy habitable y risueña, como retiro después de la agitación y bullicio que reinaban en palacio. Allí podía refugiarse un alma ambiciosa para devorar las afrentas y los desengaños que hubiese sufrido durante el día; allí también podía descansar en el silencio y la soledad, es decir, en el aislamiento de las grandezas un alma humilde y melancólica.

Efectivamente, el que atravesaba aquella gradería y subía la escalera de la capilla, olvidaba la superioridad, los deberes y el deseo de figurar. Allí reinaba tanta calma como en un convento, tanta libertad material como en una cárcel, pudiéndose decir que el que era esclavo en palacio se convertía en amo así que

entraba en el departamento de la servidumbre.

Un alma tranquila y orgullosa como la de Andrea tenía en cuenta todos estos cálculos, no porque fuese á descansar de una ambición frustrada ó de las fatigas de una fantasía aun no saciada, sino porque Andrea podía pensar más á sus anchuras en el estrecho cuadrilátero de su habitación que en los ricos salones de Trianón, sobre esas baldosas donde sentaba el pie con tanta timidez, que podía llamarse terror.

Desde allí, desde aquel rincón oscuro que conocía era su puesto, la joven miraba sin turbarse todas las grandezas que durante el día habían deslumbrado sus ojos; y en medio de sus flores, con su clave y rodeada de libros alemanes, que son una compañía tan dulce para los que leen con el corazón, Andrea desafiaba á la suerte á que le enviase una pesadumbre ó le quitase un motivo de alegría.

— Sí, decía, cuando después de haber desempeñado su cometido se ponía su peinador de largos pliegues, y respiraba con toda su alma, así como con todos sus pulmones; aquí poseo poco más ó menos cuanto he de poseer hasta que muera. Quizá llegue un día en que me vea más rica, pero nunca me veré más pobre, porque siempre ha de haber flores, música y un buen libro que sirvan de recreo á las personas que viven aisladas.

Andrea había conseguido le permitiesen almorzar en su habitación cuando lo tuviese á bien, y este favor lo apreciaba en mucho, porque así podía permanecer en su aposento hasta medio día, á no ser que la Delfina la mandase á llamar para que le leyese algo ó la acompañase á dar un paseo por la mañana. Cuando tenía libertad y hacía buen tiempo, salía con un libro y atravesaba los espesos bosques que conducen de Trianón á Versalles; al cabo de dos horas de paseo,

de meditación y pasear la mente por los espacios imaginarios, regresaba á fin de almorzar, sin que algunas veces hubiese visto ni á señor, ni á lacayo, ni un hombre, ni una librea.

Si el calor empezaba á penetrar bajo las frondosas arboledas, para eso tenía Andrea su cuartito tan fresco con el aire que entraba por la ventana y la puerta del corredor. Un sofá forrado de indiana, cuatro sillas iguales al sofá, su casto lecho de cielo redondo, de donde caían unas cortinas de la misma tela que los muebles referidos, dos vasos de china puestos sobre la chimenea, y una mesa cuadrada con pies de cobre, esto era de lo que se componía aquel universo de microscópicas proporciones, y á cuyos confines limitaba Andrea todas sus esperanzas, todos sus deseos.

Hemos dicho que la joven estaba sentada en su habitación y se ocupaba en escribir á su padre, cuando le llamó la atención un golpecito dado discretamente en la puerta del pasadizo.

Al ver que la puerta se abría, levantó la cabeza y lanzó un grito de asombro cuando apareció el rostro de Nicole radiante de alegría.

XX

De cómo lo que en unos es causa de alegría en otros lo es de desesperación

— Buenos días, señorita; soy yo; dijo Nicole haciendo una alegre reverencia, que, sin embargo, no estaba exenta de inquietud, conociendo como conocía la joven el carácter de su ama.

— ¿ Vos ? ¿ Y á qué casualidad se debe vuestra venida ? replicó Andrea soltando la pluma para seguir mejor la conversación que de aquel modo se entablaba.

— Como la señora me olvidaba, me he venido.....

— Si os olvidaba era porque tenía razones para ello.

¿ Quién os ha dado permiso para venir ?

— Me lo ha dado el señor barón, señorita, respondió Nicole arrugando con aire de bastante desagrado las dos hermosas cejas negras que debía á la generosidad del señor Rafté.

— Mi padre os necesita en París, y yo aquí para nada os necesito... Por consiguiente podéis volveros, hija mía.

— ¡ Oh ! exclamó Nicole, veo que la señorita no tiene ya apego á la gente... Yo creía que os había agradado más... ¡ Amen ustedes á las personas, para que os lo paguen de ese modo ! añadió filosóficamente.

Y sus hermosos ojos hicieron todos sus esfuerzos para atraer una lágrima á los párpados.

de meditación y pasear la mente por los espacios imaginarios, regresaba á fin de almorzar, sin que algunas veces hubiese visto ni á señor, ni á lacayo, ni un hombre, ni una librea.

Si el calor empezaba á penetrar bajo las frondosas arboledas, para eso tenía Andrea su cuartito tan fresco con el aire que entraba por la ventana y la puerta del corredor. Un sofá forrado de indiana, cuatro sillas iguales al sofá, su casto lecho de cielo redondo, de donde caían unas cortinas de la misma tela que los muebles referidos, dos vasos de china puestos sobre la chimenea, y una mesa cuadrada con pies de cobre, esto era de lo que se componía aquel universo de microscópicas proporciones, y á cuyos confines limitaba Andrea todas sus esperanzas, todos sus deseos.

Hemos dicho que la joven estaba sentada en su habitación y se ocupaba en escribir á su padre, cuando le llamó la atención un golpecito dado discretamente en la puerta del pasadizo.

Al ver que la puerta se abría, levantó la cabeza y lanzó un grito de asombro cuando apareció el rostro de Nicole radiante de alegría.

XX

De cómo lo que en unos es causa de alegría en otros lo es de desesperación

— Buenos días, señorita; soy yo; dijo Nicole haciendo una alegre reverencia, que, sin embargo, no estaba exenta de inquietud, conociendo como conocía la joven el carácter de su ama.

— ¿ Vos ? ¿ Y á qué casualidad se debe vuestra venida ? replicó Andrea soltando la pluma para seguir mejor la conversación que de aquel modo se entablaba.

— Como la señora me olvidaba, me he venido.....

— Si os olvidaba era porque tenía razones para ello.

¿ Quién os ha dado permiso para venir ?

— Me lo ha dado el señor barón, señorita, respondió Nicole arrugando con aire de bastante desagrado las dos hermosas cejas negras que debía á la generosidad del señor Rafté.

— Mi padre os necesita en París, y yo aquí para nada os necesito... Por consiguiente podéis volveros, hija mía.

— ¡ Oh ! exclamó Nicole, veo que la señorita no tiene ya apego á la gente... Yo creía que os había agradado más... ¡ Amen ustedes á las personas, para que os lo paguen de ese modo ! añadió filosóficamente.

Y sus hermosos ojos hicieron todos sus esfuerzos para atraer una lágrima á los párpados.

Aquella reconvencción encerraba demasiado afecto y sensibilidad para que no excitase la compasión de Andrea, la cual le dijo :

— Hija mía, aquí tengo quien me sirva, y no puedo permitir que se recargue la casa de la señora Delfina con una boca más.

— ¡ Bueno ! ¡ como si esta boca fuese muy grande ! replicó Nicole con encantadora sonrisa.

— No importa, Nicole, no puedes permanecer aquí.

— ¿ Por mi semejanza ? dijo Nicole. ¿ Conque no habéis reparado en mi cara, señorita ?

— En efecto, me pareces cambiada.

— Ya lo creo que lo estoy : figuraos que ayer se presentó en casa un hermoso señor, el que ha alcanzado un grado para el señorito Felipe, y viendo que el señor barón estaba triste porque no teníais una doncella, le ha dicho que no había cosa más fácil que convertirme de blanca en negra. En esto, me llevó consigo, y ha hecho peinarne y arreglarme como me veis.

Andrea se sonrió y dijo :

— ¿ Conque me amas tanto que quieres á todo trance encerrarte en Trianón, en donde estoy como prisionera ?

Nicole echó en torno suyo una mirada rápida, pero inteligente, y respondió :

— La habitación no es muy alegre que digamos ; pero supongo que no estaréis siempre encerrada en ella.

— ¿ Yo ? sin duda que no estoy siempre encerrada ; ¿ pero tú ?

— Yo ¿ qué ?

— Tú, que no irás al salón, al lado de la Delfina ; que no irás á juegos, ni á paseos, ni á tertulias ; tú, que tendrás que estar siempre aquí, te expones á morir de fastidio.

— ¡ Oh ! dijo Nicole, no faltará alguna ventanita por donde pueda verse un rincón de ese mundo, aunque sólo sea por las rendijas de una puerta. El que ve está expuesto á que le vean, esto es cuanto yo no necesito ; no os inquietéis, pues, por mí.

— Te repito que no, Nicole ; yo no puedo recibirte sin una orden expresa.

— ¿ De quién ?

— De mi padre.

— ¿ Es esa vuestra última resolución ?

— Sí, mi última resolución.

Nicole sacó de su gorguera la carta del barón de Taverney, y dijo :

— Puesto que ni mis ruegos ni mi cariño os mueven, veamos si tiene poder sobre vos la recomendación que traigo.

Andrea leyó la carta, que estaba concebida en los siguientes términos :

« Sé, y ya se ha notado, querida Andrea, que no tienes en Trianón el lujo que tu rango exige imperiosamente : te convendría pues tener dos doncellas y un lacayo, como á mí me convendría poseer veinte mil libras de renta ; pero, lo mismo que yo me contento con mil libras, conténtate tú con Nicole, pues vale por todas cuantas criadas sean menester.

» Nicole es ágil, inteligente y cariñosa, y pronto adoptará el tono y los modales de estilo, debiendo tú tener cuidado, no de estimular, sino de encadenar su buena voluntad : consévala pues, y no creas que hago un sacrificio. Si lo crees, acuérdate de que S. M., que ha tenido la bondad de pensar en nosotros, al verte ha reparado (esto me lo ha dicho en confianza un buen amigo) que te falta el fausto debido. Tenlo presente, porque es muy importante.

» Tu padre que te quiere. »

Grande fué la ansiedad que esta carta causó á Andrea, al ver que hasta en su nueva prosperidad iba á perseguirla una pobreza que sólo ella creía no era una falta, cuando todos se la echaban en cara como una mancha.

Así es que estuvo para romper la pluma con furia y desgarrar la carta empezada, para contestar al barón con un magnífico trozo lleno de un desinterés filosófico, que Felipe hubiera firmado, no con una mano sino con las dos.

Pero le pareció que el barón se sonreiría irónicamente cuando leyese aquel trozo, y al punto se desvaneció su resolución, contentándose únicamente con responder al alegato del barón con un párrafo anejo á las noticias que le daba de Trianón.

« Padre mío, añadía, en este mismo momento acaba de llegar Nicole, y la he recibido conforme á vuestro deseo; pero lo que me escribís acerca de ella me ha desesperado. ¿Habré de ser menos ridícula teniendo por doncella una chica salida de una aldea, que estando sola en medio de los opulentos de la corte? Nicole sentirá ver mi humillación, y no me lo perdonará, porque los criados son orgullosos ó humildes de por sí, según el lujo ó la sencillez de sus amos. En cuanto á la observación de S. M., padre mío, permitidme que os diga que el rey tiene tanto talento que no puede mirarme mal porque no me es dado echármela de señorona, y que además S. M. tiene muy buenos sentimientos para que haya ido á notar y criticar mi miseria, en vez de convertirla en un estado de prosperidad que vuestro nombre y servicios legitimarían á los ojos de todo el mundo. »

Esta es la contestación que dió la joven, y preciso es

confesar que aquella cándida inocencia, y aquel noble orgullo tenían harta razón contra la astucia y corrupción de los que iban á tentarla.

Andrea no habló una palabra de Nicole; lo que hizo fué conservarla á su lado, de suerte que entusiasmada y alegre ésta, bien sabía porqué, dispuso al momento una camilla en el gabinete de la derecha que daba á la antecámara, y trató de achicarse haciéndose aérea por decirlo así, para no estorbar en nada á su ama con su presencia en aquel reducido albergue; pudiendo afirmarse que sin querer trataba de imitar á la hoja de rosa que los sabios de Persia dejaron caer en el vaso lleno de agua, para demostrar que aun podía añadirse alguna cosa sin que se vertiera nada de lo que el vaso contenía.

Andrea salió para Trianón á eso de la una, adornada mejor y más pronto que nunca, porque Nicole se excedió á sí misma, sirviéndola con gusto, gracia é intención.

Así que se marchó la señorita de Taverney, y Nicole se vió dueña de la plaza, le pasó revista examinándolo todo, desde las cartas hasta las últimos pelendengues del tocador; desde la chimenea hasta los rincones más ocultos del gabinete.

Y en seguida se puso á mirar por la ventana para tomar el aire de la vecindad.

Por debajo vió un gran patio, donde estaban los palafreneros limpiando y envolviendo cuidadosamente en mantillas los caballos de la Delfina.

— ¡Palafreneros! dijo Nicole; ¡quita allá!
Y volvió la cabeza.

— Á la derecha había una fila de ventanas al nivel de la de Andrea, y viendo Nicole que estaban asomadas á ellas algunas criadas y limpia-suelos pasó con desdén á otro examen.

Al frente unos maestros de música hacían repetir en una gran sala á varios coristas é instrumentistas trozos de una misa que debía cantarse el día de San Luis.

Nicole se divirtió mientras sacudía el polvo en cantarrear allá á su manera, de tal suerte que los maestros se distraían y los coristas daban notas en falso impunemente.

Pero como aquel pasatiempo no podía satisfacer las ambiciones de la señorita Nicole, así que vió enzarzados á nuestros maestros y discípulos sobre si lo hacían bien ó mal, pasó revista á la parte alta del edificio.

Todas las ventanas estaban cerradas, además de que eran unas buhardillas, de suerte que Nicole volvió á emprender su tarea de sacudir el polvo; pero un momento después se abrió una de aquellas buhardillas sin saberse por qué mecanismo, pues nadie se veía allí.

Alguien, sin embargo, había abierto aquella ventana, y ese alguien había visto á Nicole, no deteniéndose á mirarla, lo cual le pareció una cosa impertinente.

Y como Nicole todo lo estudiaba, no podía dejar de querer estudiar el rostro de su impertinente, de manera que apenas daba una vuelta por el aposento de Andrea volvía á asomarse á la ventana, y dirigía la vista hacia la buhardilla, es decir, hacia el que ó la que le faltaba al respeto privándola de su mirada por no tener ojos. Una vez se figuró que había huido una persona al acercarse ella; pero como no era creíble, no lo creyó.

Otra vez casi se afirmó en ello, porque vió por la espalda al fugitivo, sorprendido con una vuelta más pronta que lo que esperaba.

Entonces se valió Nicole de una astucia; ocultóse detrás de la cortina dejando la ventana abierta á fin de no dar que sospechar.

Mucho tiempo tuvo que aguardar, pero al fin apareció una cabellera negra, luego unas manos tímidas que sostenían en forma de arco un cuerpo inclinado con precaución, y por último se descubrió perfectamente una figura de un hombre, cuyo aspecto causó tal asombro á Nicole que desgarró toda la cortina por no caer en el suelo.

Aquella figura era la del señor Gilberto, quien miraba allí desde su elevada buhardilla.

Al ver temblar la cortina Gilberto comprendió la astucia y no volvió á aparecer.

Más hizo: cerró la ventana.

No cabía duda que Gilberto había visto á Nicole: se había quedado atónito, había querido convencerse de la presencia de aquella enemiga, y viéndose descubierto él mismo, había huido lleno de turbación y de cólera.

He ahí cómo interpretó Nicole aquella escena, y no le faltaba razón, pues así era cómo debía interpretarla.

En efecto, Gilberto hubiera preferido ver al diablo á ver á Nicole, pues se forjó mil terrores de la llegada de aquella vigilante. Abrigaba contra ella una vieja levadura de celos, y ella sabía el secreto del jardín de la calle Coq-Herón.

Gilberto se retiró no sólo turbado sino colérico y mordiéndose los labios de rabia.

— ¿Qué me importa ahora, se decía para sí, mi tonto descubrimiento de que estaba tan ufano?... ¡Aunque Nicole haya tenido en París un amante, el mal está hecho, y no la han de despedir por eso; mientras que ella puede hacer que me despidan de

Trianon diciendo lo que he hecho en la calle Coq-Herón !... No soy yo quien tiene á Nicole cogida, sino Nicole quien me tiene cogido á mí... ¡ Maldita suerte!

Y sirviendo de aguijón á su odio todo el amor propio de Gilberto, hizo hervir su sangre con violencia.

Le pareció que con su entrada en aquel aposento, acababa Nicole se desvanecerle con una diabólica sonrisa todos los sueños dorados que Gilberto enviaba allí diariamente desde su buhardilla con sus votos, con su ardiente amor y con sus flores. ¡Tenía Gilberto demasiado en que pensar para no haberse ocupado hasta entonces de Nicole, ó bien había alejado de sí ese pensamiento á causa del terror que le inspiraba? Cuestión es esta que no podemos resolver, pero lo que sí podemos afirmar es que la vista de Nicole fué para él una sorpresa esencialmente desagradable.

Conocía demasiado que tarde ó temprano debía declararse la guerra entre él y Nicole; pero como Gilberto era un hombre prudente y político, no quería que principiase aquella guerra antes de hallarse en estado de poder hacerla enérgica y de buena ley.

Por consiguiente resolvió hacerse el muerto hasta que la casualidad le presentase una ocasión favorable de resucitar, ó hasta que Nicole, por debilidad y necesidad, aventurase algún paso que le hiciese perder sus ventajas.

Al efecto, con la vista y el oído siempre fijos en Andrea, pero siempre vigilante, continuó al corriente de los negocios interiores del primer cuarto del pasadizo, sin que Nicole hubiese podido encontrarlo ni una sola vez en los jardines.

Por su desgracia, Nicole no era intachable, y aun cuando lo hubiera sido en cuanto al presente, había en su vida pasada alguna piedra de escándalo sobre la que se la podía hacer vacilar.

Esto fué lo que sucedió al cabo de ocho días. Gilberto, en acecho tarde y noche, acabó por descubrir á través de las rejás un plumero que no le era desconocido, y que causaba á Nicole distracciones incesantes, porque era el del señor Beausire, el cual, siguiendo á la corte, había emigrado de París á Trianon.

Largo tiempo se hizo Nicole la cruel, largo tiempo dejó á Beausire tiritando de frío ó tostándose al sol, y esa virtud desesperaba á Gilberto; pero una hermosa tarde, habiendo el señor Beausire traspasado sin duda los aledaños de la elocuencia mímica y hallado la persuasión, se aprovechó Nicole del momento en que Andrea comía en el pabellón con madama de Noailles, para bajar al patio de las caballerizas y reunirse al señor Beausire, que estaba ayudando á su amigo el vigilante de las caballerizas á enseñar un potro de Irlanda.

Del patio pasaron al jardín, y de éste á la sombría alameda que conduce á Versailles.

Gilberto siguió á la enamorada pareja con el feroz gozo de un tigre que ha oído la pista. Contó sus pasos, sus suspiros, aprendió de memoria las palabras que les oyó, y preciso es creer que quedó muy satisfecho del resultado, porque al día siguiente, libre ya de todo embarazo, se asomó canturreando y resuelto al ventanillo de su buhardilla sin temer ya el ser visto de Nicole, antes por el contrario, desafiando su mirada.

Nicole estaba zurciendo un mitón de seda bordado de su ama, y al oír la canción levantó la cabeza y vió á Gilberto.

Su primera manifestación fué cierta mueca desdeñosa que tenía algo de acritud y olía á hostilidad desde una legua. Pero Gilberto sostuvo aquella mirada y aquella mueca con una sonrisa singular, y su aire y el

modo de cantar eran tan provocativos que Nicole bajó la cabeza y se ruborizó.

— Ha comprendido, dijo para sí Gilberto, es todo lo que yo quería.

Después comenzó de nuevo la misma maniobra, y Nicole entonces se puso á temblar, hasta tal punto que deseaba una entrevista con Gilberto para aliviar el corazón de aquel peso que le habían lanzado las irónicas miradas del joven jardinero.

Gilberto notó que deseaba hablarle, pues no podía equivocarse acerca del significado de las tosecitas secas que resonaban cerca de la ventana, cuando Nicole sabía que él estaba en su buhardilla, ni de las idas y venidas de la joven al pasadizo cuando podía suponer que él iba á bajar ó subir.

Se tuvo un momento por feliz de aquel triunfo que él atribuía completamente á la fuerza de su carácter y á su discreta conducta. Nicole lo acechaba tan bien, que lo vió subir una vez la escalera; lo llamó y no respondió.

La joven llevó más lejos su curiosidad ó su temor; una noche se sacó sus lindos chapines de talón, herencia de Andrea, y se aventuró temblando y rápidamente á subir al desván, en cuyo fondo se veía la puerta de Gilberto.

Era aun bastante de día para que éste último, prevenido de la aproximación de la joven, pudiese ver distintamente á Nicole á través de las rendijas de las tablas.

Nicole fué á llamar á la puerta bien persuadida de que Gilberto estaba en su cuarto. Este último no respondió, á pesar de que era para él una tentación, pues podía humillar á sus anchuras á la que de aquel modo iba á solicitar su perdón. Estaba solo, ardiente y estremeciéndose todas las noches al recuerdo de Taverny,

con el ojo pegado á la puerta, devorando la hermosura fascinadora de aquella joven voluptuosa, y excitado por la sensación preliminar de su amor propio, levantaba ya la mano para descorrer el cerrojo que con su prudencia y circunspección habitual había corrido para que no le sorprendieran.

— No, dijo para sí, no viene más que por cálculo; viene á solicitarme por temor y por interés, y por consiguiente siempre ganaría alguna cosa, mientras que, ¿quién sabe lo que yo puedo perder?

Y racionando de este modo apartó la mano del cerrojo. Nicole, después de haber llamado dos ó tres veces, se alejó frunciendo las cejas.

Por consiguiente Gilberto conservó todas sus ventajas, y Nicole desde entonces redobló su astucia para no perder enteramente las suyas. En fin, tantos proyectos y contraminas se redujeron á estas palabras que las dos partes beligerantes se cambiaron una tarde á la puerta de la capilla, donde la casualidad había hecho que se encontraran:

— ¡ Calla ! Buenas tardes, señor Gilberto. ¿ Conque también está usted por aquí ?

— Felices, señorita Nicole. ¿ Conque tenemos á usted en Trianón ?

— Ya lo ve usted, estoy de doncella de la señorita.

— Y yo de ayudante de jardinero.

Y con esto Nicole hizo una reverencia á Gilberto, que la saludó como hombre de corte, y se separaron.

Gilberto subía á su cuarto, y fingió que continuaba su camino.

Nicole salió del de Andrea y prosiguió el suyo, sólo que Gilberto volvió á bajar á paso de lobo y siguió á Nicole persuadido de que iba en busea de Beausire.

En efecto, bajo los árboles de la alameda había un hombre aguardando: Nicole se acercó á él; pero hacia

ya bastante noche para que Gilberto pudiese reconocer á Beausire, y la ausencia del plumero excitó su curiosidad hasta tal punto que dejó á Nicole volver á su cuarto, y siguió al hombre de la cita hasta la verja de Trianón.

No era el señor Beausire, sino un hombre de cierta edad ó más bien de edad avanzada, de unas trazas de gran señor y andar vivaracho á pesar de sus años. Acercándose Gilberto, que pasó con impudente audacia casi rozando las narices de aquel personaje, reconoció al señor de Richelieu.

— ¡Fuego! exclamó. ¡Después del exento el mariscal de Francia! la señorita Nicole asciende en sus grados.

XXI

Los parlamentos

Mientras que todas estas intrigas subalternas, urdidas y realizadas bajo los tilos entre las flores de Trianón, componían una existencia bastante animada á los reptiles de aquel pequeño mundo, las intrigas de la ciudad, borrascas amenazadoras, abrían sus vastas alas por encima de Themis, como lo escribía mitológicamente Juan Dubarry á su hermana.

Los parlamentos, resto degenerado de la antigua oposición francesa, habían vuelto á tomar aliento bajo la caprichosa mano de Luis XV; pero después, su protector el señor de Choiseul había caído en desgracia, y sentían que se acercaba á ellos el peligro y trataban de conjurarle con medidas tan enérgicas como lo permitían las circunstancias.

Toda grande conmoción general suele principiar por una cuestión personal, así como las grandes batallas de cuerpos armados principian por encuentros de tiradores aislados.

Desde que el señor de La Chalotais, batiéndose cuerpo á cuerpo con el señor de Aiguillon, había personificado la lucha del estado llano contra los señores feudales, el espíritu público estaba fijo en esta lucha y no permitía que se sacase la cuestión á otro terreno.

El rey, á quien el parlamento de Bretaña y la Francia entera habían dirigido un diluvio de representa-

ya bastante noche para que Gilberto pudiese reconocer á Beausire, y la ausencia del plumero excitó su curiosidad hasta tal punto que dejó á Nicole volver á su cuarto, y siguió al hombre de la cita hasta la verja de Trianón.

No era el señor Beausire, sino un hombre de cierta edad ó más bien de edad avanzada, de unas trazas de gran señor y andar vivaracho á pesar de sus años. Acercándose Gilberto, que pasó con impudente audacia casi rozando las narices de aquel personaje, reconoció al señor de Richelieu.

— ¡Fuego! exclamó. ¡Después del exento el mariscal de Francia! la señorita Nicole asciende en sus grados.

XXI

Los parlamentos

Mientras que todas estas intrigas subalternas, urdidas y realizadas bajo los tilos entre las flores de Trianón, componían una existencia bastante animada á los reptiles de aquel pequeño mundo, las intrigas de la ciudad, borrascas amenazadoras, abrían sus vastas alas por encima de Themis, como lo escribía mitológicamente Juan Dubarry á su hermana.

Los parlamentos, resto degenerado de la antigua oposición francesa, habían vuelto á tomar aliento bajo la caprichosa mano de Luis XV; pero después, su protector el señor de Choiseul había caído en desgracia, y sentían que se acercaba á ellos el peligro y trataban de conjurarle con medidas tan enérgicas como lo permitían las circunstancias.

Toda grande conmoción general suele principiar por una cuestión personal, así como las grandes batallas de cuerpos armados principian por encuentros de tiradores aislados.

Desde que el señor de La Chalotais, batiéndose cuerpo á cuerpo con el señor de Aiguillon, había personificado la lucha del estado llano contra los señores feudales, el espíritu público estaba fijo en esta lucha y no permitía que se sacase la cuestión á otro terreno.

El rey, á quien el parlamento de Bretaña y la Francia entera habían dirigido un diluvio de representa-

ciones más ó menos sumisas y filiales, acababa de dar razón, gracias á madama Dubarry, á la feudalidad contra el estado llano, nombrando al señor de Aiguillón comandante de su caballería ligera.

Juan Dubarry lo había formulado con exactitud: era un rudo bofetón aplicado á la mejilla de los amados y fieles consejeros que formaban los parlamentos.

¿Cómo sería soportado aquel bofetón? He ahí la cuestión que la corte y la ciudad se proponían todas las mañanas al salir el sol.

Los miembros de un Parlamento son hombres hábiles, y ven claro allí mismo donde otros muchos andan á tientas.

Comenzaron, pues, por concertarse entre sí sobre la aplicación y el resultado del bofetón, luego, decidido que fué que el bofetón había sido dado y recibido, adoptaron la determinación siguiente:

El tribunal del parlamento deliberará sobre la conducta del ex-gobernador de Bretaña, y dará su dictamen.

Pero el rey paró el golpe intimando á los pares y á los príncipes la prohibición de asistir al tribunal para deliberar sobre ningún punto relativo al señor de Aiguillón; orden que fué obedecida.

En vista de esto, el parlamento resolvió hacer el trabajo por sí mismo; dió una sentencia en que, declarando que el duque de Aiguillón se hallaba gravemente inculpado y acusado de sospecha, aun de hechos que manchaban su honor, se declaraba á éste suspenso de sus funciones de tal hasta que, por una sentencia pronunciada por el tribunal de los pares, según las formas y con las solemnidades prescritas por las leyes y ordenanzas del reino, á que nada podía suplir, se hubiese purgado de las acusaciones y sospechas que manchaban su honor.

Pero semejante sentencia dada en el tribunal del parlamento ante los interesados é inscrita en los registros no servía de nada; necesitaba la publicidad, la notoriedad pública; necesitaba ese escándalo que una canción no teme nunca sublevar en Francia, circunstancia que hace á la canción soberana, dominadora de los acontecimientos y de los hombres. Era preciso elevar esa sentencia del parlamento á la potencia de la canción.

París no deseaba otra cosa que interesarse en el escándalo, pues poco dispuesto en favor de la corte, ni del parlamento, y en perpetua ebullición, aguardaba algún objeto digno de risa como transición de todos aquellos objetos de lágrimas que hacía cien años le estaban suministrando.

Después de esto, como era de fórmula que el principal interesado fuese informado de lo que el tribunal había hecho de él, los mismos comisarios pasaron al hotel del duque de Aiguillón, que acababa de llegar á París para una cita muy urgente.

Esta cita tenía por objeto una explicación clara y franca entre el duque y su tío el mariscal.

Gracias á Rafté, todo Versalles había sabido en una hora la noble resistencia del viejo duque á las órdenes del rey relativas á la cartera del duque de Choiseul, y gracias á Versalles, todo París y toda la Francia habían sabido la misma noticia; de modo que el señor de Richelieu se hallaba desde entonces en el pináculo de la popularidad, desde donde hacía muecas políticas á madama Dubarry y á su mismo amado sobrino.

El señor de Aiguillón, que era ya muy impopular, no se hallaba en buena posición. El mariscal, tan odiado del pueblo, pero temido, porque era la expresión viviente de la nobleza, tan respetado y tan respetable bajo Luis XV; el mariscal, tan voluble que

después de haberse adherido á un partido se le veía atacarlo sin miramiento alguno, cuando se lo permitían las circunstancias ó cuando podía decir alguna agudeza á sus expensas; Richelieu, decimos, era un enemigo terrible, tanto más cuanto que el lado peor de su enemistad era siempre el que reservaba para hacer lo que él llamaba sorpresas.

Desde su entrevista con madama Dubarry, el duque de Aiguillon tenía dos flacos en su coraza. Adivinando el rencor y los deseos de venganza que Richelieu ocultaba bajo la aparente igualdad de su humor, hizo lo que se hace en tiempo de borrasca: rompió la manga á cañonazos, bien persuadido de que sería menor el peligro si se arrostraba animosamente.

Se puso, pues, á buscar por todas partes á su tío para tener con él una explicación seria, pero nada era tan difícil desde que el mariscal había olfateado su deseo.

Principiaron las marchas y contramarchas, pero así que el mariscal avistaba de lejos á su sobrino, le enviaba una sonrisa y al punto se rodeaba de personas que hacían imposible toda explicación, desafiando de ese modo al enemigo como desde un fuerte impenetrable.

El duque de Aiguillon rompió la manga: se presentó pura y simplemente en casa de su tío en Versailles.

Pero Rafté, de centinela en su ventanita del hotel que daba al patio, reconoció las libreas del duque y corrió á avisar á su amo.

El duque entró hasta el dormitorio del mariscal, en donde halló á Rafté, quien con una sonrisa preñada de confidencias, cometió la indiscreción de contarle que su tío había pasado la noche fuera de casa.

El señor de Aiguillon se mordió los labios y se retiró discretamente.

Cuando volvió á casa escribió al mariscal pidiéndole una audiencia. El mariscal no podía menos de contestar, respondiendo no podía negar la audiencia, y concediendo la audiencia, ¿cómo rehusar una explicación? El señor de Aiguillon se parecía demasiado á esos espadachines corteses y afables, que ocultan sus malos designios bajo un agrado adorable, atraen á su adversario al terreno con mil reverencias, y luego le matan sin compasión.

El mariscal no tenía bastante amor propio para hacerse ilusiones, pues conocía la fuerza de su adversario, y que una vez en presencia suya le había de arrancar un perdón ó una concesión. Richelieu no perdonaba jamás, y en política las concesiones á un enemigo son siempre una falta mortal.

Por consiguiente, al recibo del billete del señor de Aiguillon, fingió haber dejado á Paris por algunos días.

Rafté, á quien consultó sobre este punto, le dió el consejo siguiente:

— Estamos en vía de arruinar al señor de Aiguillon. Nuestros amigos de los parlamentos nos hacen el caldo gordo. Si el señor de Aiguillon, que huele el pastel, puede atraparos antes de la explosión, os arrancará una promesa de servirle en caso de desgracia, porque vuestro resentimiento es de aquellos que no podéis anteponer á un interés de familia; si, al contrario, le desecháis, el señor de Aiguillon se va llamando su enemigo, atribuyéndoos el mal, y aliviado de él, como se alivia uno siempre que halla la causa de su mal, aunque éste no se haya curado.

— Tienes muchísima razón, replicó Richelieu; pero

no puedo ocultarme eternamente. ¿Cuántos días pasarán antes de la explosión?

— Seis, señor.

— ¿Estás bien seguro?

Rafté sacó de su bolsillo una carta de un consejero del parlamento, que contenía solamente estas dos líneas:

« Se ha decidido que se pronunciasse la sentencia. Ésta se pronunciará el jueves, último plazo fijado por la compañía. »

— Entonces nada más sencillo, dijo el mariscal. Devuelve al duque su carta con un billete de tu mano concebido en estos términos:

« Señor duque,

» Habréis sabido la salida del señor mariscal para^{***}. Este cambio de aires se lo ha recetado el médico como indispensable á su salud que se halla algo quebrantada. Si, como creo por lo que me habéis hecho el honor de decirme el día pasado, deseáis hablar al señor mariscal, puedo aseguraros que el jueves por la noche estará de vuelta en su hotel de París^{***}, en donde por consiguiente lo hallaréis sin falta. »

— Y ahora, añadió el mariscal, ocúltame en alguna parte hasta el jueves.

Rafté siguió puntualmente estas instrucciones. Escribió el billete, lo envió á su destino y buscó el escondite para el mariscal, sólo que éste, que se fastidiaba mucho, salió una tarde para ir á Trianon á hablar á Nicole, porque creía no arriesgar nada con esta escapatoria, en atención á que sabía que el duque de Aiguillon estaba en el pabellón de Luciennes.

Resultó de esa maniobra que si el señor de Aiguillon sospechó alguna cosa, á lo menos no pudo prevenir el golpe que le amenazaba, por no poder encontrar la espada de su adversario.

El plazo hasta el jueves le dejó satisfecho. Cuando llegó ese día salió de Versalles con la esperanza de encontrar por último y de combatir á aquel implacable antagonista.

Como hemos dicho, era el día en que el parlamento acababa de expedir la orden para su arresto.

Una fermentación sorda aún, pero perfectamente inteligible para el parisiense que tan bien conoce el nivel de sus olas, reinaba en las grandes calles que atravesó la carroza del señor de Aiguillon; pero no se hizo alto en él, porque había tenido la precaución de viajar en un coche sin armas, con dos lacayos vestidos de paño pardo, y si bien vió por acá y acullá personas agitadas que se mostraban un papel, lo leían con muchas gesticulaciones y se arremolinaban en grupos como las hormigas al rededor de una partícula de azúcar caída al suelo, era el tiempo de las agitaciones inofensivas, y el pueblo formaba aquellos grupos á causa de una contribución sobre los granos, de un artículo de la Gaceta de Holanda, de una cuarteta de Voltaire, ó de una canción contra la Dubarry ó contra el señor de Maupeou.

El señor de Aiguillon se fué en derechura al hotel del señor de Richelieu, pero no halló más que á Rafté.

— El señor mariscal, dijo éste, debe llegar de un momento á otro; sin duda ha tenido que detenerse algún rato en las barreras.

El señor de Aiguillon dijo que aguardaría, aunque manifestando algún mal humor á Rafté, porque aquella excusa le parecía una nueva derrota.

Pero se incomodó mucho más cuando Rafté le res-

pondió, que el mariscal se enfadaria infinito, cuando entrase, porque hubiesen hecho aguardar al señor de Aiguillón; que, por otra parte, no debía dormir en París, como habían quedado convenidos; que sin dada no volvería solo del campo, y que no haría más que pasar por París recogiendo al paso las noticias que hubiese en su hotel, y que por consiguiente haría bien el señor de Aiguillón en volverse á su casa, á donde subiría el mariscal al paso.

— Escuchad, Rafté, dijo de Aiguillón, que se había puesto de muy mal humor durante esta réplica confusa; sois uña y carne de mi tío; respondedme como hombre honrado. Me andan engañando, ¿no es verdad? y el mariscal no quiere verme... No me interrumpáis, Rafté; muchas veces me habéis dado excelentes consejos, y yo he sido para vos un buen amigo, como lo seré aun. ¿Debo volverse á Versalles?

— Señor duque, os aseguro bajo mi palabra de honor que antes de una hora recibiréis en vuestra casa la visita del señor mariscal.

— Pero entonces es igual que yo le aguarde aquí, supuesto que ha de venir.

— He tenido el honor de deciros que quizás no vendrá solo.

— Comprendo..., y tengo vuestra palabra, Rafté.

Y diciendo esto, el duque salió muy pensativo, pero con un aire tan noble y complaciente como displicente estaba la cara del mariscal cuando salió de un gabinete, así que se retiró su sobrino.

El mariscal sonreía como uno de esos feos demonios que Callot ha sembrado en sus tentaciones.

— ¿No sospecha nada, Rafté? dijo.

— Nada, monseñor.

— ¿Qué hora es?

— La hora no viene al caso, monseñor; hay que

aguardar á que nuestro procurador del Chatelet venga á avisarme. Los comisarios están todavía en casa del impresor.

No había acabado Rafté, cuando un lacayo introdujo por una puerta secreta un personaje bastante grasiento, bastante feo y negro, una de aquellas plumas vivientes hacia las que protesaba madama Dubarry tan violenta antipatía.

Rafté empujó al mariscal hacia el gabinete, y se adelantó yendo al encuentro de aquel hombre.

— ¡Ah! sois vos, maese Flageot, dijo. ¡Cuánto celebro vuestra visita!

— Vuestro servidor, señor Rafté. Y bien, el negocio está concluido.

— ¿Está ya impreso?

— Y tirados cinco mil ejemplares. Los primeros circulan ya por la ciudad, los otros están secando.

— ¡Qué desgracia, querido maese Flageot! ¡qué desgracia para la familia del señor mariscal!

Maese Flageot, para dispensarse de responder, esto es, de mentir, sacó una ancha caja de plata, en la que tomó lentamente un polvo de tabaco de España.

— Y luego ¿qué se hace? continuó Rafté.

— Lo de fórmula, querido señor Rafté. Los señores comisarios, seguros de la tirada y de la distribución, subirán inmediatamente á su coche que les está aguardando á la puerta de la imprenta, é irán á notificar la sentencia al señor duque de Aiguillón, que justamente... ¡ved qué dicha, ó más bien qué desdicha, señor Rafté! se halla en su hotel de París, en donde podrán hablarle en persona.

Rafté hizo un brusco movimiento para alcanzar un enorme saco de legajos que entregó á maese Flageot, diciendo:

— He aquí los documentos de que os he hablado. El

señor mariscal tiene la mayor confianza en vuestras luces y os abandona este negocio que debe seros muy lucrativo. Gracias por vuestros buenos servicios en el deplorable conflicto del señor Aiguillón con el omnipotente parlamento de París; gracias por vuestros buenos consejos.

Y empujó nuevamente, pero con cierta prisa, hacia la puerta de la antesala á maese Flageot, que salió encantado con el peso de aquellos legajos.

Así que salió, corrió Rasté á poner en libertad al mariscal.

— ¡Vamos, señor! le dijo. ¡Pronto, en coche! no tenéis que perder tiempo si queréis asistir á la representación. Haced que vuestros caballos corran más que los de los señores comisarios.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edic. 1625 MONTERREY, MEXICO

XXII

En donde se demuestra que el camino del ministerio
no está sembrado de rosas

Los caballos del señor de Richelieu iban más ligeros que los de los señores comisarios, puesto que el mariscal entró el primero en el patio del hotel de Aiguillón.

El duque no esperaba ya á su tío, y se disponía á volver á Luciennes á fin de anunciar á madama Dubarry que el enemigo se había quitado la máscara; pero al anunciar el ujier al mariscal, salió de su entorpecimiento aquel espíritu desanimado.

El duque corrió á recibir á su tío y le tomó las manos con una afectación de ternura proporcionada al miedo que había tenido.

El mariscal se abandonó á su ternura como el duque, y presentaron un cuadro muy interesante. Sin embargo se veía al señor de Aiguillón acelerar el momento de las explicaciones, al paso que el mariscal las retardaba cuanto podía mirando un cuadro, un bronce, un tapiz, y quejándose de una fatiga mortal.

El duque cortó la retirada á su tío, lo encerró en una poltrona, como el señor de Villars había encerrado al príncipe Eugenio en Marchiennes, y para principiar el ataque le dijo:

— Tío mío, ¿es posible que vos, el hombre más sagaz de la Francia, me hayáis juzgado bastante mal

para creer que yo no había de trabajar por cuenta de los dos?

No había medio de recular: Richelieu tomó su partido.

— ¿Qué estás diciendo, replicó, y en qué ves que yo te haya juzgado bien ó mal?

— Tío mío, estáis enojado conmigo.

— ¡Yo! ¿y con qué motivo?

— ¡Oh! no andemos en subterfugios, señor mariscal. Cuando tengo necesidad de hablaros, me hui el cuerpo, y es cuanto hay que decir.

— Bajo mi palabra de honor que no comprendo una palabra.

— Entonces voy á explicarme claramente. El rey no ha querido nombraros ministro, y como yo acepté el mando de la caballería ligera, suponéis que os he abandonado y vendido... ¿Esa amable condesa que os tiene en el corazón!.....

Aquí Richelieu aplicó el oído, pero no lo aplicó solamente á las palabras de su sobrino.

— ¿Me dices que me tiene en su corazón esa amable condesa? repitió.

— Y lo probaré.

— Pero, querido mío, yo no te lo disputo... Te mando venir para dar conmigo á la rueda; eres más joven, por consiguiente más fuerte; tú obtienes buen éxito, yo naufrago; esto es muy natural, y no adivino á fe mía porqué formas todos esos escrúpulos. Si has obrado en favor de mis intereses, mereces cien veces mi aprobación; si has obrado contra mí, ya te volveré las tornas. ¿Acaso merece esto explicaciones?

— Tío mío, en verdad que.....

— Eres un niño, duque. Tu posición es magnífica; par de Francia, duque, comandante de la caballería ligera, ministro dentro de seis semanas... debes

hacerte superior á toda fútil mezquinería; el triunfo absuelve de todo, querido mío. Supón... (á mí me gustan mucho los apólogos), supón que seamos los dos machos de la fábula... Pero ¿qué ruido es ese que oigo?

— No es nada; continuad, tío mío.

— Sí es, oigo el ruido de un coche en el patio.

— Tío mío, os ruego que continuéis; vuestra conversación me interesa sobre todas las cosas. También á mí me gustan los apólogos.

— Y bien, querido mío, quería decirte que jamás hallarás en la prosperidad quien te vitupere ni tendrás que temer el despecho de los envidiosos; pero si cojeas, si tropiezas y caes... entonces ¡cuidado! en ese momento te atacará el lobo... Pero, bien te lo decía yo, siento ruido en tu antesala; sin duda vienen á traerte la cartera.

El ujier entró, y dijo con inquietud:

— Los señores comisarios del parlamento.

— ¡Calla! exclamó Richelieu.

— ¿Comisarios del parlamento en mi casa?... ¿Qué es lo que me quieren? preguntó el duque, poco tranquilizado por la sonrisa de su tío.

— ¡En nombre del rey! articuló una voz sonora al extremo de la antesala.

— ¡Oh, oh! exclamó Richelieu.

El señor de Aiguillón se levantó muy pálido y se adelantó al umbral del salón á recibir á los dos comisarios, tras de los cuales aparecían dos alguaciles impasivos, y luego una legión de pajes espantados.

— ¿Qué se ofrece? preguntó el duque con voz conmovida.

— ¿Es al señor duque de Aiguillón á quien tenemos el honor de hablar? dijo uno de los comisarios.

— Él mismo, sí, señores.

Al punto el comisario, saludando profundamente, sacó de su cinturón un auto en debida forma del cual dió lectura en voz alta é inteligible.

Era la sentencia circunstanciada y completa que declaraba al duque de Aiguillón gravemente inculpa-do y acusado de sospechas, y aun de hechos que manchaban su honor, y le suspendía de sus funciones de par del reino.

El duque oyó la lectura como un hombre herido por el rayo oye el trueno. Quedó inmóvil como una estatua sobre su pedestal, y ni siquiera alargó la mano para tomar la copia de la sentencia que le entregaba el comisario del parlamento, de manera que fué el mariscal quien, también en pie, pero alerta y avisado, tomó el papel, lo leyó y despidió á los señores comisarios.

Estos estaban ya lejos, y aun permanecía el duque de Aiguillón en el mismo estupor.

— ¡ He aquí un golpe cruel ! dijo Richelieu. Ya no eres par de Francia ; esto es humillante.

El duque se volvió entonces hacia su tío, cual si en aquel momento hubiese recobrado la vida y la facultad de pensar.

— ¡ Tú no esperabas esto ? preguntó Richelieu en el mismo tono.

— ¡ Y vos, tío mío ? replicó de Aiguillón.

— ¡ Cómo quieres que fuese uno á sospechar que el parlamento había de atreverse á dar un golpe tan rudo al favorito del rey y de la favorita ?... Esas gentes van á ser pulverizadas.

El duque se sentó con la mano sobre su abrasada cara.

— Lo peor es, continuó el viejo mariscal hundiendo el puñal en la llaga, que si el parlamento te degrada de la dignidad de par por el nombramiento de coman-

dante de caballería ligera, expedirá un decreto de prisión contra tí, y te condenará á ser quemado el día en que te nombren ministro. Esos hombres te detestan, de Aiguillón, desconfía de ellos.

El duque sostuvo esta horrible rechifla con una constancia de héroe; su desgracia le elevaba y purificaba su alma.

Richelieu veía que aquella constancia era insensibilidad, quizás ininteligencia, y que las picaduras no habían sido bastante profundas.

— No siendo ya par, dijo, estarás menos expuesto al odio de esos golillas... refúgiate por algunos años en la oscuridad. Por otra parte, ya ves que la oscuridad, tu salvaguardia, va á venirte sin que tú quieras; pues decaído de las funciones de par, llegarás más difícilmente al ministerio, y esto te sacará del apuro; mientras que si te empeñas en luchar, amigo mío, tienes en tu favor á madama Dubarry, que te tiene en su corazón y es un apoyo sólido.

El señor de Aiguillón se levantó, sin dirigir siquiera una mirada de enojo al mariscal por todos los dolores que acababa de hacerle sufrir.

— Tenéis razón, tío mío, respondió tranquilamente, y se echa de ver vuestra prudencia en este último consejo. La condesa Dubarry, á quien habéis tenido la bondad de presentarme, y á quien habéis dicho de mi tanto bien y con tanta vehemencia, que todo Luciennes puede atestiguarlo, me defenderá. Gracias á Dios, me ama y es animosa, y domina el espíritu de S. M. ¡ Gracias, tío mío, por vuestro consejo ! Me acojo á él, como á una tabla de salvación. ¡ Mis caballos ! ¡ Burguignon, á Luciennes !

El mariscal se quedó en medio de una sonrisa.

El señor de Aiguillón saludó respetuosamente á su tío, y salió del salón dejando al mariscal muy alar-

mado y confuso del encarnizamiento con que había tratado de morder aquella carne noble y viva.

El viejo mariscal se consoló algún tanto con el loco gozo de los parisienses, cuando éstos leyeron por la noche los diez mil ejemplares de la sentencia del parlamento que todos se arrancaban de las manos; pero no pudo menos de suspirar cuando Rafté le pidió cuenta de su entrevista.

Richelieu, sin embargo, se la refirió sin callar ningún detalle.

— ¿Conque se ha parado el golpe? preguntó el secretario.

— Sí y no, Rafté; pero la herida no es mortal, y tenemos en Trianón alguna cosa mejor, que yo me vitupero no haber cuidado únicamente. Hemos corrido dos liebres, Rafté... y hemos hecho una grande locura.

— ¿Por qué, si se coge la buena? replicó Rafté.

— Querido, acuérdate de que la buena es siempre la que no se ha cogido, y que por ésta daría uno la otra; es decir, la que ha cogido.

A pesar de que el señor de Richelieu tenía razón, Rafté se encogió de hombros.

— ¿Creéis que el señor de Aiguillón saldrá de esta? dijo.

— ¿Crees tú que el rey saldrá de esta, bobo?

— ¡Oh! el rey escapa por donde quiere; pero no se trata del rey, que yo sepa.

— Por donde se escape el rey se escapará la Dubarry, teniéndole como te tiene tan cogido; y por donde se escape la Dubarry se escapará también de Aiguillón; porque... pero tú no entiendes de política, Rafté.

— Monseñor, no piensa así maese Flageot.

— ¡Bueno! ¿y qué es lo que dice ese maese Flageot? Pero antes sepamos quién es.

— Es un procurador.

— ¿Y qué más?

— Nada, sino que maese Flageot sostiene que el rey no saldrá de esta.

— ¡Oh! oh! ¿Quién será el que ponga obstáculos al león?

— ¿Quién ha de ser, señor? ¡El ratón!...

— Es decir, ¿maese Flageot?

— El afirma que sí.

— ¿Y tú lo crees?

— Yo creo siempre á un procurador que promete hacer daño.

— Ya veremos los medios de que se vale.

— Eso es lo que yo digo, monseñor.

— Ven pues á cenar, que quiero acostarme... Estoy atontado al ver que mi pobre sobrino no es ya par de Francia ni será ministro. Ó es uno tío, ó no lo es, Rafté.

El señor de Richelieu exhaló un suspiro, y en seguida se puso á reír.

— Sin embargo, le replicó Rafté, tenéis lo que se necesita para ser ministro.

El señor de Aiguillón toma la revancha

A la mañana siguiente del día en que la terrible sentencia del parlamento puso en movimiento á París y Versalles, cuando todo el mundo aguardaba ansioso el resultado de aquella sentencia, el duque de Richelieu, que se había trasladado á Versalles y había vuelto á su vida regularmente irregular, vió entrar en su aposento á Rafté con una carta en la mano, que el buen secretario olía y pesaba con un aire de inquietud que se comunicó pronto á su amo.

— ¡Tenemos aun otra cosa, Rafté? preguntó el mariscal.

— Presumo que es alguna cosa poco agradable lo que contiene esta carta, monseñor.

— ¡Y por qué lo presumes?

— Porque es una carta del señor de Aiguillón.

— ¡Ah! ah! exclamó el duque, ¿de mi sobrino?

— Sí, señor mariscal. Al salir del consejo del rey, ha venido un ujier de cámara y me ha entregado este pliego para vos. Diez minutos hace que le estoy dando vueltas y revueltas, y no puedo menos de ver en él alguna mala noticia.

El duque alargó la mano, diciendo:

— Dámelo, que yo soy valiente.

— Os advierto, interrumpió Rafté; que al entregarme el pliego, el ujier se echó á reír á carcajadas.

— ¡Cáspita! eso sí que me inquieta. Sin embargo, dámelo.

— Y que añadió: El señor duque de Aiguillón encarga que se ponga inmediatamente en manos del señor mariscal este pliego.

— ¡Dolor, no se dirá que tú me haces mella! exclamó el mariscal rompiendo el sello con mano firme, y leyó:

— ¡Hola! ¡hola! parece que hacéis muecas, dijo Rafté con las manos detrás de la espalda, como buen observador.

— ¡Es posible! murmuró Richelieu continuando su lectura.

— ¿Parece que es serio?

— Se diría que te alegras.

— Sin duda, porque veo que no me he engañado. El mariscal siguió leyendo.

— El rey es muy bueno, dijo al cabo de un instante.

— ¿Nombra ministro al señor de Aiguillón?

— Más aún.

— ¡Oh! ¡oh! ¿pues qué le nombra?

— Lee, y luego comenta.

Rafté leyó á su vez el billete, que estaba escrito de puño y letra de Aiguillón y contenía lo siguiente:

« Mi querido tío: vuestro consejo ha surtido buen efecto: he confiado mis pesares á la excelente amiga de nuestra casa, la señora condesa Dubarry, que se ha dignado depositar mi confianza en el seno de Su Majestad. El rey se ha indignado de la violencia que contra mí cometen los señores del parlamento, cuando tan fielmente me he consagrado á su servicio, y en su consejo de este día S. M. ha anulado la sentencia del parlamento, y me manda continuar en mis funciones de par de Francia.

» Como me consta, mi querido tío, el sumo placer que esta noticia ha de causaros, os envío copia literal de la decisión de S. M., copia que he mandado sacar á un secretario, para que tengáis conocimiento de ésta antes que ningún otro de este mundo.

» Contad, mi querido tío, con mi tierno respeto, y dignaos continuarme vuestros favores y buenos consejos.

» DUQUE DE AIGUILLÓN. »

— ¡ Se burla de mí por añadidura ! exclamó Riche-
licu.

— También lo creo así, monseñor.

— ¡ El rey se mete en el avispero !

— Ayer no lo queríais creer.

— No he dicho que no se metería, señor Rafté, lo que he dicho fué que ya sabría salir de él... Y ya ves que sale.

— El hecho es que el parlamento ha sido derrotado.

— Y yo también.

— Por el momento, sí.

— ¡ Para siempre ! Bien lo presentía ayer, pero tú me consolaste tanto, que no podían menos de sucederme cosas desagradables.

— Monseñor, me parece que os desanimáis demasiado pronto.

— Señor Rafté, sois un tonto. Estoy derrotado y pagaré la culpa. Quizás no comprendéis lo mucho que me desagrada el ser el objeto de risa de Luciennes. Á estas horas el duque se está burlando de mí en los brazos de madama Dubarry, la señorita Chon y Juan Dubarry me ponen como ropa de Pascua, y el negrilla se está dando una panzada de confites, haciéndome mil muecas. ¡ Voto á bríos, que á pesar de mi buen carácter eso me saca de mis casillas !

— ¡ Os saca de vuestras casillas, monseñor ?

— Sí, de mis casillas.

— Entonces no debisteis hacer lo que hicisteis, replicó Rafté filosóficamente.

— Vos me habéis arrastrado á hacerlo, señor secretario.

— ¡ Yo ?

— Sí, vos.

— ¡ Queréis decirme, monseñor, qué me importa á mí que el señor de Aiguillón sea ó no par de Francia ? Creo que vuestro sobrino no me hace ningún agravio.

— Sois un hombre impertinente, señor Rafté.

— Ya hace cuarenta y nueve años que me lo estáis diciendo, monseñor.

— Y os lo repetiré siempre.

— Lo que me tranquiliza es que no me lo diréis otros cuarenta y nueve años.

— ¡ Buen modo tenéis de mirar por mis intereses, señor Rafté !

— Nunca miraré, señor duque, por los que atañen á vuestras pasioncillas... Á pesar de todo vuestro talento, cometéis necedades que yo no perdonaría ni á un rústico como yo.

— Explicaos, señor Rafté, y si no tengo razón lo confesaré.

— Ayer necesitabais vengaros, ¿ no es verdad ? queríais ver humillado á vuestro sobrino, queríais llevar en cierto modo la sentencia del parlamento y contar los latidos del corazón de vuestra víctima, como dice el señor de Crebillón hijo. Pues bien, señor mariscal, esos espectáculos se pagan caros ; esas satisfacciones cuestan mucho... Vos sois rico ; ¡ pagad pues, señor mariscal, pagad !

— Vos que sois tan discreto, ¿ qué hubierais hecho en mi lugar ?

— Nada... hubiera esperado sin dar señales de vida; pero rabiabais por oponer el parlamento á la Dubarry, desde el momento en que á ésta le pareció el señor de Aiguillon más joven que vos.

El mariscal contestó con un gruñido.

— Pues bien, prosiguió Rafté, bastante hacéis con excitar al parlamento á que obrara como ha obrado; pero una vez dictada la sentencia, debisteis ofrecer vuestros servicios al sobrino, quien de ese modo nada hubiera sospechado.

— Todo eso es muy bueno, pero suponiendo que me haya equivocado, vos habéis debido advertírmelo.

— ¡ Yo impedir que se hiciera daño !... ¿ Por quién me tomáis, señor mariscal ? Á todo yente y viniente repetís que soy hechura vuestra, que me habéis enseñado, ¡ y queréis que no me alegrara de ver que se había hecho una tontería ó que había sucedido una desgracia !.....

— ¿ Y sucederá una desgracia, señor adivino ?

— De seguro.

— ¿Cuál ?

— Que vos os obstinaréis, y que unido el señor de Aiguillon con la Dubarry, el día que caiga el parlamento será ministro y vos iréis desterrado... ó á la Bastilla.

Furioso el mariscal derramó en la alfombra todo el tabaco que tenía en la caja.

— ¡ Conque á la Bastilla ! dijo encogiéndose de hombros ; ¿ Luis XV es acaso Luis XIV ?

— No : pero la Dubarry, con el refuerzo del señor de Aiguillon, valdrá tanto como la señora de Maintenon. Mirad lo que hacéis, porque no sé de ninguna princesa que vaya como antaño á llevaros á la prisión confites y los despojos de una ave.

— ¡ Estos sí que son pronósticos ! replicó el maris-

cal al cabo de un gran rato de silencio. Sin duda leéis en el libro de lo futuro ; ¿ pero queréis hablarme de lo presente ?

— Vos, señor mariscal, tenéis demasiada prudencia para que necesitéis consejos de nadie.

— Decidme, seo tunante, ¿ vais también á burlaros de mí ?.....

— Tened presente, señor mariscal, que confundís las fechas ; no se llama tunante á un hombre que ha pasado de los cuarenta años, y yo tengo ya sesenta y siete.....

— No importa... sacame del apuro... ¡ y pronto !... ¡ pronto !

— ¿ Por medio de un consejo ?

— Por el medio que quieras.

— No es tiempo aún.

— Está visto que te chanceas.

— ¡ Ojalá !... si me chanceara, sería porque las circunstancias lo mereciesen... y desgraciadamente no es así.

— ¿ Y por qué no es tiempo ?

— Os aseguro, monseñor, que no lo es. Si el decreto del rey hubiese llegado á Paris, no digo que no... ¿ queréis que enviemos un correo al señor presidente Alegre ?

— Para que se burlen más pronto de nosotros...

— ¡ Qué amor propio tan ridículo tenéis, señor mariscal ! Sois capaz de aburrir á un santo... Mirad, dejadme que acabe mi plan de desembarco en Inglaterra, y acabad de anegaros en vuestra intriga de cartera, puesto que la tarea está ya medio hecha.

El mariscal conocía perfectamente el mal humor del señor Rafté, y sabía que si le acometía la melancolía, no era posible sacar á su secretario una palabra ni con pinzas. Así le dijo :

— Vamos, no te enfades, y si ves que no comprendo, haz que comprenda.

— ¿Queréis, monseñor, que os trace un plan de conducta?

— Ciertamente, supuesto que crees que yo no sé gobernarme por mi.

— Escuchadme, pues.

— Ya te escucho.

— Enviaréis al señor de Aligre, dijo Rafté en tono áspero, la carta del señor de Aiguillon, con el decreto que el rey ha dado en consejo; esperaréis á que el parlamento se reuna y delibere, lo cual sucederá inmediatamente, y en seguida subiréis á vuestra carroza, é iréis á hacer una visita corta á vuestro procurador maese Flageot.

— ¡De veras! exclamó Richelieu, á quien este nombre hizo dar un brinco lo mismo que la víspera. ¡Vuelta con maese Flageot! ¿qué diablos tiene que ver en esto maese Flageot, y qué voy á hacer yo en casa de un hombre que se llama maese Flageot?

— Ya he tenido la honra de deciros, monseñor, que maese Flageot es vuestro procurador.

— Y bien ¿qué?

— ¿Qué? Que siendo como es vuestro procurador, tiene unos legajos vuestros... unos pleitos de cualquier clase que sean... id á preguntarle en qué estado se hallan vuestros pleitos.

— ¿Mañana?

— Sí, señor mariscal, mañana.

— Pero eso es de vuestra incumbencia, señor Rafté.

— No, no... eso era bueno cuando maese Flageot era un simple emborronador de papel, entonces yo podia tratar con él de igual á igual; pero como desde mañana será maese Flageot un Atila, un azote de los

reyes, ni más ni menos, se necesita un duque, un par, un mariscal de Francia que conferencie con él.

— ¿Todo eso es formal ó estamos ejecutando un papel de comedia?

— Mañana veréis si es serio, monseñor.

— Pero dime que es lo que va á sucederme en casa de tu maldito maese Flageot.

— Lo siento mucho... pero mañana querriais probarme que lo habiais adivinado de antemano... Buenas noches, señor mariscal, y acordaos de lo que os he dicho, á saber: que enviéis un correo al señor de Aligre, y que mañana hagáis una visita á maese Flageot... ¡Ah! se me olvidaban las señas... pero el cochero las sabe, porque me ha conducido á su casa muchas veces de ocho días á esta parte.

En que el lector hallará á uno de sus antiguos conocidos que creía perdido y á quien quizá no echaba de menos

Sin duda me preguntará el lector porqué maese Flageot, que tan majestuoso papel va á hacer, se llamaba procurador en vez de abogado; y como el lector tiene razón, vamos á satisfacer su pregunta.

De algún tiempo á aquella parte menudeaban las vacaciones en el parlamento, y los abogados hacían tan pocas defensas orales, que no merecían la pena de ocuparse de ellos.

Previendo maese Flageot que llegaría tiempo en que no se haría ninguna defensa judicial, entró en arreglo con el procurador maese Guillón, el cual le traspasó su oficio y clientela por veinticinco mil libras, con lo cual se halló de procurador maese Flageot. Ahora, si se nos pregunta cómo pagó las veinticinco mil libras, responderemos que casándose con Margarita, la cual heredó esa suma hacia fines de 1770, tres meses antes del destierro del señor de Choiseul.

Hacia tiempo que maese Flageot se había señalado por su constancia en sostener el partido de la oposición; pero así que se hizo procurador, redobló aun su violencia, y esto le granjeó alguna celebridad, la cual, unida á la publicación de una Memoria incendiaria sobre el conflicto del señor de Aiguillon con el señor de La Chalotais, le atrajo la atención de Rafté, que

tenía necesidad de estar al corriente de los negocios del parlamento.

Pero á pesar de su celebridad y de su creciente importancia, maese Flageot no abandonó la calle del Pequeño-Leon-San-Salvador, porque habría sido muy cruel para Margarita el no oír á sus vecinas llamarla madama Flageot, y no verse respetada por los amanuenses de maese Guillón que habían pasado á servir al nuevo procurador.

No necesitamos decir lo que sufría el señor de Richelieu al atravesar á París, al París nauseabundo de aquella zona, para llegar al hediondo callejón decorado con el nombre de calle por los ediles parisenses.

Delante de la puerta de maese Flageot, fué detenida la carroza del señor de Richelieu por otra que también se paraba en el mismo punto.

El mariscal percibió el tocado de una mujer que se apeaba de aquella carroza, y como sus setenta y cinco años no le habían hecho desistir de sus galanterías, se apresuró á hundir sus pies en el negro fango, para dar la mano á aquella dama que se apeaba sola.

Pero aquel día estaba el mariscal de desgracia, pues conoció que aquella mujer era una vieja, al verla sentar en el estribo una pierna seca y arrugada. Un rostro también arrugado, curtido bajo una línea de encarnado, acabó de probarle que aquella mujer no sólo era vieja, sino decrepita.

El mariscal, sin embargo, no podía retroceder; había hecho un movimiento, y este movimiento había sido visto, además de que Richelieu tampoco era joven. Entretanto la pleitista, porque ¿qué mujer de coche hubiera ido á aquella calle á no ser una pleitista? la pleitista, decimos, no imitó la indecisión del

duque, sino que apoyó con una horrible sonrisa su mano en la de Richelieu.

— Yo he visto esta cara en alguna parte, dijo el mariscal en voz baja.

Y en alta voz:

— ¿Subís también, señora, á casa de maese Fla-geot?

— Sí, señor duque, contestó la vieja.

— ¡ Oh ! tengo la honra de que me conozcáis, dijo el duque no muy contento, parándose en el umbral del oscuro pasadizo.

— ¿ Quién no conoce al señor de Richelieu ? le respondió ; sería necesario para ello no ser mujer.

— ¡ Pues no cree esta momia que es mujer ! murmuró el vencedor de Mahón.

Y la saludó con suma gracia, añadiendo :

— No sé si me atreva á preguntar con quién tengo el honor de hablar.

— Soy la condesa de Bearn, servidora vuestra, respondió la vieja haciendo una reverencia de corte sobre el fangoso entarimado del pasadizo á tres pulgadas de distancia de la trampa de una cueva que estaba abierta, y por donde el maligno mariscal esperaba verla desaparecer á manera de escotillón.

— Me alegro mucho, señora, dijo, y doy mil gracias á la casualidad que me ha deparado el gusto de veros : ¿ conque también tenéis pleitos, señora condesa ?

— Solo tengo uno, señor conde ; ¡ pero qué pleito ! ¡ Mucho es que vos no habéis oído hablar de él !

— ¡ Ah ! sí, ese gran pleito... es verdad ; no sé cómo diablos se me habla olvidado.

— Contra los Saluzes.

— Sí, contra los Saluzes ; ese pleito que ha dado lugar á una canción.

— ¿ Una canción, dijo la vieja picada, ¿ y qué canción es ?

— Cuidado, señora, que hay aquí un montón de escombros, dijo el duque viendo que la vieja no se hundía en el agujero ; apoyaos en el pasamano... es decir, en la cuerda.

La vieja subió los primeros escalones, y el duque la siguió.

— Sí, una canción bastante chusca, dijo.

— ¿ Una canción bastante chusca acerca de mi pleito ?

— Vais á verlo... ¿ pero vos debéis conocerla ?...

— ¡ Yo en manera alguna !

— Tiene la misma música que la *Borbonesa* y dice :

Mi señora condesa,
cumplidme la promesa
que hicisteis tiempo ha.

Tened presente que la Dubarry es quien habla.

— Esa es una impertinencia que no merece...

— ¡ Qué queréis ! los cancioneros nada respetan... ¡ Dios mío, qué grasienta está esta cuerda !... Vos le contestáis :

Soy vieja y testaruda ;
señora, dadme ayuda,
y ganaré quizá.

— Caballero, ¡ eso es atroz ! exclamó la condesa, y á una mujer de mi calidad no se la ultraja de ese modo.

— Dispensadme, señora, si he dado una nota en falso, porque esta escalera me sofoca... ¡ Ay ! ya estamos arriba, permitidme que llame.

La vieja dejó pasar gruñendo al duque.

El mariscal tiró del cordón de la campanilla, y la señora de Flageot, que no por haber llegado á ser procuradora había dejado de ser portera y cocinera, fué á abrir la puerta.

Los dos litigantes fueron introducidos en el gabinete de maese Flageot, donde se encontraron con un hombre furioso, que con la pluma en la boca se estaba rompiendo la cabeza en dictar un alegato terrible á su primer pasante.

— ¿Qué hay de nuevo, maese Flageot? exclamó la condesa, á cuya voz se volvió el procurador.

— ¡Ah! señora, servidor vuestro de todo corazón: un asiento para la señora condesa de Bearn. ¿Este caballero viene con vos, señora?... Pero si no me engaño es el señor duque de Richelieu; ¡el señor mariscal en mi casa!... Otra silla, Bernadet, trae otra silla.

— ¿En qué estado está mi pleito, maese Flageot? dijo la condesa.

— ¡Ah! señora, justamente me ocupaba de vos.

— Muy bien, maese Flageot, muy bien.

— Y de un modo, señora condesa, que espero ha de hacer ruido.

— Cuidado con.....

— ¡Oh! señora, no hay que andarse con contemplaciones....

— Si os ocupáis de mí podéis dar audiencia al señor de Richelieu.

— Dispensadme, señor duque, dijo maese Flageot; pero sois demasiado galante para que no me comprendáis....

— Comprendo, maese Flageot, comprendo.

— Ahora soy vuestro.

— No tengáis cuidado, que no abusaré: ¡ya sabréis lo que me trae aquí!

— Los sacos que el señor Rafté me entregó el otro día.

— Los cuales contenían algunas piezas relativas á mi pleito de... á mi pleito sobre... ¡qué diablos! vos debéis saber el pleito á que me refiero, maese Flageot.

— Sí, el pleito sobre la pertenencia de la hacienda de Chapenat.

— No digo que no; ¡y creéis que ganaré? porque sería una cosa graciosísima.

— Señor duque, ese es un negocio aplazado indefinidamente.

— ¡Bueno! ¡y por qué?

— Por lo menos no se verá antes de un año.

— La razón, si lo tenéis á bien.

— ¿Qué más razón que las circunstancias, señor duque, las circunstancias? ¡sabéis el decreto que ha dado S. M.?

— Creo que sí. ¿Pero cuál es? porque S. M. da muchos.

— El que anula el nuestro.

— Muy bien, ¡y qué más?

— Pues bien, señor duque, responderemos á él quemando la escuadra.

— ¿Quemando la escuadra, querido? ¿Quemaréis la escuadra del parlamento? He aquí una cosa que no veo clara: y hasta ignoraba que el parlamento tuviese escuadra.

— ¡Se niega quizá la primera sala á ver pleitos? preguntó la señora de Bearn, á quien no distraía en manera alguna del suyo el asunto del señor de Richelieu.

— Más que eso.

— ¿La segunda también?

— Eso no sería nada... Las dos salas han tomado la resolución de no ocuparse de ningún negocio hasta que el rey destituya al señor de Aiguillón.

- ¡ Bah ! exclamó el mariscal dando una palmada.
- De no ocuparse... ¿ De qué ? preguntó la condesa conmovida.
- ¿ De qué ha de ser, señora ? de los pleitos.
- ¡ Conque mi pleito no se sentencia ! exclamó la señora de Bearn con un terror que no trataba de disimular.
- Ni el vuestro, señora, ni el del señor duque.
- ¡ Pero eso es una iniquidad ! ¡ eso es rebelarse contra los mandatos de S. M. !
- Señora, replicó el procurador majestuosamente, el rey se ha excedido... y nosotros nos excedemos también.
- Señor Flageot, vais á conseguir que os lleven á la Bastilla, yo soy quien os lo dice.
- Iré á ella cantando, señora ; y si voy, todos mis colegas me seguirán con palmas.
- ¡ Está furioso ! dijo la condesa á Richelieu.
- Todos estamos lo mismo, replicó el procurador.
- ¡ Oh ! ¡ oh ! saltó el mariscal, esto se va haciendo curioso.
- ¿ Pero no me dijisteis hace poco que os ocupabais de mí ? repuso la condesa.
- Lo he dicho y es cierto... Vos sois, señora, el primer ejemplo que cito en mi narración, y aquí tenéis el párrafo que os concierne.
- Arrancó el *alegado* empezado de manos de su pasante, acomodóse las antiparras, y leyó en tono enfático lo que sigue ;
- « Perdida su profesión, comprometido su caudal, hollados sus deberes... S. M. comprenderá cuánto han debido sufrir... Asi el exponente corría con un asunto importante de que depende la fortuna de una de las primeras familias del reino ; merced á su afanosa solitud, á su industria y á su talento, se atreve á decir

que el indicado asunto marchaba bien, y el derecho de la muy alta y poderosa señora Angelica Carlota Verónica, condesa de Bearn, iba á ser reconocido y proclamado cuando, colándose el soplo de la discordia.... »

Aquí llegaba, señora, dijo el procurador con aire satisfecho, y creo que la figura será hermosa.

— Señor Flageot, dijo la condesa de Bearn, hace cuarenta años que hice oficial por primera vez á vuestro señor padre, hombre digno si los hubo ; después he seguido favoreciéndoos con mi clientela, de modo que habéis ganado diez ó doce mil libras con mis asuntos, y quizá hubieseis ganado todavía otras tantas.

— Escribid, escribid todo esto, dijo Flageot á su pasante, pues sirve de testimonio y es una prueba de lo que sostengo : se pondrá en la confirmación.

— Ahora bien, interrumpió la condesa, os retiro mis legajos, y desde este momento perdéis mi confianza.

Maese Flageot, como si le hubiera herido un rayo, se quedó estupefacto por un momento, pero levantándose después del golpe como un mártir que confiesa á su Dios, dijo :

— ¡ Corriente ! Bernadet, entregad los legajos á la señora, y consignad el hecho de que el exponente prefiera su conciencia al interés.

— Perdonadme, condesa, le dijo el mariscal al oído ; creo que no habéis reflexionado bien.

— ¿ Por qué, señor duque ?

— ¿ Qué vais á hacer con esos legajos que habéis quitado á un tan valiente protestante ?

— Llevarlos á otro procurador, á otro abogado, exclamó la condesa.

— ¡ Pero no conocéis, continuó el mariscal siempre hablándole al oído, que supuesto que se ha decidido que las salas no se ocupen de ningún asunto, otro

procurador hará con vuestro pleito lo mismo que maese Flageot?

— Entonces ¿ es una liga la que han formado?

— ¿ Creéis á maese Flageot tan tonto que haya ido á hacerse protestante de por sí para perder él solo su estudio, si sus colegas no debiesen obrar como él y apoyarle de consiguiente?

— Pero vos, señor duque, ¿ qué vais á hacer?

— Yo declaro que maese Flageot es un procurador honradísimo, y que mis legajos están en su casa tan bien como en la mía. En consecuencia los dejo en su poder, pagándole, por supuesto, como si continuara trabajando.

— ¡ Razón hay para decir, señor mariscal, que sois tan magnánimo como generoso! exclamó maese Flageot; no dejaré de darlo á la fama, señor duque.

— Me honráis demasiado, señor procurador, respondió Richelieu inclinándose.

— Bernadet, dijo el procurador entusiasmado á su pasante, en la peroración insertareis el elogio del señor mariscal de Richelieu.

— ¡ No, no! os lo suplico, maese Flageot, replicó vivamente el mariscal; ¿ qué vais á hacer, voto al diablo! me gusta que lo que se llama una buena acción permanezca oculto... Así, pues, no me nombréis, señor Flageot, pues no transijo en asuntos de modestia, y os desmentiría. ¿ Qué decís de esto, condesa?

— Lo que digo es que mi pleito será sentenciado... que necesito una sentencia y la obtendré.

— Y yo digo que si vuestro pleito se sentencia será porque el rey haya enviado al tribunal los suizos, la caballería ligera y veinte piezas de artillería, respondió maese Flageot con un aire belicoso que acabó de consternar á la pleitista condesa.

— Es decir, ¿ qué creéis que S. M. no puede salir

de este atolladero? preguntó en voz baja Richelieu á Flageot.

— Es imposible, señor mariscal, porque es un caso nunca visto: el no haber justicia en Francia es lo mismo que si no hubiese pan.

— ¿ Lo creéis así?

— Ya lo veréis.

— Pero el rey se enfadará.

— ¡ Estamos resueltos á todo!

— ¿ Aun á sufrir el destierro?

— No digo el destierro sino la muerte, señor mariscal; debajo de la toga late un corazón como el de otro cualquiera.

Y maese Flageot se dió un fuerte golpe en el pecho.

— Efectivamente, dijo Richelieu á su compañera, creo que es un caso apurado para el ministerio.

— ¡ Oh, sí! respondió la condesa al cabo de un gran rato de silencio, es muy triste para mí que yo que no me mezelo en nada de cuanto está sucediendo sufra las consecuencias de ese conflicto.

— Creo, señora, dijo el mariscal, que existe en el mundo una persona de valimiento que os prestará ayuda en este negocio... ¿ Pero querrá hacerlo esa persona?

— Aunque sea curiosidad, ¿ cómo se llama esa persona, señor duque?

— Hablo de vuestra ahijada.

— ¡ Oh! ¡ oh! ¿ de la señora Dubarry?

— De la misma.

— Efectivamente; me alegro de que me hayáis sugerido esa idea.

El duque se mordió los labios, y dijo:

— ¿ Iriais á Luciennes?

— Sin vacilar.

— Pero la condesa Dubarry no vencerá la oposición del parlamento.

— Le diré que quiero se sentencie mi pleito, y como nada puede negarme de resultas del servicio que le he prestado, dirá al rey que ese es su gusto. S. M. hablará al canceller, y ya sabéis, señor duque, que el brazo del canceller se extiende á larga distancia... Maese Flageot, hacedme el favor de estudiar bien mi pleito, porque entrará en turno más pronto que lo que creéis; yo os lo aseguro.

Maese Flageot volvió la cabeza con un aire de incredulidad que no hizo variar de opinión á la condesa.

Durante este tiempo había reflexionado el duque, y dijo:

— Puesto que vais á Luciennes, señora, tened la bondad de hacer allí presentes mis respetos.

— Con mucho gusto, señor duque.

— Somos compañeros de infortunio, y vuestro pleito está en desgracia lo mismo que el mío; de suerte que lo que hagáis por vos lo hacéis por mí... Además, podéis manifestar cuánto siento la terquedad del parlamento, añadiendo que yo soy quien os ha dado el consejo de que recurráis á la diosa de Luciennes.

— No dejaré de hacerlo, señor duque. Adiós, señores.

— Dispensadme la honra de aceptar mi mano para subir á la carroza. Adiós, maese Flageot, os dejo entregado á vuestras ocupaciones.

El mariscal acompañó á la condesa hasta el carruaje, y en seguida dijo:

— Rafté tenía razón; los Flageot van á hacer una revolución cuando, gracias á Dios, estoy afiliado en los dos partidos. Soy de la corte y del parlamento: la Dubarry va á caer por engolfarse en la política; pero si resiste el golpe, en Trianón tengo una mina. Está visto que ese diablo de Rafté pertenece á mi escuela, y el día en que sea ministro será preciso nombrarle jefe de mi gabinete.

En que las cosas se enredan cada vez más

Madama de Bearn signió al pie de la letra el consejo de Richelieu, y dos horas y media después que el duque la dejó, estaba ya haciendo antesala en Luciennes, en compañía de Zamora.

Como hacia ya algún tiempo que no se la había visto en casa de madama Dubarry, su presencia produjo un efecto de curiosidad en el retrete de la condesa, al anunciar su nombre.

El señor de Aiguillon no había perdido tampoco el tiempo, pues formaba sus complós con la favorita, cuando se presentó Chon á pedir audiencia para madama de Bearn.

El duque quería retirarse, pero le retuvo madama Dubarry diciéndole:

— Prefiero que os quedéis. En el caso de que mi vieja pedigüña venga á solicitar algún empréstito, me será muy útil vuestra presencia, porque de ese modo me pedirá menos.

Por consiguiente el duque se quedó.

Madama de Bearn, con un semblante adecuado á las circunstancias, tomó enfrente de la condesa el sillón que ésta le ofrecía, y después de sus respectivos cumplimientos:

— ¿Puedo saber á qué feliz casualidad debo vuestra visita? preguntó madama Dubarry.

— Le diré que quiero se sentencie mi pleito, y como nada puede negarme de resultas del servicio que le he prestado, dirá al rey que ese es su gusto. S. M. hablará al canceller, y ya sabéis, señor duque, que el brazo del canceller se extiende á larga distancia... Maese Flageot, hacedme el favor de estudiar bien mi pleito, porque entrará en turno más pronto que lo que creéis; yo os lo aseguro.

Maese Flageot volvió la cabeza con un aire de incredulidad que no hizo variar de opinión á la condesa.

Durante este tiempo había reflexionado el duque, y dijo:

— Puesto que vais á Luciennes, señora, tened la bondad de hacer allí presentes mis respetos.

— Con mucho gusto, señor duque.

— Somos compañeros de infortunio, y vuestro pleito está en desgracia lo mismo que el mío; de suerte que lo que hagáis por vos lo hacéis por mí... Además, podéis manifestar cuánto siento la terquedad del parlamento, añadiendo que yo soy quien os ha dado el consejo de que recurráis á la diosa de Luciennes.

— No dejaré de hacerlo, señor duque. Adiós, señores.

— Dispensadme la honra de aceptar mi mano para subir á la carroza. Adiós, maese Flageot, os dejo entregado á vuestras ocupaciones.

El mariscal acompañó á la condesa hasta el carruaje, y en seguida dijo:

— Rafté tenía razón; los Flageot van á hacer una revolución cuando, gracias á Dios, estoy afiliado en los dos partidos. Soy de la corte y del parlamento: la Dubarry va á caer por engolfarse en la política; pero si resiste el golpe, en Trianón tengo una mina. Está visto que ese diablo de Rafté pertenece á mi escuela, y el día en que sea ministro será preciso nombrarle jefe de mi gabinete.

En que las cosas se enredan cada vez más

Madama de Bearn signió al pie de la letra el consejo de Richelieu, y dos horas y media después que el duque la dejó, estaba ya haciendo antesala en Luciennes, en compañía de Zamora.

Como hacia ya algún tiempo que no se la había visto en casa de madama Dubarry, su presencia produjo un efecto de curiosidad en el retrete de la condesa, al anunciar su nombre.

El señor de Aiguillon no había perdido tampoco el tiempo, pues formaba sus complós con la favorita, cuando se presentó Chon á pedir audiencia para madama de Bearn.

El duque quería retirarse, pero le retuvo madama Dubarry diciéndole:

— Prefiero que os quedéis. En el caso de que mi vieja pedigüña venga á solicitar algún empréstito, me será muy útil vuestra presencia, porque de ese modo me pedirá menos.

Por consiguiente el duque se quedó.

Madama de Bearn, con un semblante adecuado á las circunstancias, tomó enfrente de la condesa el sillón que ésta le ofrecía, y después de sus respectivos cumplimientos:

— ¿Puedo saber á qué feliz casualidad debo vuestra visita? preguntó madama Dubarry.

— ¡ Ah ! señora, respondió la vieja pleitista, ¡ á una gran desg racia !

— ¡ Pues qué hay, señora ?

— Una noticia que ha de alligir mucho á S. M.

— Decid pronto esa noticia, señora.

— Los parlamentos.....

— ¡ Ah ! ¡ ah ! dijo entre dientes el duque de Aiguillón.

— Este caballero es el señor duque de Aiguillón, se apresuró á decir la condesa temerosa de alguna mala inteligencia.

Pero la vieja condesa era tan astuta como todos los cortesanos reunidos, y nunca cometía un error sino á sabiendas y cuando podía serle útil.

— Bien conozco, dijo, todas las infamias de esos golillas y su ningún respeto hacia el mérito y el nacimiento.

Este cumplimiento disparado al duque á quema ropa valió un obsequioso saludo de éste á la pleitista, al que ésta contestó levantándose.

— Pero, prosiguió, no se trata ya del señor duque, sino de toda la población : los parlamentos se niegan á funcionar.

— ¡ En verdad ! exclamó madama Dubarry recostándose en su sofá. ¡ Conque no habrá ya justicia en Francia ! Y bien, de ahí ¡ qué resultará ?

El duque se sonrió. Madama de Bearn, en lugar de echar la cosa á broma, se puso aun más sombría de lo que estaba, y dijo :

— Es un gran desastre, señora.

— ¡ Bah ! ¡ Lo creéis así ? dijo la favorita.

— Bien se echa de ver, señora condesa, que tenéis la fortuna de no andar en pleitos.

— ¡ Hum ! hizo el señor de Aiguillón para llamar

la atención de madama Dubarry, la cual comprendió por último la insinuación de la pleitista.

— ¡ Ay ! señora, dijo al punto, verdad és ; ahora recuerdo que si yo no tengo pleitos, vos tenéis uno y muy importante.

— ¡ Oh ! sí, señora... cualquiera tardanza me arruinaría.

— ¡ Pobre señora !

— Sería preciso, señora condesa, que el rey tomase una resolución.

— S. M. está muy dispuesto á tomarla, señora ; desterrará á los señores consejeros, y será negocio concluido.

— Pero entonces, señora, la vista de mi pleito se aplaza indefinidamente.

— ¡ Y cómo remediarlo, señora ? Si conocéis algún remedio, tened á bien indicármelo.

La pleitista se ocultó la cara bajo sus tocas, como César bajo su toga al tiempo de expirar.

— Un medio hay, dijo entonces de Aiguillón ; pero tal vez no querrá adoptarlo S. M.

— ¡ Cuál es ? preguntó con ansiedad la pleitista.

— El recurso ordinario del soberano de Francia, cuando se ve muy contrariado, es acudir á un sollo de justicia y decir : « Yo lo quiero, » aun cuando todos los oposicionistas quieran lo contrario.

— ¡ Excelente idea ! exclamó madama de Bearn con entusiasmo.

— Pero sería preciso no divulgarlo, replicó de Aiguillón con finura y haciendo un gesto que fué comprendido por madama de Bearn.

— ¡ Oh ! señora, dijo entonces la pleitista, vos que tanto valimiento tenéis con S. M., conseguid que diga : Yo quiero que se sentencie el pleito de madama de

Bearn. Además, ya sabéis que es cosa prometida hace largo tiempo.

El señor de Aiguillon se mordió los labios, saludó con la vista á madama Dubarry y salió del retrete, pues acababa de oír en el patio la carroza del rey.

— ¡ Ahí está el rey ! dijo madama Dubarry levantándose para despedir á la pleitista.

— ¡ Oh ! señora, ¿ por qué no permitis que vaya á echarme á los pies de S. M. ?

— Si es para pedirle un solio de justicia, con mucho gusto, replicó la condesa. Quedaos, señora, puesto que así lo deseáis.

Apenas madama de Bearn había arreglado sus tocas, entró el rey.

— ¡ Ah ! dijo, parece que tenéis visitas, condesa.

— Madama de Bearn, señor.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! exclamó Luis XV con un tono de rechida inteligible para todo el que no lo conocía.

¿ Acaso os ha ofendido alguno, madama ?

— Señor, yo pido justicia.

— ¿ Contra quién ?

— Contra el parlamento.

— ¡ Me gusta !... dijo el rey palmoteando. Vos os quejáis de mis parlamentos. Pues bien, hacedme el favor de hacerlos entrar en razón. También yo tengo por qué quejarme de ellos, y os pido justicia igualmente, añadió imitando la reverencia de la vieja condesa.

— Señor, al cabo vos sois el rey, el amo.

— El rey, sí; pero el amo no siempre.

— Señor, manifestad vuestra voluntad.

— No hago otra cosa todas las noches, madama, y ellos manifiestan también la suya todas las mañanas. Y como estas dos voluntades son diametralmente opuestas, sucede con nosotros lo que con la tierra y la

luna que corren eternamente una tras de la otra sin encontrarse jamás.

— Señor, vuestra voz es bastante poderosa para cubrir toda la gritería de esos hombres.

— En eso os equivocáis, pues yo no soy abogado y ellos lo son. Si yo digo sí, ellos dicen no, y es imposible entenderse... ¡ Ah ! si cuando yo digo sí, halláis vos un medio de impedirlos decir no, hago alianza con vos.

— Señor, tengo ese medio.

— Dádmelo al punto.

— Así lo haré, señor. Acudid á un solio de justicia.

— ¡ Un solio de justicia ! En buen apuro me iba á meter. ¿ No sabéis, señora, que un solio de justicia es casi una revolución ?

— Es un medio de decir en las barbas á esos rebeldes que vos sois el soberano. Ya sabéis, señor, que cuando el rey manifiesta de ese modo su voluntad, solo él tiene derecho de hablar, sin que nadie pueda responder. Decidles: *Yo lo quiero*, y bajarán la cabeza.

— Lo cierto es que la idea es pomposa, dijo la Dubarry.

— Pomposa sí, pero no buena, replicó Luis XV.

— Sin embargo, prosiguió madama Dubarry con calor, debe ser magnífico el acompañamiento, los gentiles hombres, los pares, toda la servidumbre militar del rey, una inmensa multitud de pueblo, y luego ese solio de justicia compuesto de cinco almohadones sembrados de flores de lis....

— ¿ Lo creéis así ? dijo el rey un poco perplejo ya en sus convicciones.

— Y no digo nada del magnífico traje del rey, del manto forrado de armiño, los diamantes de la corona, el cetro de oro, todo ese esplendor en fin que tan bien

sienta á un rostro augusto y hermoso. ¡Oh! ¡ estaríais brillante de ese modo, señor!

— Hace largo tiempo que no se ha visto un solio de justicia, dijo Luis XV con afectada negligencia.

— Desde vuestra infancia, señor, dijo madama de Bearn, el recuerdo de vuestra esplendente belleza no se ha borrado de ningún corazón.

— Y luego, añadió madama Dubarry, esa sería una ocasión excelente para que el señor canciller desplecase su incisiva y concisa elocuencia, agobiando á esa gente con el peso de la verdad, de la dignidad y la autoridad.

— Es preciso esperar á que el parlamento cometa algún desafuero, dijo Luis XV; entonces ya veremos.

— ¿Qué desafuero más enorme, señor, que el que acaba de cometer?

— ¿Pues qué ha hecho?

— ¿No lo sabéis?

— Ha tratado de molestar un poco al señor de Aiguillon, y esto no es un delito que merezca pena de horca... Aunque, añadió el rey mirando á la Dubarry, nuestro caro duque es amigo mío. Ahora bien, si los parlamentos han molestado al duque, yo he reparado su malignidad con mi decreto de ayer ó anteayer, no recuerdo el día fijo; de suerte que estamos en paz.

— Pues bien, señor, dijo vivamente la Dubarry, la señora condesa viene á anunciaros que esos señores de las togas negras han hecho una de las suyas.

— ¿Pues cómo? dijo el rey frunciendo el entrecejo.

— Hablad, señora, que el rey lo permite, dijo la favorita.

— Señor, los consejeros han resuelto que no haya tribunal hasta que V. M. no les dé la razón.

— No puede ser, dijo el rey, os engañáis, señora,

ese sería un acto de rebelión, y creo que mi parlamento no se atreverá á rebelarse.

— Señor, es seguro.....

— ¡Oh, señora! Esas son voces que corren.

— ¿Se digna V. M. oirme?

— Hablad, condesa.

— Pues bien, mi procurador me ha devuelto esta mañana el legajo de mi pleito, diciéndome que como no hay tribunal no puede defenderme.

— Os digo que no son más que voces para asustar á los tímidos.

Y al mismo tiempo que decía esto el rey, se paseaba por el retrete muy agitado.

— Señor, ¿da V. M. más crédito al señor de Richelieu que á mí? Porque en ese caso diría que en mi presencia han devuelto al duque sus pleitos, ni más ni menos que á mí, y que el duque se retiró muy irritado.

— Á la puerta llaman, dijo el rey por variar de conversación.

— Es Zamora, señor.

Zamora entró y dijo:

— Mi ama, traigo una carta.

— ¿Me permitís, señor? preguntó la condesa.

— ¡Ay! Dios mío! dijo de pronto.

— ¿Qué es eso?

— Esta carta es del señor canciller, quien ha sabido que V. M. ha tenido la bondad de venir á visitarme, y me ruega intervenga para que le concedáis una audiencia al instante.

— ¿Tendremos otra novedad?

— Haced que entre el señor canciller, dijo la Dubarry.

La condesa de Bearn se levantó y quiso despedirse, pero el rey le dijo:

— No estáis de más, señora. Buenos días, señor de Maupeou; ¿qué hay de nuevo?

— Señor, dijo el canciller inclinándose, el parlamento os molestaba, pero ya no lo tenéis.

— ¿Pues cómo? ¿Han muerto esos señores? ¿Han tomado arsénico?

— ¡Ojalá!... No, señor, que viven; pero no quieren continuar y hacen dimisión; de suerte que acabo de recoger una porc. óa.

— ¿De consejeros?

— No, de dimisiones.

— ¡Cuando yo os decía, señor, que era cosa seria! dijo la condesa á media voz.

— Y muy seria, respondió Luis XV. ¿Y qué habéis hecho, señor canciller?

— Señor, vengo á tomar órdenes de V. M.

— Desterremos á esa gente, Maupeou,

— Señor, no porque vayan á un destierro habrá tribunal.

— Intimémosles que sigan sentenciando... ¡Bah! ya hemos apelado á las intimaciones... y también al mandato real.

— ¡Ah, señor! esta vez es preciso mostrar carácter.

— Sí, tenéis razón...

— ¡Valor! dijo en voz baja la señora de Bearn á la Dubarry.

— Y presentarse como soberano, después de haber sido tantas veces benigno padre, exclamó la condesa.

— Canciller, dijo el rey con lentitud, no conozco más que un medio, pero grave y eficaz. Quiero que haya un solio de justicia, para que esa gente tiemble de una vez.

— ¡Señor, eso sí que se llama hablar! dijo el canciller; ¡que doblen la cabeza ó que sucumban al rigor de la ley.

— Señora, añadió Luis XV dirigiéndose á la de

Bearn, si vuestro pleito no se sentencia, ya veis que yo no tengo la culpa.

— Señor, sois un gran rey.

— ¡Oh! sí, dijeron en coro la condesa, Chon y el canciller.

— No es eso, sin embargo, lo que dice la gente, murmuró el rey.

El solio de justicia

El famoso solio de justicia se celebró con todo el ceremonial requerido, de una parte por el orgullo regio, y de otra por las intrigas que arrastraban al duque á ese golpe de Estado.

Las tropas de palacio se pusieron sobre las armas, disponiéndose una profusión de arqueros de ropilla corta, de soldados de la ronda y de agentes de policía, á proteger al señor canciller, el cual, como un general en un día decisivo, debía exponer su persona sagrada por el buen éxito de la empresa.

El canciller era muy execrado; sabíalo, y si su vanidad le podía inspirar el temor de un asesinato, las personas mejor instruidas de los sentimientos del público acerca de él, podían pronosticarle sin exageración una grande afrenta, ó cuando menos buenos silbidos.

La misma acogida esperaba al señor de Aiguillón, á quien rechazaba seriamente el instinto popular, un poco perfeccionado por los debates de los parlamentos. El rey aparentaba serenidad, pero no estaba tranquilo; mas se le vió admirarse á sí mismo con su magnífico traje, y hacer inmediatamente la reflexión de que nada protege tanto como la majestad. Y aun hubiera podido añadir, y el amor de los pueblos; pero esta era una frase que le habían repetido tanto en Metz, en tiempo

de su enfermedad, que creyó no poder repetirla sin que lo acusaran de plagiarlo.

Por la mañana, la señora Delfina, para quien aquel espectáculo era nuevo, y que quizás deseaba interiormente verlo, tomó un aire dolorido que no depuso en todo el camino, lo cual dispuso muy favorablemente la opinión hacia ella.

Madama Dubarry estaba animosa, pues tenía la confianza que dan la juventud y la hermosura. Además, nada se podía decir contra ella que no se hubiera dicho ya. Se presentó, pues, radiante como si un reflejo del augusto esplendor de su amante llegase hasta ella.

El señor duque de Aiguillón marchaba con osadía entre los pares que precedían al rey, sin que en su cara llena de nobleza y dignidad, revelase ningún pesar ni disgusto. No llevaba la cabeza erguida como un triunfador, y al verlo marchar de aquel modo, nadie hubiera adivinado la batalla que se habían dado el rey y los parlamentos en el terreno de su personalidad.

La muchedumbre le señalaba con el dedo, y de las filas de los parlamentarios le lanzaban miradas terribles... pero á eso se redujo todo.

El salón del tribunal estaba atestado de gente, habiendo entré interesados y curiosos más de tres mil personas.

Por fuera, contenida la multitud por las varas de los alguaciles, los bastones y los arqueros formados en masa, revelaba su presencia con ese murmullo inexplicable que ni es una voz, ni articula nada, pero que se oye sin embargo y puede llamarse con bastante propiedad el rumor de los fluidos populares.

Cuando dejaron de oirse los pasos, cuando cada uno ocupó su puesto y el rey mandó á su canciller con un

aire sombrío y majestuoso que tomase la palabra, reinó el mayor silencio en el salón.

Los parlamentarios sabían de antemano lo que les estaba reservado con el solio de justicia, y comprendían harto bien para qué se les había convocado, debiendo ser para que oyesen la voluntad real un tanto templada: pero conocían la longanimidad, por no decir timidez, del rey, y si algo temían era, más que la sesión, las consecuencias que iba á producir el solio de justicia.

El canciller tomó la palabra; y como decía con mucha facilidad, su exordio fué muy hábil, abriendo ancho campo á las observaciones de los aficionados al estilo demostrativo.

Con todo, el discurso degeneró en una fraterna tan dura, que la nobleza se sonrió y los parlamentarios empezaron á no encontrarse muy á su gusto.

El rey mandaba por boca del canciller que se abreviasen todos los asuntos de Bretaña, pues ya le tenían cansado; que el parlamento se reconciliase con el duque de Aiguillon, cuyos servicios eran de su real agrado, y que no se interrumpiese la administración de justicia; con lo cual todo pasaria como en la venturosa edad de oro, cuando los arrayos corrían murmurando discursos divididos en cinco puntos y del género deliberativo ó judicial, y cuando los árboles estaban cargados de costales de pleitos, fruta que tenían derecho á coger los señores abogados y procuradores.

Estas golosinas no reconciliaron al parlamento con el señor de Maupeou, ni tampoco con el duque de Aiguillon; pero el discurso estaba pronunciado, y no era posible contestar.

Despechados en extremo los parlamentarios, todos tomaron, con ese admirable conjunto que da tanta

fuerza á las corporaciones constituidas, una actitud tranquila é indiferente, que desagradó en gran manera á S. M. y á la gente aristocrática de las tribunas.

La Delfina se puso pálida de rabia, y como aquella era la primera vez que presenciaba una resistencia por parte del pueblo, calculaba con frialdad á dónde llegaba su fuerza.

Asistiendo como asistía al solio de justicia con la idea de ser muy opuesta, en la apariencia á lo menos, á la resolución que allí se iba á tomar, se sintió poco á poco arrastrada á formar causa común con los individuos de su raza y casta, tanto y tan bien, que á medida que los mordiscos del canciller penetraban más y más en la carne parlamentaria, se indignaba en su fiero orgullo de que no tuviese unos dientes más agudos, pareciéndole que á ella no le hubieran faltado palabras para hacer que aquella asamblea saltase en el salón como un rebaño de bueyes al sentir el aguijón. En una palabra, el canciller le pareció demasiado débil, y los parlamentarios sobrado fuertes.

Luis XV era tan fisonomista como serian todos los egoistas, si al mismo tiempo no fueran perezosos; y dirigió la vista en su derredor para observar el efecto que habia causado su voluntad expresada por medio de palabras que le parecían elocuentes.

La palidez de la Delfina, y el ver que se mordía los labios, le revelaron al instante lo que pasaba en su alma.

Por contrapeso, observó la fisonomía de la Dubarry, y en vez de la sonrisa de triunfo que esperaba hallar en su boca, sólo vió el deseo vehemente de atraer á sí las miradas del rey, como tratando de conocer su modo de pensar.

Nada intimida tanto á los hombres de ánimo apocado como que otros se anticipen á ellos en materia de

ánimo y voluntad, pues si ven que los observan otros que ya han tomado una resolución, deducen de ello que no han hecho bastante, que van á caer ó han caído en ridículo, y que había derecho para exigirles más que lo que han hecho.

Entonces pasan á los extremos; el tímido se ruboriza y revela de pronto el efecto de aquella reacción, causado por el miedo sobre un miedo menor.

El rey no necesitaba añadir una palabra á las de su canciller, porque ni esto estaba en la etiqueta, ni era preciso; pero se apoderó de él en aquella ocasión el demonio hablador, y haciendo seña con la mano, indicó que quería hablar.

Entonces la atención se convirtió en asombro.

Todos los parlamentarios se volvieron hacia el solio de justicia con la misma uniformidad de movimiento que una fila de soldados bien instruidos.

Los príncipes, pares y militares se conmovieron, porque era muy posible que después de tanto y tan bueno como se había dicho, dijese una gran necedad S. M. C.; pero por respeto no podían designar lo que dijera el rey con el nombre de necedad, y lo llamaron desde luego *una cosa que á nada conduciría*.

El señor de Richelieu, que había tenido cuidado de mantenerse lejos de su sobrino, se acercó en aquel momento á los parlamentarios más furibundos, mirándolos con una afinidad misteriosa de inteligencia.

Pero su mirada, que empezaba á convertirse en rebelde, encontró la de la Dubarry, y como Richelieu poseía mejor que nadie el precioso arte de las transiciones, pasó del tono irónico al admirativo, escogiendo á la hermosa condesa como punto de intersección entre las diagonales de aquellos dos extremos.

Dirigió, pues, de paso á la Dubarry una sonrisa preñada de felicitaciones y galantería; pero aquella se

dejó engañar tanto menos, cuanto que el anciano mariscal, habiendo, como había, empezado á entablar correspondencia con los parlamentarios y los príncipes que militaban en las filas de la oposición, tuvo que continuarla por no parecer lo que era en realidad.

¡Cuántas perspectivas en una gota de agua, vasto océano para un hombre observador! ¡Cuántos siglos en un segundo, que equivalía á una eternidad imposible de describir! Todo lo que hemos dicho sucedió en el tiempo que empleó Luis XV en prepararse para hablar y abrir la boca.

— Ya habéis oído, dijo con voz segura, lo que mi canciller os ha manifestado acerca de mi real voluntad: ejecutadla pues, porque tal es mi intención y jamás variaré.

Luis XV dejó caer estas últimas palabras con el estruendo y vigor con que se desprende un rayo; de suerte que puede decirse con exactitud que toda la asamblea se quedó como si hubiese caído en medio de la sala una centella.

Todos los parlamentarios sintieron un estremecimiento de terror que se comunicó inmediatamente á la muchedumbre como la chispa eléctrica que corre con rapidez á la punta del cordón. El mismo estremecimiento se apoderó, aunque no tanto, de los partidarios del rey, y la sorpresa y admiración estaban grabados, no sólo en todos los semblantes, sino en todos los corazones.

La Delfina dió las gracias involuntariamente al rey con una mirada que se desprendió de sus hermosos ojos. La Dubarry, electrizada, no pudo menos de levantarse, y hubiera palmoteado sin el temor bien natural que tuvo de ser apedreada á la salida, ó de recibir al día siguiente cien coplas á cual más odiosa.

Luis XV pudo gozarse desde aquel momento en su triunfo.

Los parlamentarios inclinaron la frente siempre con la misma uniformidad de movimiento.

El rey se levantó sobre sus cojines sembrados de flores de lis, y al momento se pusieron en pie el capitán de guardias, la servidumbre militar y todos los gentileshombres.

Los tambores tocaron marcha, las trompetas sonaron fuera, y el rumor casi silencioso que reinó á la llegada de la comitiva, se convirtió en un rugido que se iba apagando á lo lejos á medida que los soldados y arqueros rechazaban á la multitud.

El rey atravesó el salón con arrogancia, sin ver otra cosa á su paso que frentes humilladas.

El señor de Aiguillon iba delante de S. M. sin abusar de su triunfo.

Cuando el canciller llegó á la puerta del salón y vió á lo lejos á todo aquel pueblo, se asustó de las miradas que le dirigian á pesar de la distancia, y dijo á los arqueros:

— Apinaos en mi derredor.

El señor de Richelieu, á quien el duque de Aiguillon hizo un saludo profundo, dijo á su sobrino:

— ¡Cuidado, duque, con que mañana ú otro día se alcen esas cabezas que hoy se bajan tanto!

La Dubarry pasaba en aquel momento por el pasadizo con su hermano, la mariscal de Mirepoix y varias damas; oyó las palabras del anciano mariscal, y como tenia más agudeza que rencor, dijo:

— ¡Oh! nada hay que temer, mariscal, ¿no habéis oído las palabras de S. M. ? El rey ha dicho, si no me equivoco, que nunca variará.

— Efectivamente, son palabras muy terribles, señora, respondió el anciano mariscal sonriéndose; pero

afortunadamente para nosotros no han visto esos pobres parlamentarios que al mismo tiempo que decía que nunca variaría, os miraba el rey.

Y terminó este madrigal con una de esas reverencias que ni aun en el teatro se saben hacer hoy.

Como la Dubarry era mujer, y en manera alguna política, sólo vió un cumplimento en lo que al señor de Aiguillon pareció epigrama y amenaza.

Así es que contestó con una sonrisa, mientras que su aliado se mordía los labios y se ponía pálido al ver que aun duraba el resentimiento del mariscal.

El solio de justicia causó desde luego un efecto favorable para la causa del rey; pero, por muy grande que sea un golpe, muchas veces no hace sino aturdir, siendo de observar que pasado el aturdimiento circula la sangre con más vigor que antes.

Esta fué á lo menos la reflexion que hizo al ver salir al rey con su pomposa comitiva, un corto grupo de personas vestidas con sencillez y colocadas, sin duda para observar, en la esquina del muelle de las Flores y de la calle de la Barillerie.

Aquellas personas eran tres, y reunidas en aquel ángulo por casualidad, desde allí habían observado, al parecer con interés, las impresiones de la multitud. Aunque no se conocian, una vez puestas en relación por algunas palabras que cambiaron entre sí, diéronse cuenta de la sesión aun antes de que se acabase.

— Ya están las pasiones bien maduras, dijo uno de ellos, que era un anciano de brillantes ojos y honrado semblante... Un solio de justicia es una grande obra.

— Sí, respondió sonriéndose con amargura un joven; sí, caso de que la obra correspondiera exactamente á las palabras.

— Me parece, replicó el anciano volviéndose, que os conozo; según creo, os he visto otra vez

— No os engañáis, señor Rousseau, nos vimos el 31 de mayo por la noche.

— ¡ Ah ! vos sois aquel joven cirujano, mi compatriota ; el señor Marat, en fin.

— Servidor vuestro.

Y se hicieron mutuamente una reverencia.

Aun no había tomado la palabra el tercero, que era un hombre joven también y de noble semblante, y que, durante toda la ceremonia, no había hecho otra cosa que observar la actitud de la muchedumbre.

El cirujano fué el primero que se marchó, engolfándose en medio de las oleadas del pueblo, quien menos agradecido que Rousseau, le había olvidado ya, pero á cuya memoria esperaba apelar algún día.

El otro joven esperó á que se marchase, y dirigiéndose entonces á Rousseau, le dijo :

— ¿ Y vos no os marcháis ?

— ¡ Oh ! ya soy demasiado viejo para ir á meterme en esa barahunda.

— En ese caso, repuso el desconocido bajando la voz, ¿ hasta esta noche, en la calle Platriere ! ¿ No dejéis de concurrir, señor Rousseau !

El filósofo se estremeció cual si hubiera visto ante sí una fantasma. El color de su rostro, pálido de ordinario, se puso cárdeno ; quiso responder á aquel hombre, pero había desaparecido ya.

XXVII

Del efecto que produjeron en J. J. Rousseau las palabras del desconocido

Después de haber oído aquellas singulares palabras pronunciadas por un hombre á quien no conocía, Rousseau atravesó temblando las oleadas de gente, y sin acordarse de que era viejo y de que temía á la multitud, se abrió paso y se halló muy pronto en el puente de la Catedral. Luego, siguiendo pensativo é interrogándose á sí mismo, cruzó el barrio de la Greve que conducía más directamente al suyo.

— ¿ Conque cualquier desconocido posee ese secreto que todo iniciado está obligado á guardar ? se dijo interiormente.

— ¡ He ahí lo que ganan las asociaciones misteriosas con pasar por el tamiz del pueblo !... Un hombre me conoce, y sabe que soy su consocio, y tal vez su cómplice. Semejante estado de cosas es absurdo é intolerable.

Y diciendo estas palabras, Rousseau aceleraba el paso, él que solía ser tan precavido, especialmente desde su percance en la calle de Menilmontant.

— Así, continuaba el filósofo, habré cometido la necesidad de querer conocer á fondo esos planes de regeneración humana propuestos por ciertos hombres que se engalanan con el título de iluminados ; habré cometido la locura de creer que pueden brotar buenas

— No os engañáis, señor Rousseau, nos vimos el 31 de mayo por la noche.

— ¡ Ah ! vos sois aquel joven cirujano, mi compatriota ; el señor Marat, en fin.

— Servidor vuestro.

Y se hicieron mutuamente una reverencia.

Aun no había tomado la palabra el tercero, que era un hombre joven también y de noble semblante, y que, durante toda la ceremonia, no había hecho otra cosa que observar la actitud de la muchedumbre.

El cirujano fué el primero que se marchó, engolfándose en medio de las oleadas del pueblo, quien menos agradecido que Rousseau, le había olvidado ya, pero á cuya memoria esperaba apelar algún día.

El otro joven esperó á que se marchase, y dirigiéndose entonces á Rousseau, le dijo :

— ¿ Y vos no os marcháis ?

— ¡ Oh ! ya soy demasiado viejo para ir á meterme en esa barahunda.

— En ese caso, repuso el desconocido bajando la voz, ¿ hasta esta noche, en la calle Platriere ! ¿ No dejéis de concurrir, señor Rousseau !

El filósofo se estremeció cual si hubiera visto ante sí una fantasma. El color de su rostro, pálido de ordinario, se puso cárdeno ; quiso responder á aquel hombre, pero había desaparecido ya.

XXVII

Del efecto que produjeron en J. J. Rousseau las palabras del desconocido

Después de haber oído aquellas singulares palabras pronunciadas por un hombre á quien no conocía, Rousseau atravesó temblando las oleadas de gente, y sin acordarse de que era viejo y de que temía á la multitud, se abrió paso y se halló muy pronto en el puente de la Catedral. Luego, siguiendo pensativo é interrogándose á sí mismo, cruzó el barrio de la Greve que conducía más directamente al suyo.

— ¿ Conque cualquier desconocido posee ese secreto que todo iniciado está obligado á guardar ? se dijo interiormente.

— ¡ He ahí lo que ganan las asociaciones misteriosas con pasar por el tamiz del pueblo !... Un hombre me conoce, y sabe que soy su consocio, y tal vez su cómplice. Semejante estado de cosas es absurdo é intolerable.

Y diciendo estas palabras, Rousseau aceleraba el paso, él que solía ser tan precavido, especialmente desde su percance en la calle de Menilmontant.

— Así, continuaba el filósofo, habré cometido la necesidad de querer conocer á fondo esos planes de regeneración humana propuestos por ciertos hombres que se engalanan con el título de iluminados ; habré cometido la locura de creer que pueden brotar buenas

ideas de Alemania, de ese país de nieblas y cerveza, y habré comprometido mi nombre con el de algunos tontos ó intrigantes á quienes servirá de capa para encubrir su majadería. ¡ Oh ! no, no será así ; un relámpago me ha mostrado el abismo, y no iré á arrojarme en él á sabiendas.

Y Rousseau tomaba aliento apoyándose en su bastón, y parándose por un instante en medio de la calle.

— Sin embargo, prosiguió el filósofo, era una bella quimera; reemplazar la esclavitud con la libertad, conquistar el porvenir sin trastornos ni ruido, y urdir misteriosamente la red mientras duermen los tiranos de la tierra... era demasiado bello para que yo no me dejara ilusionar... No quiero abrigar temores, sospechas y recelos, indignos de un espíritu libre y de un cuerpo independiente.

Dicho esto, acababa de emprender de nuevo su marcha, cuando la vista de algunos agentes del señor de Sartines, que miraban á todos lados, asustó al espíritu libre y dió tal impulso al cuerpo independiente, que corrió á perderse en lo más denso de la sombra que formaban los pilares por debajo de los cuales iba caminando.

De los pilares á la calle Platriere no hay mucha distancia, de suerte que Rousseau anduvo aquel espacio con rapidez, subió á sus aposentos jadeando como un gamo que se ve perseguido, y se dejó caer en una silla sin poder contestar una palabra á cuantas preguntas le hizo Teresa.

Al fin dió cuenta de la causa de su emoción, atribuyéndola á lo que había corrido, al calor, á la noticia de lo furioso que se puso el rey en el solio de justicia, á la vista del terror popular y al rechazo de cuanto acababa de suceder.

Teresa replicó refunfuñando que esto no era una

razón para que dejase enfriar la comida; además de que el hombre no debía ser un gallina que se asustase al menor ruido.

Nada tuvo que responder Rousseau á este último argumento que tantas veces había proclamado, aunque en otros términos.

Teresa añadió que los filósofos, los hombres de imaginación, estaban cortados por una misma tijera; que en sus escritos no cesaban de echársela de fanfarrones; que anunciaban no tener miedo á nada; que Dios y la especie humana eran poca cosa para ellos; pero que en oyendo ladrar á un perrillo ya pedían socorro; así que les entraba una calentura, por leve que fuese, exclamaban: « ¡ Dios mío ! ¡ me muero ! »

Este era el tema favorito de Teresa, el en que desplegaba mayor elocuencia y á que peor contestaba Rousseau, tímido de suyo. Así, al compás de aquella música desagradable, Rousseau daba suelta á su pensamiento, que de seguro valía tanto como el de Teresa, á pesar de la crítica de aquella mujer.

— La dicha se compone, decía allá para sí, de perfumes y murmullos; y como el ruido y el olor son cosas convenidas de antemano, ¿ quién será el que establezca que la cebolla no huele tan bien como la rosa, y que el pavo real no canta tan bien como el ruiseñor ?

Pensando en este axioma, que podía pasar por una bonita paradoja, se sentó á la mesa.

Cuando acabó de comer no fué á sentarse al clave como acostumbraba, sino que dió veinte vueltas por la habitación, asomándose más de cien veces á la ventana para estudiar la fisonomía de la calle Platriere.

Entonces acometió á Teresa un arrebató de celos como el de los quisquillosos, es decir, de la gente en realidad menos celosa de la tierra; porque si hay una

afectación que sea desagradable, es la de un defecto; que si al fin fuese la afectación de alguna buena calidad, sería tolerable.

Teresa, que despreciaba en extremo la virilidad, complexión, talento y costumbres de Rousseau, Teresa, que le veía viejo, achacoso y feo, no temía que le quitasen su marido, porque no era de suponer que las mujeres le mirasen con otros ojos que ella: pero, sin embargo, como uno de los suplicios que más apetece una mujer es atormentarse por celos, Teresa se regalaba á veces con semejante tormento.

Viendo, pues, que Rousseau se acercaba tantas veces á la ventana pensativo, y que no estaba quieto en su sitio, le dijo:

— Ya sé de qué nace toda esa agitación; hace poco que te has separado de alguien.

Rousseau la miró con extraviados ojos, y esto fué para ella un indicio más.

— Alguien á quien procuras volver á ver, continuó diciendo.

— ¿Qué es lo que dices? dijo Rousseau.

— Según parece, tenemos cita, ¿eh?

— ¡Oh! dijo Rousseau comprendiendo de lo que se trataba, tú estás loca, Teresa; ¿citas yo!

— Ya sé que sería una locura, dijo; pero tú eres capaz de cometer esa y otras muchas; véte, véte á hacer conquistas, con ese color de papel mascado, tus palpitaciones de corazón, y esa tosecita seca, que son una excelente recomendación.

— Pero, Teresa, bien sabes que no hay nada de eso, dijo Rousseau de mal humor; déjame pues tranquilo acá con mis pensamientos.

— Eres un libertino, dijo Teresa con la mayor seriedad del mundo.

Rousseau se ruborizó como si acabaran de decirle una verdad, ó hacerle un cumplido.

Entonces se creyó con derecho Teresa para presentar un rostro terrible, trastornar los muebles, dar portazos, y jugar con la tranquilidad de Rousseau, como juegan los niños con esos anillos de metal que encierran en una caja, moviéndolos con gran ruido.

Rousseau se refugió en su gabinete, porque aquel tumulto había debilitado un tanto sus ideas.

Allí pensó que sin duda sería arriesgado no concurrir á la misteriosa ceremonia de que el desconocido le había hablado en la esquina del muelle, diciendo Rousseau allá para sí:

— Si existen penas para los que revelan algo, debe haberlas también contra los tibios y negligentes: bien sé que las grandes amenazas no son nada, siendo sumamente raro que en semejantes casos se impongan penas ó que se ejecuten; pero es preciso tener cuidado con las venganzas mezquinas, los golpes solapados, los engaños y demás moneda de cobre. Llegaría un día en que los masones mis hermanos se vengasen de mí desprecio con tender una cuerda en mi escalera para que me rompiese una pierna y los ocho ó diez dientes que me quedan... ó bien dejarían caer sobre mi cabeza un andamio cuando pasase junto al de alguna obra. Más aun; no faltaría entre los francmasones algún escritor que viviese cerca de mí, en el descanso de mi escalera quizá, y que desde sus ventanas registrase mi aposento, lo cual no es imposible, puesto que las reuniones se celebran en la misma calle Platriere... Pues bien, ese pícaro escribiría acerca de mí sandeces que me pondrían en ridículo en todo París; porque ¿no tengo enemigos en todas partes?

Al cabo de un instante mudó Rousseau de pensamiento y dijo:

— ¿Dónde está el valor, dónde la honra? Tengo miedo hasta de mí mismo, y si me mirase á un espejo, vería el rostro de un cobarde y un vil... No, no será así; aunque el universo se coligue en daño mío, aunque se desplome sobre mí una manzana de casas, iré... Todo esto que estoy diciendo es hijo del miedo; desde que habló conmigo ese hombre no hago más que dar vueltas en un círculo de necesidades, dudando de todos, y hasta de mí mismo. Esto no es lógico; me conozco, y sé que no soy un hombre entusiasta, de suerte que si he creído ver maravillas en la asociación proyectada, es porque las hay. ¿Quién me dice que yo no seré el regenerador del género humano, yo á quien han buscado, yo á quien han venido á consultar, bajo la fe de mis escritos, los agentes misteriosos de un poder que no tiene límites? ¡Y he de retroceder cuando se trata de seguir mi obra substituyendo la aplicación á la teoría!

Rousseau iba animándose y prosiguió:

— ¡Qué cosa más bella que eso! Las edades caminan, y en su curso los pueblos salen de su embrutecimiento, el paso sigue al paso en la oscuridad, y la mano á la mano en las sombras, elevándose de este modo la inmensa pirámide, en cuyo remate pondrán los siglos futuros el busto de Rousseau, ciudadano de Ginebra, que para obrar como ha dicho ha arriesgado su libertad y su vida, es decir ha sido fiel á su divisa: *Vitam impendere vero*.

Enajenado Rousseau de gozo, se puso al clave y acabó de remontarse á las nubes su imaginación con las melopeyas más retumbantes, largas y guerreras que pudo arrancar al sonoro instrumento.

Cuando llegó la noche, causada Teresa de haber atormentado inútilmente á su cautivo, dormía en su silla; y Rousseau, cuyo corazón latía con fuerza, se

puso su vestido nuevo, como si fuese á buscar fortuna, no sin que antes estudiara al espejo el juego de sus negros ojos, los cuales le parecieron con sumo gusto vivos y penetrantes.

Apoyóse en su caña de Indias, y sin despertar á Teresa, se escabulló del aposento.

Pero así que bajó la escalera y tocó con la mano al resorte de la puerta que daba á la calle, Rousseau principió por mirar hacia fuera, á fin de examinar en que estado se hallaban las localidades.

Ningún carruaje pasaba á la sazón; pero la calle estaba llena de ociosos pisaverdes que se miraban unos á otros, como lo tienen aun hoy de costumbre, ó se paraban á mirar por los cristales de las tiendas á las jóvenes que había en el mostrador.

No era posible pues parar la atención en un hombre en medio de aquel torbellino, de suerte que Rousseau se precipitó en él, aunque no tenía que andar mucho para llegar á su destino.

En la puerta que habían designado á Rousseau estaba apostado un músico con un desacordado violín, y aquella música, que tanto agrada á los oídos de todo verdadero parisiense, poblaba la calle de ecos que repetían los últimos compases de la canción que ejecutaba el instrumento ó entonaba el cantante.

Nada pues tan desfavorable para el movimiento circulatorio como la aglomeración de gente en aquel sitio, pues los oyentes formaban un círculo, siendo necesario que los yentes y vinientes diesen la vuelta por la derecha ó la izquierda del grupo, tomando la calle los de la izquierda, y costeano los de la derecha la casa designada, ó *viceversa*.

Rousseau observó que muchos de aquéllos se perdieron en el camino como si hubiesen caído en alguna trampa, y suponiendo que habían ido con el mismo

objeto que él, se decidió á imitar su maniobra, que no era difícil.

Habiendo pasado detrás del grupo de los oyentes, como si tratase también de pararse, acechó al primero que vió entrar en el portal abierto, pero más temeroso que todos ellos, porque sin duda tenía más que perder, esperó á que se le presentase una ocasión del todo propicia.

No tuvo que aguardar mucho tiempo, pues un cabriolé que venía corriendo desde el otro extremo de la calle dividió el círculo en dos mitades, haciendo que ambas se arrimasen á las casas, de manera que Rousseau se halló en el mismo umbral del portal, y no tenía más que continuar. Nuestro filósofo observó que todos los curiosos estaban vueltos de espaldas hacia él y mirando al cabriolé; y aprovechándose de su aislamiento, desapareció en el oscuro portal.

Al cabo de algunos segundos percibió una luz, y junto á ella un hombre que, sentado tranquilamente como el mercader después de terminar su venta, leía ó fingía leer una gaceta.

Al oír los pasos de Rousseau, levantó aquel hombre la cabeza y apoyó visiblemente un dedo sobre el pecho.

Rousseau contestó á aquel ademán simbólico llevando un dedo á la boca.

Entonces se levantó el hombre, y empujando una puerta situada á su derecha y tan artísticamente disimulada en el tabique que estaba invisible, mostró á Rousseau una escalera muy recta que iba á dar bajo tierra.

Rousseau entró, y se volvió á cerrar la puerta sin ruido.

Apoyándose en su bastón, Rousseau bajó los escalones, pareciéndole muy mal que los socios le impusiesen

por primera prueba el riesgo de romperse el espinazo y las piernas.

Pero aunque la escalera era empinada, no era larga, pues así que Rousseau contó diez y siete escalones se vió invadido de una gran dosis de calor que le dió en los ojos y en el rostro.....

Aquel calor húmedo era el hálito de cierto número de hombres reunidos en aquella cueva.

Rousseau observó las paredes entapizadas de telas encarnadas y blancas en que estaban figurados diversos instrumentos de trabajo, sin duda más simbólicos que reales. De la bóveda pendía una lámpara que despedía un reflejo siniestro sobre los rostros, bastante honrados, de los que hablaban entre sí en voz baja, sentados en bancos de madera.

En el suelo no había entarimado ni tapices, sino una gruesa estera de junco que embotaba el ruido de los pasos.

Por consiguiente, ninguna sensación produjo Rousseau al entrar, y al parecer nadie notó su entrada.

Cinco minutos antes, nada deseaba Rousseau tanto como aquella entrada, pero cuando así entró, se incomodó de haberlo logrado tan bien.

Vió un asiento vacío en uno de los últimos bancos, y se instaló allí detrás de todos lo más modestamente que pudo.

Contó treinta y tres cabezas en la reunión, y una mesa elevada sobre un tablado aguardaba un presidente.

La logia de la calle Platriere

Rousseau notó que las conversaciones entre los concurrentes eran muy discretas y limitadas; muchos ni siquiera movían los labios, y apenas si tres ó cuatro parejas se cambiaban algunas palabras.

Los que no hablaban hasta trataban de ocultar su cara, lo cual no era difícil, gracias á la gran masa de sombras que proyectaba el estrado destinado al presidente, á quien aguardaban.

Por consiguiente el refugio para los que parecían más tímidos, estaba detrás de dicho estrado; pero en desquite, dos ó tres individuos de la corporación estaban en continuo movimiento para reconocer á sus colegas; iban y venían, hablaban entre sí, y con frecuencia desaparecían cada uno á su vez por una puerta oculta tras una cortina negra con listas encarnadas.

Oyóse á poco un campanillazo, y entonces un hombre dejó sencillamente la esquina del banco en que se hallaba confundido con los otros masones, y fué á tomar asiento en el estrado.

Después de hacer algunos signos con la mano y los dedos, signos que fueron repetidos por todos los concurrentes, y á los que añadió uno más explícito que los otros, declaró abierta la sesión.

Rousseau no conocía absolutamente á aquel hombre,

el cual bajo el exterior de un artesano bien acomodado, ocultaba mucha presencia de ánimo, realizada por una elocuencia tan fácil como podía desearse en un orador.

— No os debéis admirar, dijo, de que os hayamos reunido en el local en que no pueden hacerse las pruebas ordinarias; pues éstas han parecido inútiles á los jefes. El hermano á quien se trata de recibir es una de las antorchas de la filosofía contemporánea, un talento profundo que nos será adicto por convicción y no por miedo. El que ha sondeado todos los misterios de la naturaleza y el corazón humano, no podría ser impresionado del mismo modo que el simple mortal á quien pedimos el auxilio de sus brazos, de su voluntad y de su dinero. Para que contemos con la cooperación de ese talento distinguido, de ese carácter honrado y enérgico, nos bastará su promesa y aquiescencia.

Así terminó el orador su proposición, y luego miró en torno suyo para examinar el efecto que había producido.

En Rousseau produjo un efecto mágico; el ginebrino conocía los misteriosos preparatorios de la masonería; y los había visto con una especie de repugnancia muy natural en los hombres ilustrados, pues le parecían el colmo de la puerilidad y de la superstición esas concepciones enteramente absurdas, puesto que eran inútiles, que los jefes exigían á los candidatos para probar su valor, cuando se sabe que nada hay que temer.

Hay más, el tímido filósofo, enemigo de las manifestaciones individuales, hubiera mirado como una desgracia el tener que presentar su persona en espectáculo á unos hombres que le eran desconocidos, y que era seguro le engañaban con más ó menos buena fe.

De esto resultó que le causó la mayor satisfacción el

verse dispensado de las pruebas, porque conocía el rigor de la igualdad ante los principios masónicos, y por consiguiente una excepción en su favor era para él un triunfo.

Disponiase á responder con algunas palabras á la amable elocuencia del presidente, cuando salió del auditorio una voz acre y vibrante, que dijo :

— Supuesto que os creéis obligado á tratar como á un príncipe á un hombre como nosotros, ya que le dispensáis de las angustias físicas, como si no fuese uno de nuestros símbolos el buscar la libertad á costa de los padecimientos del cuerpo, á lo menos esperamos que no confiaréis un título precioso á un desconocido sin haberle interrogado con arreglo al rito, y sin que haga antes su profesión de fe.

Rousseau se volvió para ver la cara del agresivo personaje que tan rudo golpe descargaba en el carro del triunfador.

Entonces reconoció con la mayor sorpresa al joven cirujano á quien había encontrado aquella misma mañana en el muelle de las Flores.

El sentimiento de su buena fe, y quizá un sentimiento de desdén hacia el título precioso, le impidió de responder.

— ¿ Habéis oído ? dijo el presidente dirigiéndose á Rousseau.

— Perfectamente, respondió el filósofo, á quien su propia voz causó un ligero estremecimiento al resonar bajo la bóveda de aquella sombría cueva. Y me admiro mucho más de las interpelaciones al ver quien las hace. ¡ Cómo ! un hombre cuya profesión es combatir lo que se llama padecimientos físicos y socorrer de ese modo á sus hermanos, sean ó no masones, ¿ viene á predicar aquí la utilidad de los padecimientos fisi-

cos?... ¡ Singular camino escoge para hacer que el hombre sea feliz y curar las enfermedades !

— Aquí no se trata de tal ó cual persona, replicó vivamente el joven ; yo no conozco al candidato, como él no me conoce á mi. Yo soy lógico, y sostengo que el venerable ha hecho mal en hacer acepción de personas ; así como yo no veo en ese individuo (señaló á Rousseau) al filósofo, que tenga él la bondad de no ver en mí al cirujano, porque quizá tengamos que estar juntos toda la vida, sin que una mirada ni un gesto revele jamás nuestra intimidad por estrecha que sea, gracias al vínculo de la asociación de todas las amistades vulgares. Repito, pues, que si se ha creído que se debían dispensar las pruebas al que va á entrar en nuestra sociedad, á lo menos se le debe interrogar.

Rousseau no contestó, y conociendo el presidente en su semblante que no le gustaba aquella discusión, y que sentía haberse metido en aquella empresa, dijo al joven con tono de autoridad :

— Hermano, tened la bondad de guardar silencio cuando el jefe esté hablando, y no critiquéis con ligereza sus actos soberanos.

— Tengo derecho para interpelar, respondió el joven con más dulzura.

— Para interpelar sí, pero no para criticar. El hermano que va á entrar en la asociación es bastante conocido para que necesitemos emplear en nuestras relaciones masónicas con él un misterio ridículo é inútil. Todos los hermanos que están presentes saben cómo se llama, y su nombre es una garantía ; pero como estoy seguro de que también él es amigo de la legalidad, le ruego que se explique acerca de una pregunta que le hago únicamente *pro forma*. ¿ Qué buscáis en la asociación ?

Rousseau anduvo dos pasos, y aislándose de la multitud miró á la reunión con aire pensativo y melancólico.

— Busco, dijo, lo que no encuentro; verdades y no sofismas. ¿Porqué me habiais de rodear de puñales que no hieren, de venenos que son agua clara, y de tapras bajo de las cuales hay preparados colchones? Sé hasta dónde llegan los recursos de las fuerzas humanas; conozco mi vigor físico, y como si lo debilitarais no merecía la pena que me eligieseis por hermano vuestro porque para nada os serviría muerto, no queréis matarme ni siquiera herirme, y todos los cirujanos del mundo no me harían creer que es buena la iniciación en que me despedazaran un miembro.

Mejor que todos vosotros he hecho mi aprendizaje de dolores; he sondeado el cuerpo y palpado hasta el alma. Si he accedido á venir aquí cuando se me ha invitado (y recalco estas palabras), fué porque creía que podría ser útil. Por consiguiente doy, no recibo. ¡Ay! antes que podáis hacer algo en mi defensa, antes que por vuestros propios medios me deis la libertad si me meten en una prisión, pan si tengo hambre, consuelos si me veo afligido; antes que seáis algo, digo, este hermano á quien admitis hoy en vuestro seno, si es que el señor lo permite, añadió volviéndose hacia Marat, habrá pagado ya su tributo á la naturaleza, porque el progreso está cojo, la luz es lenta, y nadie de vosotros le sacará de la hoya en que haya caído....

— Estáis equivocado, ilustre hermano, dijo una voz suave y penetrante que atrajo dulcemente á Rousseau; en la asociación en que tenéis á bien entrar, hay más de lo que creéis; se encierra todo el porvenir del mundo, y ya sabéis que el porvenir es la esperanza, la ciencia; el porvenir es Dios que debe dar la luz al

mundo, puesto que así lo ha prometido, y Dios no puede mentir.

Sorprendido Rousseau al oír un lenguaje tan elevado, miró al que hablaba y conoció al hombre joven todavía que le diera la cita aquella mañana en el solio de justicia.

Aquel hombre, vestido de negro con cierto esmero, y sobre todo con gran distinción, estaba vuelto de espaldas á uno de los frentes laterales del estrado, y su rostro, alumbrado por un tenue resplandor, brillaba en toda su belleza, gracia y expresión natural.

— ¡Ah! dijo Rousseau; la ciencia es un abismo que no tiene fondo. Vos me habláis de ciencia, consuelo, porvenir y promesa; pero como otro me habla de la materia, el rigor y la violencia, ¿á quién deberé creer? Es decir, que en la asamblea de los hermanos sucede lo mismo que entre los hambrientos lobos de ese mundo que se agita sobre nuestras cabezas. ¡En todas partes lobos y ovejas!... Oid, pues, mi profesión de fe, supuesto que no la habéis leído en mis obras.

— ¡Vuestras obras! exclamó Marat; convengo en que son sublimes, pero una pura utopía; vos sois útil bajo el mismo punto de vista que Pitágoras, Solón y el sofista Cicerón. Indicáis el bien, pero un bien artificial, inasequible y aéreo, pareciéndoos á uno que quisiese mantener á una multitud hambrienta con bolas de aire más ó menos brillantadas por el sol.

— ¡Habéis visto, dijo Rousseau frunciendo el entrecejo, que las grandes conmociones de la naturaleza se verifiquen sin anterior preparación? ¿Habéis visto nacer al hombre, acontecimiento sublime aunque vulgar? ¿Habéis visto que nazca sin que haya estado amontonando durante nueve meses en el vientre de su madre la sustancia y la vida? ¡Ah, queréis que rege-

nere al mundo con actos, y eso no es regenerar, sino hacer una revolución.

— ¿Entonces, repuso el cirujano con vehemencia, vos no queréis que el hombre sea independiente, que sea libre?

— Al contrario, respondió Rousseau, porque la independencia es mi ídolo, porque la libertad es mi diosa. No hay más diferencia sino que yo quiero una libertad dulce y radiante que caliente y vivifique; yo quiero una igualdad que una á los hombres por medio de la amistad, no por medio del temor; yo quiero la educación, la instrucción de cada elemento del cuerpo social, como el mecánico quiere la armonía, como el ebanista quiere la ensambladura, es decir, que cada pieza de su trabajo concorra perfectamente á formar el todo por medio de una copulación absoluta. Repito que lo que yo quiero está consignado en mis escritos, á saber: progreso, concordia y mutua adhesión.

En los labios de Marat brilló una sonrisa de desdén.

— Sí, los arroyos de leche y miel, dijo, los Campos Elíseos de Virgilio, sueños de un poeta cuya filosofía aspira á convertirlos en una realidad.

Rousseau no replicó, pues le parecía demasiado duro tener que defender su moderación á pesar de que en toda Europa se le tenía por un novador violento.

Volvió á sentarse sin decir una palabra, después de consultar con la vista para satisfacción de su alma sencilla y tímida, y haber obtenido la aprobación aunque tácita del personaje que le había defendido hacia poco.

El presidente se levantó, y dijo dirigiéndose á todos:

— ¿Habéis oído?

— Sí, respondió la asamblea.

— ¿Os parece digno el hermano de entrar en la

asociación? ¿comprende en concepto vuestro los deberes de tal?

— Sí, dijo la asamblea; pero con una reserva que demostraba poca unanimidad.

— Prestad el juramento, dijo el presidente á Rousseau.

— Sentiría infinito, contestó el filósofo con cierto orgullo, tener que disgustar á algunos individuos de esta asociación, y debo para evitarlo repetir las palabras que pronuncié ahora poco, palabras hijas de mi convicción. Si fuera orador, las desenvolvería de un modo que dejase embargados los ánimos; pero mi lengua se revela y siempre hace traición á mi pensamiento cuando le pido que lo exprese inmediatamente. Digo pues que más hago en favor del mundo y por vos, lejos de esta reunión, que si imitara asiduamente vuestras costumbres; y por lo mismo debéis dejarme entregado á mis tareas, á mi debilidad y aislamiento. Ya he dicho que me inclino hacia el sepulcro: las pesadumbres, las enfermedades, las miserias me arrastran á él, y vosotros no podéis retardar esa gran obra de la naturaleza. Abandonadme, pues, porque no he nacido para caminar con los hombres, á quienes aborrezco y de quienes huyo: sin embargo, les sirvo porque también yo soy hombre, y porque al servirlos los creo mejores que lo que son. Ahora ya sabéis mi modo de pensar, y no diré una palabra más.

— ¿Conque es decir que os negáis á prestar el juramento? preguntó Marat con cierta emoción.

— Me niego terminantemente, y no quiero formar parte de la asociación, porque hartas pruebas tengo de que sería en ella un hombre inútil.

— Hermano, dijo el desconocido con su voz conciliadora, permitidme que os llame así, pues realmente somos hermanos fuera de toda combinación del espi-

ritu humano. No os dejéis llevar de un momento de despecho muy natural ciertamente: sacrificad algo de vuestro legítimo orgullo, y haced por nosotros lo que os causa repugnancia. Vuestros consejos, vuestras ideas, vuestra presencia aquí, son para nosotros lo mismo que la luz, y no debéis sumirnos en las tinieblas de vuestra ausencia y negativa.

— Os engañáis, dijo Rousseau; nada os quito, puesto que nunca daré más que lo que he dado á todo el mundo, al primer lector que se presente, á cualquiera que interprete las *Gacetas*; si queréis el nombre y la esencia de Rousseau.....

— ¡Lo queremos! dijeron con política varias voces.

— Pues entonces coged una colección de mis obras, colocad los tomos en la mesa de vuestro presidente, y cuando se trate de manifestar cada uno su opinión, y me toque á mí expresar la mía, abrid una obra, y no sólo veréis en ella un dictamen, sino una sentencia.

Rousseau dió un paso como para salir, pero el cirujano le dijo:

— ¡Esperad un momento! Las voluntades son libres, y la del ilustre filósofo lo mismo que las de los demás; pero no sería muy regular haber dado entrada en nuestro santuario á un profano, que no estando, como no está, ligado con ninguna cláusula ni aun tácita siquiera, podría revelar nuestros misterios, sin que por eso dejase de ser un hombre de bien.

Rousseau le devolvió su sonrisa de compasión, diciéndole:

— ¿Lo que me pedís es que preste juramento de guardar silencio?

— Efectivamente.

— Pues estoy pronto á ello.

— Tened la bondad de leer la fórmula, hermano venerable, dijo Marat.

El hermano venerable leyó la fórmula concebida en estos términos:

« Juro en presencia de Dios grande, eterno y arquitecto del universo, de mis superiores y de la respetable asamblea en que me hallo, no revelar jamás, ni dar á conocer, ni escribir nada de cuanto pase á mi vista, condenándome á mí mismo, si llego á pecar por imprudencia, á ser castigado con arreglo á las leyes del gran fundador y todos mis jefes y la cólera de mis padres. »

Ya iba á extender la mano Rousseau, cuando el desconocido, que había escuchado y seguido el debate con una especie de autoridad que ninguno le disputaba, aunque estaba confundido entre la multitud, se acercó al presidente y le dijo al oído unas cuantas palabras.

— Es verdad, replicó el venerable.

Y añadió:

— Vos sois un hombre de bien, no un hermano; sois un hombre de honor, cuya posición entre nosotros está reducida á la de un semejante nuestro, y abjuramos de consiguiente nuestra cualidad para pedirnos simplemente os comprometáis bajo palabra de honor á olvidar cuanto ha pasado entre nosotros.

— Juro por mi honor, respondió Rousseau conmovido, que esto será para mí como un sueño que se desvanece al despertar.

Dichas estas palabras salió de la cueva, y tras él varios individuos de la asociación.

Informe

Con la salida de los miembros de segundo y tercer orden quedaron en la logia siete socios, que eran los siete jefes, los cuales se reconocieron entre sí por medio de signos que probaban su iniciación en un grado superior.

Su primer cuidado fué cerrar las puertas, y cerradas éstas, su presidente se mostró presentando una sortija en que estaban grabadas las letras iniciales L. P. D. (1).

Dicho presidente estaba encargado de la correspondencia suprema de la orden, y se hallaba en relación con los otros seis jefes, los cuales habitaban en Suiza, Rusia, América, Suecia, España é Italia.

Llevaba consigo algunos de los documentos más importantes que había recibido de sus cólegas, á fin de comunicarlos al círculo de iniciados superiores á los demás é inferiores á él.

Este jefe era Bálamo.

La más importante de aquellas cartas la había escrito Swedenborg desde Suecia, y contenía un aviso amenazador.

« Hermanos, decía, vigilad en el Mediodía; porque bajo su ardiente influencia se ha formado un traidor, y ese traidor os perderá.

(1) Lilia pedibus destrue.

» Vigilad en París, hermanos, porque allí reside el traidor; posee los secretos de la orden, y está animado de un sentimiento rencoroso.

» Oigo el sordo vuelo, la murmurante voz de la denuncia. Veo una terrible venganza, pero quizá llegará demasiado tarde. Entretanto, ¡vigilad, hermanos, vigilancia! Á veces basta una lengua traidora, aunque mal instruída, para frustrar completamente nuestros planes urdidos con tanta habilidad. »

Los hermanos se miraron con muda sorpresa, y no contribuyeron poco á alarmar á la junta, presidida por Bálamo, el lenguaje del feroz iluminado y su presciencia, á la que daban una imponente autoridad muchos ejemplos extraordinarios.

El mismo Bálamo, que tenía fe en la lucidez de Swedenborg, no pudo evitar la impresión grave y dolorosa que le causó la lectura de aquella carta.

— Hermanos, dijo, el profeta inspirado rara vez se engaña, y por lo mismo debéis vigilar como él os recomienda. Ahora sabéis como yo que la lucha va á empezarse. No nos dejemos vencer por esos enemigos ridiculos cuyo poder estamos minando con toda seguridad, y no olvidéis que tienen á su disposición hombres mercenarios, lo cual es un arma poderosa entre las almas cuya vista no penetra más allá de los límites de la vida terrestre. Hermanos, desconfiemos de los traidores pagados.

— Esos temores me parecen pueriles, dijo una voz, porque cada día se aumentan nuestras fuerzas, y estamos dirigidos por brillantes genios y por manos vigorosas.

Bálamo se inclinó para dar las gracias al que de ese modo le elogiaba.

— Sí, pero, como ha dicho nuestro ilustre presi-

dente, la traición se desliza por todas partes, replicó un hermano, que no era otro que el cirujano Marat, promovido á pesar de su corta edad á un grado superior, en cuya virtud asistía por primera vez á la junta consultiva. Tened presente, hermanos, que doblando el cebo, se hace una presa más importante. Si el señor de Sartines puede comprar con un saco de escudos la revelación de uno de nuestros hermanos oscuros, el ministro, con un millón ó la promesa de una dignidad, puede comprar á uno de nuestros superiores. Entre nosotros, el hermano de infimo grado no sabe nada; á lo sumo conoce algunos nombres entre sus colegas, y esos nombres no representan nada. El orden de nuestra constitución es admirable, pero eminentemente aristocrático; los inferiores no saben ni pueden nada, sólo se les reúne para decirles cosas insignificantes, y sin embargo contribuyen con su tiempo y dinero á la consolidación de nuestro edificio. Tened presente que si el peón trae solamente la piedra y la argamasa, no podéis construir vuestro edificio sin esos materiales. Ese peón percibe un débil salario, y sin embargo yo lo considero como igual al arquitecto, cuyo plan crea y vivifica toda la obra; y lo considero como su igual, porque es hombre, y porque á los ojos del filósofo un hombre vale tanto como otro cualquiera, supuesto que le cabe su parte de miseria y fatalidad como á cualquier otro, y puesto que, aun más que otro, está expuesto á que se le caiga encima una piedra ó un andamio.

— Os interrumpo, hermano, dijo Bálamo. Abandonáis la cuestión de que únicamente debemos ocuparnos. Tenéis el defecto, hermano, de exagerar vuestro celo y generalizar las discusiones. No se trata ahora de saber si nuestra constitución es buena ó mala, sino de mantener su firmeza é integridad; si

quisiese discutir con vos, respondería que el órgano que recibe el movimiento no es igual al genio del Creador; no, el obrero no es igual al arquitecto; el cerebro no es igual al brazo.

— Si el señor de Sartines coge á uno de nuestros hermanos de los últimos grados, ¿dejará de enviarlo menos que á vos y que á mí á que se pudra en la Bastilla? replicó Marat con calor.

— Convengo en ello; pero sólo padecerá el individuo y no la orden, que entre nosotros debe ser ante todo; mientras que si prenden al jefe, se paraliza la conjuración; mientras que si falta el general, el ejército pierde la batalla.

— Por consiguiente, hermanos, velad por la salvación de los jefes.

— Sí, pero que también ellos por su parte velen por la nuestra.

— Ese es su deber.

— Y que sus faltas reciban doble castigo.

— Repito, hermano, que os olvidáis de las constituciones de la orden. ¿Ignoráis que todos los miembros de nuestra asociación están ligados por un mismo juramento, y que á todos se les aplican las mismas penas?

— Los grandes se sustraen siempre de esas penas.

— No es esa la opinión de los grandes, hermano; escuchad el final de la carta de nuestro profeta Swedenborg, uno de los grandes entre nosotros. He aquí lo que dice:

« El mal vendrá de uno de los grandes, de uno de los más grandes de la orden, ó si no viene precisamente de él, no por eso deberá de imputársele menos la falta. Tened presente que el fuego y el agua pueden

ser cómplices; el uno da la luz, la otra las revelaciones.

» ¡Vigilad, hermanos, sobre todo y á todos vigilad! »

— Entonces, dijo Marat aprovechándose de la parte del discurso de Bálamo y de la carta de Swedenborg de que podia sacar partido, repitamos el juramento que nos liga, y obliguémonos á cumplirlo con todo el rigor contra cualquiera que haga traición ó sea causa de ella.

Bálamo se recogió un instante, y levantándose en seguida, pronunció con voz lenta, solemne y terrible las palabras consagradas que nuestros lectores conocen ya:

« En nombre del Hijo Crucificado, juro romper los lazos carnales que me unen á padre, madre, hermanos, hermanas, esposa, parientes, amigos, queridas, reyes, jefes, bienhechores, y á cualquier otro ser á quien haya prometido fe, obediencia, reconocimiento ó servicio.

» Juro revelar al jefe, á quien reconozco con arreglo á los estatutos de la orden, lo que haya visto ó hecho, leído ú oído, sabido ó adivinado, y aun averiguar y espiar lo que no haya podido ver.

» Emplearé el veneno, el puñal y el fuego, como medios de purgar el mundo con la muerte ó el embrutecimiento de los enemigos de la verdad y de la libertad.

» Me obligo á guardar silencio, consiento en morir como herido del rayo el día en que haya merecido un castigo, y aguardaré sin quejarme el puñal que ha de alcanzarme en cualquier parte en que me halle. »

Entonces los siete individuos que componían aquella lúgubre asamblea repitieron palabra por palabra este juramento, en pie y con la cabeza descubierta.

Luego, terminadas las palabras sacramentales, dijo Bálamo:

— Ahora que tenemos una garantía, no mezelemos más incidentes en nuestro discurso, porque tengo que informar á la junta de los principales acontecimientos del año. El desempeño de mi misión en Francia presentará algún interés á hombres tan ilustrados y celosos como vosotros.

Principio pues:

La Francia está situada en el centro de Europa, como el corazón en el centro del cuerpo; de suerte que vive y da vida á otras naciones, siendo preciso ir á buscar en sus agitaciones la causa del malestar del organismo general.

He venido pues á Francia, y acereádome á París como el médico se acerca al corazón, consultando, palpando y haciendo experimentos. Cuando entré en ella, hace un año, la monarquía estaba cansada; pero hoy la matan los vicios, vicios que yo he fomentado, precipitando el efecto de esos desórdenes mortales.

Un obstáculo se atravesó en mi camino, y este obstáculo era un hombre, un hombre que no era el primero, sino el más poderoso del Estado después del rey.

Dotado de algunas de esas cualidades que agradan á los demás hombres; demasiado orgulloso, es verdad, pero aplicando á sus obras la palanca de su orgullo, sabia endulzar la esclavitud del pueblo, haciéndole creer y aun ver algunas veces que es una parte del Estado; y si se le consultaba acerca de sus propias miserias, invocaba el espíritu nacional, estandarte en cuyo derredor siempre se reúnen las masas.

Aborreciendo como aborrecía á los ingleses, que son los enemigos naturales de Francia; odiando como odiaba á la favorita, enemiga como es natural de las clases laboriosas, si ese hombre hubiera sido un usur-

pador, si hubiese sido hermano nuestro de asociación, marchando por el mismo camino que nosotros, y obrando según nuestras miras, yo le habría respetado, mantenido en el poder y sostenido con todos los recursos que me es dado crear en favor de aquellos á quienes protejo; pues en vez de enlucir el carcomido trono, lo hubiera derribado con nosotros en el día convenido. Empero pertenecía á la clase aristocrática, estaba acostumbrado á respetar el primer rango á que no aspiraba, y á la monarquía á que no se atrevía á atentar; miraba con respeto el trono al mismo tiempo que despreciaba al rey, y hasta servía de broquel á ese trono sobre que descargábamos nuestros golpes. De resultas de esto, el parlamento y el pueblo, llenos de respeto á ese dique que un hombre oponía á las invasiones de la prerrogativa real, se mantenían en los límites de una resistencia moderada, seguros de que tendrían un ayuda poderoso cuando llegase el momento.

Comprendí cuál era la situación de las cosas, y me dediqué á derribar al señor de Choiseul.

Esta obra magna, que en el espacio de diez años ha arrastrado tras sí tantos odios é intereses, la he empezado y terminado en unos cuantos meses por medios que es inútil decirlos. Gracias á un secreto que constituye una de mis fuerzas, y que es tanto mayor, cuanto que eternamente permanecerá oculto á los ojos de todos y nunca se sentirá sino por el efecto que cause, he derribado al señor de Choiseul, lo he expulsado y hecho que en pos suyo vaya un largo séquito de penas, desengaños y lamentaciones.

Y para que mi trabajo produzca el fruto debido, ahora la Francia entera pide á Choiseul y se levanta para recobrarlo, como los huérfanos alzan las manos al cielo cuando Dios les ha llevado su padre.

Los parlamentos se valen del único derecho que les

asiste, cual es la inercia, esto es, dejar de actuar; y como en un cuerpo bien organizado, según debe serlo un Estado de primer orden, es mortal la parálisis de un órgano esencial, y el parlamento es para el cuerpo social lo que el estómago para el cuerpo humano, si los parlamentos no funcionan, el pueblo, esto es, las entrañas del Estado, no trabajará, y de consiguiente no pagará, faltando á aquéllos oro, es decir, la sangre.

Sin duda habrá quien quiera luchar; pero ¿quién será el que luche contra el pueblo? No será de ninguna manera el ejército, porque es hijo de ese mismo pueblo, se mantiene con el pan del labrador, y bebe el vino del viñador. Quedan la servidumbre del rey, los cuerpos privilegiados, los guardias, los suizos y los mosqueteros, que apenas forman cinco ó seis mil hombres; pero, ¿qué hará ese puñado de pigmeos el día en que el pueblo se alce como un gigante?

— ¡Pues entonces que se levante, que se levante! gritaron varias voces.

— ¡Sí, sí, á la obra! exclamó Marat.

— Joven, aun no os he consultado, dijo Bálamo con frialdad.

Y prosiguió de este modo:

— Hombres de poca solidez de entendimiento, hombres ligeros en el obrar y faltos de experiencia, provocarían desde luego, y aun conseguirían con una facilidad que me aterra esa sedición de las masas, esa rebelión de los débiles convertidos en fuertes por su mayor número contra un poderoso que está aislado; pero yo he reflexionado, yo he estudiado, yo me he confundido en las filas de ese mismo pueblo, y adoptando su traje, su perseverancia y su rudeza, lo he visto tan de cerca que he logrado ser lo que él. Lo conozco pues hoy, y no me engaño al decir que es fuerte, pero ignorante; se irrita con facilidad, pero no

tiene rencor; en una palabra, aun no está maduro para la sedición tal como yo la entiendo, y como quiero que sea. Le falta instrucción para ver los sucesos bajo el doble punto de vista del ejemplo y la utilidad; le falta memoria para acordarse de su propia experiencia.

Se parece á esos atrevidos jóvenes que he visto en Alemania en ciertas funciones públicas subir con ardor á la punta de un mástil en que el baile había mandado poner un jamón y un cubilete de plata. Llenos de entusiasmo se arrojaban á la cucaña y trepaban con una rapidez sorprendente; pero así que llegaban al punto de la dificultad, cuando con sólo alargar el brazo podían alcanzar el premio, les faltaban las fuerzas y se dejaban caer hasta el suelo en medio de los silbidos de la multitud.

La primera vez les sucedía lo que acabo de decir, y la segunda economizaban las fuerzas y el aliento; pero como empleaban demasiado tiempo, frustrábase su intento por causa de la lentitud, como antes les había sucedido por la precipitación, hasta que al fin adoptaban un término medio, y sin precipitarse ni ser tardos en su operación salían bien de su empresa. He aquí el plan que yo medito: ensayos, siempre ensayos que nos vayan acercando al objeto, hasta que llegue el día en que podamos conseguirlo de un modo infalible.

Bálsamo dejó de hablar y miró á su auditorio, en el cual hervían todas las pasiones de la juventud y la inexperiencia.

— Hablad, hermano, dijo á Marat, que era el que más se rebullía.

— Seré breve, contestó; los ensayos adormecen á los pueblos si es que no los desaniman... ¡ Ensayos! Esta es la teoría del señor Rousseau, ciudadano de Ginebra y gran poeta, pero genio lento y tímido; ciu-

dadano inútil á quien Platón hubiera arrojado de su república. ¡ Esperar y siempre esperar! Ya hace siete siglos que estáis esperando, desde la emancipación de las municipalidades y la insurrección de los macedistas; contad las generaciones que han muerto entretanto, y veamos entonces si os atrevéis á tomar aun por divisa para lo futuro la fatal palabra *esperar*. El señor Rousseau nos habla de oposición, como se hacía en ese siglo que pasa por grande, como hacían al lado de las marquesas y á las plantas del rey Moliere con sus comedias, Boileau con sus sátiras, y Lafontaine con sus fábulas.

La oposición, que no ha hecho que la causa de la humanidad adelante ni poco ni mucho, es pobre, es débil. Los niños recitan esas teorías disfrazadas sin entenderlas, y se duermen mientras las recitan. Según vuestra cuenta, también Rabelais ha escrito de política, pero es una política que hace reir y que á nadie corrige; y sino, ¿ habéis visto que se haya enmendado un abuso siquiera de trescientos años á esta parte? ¡ Basta de poetas! basta de teóricos! ¡ Lo que se necesita son obras, acciones! Hace tres siglos que la Francia está en manos de la medicina, y ya es tiempo de que la cirugía se encargue de ella á su vez, dispuesta á usar el escalpelo y la sierra. Puesto que la sociedad está gangrenada, atajemos la gangrena con el hierro. Quien puede aguardar es el que se levanta de la mesa para recostarse en blandos cojines, haciendo que sus esclavos quiten de ellos á soplos las hojas de rosas de que están cubiertos, porque satisfecho entonces el estómago comunica al cerebro estimulantes vapores que lo recrean y pueblan de pensamientos á cual más risueños; pero el hambre, pero la miseria, pero la desesperación no se satisfacen, no se alivian, no se consuelan con estrofas, sentencias y romances. El

pueblo grita porque sufre; ¡sordo sea el que no oiga sus lamentos! ¡Maldecido el que no responda á ellos! Una insurrección, aunque fuese sofocada, ilustraría los entendimientos más que mil años de preceptos, más que tres siglos de ejemplos: también iluminaría á los reyes si no los derribaba, y eso es mucho, eso basta.

De algunos labios salió un murmullo lisonjero, y Marat prosiguió:

— ¡Dónde están nuestros enemigos? En escala superior á la nuestra, puesto que guardan la puerta del palacio y rodean las gradas del trono, sobre el que está el Paladín que custodian con más cuidado y temor que lo hacían los troyanos. Ese Paladín que les da poderío, riqueza é insolencia, es la monarquía, á la cual no puede llegarse sino pisando los cadáveres de los que la defienden, como no puede llegarse al general sino derribando los batallones que lo protegen. Pues bien, la historia nos dice que desde Dario hasta el rey Juan, desde Régulo hasta Duguesclín, han sido derrotados muchos batallones y hechos prisioneros gran número de generales.

Derribemos nosotros la guardia y llegaremos hasta el ídolo; descarguemos el golpe sobre los centinelas, y podremos descargarlo sobre el jefe. Embistamos primero á los cortesanos, á los nobles, á los aristócratas, y después á los reyes.

Contad cuántas cabezas privilegiadas hay, y veréis que apenas llegan á doscientas mil; paseaos con una cuehilla bien cortante en la mano, por ese hermoso jardín llamado Francia, y tronchad esas doscientas mil cabezas, como hacía Tarquino con las adormideras en el Lacio, y todo está dicho. Entonces solo habrá dos poderes que se disputen la supremacía, el pueblo y el trono; que el trono, que no es más que un emblema,

intente luchar contra el pueblo, que es un gigante, y ya veréis lo que sucede. Cuando los enanos quieren derribar á un coloso, empiezan por el pedestal; cuando los leñadores quieren echar por tierra una encina la cortan por el pie. Seamos, pues, leñadores; ¡leñadores! cojamos el hacha, arranquemos la encina de raíz, y sus soberbias ramas no tardarán en besar la arena.

— ¡Y os aplastará en su caída como á un pigmeo, desventurado! gritó Bálamo con voz de trueno. ¡Ah! desencadenáis vuestra furia contra los poetas, y habláis por medio de metáforas más poéticas y preñadas de imágenes que las que ellos usan! Hermano, hermano, continuó dirigiéndose á Marat, esas frases las habéis tomado de alguna novela que estáis compaginando en vuestra bohardilla; yo soy quien os lo dice.

Marat se ruborizó y Bálamo continuó diciendo:

— ¡Sabéis qué es una revolución? Pero yo que he visto doscientas, os lo diré; yo que he visto la del antiguo Egipto, la de Asiria, las de Grecia, las de Roma, las del Bajo Imperio; yo que he visto las de la edad media, cuando los pueblos se arrojaban unos sobre otros, Oriente sobre Occidente, y Occidente sobre Oriente, degollándose por no entenderse. Desde los reyes pastores hasta nuestros días quizá habrá habido cien revoluciones; ¡y os quejabais hace poco de que somós esclavos! Las revoluciones no sirven pues para nada; pero ¿por qué? Porque los que las hacían estaban atacados del mismo vértigo, á saber: de la precipitación, sin tener en cuenta que Dios, que preside las revoluciones del mundo como el genio las de los hombres, no se apresura.

« ¡Derribad, derribad la encina! » gritáis, sin considerar que esa encina, que invierte un segundo en caer, cubre tanto terreno cuando cae como un caballo

recorrería á galope en treinta segundos. Ahora bien, los que derribaran la encina, por no tener tiempo para evitar su caída imprevista, quedarían aplastados bajo su inmenso ramaje. ¿Es eso lo que queréis? Pues no lo conseguiréis de mí. Yo he sabido vivir, lo mismo que Dios, veinte, treinta, cuarenta edades de hombres; como Dios, soy eterno, y como Dios seré paciente. En el hueco de esta mano llevo mi suerte, la vuestra y la del mundo; y nadie me hará abrir esta mano llena de asombrosas verdades que no consiento en mostrar. Sé que contiene el rayo, pero permanecerá en ella como en la omnipotente diestra de Dios.

Señores, abandonemos esas alturas demasiado sublimes y volvamos á bajar á la tierra.

Señores, os lo digo con tanta sencillez como convicción, aun no es tiempo; el rey que reina en el día es el último reflejo del gran rey á quien todavía venera el pueblo, y en esa majestad que va disipándose hay algo bastante deslumbrador aun para contrabalancear los relámpagos que se desprenden de vuestros resentimientos. El que hoy se sienta en el trono ha nacido rey, y morirá siéndolo, porque desciende de una raza insolente pero pura, porque podéis ver su origen en su frente, en su ademán, en la voz; de suerte que siempre será rey. Derribémoslo, y sucederá lo que sucedió con Carlos I, es decir, que sus verdugos se prosternarán ante él, y los cortesanos de su desgracia besarán como lord Capell el hacha con que se haya cortado la cabeza á su soberano.

Ahora bien, señores, todos vosotros sabéis que Inglaterra se apresuró; pues si el rey Carlos I murió en un cadalso, Carlos II su hijo murió en el trono.

Esperad, señores, esperad, porque los tiempos no tardarán en ser propicios para nuestro intento.

Queréis destruir las lises, y esa es la divisa de todos

nosotros: *Lilia pedibus destrue*; pero es preciso que no quede ni una raíz, pues de otro modo volverá á retoñar la flor de san Luis. Queréis destruir el trono, mas á fin de que lo sea para siempre es preciso quitarle el prestigio y la esencia; queréis destruirlo, mas para ello debéis esperar á que no sea un sacerdocio, sino un empleo; y á que no se ejerza en un templo, sino en una tienda. Ahora bien, lo más sagrado que hay en el trono, es decir, la legítima trasmisión de la corona autorizada desde hace siglos por Dios y los pueblos, va á perderse para siempre. Escuchad, hermanos, escuchad; esa barrera imposible de salvar colocada entre nosotros, que no somos nada, y esas criaturas semidivinas; ese límite que los pueblos nunca se han atrevido á traspasar y se llama legitimidad, esta palabra tan brillante como un faro, y que hasta el día ha libertado al trono de un naufragio, va á desaparecer barrida por el soplo de la misteriosa fatalidad.

La Delfina que está llamada en Francia á perpetuar la raza de los reyes con la mezcla de la sangre imperial, la Delfina casada hace un año con el heredero del trono... Acercaos, señores, porque temo que traspase estas paredes el ruido de mis palabras.

— Seguid, seguid, dijeron con ansiedad los seis jefes.

— Pues bien, señores, ¡ la Delfina está virgen aún!

De aquel estrecho círculo compuesto de seis cabezas que casi se tocaban, dominadas por la de Bálamo, quien se inclinaba sobre ellas desde lo alto del estrado, salió como un vapor mortal un murmullo siniestro que hubiera hecho huir á todos los reyes de la tierra por la rencorosa alegría que revelaba.

— Así las cosas, continuó Bálamo, se presentan

dos hipótesis á cual más provechosas para nuestra causa.

La primera es que la Delfina siga siendo estéril, pues entonces se extingüé la raza; entonces el porvenir no deja á nuestros amigos ni combates, ni dificultades, ni desórdenes, y á esa raza marcada de antemano con el sello de la muerte le sucederá lo que ha sucedido en Francia de tres en tres reyes, lo que sucedió á Luis el Terco, Felipe el Largo y Carlos IV, hijos de Felipe el Hermoso, y que murieron sin tener sucesión, después de reinar todos tres; lo que sucedió á los hijos de Enrique II, esto es, Francisco II, Carlos IX y Enrique III, quienes también murieron sin tener sucesión. El delfín, el conde de Provenza y el de Artois reinarán también, y los tres morirán sin tener hijos, porque así lo ha dispuesto el destino.

Luego, así como después de Carlos IV, que fué el último de la raza de Capeto, vino Felipe VI de Valois, colateral de los anteriores reyes; así como después de Enrique III, que fué el último de la casta de los Valois, vino Enrique IV de Borbón, colateral de la raza anterior, después del conde de Artois, inscrito en el libro de la fatalidad como el último de los reyes de la rama primogénita, vendrá tal vez algún Cromwell ó algún Guillermo de Orange, ora sea extraño á la raza, ora altere el orden natural de sucesión.

He aquí lo que resulta de la primera hipótesis.

La segunda es que la Delfina no siga siendo estéril, y este es un lazo en que van á precipitarse nuestros enemigos creyendo que nosotros caeremos también en él. ¡ Oh! si la Delfina sale de su estado de esterilidad, si llega á ser madre, cuando todos se alegren en la corte y crean consolidado el trono en Francia, nosotros podremos regocijarnos también porque poseeremos un secreto tan terrible, que ningún prestigio,

ningún poder, ningunos esfuerzos contrarrestarán los crímenes que ese secreto encierra, junto á las desgracias que habrán de resultar de semejante fecundidad para la reina futura, pues el heredero que dé al trono lo haremos fácilmente ilegítimo, declarando adúltera esa fecundidad. La esterilidad, pues, hubiera sido un beneficio de Dios comparada con esa dicha facticia concedida al parecer por el cielo. He aquí, señores, porqué me abstengo de obrar; he aquí porqué espero, hermanos; he aquí, en fin, porqué creo que hoy es inútil desencadenar las pasiones populares, que emplearé de un modo eficaz cuando sea tiempo.

Ahora que conocéis, señores, lo que se ha trabajado este año, podéis ver si han progresado ó no nuestras minas. Persuadíos, pues, que no conseguiremos nuestro objeto sino con el ingenio y valor de unos, que serán los ojos y el cerebro; la constancia y trabajo de otros, que representarán los brazos; y la fe y abnegación de otros, que serán el corazón.

Penetraos sobre todo de que es necesaria una ciega obediencia, que hace que hasta vuestro jefe se inmole á la voluntad de los estatutos de la orden el día en que así lo exijan.

Con esto, señores y carísimos hermanos, levantaré la sesión si no me faltara que hacer un bien é indicar un daño.

El gran escritor que ha estado entre nosotros, y que sería nuestro á no ser por el celo intempestivo de uno de nuestros hermanos que ha asustado á un alma tímida de suyo; ese gran escritor, repito, ha tenido razón en lo que ha dicho en nuestra asamblea, y para mí es una desgracia que un extraño tenga razón contra una mayoría de hermanos que conocen muy mal nuestros reglamentos y desconocen enteramente el objeto que nos guía.

Rousseau, triunfando con los sofismas que contienen sus obras de las verdades de nuestra asociación, representa un vicio fundamental que yo extirparía por medio del hierro y el fuego, si no tuviese aun esperanza de curarlo por medio de la persuasión. El amor propio de uno de nuestros hermanos se ha desarrollado de un modo lastimoso, sobreponiéndose á todo en la discusión; pero jamás volverá á tener lugar un hecho por el estilo, ó recurriré á las vías de la disciplina.

Señores, propagad la fe por medio de la dulzura y la persuasión; insinuadla, no la impongáis; no la introduzcáis en las almas rebeldes á martillazos, como hacen los inquisidores con los torniquetes del verdugo. Acordaos que sólo seremos grandes cuando se nos tenga por buenos, y que no se nos tendrá por buenos hasta que no parezcamos mejores que cuanto nos rodea; acordaos también que entre nosotros los grandes, los buenos y los mejores no son nada sin ciencia, arte y fe; nada, en fin, junto aquellos á quienes Dios ha marcado con un sello particular para que manden á los hombres y rijan un imperio.

Señores, levántase la sesión.

Dicho esto, Bálamo se cubrió la cabeza y se embozó en su capa.

Los iniciados se marcharon entonces uno á uno y en silencio para no excitar sospechas.

FIN DEL TOMO CUARTO

INDICE

	Pag.
I. — La ratonera de los filósofos	5
II. — El apólogo	15
III. — El plato de segunda mesa del rey	28
IV. — Cómo trabajaba Luis XV con su ministro.	38
V. — El pequeño Trianón.	48
VI. — Anúdase la conspiración	56
VII. — La caza del brujo	67
VIII. — El correo	81
IX. — La evocación	90
X. — La voz.	105
XI. — Desgracia.	111
XII. — El señor duque de Aiguillon	120
XIII. — La parte del rey	133
XIV. — Las antecámaras del duque de Richelieu	145
XV. — Desencanto	156
XVI. — La comida del Delfín	164
XVII. — El pelo de la reina.	175
XVIII. — El duque de Richelieu aprecia á Nicole	183
XIX. — Metamorfosis	197
XX. — De cómo lo que en unos es causa de alegría en otros lo es de desesperación	205

Rousseau, triunfando con los sofismas que contienen sus obras de las verdades de nuestra asociación, representa un vicio fundamental que yo extirparía por medio del hierro y el fuego, si no tuviese aun esperanza de curarlo por medio de la persuasión. El amor propio de uno de nuestros hermanos se ha desarrollado de un modo lastimoso, sobreponiéndose á todo en la discusión; pero jamás volverá á tener lugar un hecho por el estilo, ó recurriré á las vías de la disciplina.

Señores, propagad la fe por medio de la dulzura y la persuasión; insinuadla, no la impongáis; no la introduzcáis en las almas rebeldes á martillazos, como hacen los inquisidores con los torniquetes del verdugo. Acordaos que sólo seremos grandes cuando se nos tenga por buenos, y que no se nos tendrá por buenos hasta que no parezcamos mejores que cuanto nos rodea; acordaos también que entre nosotros los grandes, los buenos y los mejores no son nada sin ciencia, arte y fe; nada, en fin, junto aquellos á quienes Dios ha marcado con un sello particular para que manden á los hombres y rijan un imperio.

Señores, levántase la sesión.

Dicho esto, Bálamo se cubrió la cabeza y se embozó en su capa.

Los iniciados se marcharon entonces uno á uno y en silencio para no excitar sospechas.

FIN DEL TOMO CUARTO

INDICE

	Pag.
I. — La ratonera de los filósofos	5
II. — El apólogo	15
III. — El plato de segunda mesa del rey	28
IV. — Cómo trabajaba Luis XV con su ministro.	38
V. — El pequeño Trianón.	48
VI. — Anúdase la conspiración	56
VII. — La caza del brujo	67
VIII. — El correo	81
IX. — La evocación	90
X. — La voz.	105
XI. — Desgracia.	111
XII. — El señor duque de Aiguillon	120
XIII. — La parte del rey	133
XIV. — Las antecámaras del duque de Richelieu	145
XV. — Desencanto	156
XVI. — La comida del Delfín	164
XVII. — El pelo de la reina.	175
XVIII. — El duque de Richelieu aprecia á Nicole	183
XIX. — Metamorfosis	197
XX. — De cómo lo que en unos es causa de alegría en otros lo es de desesperación	205

	Pág.
XXI. — Los parlamentos.	215
XXII. — En donde se demuestra que el camino del ministerio no está sembrado de rosas	225
XXIII. — El señor de Aiguillon toma la revancha	252
XXIV. — En que el lector hallará á uno de sus antiguos cono- cidos que creía perdido y á quien quizá no echaba de menos	240
XXV. — En que las cosas se enredan cada vez más.	251
XXVI. — El solio de justicia.	260
XXVII. — Del efecto que produjeron en J. J. Rousseau las palabras del desconocido	269
XXVIII. — La logia de la calle Platriere	278
XXIX. — Informe	288

FIN DEL ÍNDICE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

